



Norma Mejía

Transgenerismos

Una experiencia transexual
desde la perspectiva
antropológica

edicions bellaterra

SGU

TRANSGENERISMOS



NORMA MEJÍA

TRANSGENERISMOS

Una experiencia transexual
desde la perspectiva antropológica

edicions bellaterra

Diseño de la cubierta: Joaquín Monclús

© Norma Mejía, 2006

© Edicions Bellaterra, S.L., 2006
Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 84-7290-320-6
Depósito Legal: B. 25.484-2006

Impreso por Romanyà Valls. Capellades (Barcelona)

A Marja Mejía Terho

Como consecuencia de identificar la cultura como un componente importante de la construcción de las ideologías, de las identidades y del estatus de género, el común enemigo del transgenerismo ha resultado ser la sociedad y sus instituciones.

BOLIN, 1996, p. 257

Índice

Agradecimientos, 13

1. Situación de las trans en España. Aproximación desde la metodología de la etnografía extrema, 15
2. Vacilantes comienzos. El «Stonewall» del 78, 41
3. Situación en el Tercer Mundo. Una violencia despiadada, 53
4. ¿Amenza para el orden social?, 73
5. Los inicios, 87
6. Precedentes y realidades trans, 105
7. La androginia y primer contacto con el CTC, 123
8. El regreso, 135
9. Christine y la transexualidad, 151
10. El Arco, 177
11. Noemí y Yolanda, 229
12. La decisión, 247

13. Transgenerismo y transexualidad, 257
 14. La mirada de otros, 291
 15. Lorena y Lilí, 299
 16. Juan y Elvira, 305
 17. Viaje al otro sexo en el país de las «kathoe», 313
- Conclusiones, 325
- Bibliografía, 331
- Anexos, 341

Agradecimientos

Este ensayo nunca hubiera sido escrito de no haber contado con el apoyo sin fisuras de mi director de tesis, José Antonio Nieto Piñeroba. Sólo me sentiría satisfecha de él si llegase a la íntima convicción de que es digno del tiempo, el esfuerzo, la erudición y la inteligencia que José Antonio ha utilizado ayudándome. Quizá mi anarquismo pueda hacer pensar que, cuando me refiero a él como «mi maestro», lo hago con segundas intenciones. De eso, nada. Lo que quiero decir es que, en lugar de intentar inculcarme sus convicciones en materia de sexo y género, me ha orientado para encontrar las mías, parcialmente diferentes de las suyas. Un gran profesor que conmigo no ha intentado sentar cátedra.

A mi tutor, Joan Bestard y Camps, le debo, para empezar, que me haya admitido en el doctorado. Luego, que me haya sugerido a Nieto como director de tesis. Y, finalmente, muchos pequeños favores puntuales.

Y Natalia Parés Vives me facilitó documentación cuando yo había tirado la que había acumulado a lo largo de muchos años. Además, sin su ayuda no hubiera podido solucionar los numerosos problemas que he tenido con el ordenador. Y las frecuentes conversaciones que mantengo con ella me aportan vitalidad, entusiasmo, ideas.

Nota

Durante mucho tiempo se dio por supuesto (y las cifras de las que se disponía lo confirmaban) que las transexuales (de hombre a mujer) superaban varias veces en número a los transexuales (de mujer a hombre), pero actualmente (por evolución de la situación o porque la mayoría de los transexuales permanecían invisibles) se considera que su número tiende a ser equivalente. El tema de esta tesis son las transexuales, aunque en ocasiones —por motivos de similitud, o de diferencia, o de aproximación coyuntural al ser muchos de sus objetivos y de sus obstáculos comunes— es inevitable referirse, de pasada, a los transexuales.

1.

Situación de las trans en España

Aproximación desde la metodología de la etnografía extrema

Creíamos que con el fin del franquismo habíamos superado aquella intolerancia salvaje, el integrismo, el cretinismo ideológico, la política mezclada con religión, el abuso de autoridad, la violación de los derechos humanos y la represión de la voz de los más débiles.

JAIME CHÁVARRI,
La Vanguardia, 3 de mayo de 2004, p. 84

A primera vista, quien siga superficialmente la actualidad posiblemente tendrá la impresión de que las transexuales han abandonado las cloacas, donde se habían instalado durante décadas, para salir a la luz del sol. Al triunfo rotundo de la cantante Dana en Eurovisión ha seguido, pocos años después, el relativo de la hermosa china, que, después de conquistar el cetro de belleza de su país, fue descalificada, por transexual, de la final del concurso de Miss Mundo. Más modestamente, en nuestro país, Bibiana Fernández (ex Bibi Andersen) se afianza como pilar de tertulias televisivas y su nombre aparece con frecuencia en las revistas del corazón, lo que, en un país entregado a la telebasura, es una forma de éxito.

A un nivel menos llamativo, han aparecido unas cuantas transexuales sin la espectacularidad física de muchas de las que en la calle ejercen la prostitución, pero de aspecto y discurso más serios, que hablan y escriben de la problemática de su condición. Su situación, relativamente privilegiada, con frecuencia se explica por motivos económicos. Suelen pertenecer a la función pública (donde los artículos de nuestra Constitución que prohíben la discriminación por motivos de sexo se cumplen, necesariamente, a rajatabla), o ser profesionales

de suficiente valía (Yolanda, ingeniera, o Noemí, informática) para que sus empresas acepten su transexualidad, o tienen familias con negocios propios, en los cuales las emplean (Maira, cuyos padres tienen un restaurante), o son ejecutivos prejubilados de grandes multinacionales (como Telefónica o Électricité de France), o trabajadoras (no del sexo) independientes (por ejemplo, traductoras). Y, además, están las que ocultan su condición y se hacen pasar por mujeres genéticas.

Aparentemente, pues, el panorama no es malo. Pero es un panorama engañoso. Se trata sólo de la delgada capa de espuma brillante que cubre aguas profundas y turbias, no muy diferentes de las que había hace unos veinticinco años, la época de la primera y espléndida generación de transexuales, que pasó de una clandestinidad casi total a intentar comerse el mundo, creyendo que la sombra de la recién reconquistada democracia las iba a proteger. ¿Y qué encontraron en lugar de las esperadas «liberté, égalité, fraternité»? Pues exactamente lo contrario: marginación, burlas, humillaciones, discriminación. Y también, todo hay que decirlo, dinero, mucho dinero, a cambio de prostituirse (que era, prácticamente, lo único que se les permitía hacer, aparte del espectáculo, casi siempre tan mal pagado que tenía que ser complementado con la prostitución), lo cual acabó de perderlas en cuanto descubrieron en la droga alivio al acoso al que las sometía la sociedad, que agudizaba sus conflictos internos. Porque la doble moral, antes reservada a los privilegiados, se extendió a casi todas las capas de la población, de forma que se multiplicó el número de hombres que dejaron de reprimir la fascinación que sentían por las mujeres fálicas (o con pene). Muchos de ellos se dedicaron a frecuentar travestis (o transexuales no operadas, también llamadas transgenéricas), lo que no les ha impedido llevar una vida aparentemente «normal» e incluso ir por la vida presumiendo de machos.

La cuestión que de entrada nos planteamos es si la situación de las transexuales ha mejorado en España en los últimos años tanto como parece o si se trata principalmente de un espejismo.

Aunque no es arriesgado decir que globalmente ha mejorado, subsisten aún grandes zonas oscuras. Intentaremos hacer un breve resumen de diversos aspectos del tema, hasta donde sea posible, con objetividad, partiendo de la base de que: *a*) «... no hay ninguna investigación de contenido neutro (Nieto, 1998, p. 17)». *b*) Quien esto escribe no puede pretender serlo en este tema, pues pertenece (con altos y bajos, abandonos y nuevos inicios, rupturas y lealtades) a la co-

munidad que intenta describir. Y no de una manera ideal, abstracta, sentimental, o, simplemente, solitaria. Aparte de períodos ocasionales más cortos, durante doce años seguidos practiqué, en la calle, la prostitución transexual y viví de ella. Y no porque ganase mucho dinero prostituyéndome ni porque me fuese imposible encontrar otra forma de ganarme la vida, pero sí de vivir como mujer. Es lo que nos ocurre a las transexuales que no somos lo suficientemente femeninas para pasar normalmente por mujeres. De entrada, sí lo conseguimos (al menos, yo), pero no por mucho rato. Y c) Le otorgo muy poco valor a las estadísticas sobre transexuales, pues casi todas han sido elaboradas a partir de estudios clínicos psicológicos, y «... estos estudios han sido limitados por el entorno clínico y se centran en individuos que ven su identidad como problemática» (Cromwell, 1999, p. 15).

Los casos clínicos probablemente ven su variante de género como problemática y son en general menos estables emocional y psicológicamente que la persona media, y al enfoque de los estudios clínicos lo que le interesa primordialmente es (lo que los investigadores construyen como) la patología. El estudio de Brian Tully de 1992, realizado en la principal clínica de género inglesa, dedica muchas páginas a la predominancia de psicosis, experiencias disociativas, problemas de alcohol y drogas, y actividades criminales entre 204 transexuales —hallazgos que hasta la fecha no han sido corroborados por ninguna investigación no clínica—. Asimismo, uno puede esperar que las investigaciones clínicas exageren la predominancia de disfunciones sexuales, insatisfacción y ansiedad entre l@s trans (Tobin, 2003, p. 5).

En otras palabras, las trans que sienten necesidad de ir a psicólogos y clínicas tienen tendencias patológicas muy superiores a las de las que no sienten esa necesidad, por lo cual las estadísticas que elaboran los psicólogos y las clínicas no reflejan la realidad sino que la empeoran notablemente. Y las/los expertos que se informan principalmente a través de esas estadísticas no conocen la totalidad de la realidad, sino únicamente su parte más negativa.

Por otra parte, las trans desconfiamos de las personas que se ocupan de nuestro tratamiento. Se ha escrito extensamente acerca del acoso sexual por parte de esas personas, de su intento de imponer rígidos estereotipos de género en todo tipo de asuntos, desde los más insignificantes hasta los más importantes, de su discriminación contra las tra-

bajadoras del sexo, de la falta de información que proporcionan sobre las opciones de tratamiento y sus consecuencias (Namaste, 2001).

A los cinco años, cuando me ponía los zapatos de tacón alto de mi madre, empecé a intuir mi transexualidad (la palabra no existía todavía, pero sí el hecho, probablemente desde siempre). Y al llegar a la adolescencia ya no me cabían dudas. Pero varias veces la he aparcado en un rincón, incluso durante años. He cambiado de género con facilidad. Sin saberlo, he seguido la tradición de las dos-espíritus (antes *berdaches*), las trans nativas americanas.

Las tradiciones dos-espíritus pueden ser también intermitentes, es decir, un individuo puede asumir temporalmente un estatus dos-espíritus, desafiando así nuestra noción occidental de que el género es inmutable. Estos individuos pueden adoptar un determinado estatus de género y despojarse de él varias veces a lo largo de su vida (Bolin, 1996, p. 243).

Lo que yo he hecho.

He podido abandonar definitivamente el sistema de valores que me inculcaron desde la primera infancia, así como varias religiones, ideologías y partidos políticos en los que he creído. Incluso varias profesiones. Pero no la transexualidad, porque es algo con lo que se nace y que se lleva dentro. Se puede tardar en descubrirla (o, al menos, en intuirarla, en sospecharla), pero casi nunca más allá de la pubertad, salvo los casos en los que el conflicto entre el sistema de valores inculcado por la sociedad y la propia transexualidad sea tan fuerte que ésta quede para siempre reprimida en el fondo del inconsciente. Otra cosa es que se pueda no asumir, o hacerlo sólo al cabo de muchos años. Pero aunque no se asuma, siempre seguirá ahí dentro, y su rechazo provocará conflictos internos, así como su aceptación los puede provocar externos, sin que por ello desaparezcan los internos en forma de complejo de culpa.

«No sea usted transexual si puede no serlo» es generalmente el mejor consejo que se puede ofrecer. Hay otras vías de dar salida a una feminidad interior irreprimible. El travestismo ocasional es una de ellas. Desgraciadamente, en nuestro país no existen grandes asociaciones donde las personas con esas tendencias puedan reunirse y vivir juntas su feminidad durante un período de tiempo que puede oscilar entre unas horas y varios días. Hace poco vino a Barcelona un

barco de lujo que realizaba un largo crucero en el cual viajaba un grupo de travestis americanos acompañados por sus esposas. En España eso actualmente es impensable, así como las fiestas y las ferias anuales de travestis a las cuales pueden asistir sus familias. Insisto en que estoy hablando de travestis ocasionales, que habitualmente llevan una vida de hombres «normales», casados y con familias, y cuyo lado femenino no suele ser conocido ni en sus trabajos ni en los ambientes sociales que frecuentan. En Estados Unidos y en el Reino Unido existen sociedades con gran cantidad de miembros que acogen a personas con esos gustos (o esas necesidades) y que organizan actividades lúdicas multitudinarias. En los primeros, la más grande y la más conocida es la Tri-S, SSS (Society for the Second Self, «Sociedad para el Segundo yo»), y en el segundo, la Sociedad Beaumont.

En palabras de Anne Fauto-Sterling:

In the study of gender [like sexuality and race] it is inherently impossible for any individual to do unbiased research... Instead we must expect that individual researchers will articulate —both to themselves and publicly— exactly where they stand, what they think and, most important, what they *feel* deep down in their guts about the complex and social issues that relate to their area of research... Where I differ from some of those I take to task is in not denying my politics (Fausto-Sterling, 1985, pp. 10 y 12).

(En el estudio del género [como en el de la sexualidad y la raza] es inherentemente imposible para cualquier individuo hacer investigación desprovista de prejuicios... En lugar de ello, debemos esperar que los investigadores individuales definan claramente —a la vez para ellos y públicamente— cuál es su postura, lo que piensan y, más importante, lo que *sienten* allá abajo, en sus vísceras, acerca de los temas sociales y complejos relacionados con su área de investigación... En lo que difiero de quienes critico es en que yo no niego mi política.)*

Habiendo dejado ya claro que soy transexual, creo que no está de más añadir que me atraen tanto las mujeres como las transexuales. A veces termino pasándomelo bien cuando voy con hombres pero no me considero bisexual pues es algo que nunca he hecho sin que me pagaran por ello y casi siempre con miedo. Otra cosa es que la amabilidad y la

* Las traducciones son de la autora.

pasión fingida formen parte del trato. Una vez desaparecido el miedo, me dejo llevar por «...the enormous satisfaction the transexual derives from being so thoroughly accepted as a woman (Benjamin, 1966, p. 39).» (... la enorme satisfacción que el transexual obtiene de ser tan completamente aceptado como mujer.). Un placer autoginéfilo.

En lo político, soy anarquista sin ilusiones, consciente de que es un sistema que se puede aplicar sólo en pequeñas organizaciones (en alguna de las cuales, cuando he podido, lo he hecho, con buenos resultados), en las que todo el mundo puede participar en todas las decisiones, pero no en las grandes, en las cuales, para que funcionen, es necesaria la división y la especialización del trabajo. Ese pesimismo en cuanto a su aplicabilidad a gran escala no impide que el anarquismo, como yo lo veo, sea una postura optimista, porque se basa en la creencia de que en el fondo de todo ser humano el sentimiento de solidaridad hacia sus semejantes es más fuerte que el impulso de hacerles daño. Eros triunfa generalmente sobre Tanatos, aunque sea por motivos prácticos. Y, desde un punto de vista transgénérico, la frase de Anne Bolin citada al comienzo de este libro es otra forma de explicar la razón de mi anarquismo. Las instituciones de nuestra cultura se basan en un paradigma que la comunidad transgénérica, por el simple hecho de existir, niega, según el cual sólo hay dos sexos/géneros inmutables, en un dualismo oposicional en el cual uno de los términos, el patriarcal y machista, impone como superior el sistema de valores que ha elegido como suyo al otro término, el femenino y maternal. Y la negación de la bipolaridad es también rechazo de la clasificación, en tanto que masculinas, de determinadas características (precisamente las más valoradas por la sociedad), clasificación realizada, naturalmente, por el machismo dominante. El que parte y reparte...

Desde la sustitución de la Madre Naturaleza por Dios Padre (hace unos 5.000 años), las construcciones de género han sido definidas de manera más estrecha y rígida con el fin de que se adaptasen a los fines de quienes controlaban cada sociedad concreta (Boswell, n.d.).

A pesar de estos condicionantes (el principal de los cuales pienso que es la inevitable solidaridad con las personas de mi misma condición transexual), intentaré ser imparcial.

Imparcial y parcial, con un punto de vista tan pronto etic como emic, pues, a la vez que sujeto, soy uno de los objetos de esta tesis (lógicamente, del que tengo más información). O sea, al mismo tiempo, la observadora y la observada.

Such an approach is only one strand in the broader gender of the «new ethnography» and takes some anthropologist into a dimension of research we conceptualize as «extreme ethnography» in which one is «being» or «becoming» whom one studies or, in the anthropological argot, «going native» (Bolin and Granskog, 2003: 10-11).

(Esta aproximación es solo un aspecto en el más amplio género de la «nueva etnografía» y lleva a algunos antropólogos a una dimensión de investigación a la que conceptualizamos como «etnografía extrema», en la cual uno está «siendo» o «volviéndose» lo que estudia o, en la jerga antropológica, «haciéndose nativo».)

La etnografía extrema es parte de la etnografía reflexiva.

Reflexive ethnography is imbued with a particular perspective on the culture concept — a perspective that regards culture as dynamics, evolving, contestatory, and heterogeneous, or, in short, postmodern (*ibid.*, p. 14).

(La etnografía reflexiva está imbuida por una particular perspectiva del concepto de cultura como dinámica, evolutiva, contestataria y heterogénea, o, en resumen, postmoderna).

Para la etnografía reflexiva la cultura es algo parecido a lo que para el transgenerismo es el género.

Para empezar, debo reconocer que la solidaridad de las transexuales entre sí, que vista desde el exterior puede parecer sólida y monolítica, en realidad es casi inexistente. Los problemas íntimos de la transexual la absorben normalmente hasta tal punto que no le quedan energías para ocuparse de los de las demás, así se parezcan a los suyos. La participación en los colectivos (que, a pesar de todo, representan, porque alguna organización tiene que hacerlo, a la comunidad trans) es insignificante. En toda España no llegan a cincuenta las trans que participan activamente en ellos. Ni a cien las que asisten de vez en cuando a sus reuniones. O sea, casi nada al lado de las muchas miles que practican la prostitución. Desde el punto de vista de su representatividad parece que no tuvieran razón de ser. Pero es que si al-

guien no levanta la voz, aunque sea sin mandato expreso, en nombre de las que callan, la sociedad les haría mucho más daño del que ya les hace. Las rechazaría aún más, y su vergüenza, su sentimiento de culpa, su poca autoestima, su desesperación, aumentarían. Como el resto de las ONG, los colectivos transexuales asumen la defensa de grupos marginados que no les han pedido que lo hagan. Con una diferencia: sus voluntarios forman parte de esos grupos. O sea, tienen el mismo carácter dual sujeto-objeto que los etnógrafos extremos.

La baja afiliación también se da en España en los partidos políticos y en los sindicatos, pero la existencia de elecciones políticas y sindicales permite conocer la representatividad de las diversas organizaciones.

Escuchándonos gritar y reír por la calle o en los bares puede parecer que las transexuales disfrutamos mucho de la vida. Sin embargo, la gran mayoría de las trans muere joven. Es probable que yo, habiendo nacido en 1944, sea la mayor de Barcelona. Al menos entre las no se camuflan haciéndose pasar por mujeres biológicas y evitando todo contacto, que podría poner en evidencia su condición, con el transexualismo.

Igual que hace veinticinco años, la mayoría de las transexuales sigue dedicándose a la prostitución, aunque quizá sean menos las que lo hacen, en lo que puede influir que ya no deje tanto dinero como entonces y que el nivel cultural de la población ha aumentado. En cuanto a mí, yo no la dejé: me dejó ella. Me agradaría añadir: de momento, pero es una apuesta difícil de ganar, y no sé si podré hacerla. Desde mi punto de vista, tan vinculada está la transexualidad con la prostitución trans y con la prostitución sin adjetivos como el sexo con el género y con la sexualidad. Pertenezco al grupo (no sé si mayoritario o minoritario) para el cual la transexualidad sin prostitución no tiene sentido. Y ello a pesar de mi androfobia.

Recientemente, la ONU hizo un informe sobre la prostitución y llegó a la conclusión de que nadie la ejerce por libre elección. ¿Libre elección entre qué y qué? La prostitución comprende desde las que viven como esclavas hasta las que lo hacen como reinas y que no cambiarían su profesión por ninguna otra. Hay muchos trabajos (yo diría que la mayoría) que anulan más a la persona y le ofrecen menos alicientes que la prostitución (me refiero a la callejera, la única que conozco). He trabajado al lado de profesionales de la prostitución,

tanto mujeres como transexuales, a quienes su poca preparación probablemente no les hubiera deparado grandes éxitos en el mercado del trabajo, y que, sin embargo, han logrado acumular capitales. Y varias mujeres han conseguido que sus hijas sacaran adelante carreras universitarias. Algunas hasta logran evitar la marginación. Me decía una compañera, que vive fuera de Barcelona: «Es que aquí sólo soy una puta, mientras que en mi pueblo soy toda una señora». Es cierto que vivía con miedo de que la reconociera alguien de su pueblo.

Y, de cualquier forma, de todas las personas que trabajan en todos los sectores, muy pocas lo hacen por libre elección, lo hacen por necesidad. La mayoría preferiría no trabajar en nada en absoluto, si pudiera permitírselo. Si Fausto vendió su alma al diablo, la mayoría de los trabajadores vende lo mejor de su vida a sus jefes y jefecillos laborales. Tienen más de esclavos que de personas libres. «El asalariado es la figura moderna de la esclavitud» (Corinne Maier, *La Vanguardia*, 10 de diciembre de 2004, p. 80). Los lunes por la mañana mucha gente tiene cara de dolor de muelas, y la mayoría comenta con facilidad que es debido a la horrible perspectiva de tener que empezar otra semana de trabajo. Y no hablemos del regreso de las vacaciones.

Hace falta mucho coraje para reincorporarse de la vacación a la tarea y, de hecho, las víctimas deprimidas, desconcertadas, mareadas o con dolores de cabeza, se anotan por cientos de miles. Esta alta de septiembre en el trabajo provoca, significativamente, el máximo número de bajas (Vicente Verdú, *El País*, 3 de septiembre de 2004, p. 24).

En mayo de 1994, el CTC (Colectivo de Transexuales de Catalunya, al que pertenezco) publicó el primer número de su revista, *Transgénero*, un grito reivindicativo técnicamente primario pero con serias reflexiones sobre la condición transexual. De él copio la siguiente carta, que a su vez *Transgénero* copió de *El Periódico* de abril de 1994 (no especifica el día).

SOY PROSTITUTA, ¡Y QUÉ!

En el encuentro sobre prostitución organizado en Madrid por la comisión para la integración de malos tratos a mujeres ..., no se contó con las verdaderas protagonistas, las prostitutas. No encuentro que las conclusiones a las que han llegado reflejen mi situación. Llevo años traba-

jando en la calle de prostituta (preferiría denominarme trabajadora del sexo) y no solo no veo indigno mi oficio, sino que me parece mucho más digno cuando lo comparo con otros en los cuales se presta algo mucho más íntimo que el sexo, la propia personalidad o la mente, al servicio de un sueldo. Yo cumplo un servicio social mucho más profundo de lo que puede parecer: no sólo proporciona satisfacción sexual sino que sirve de válvula de escape a una sociedad que sigue limitando el sexo a lo puramente bien visto.

Es cierto que en la prostitución muchas compañeras han salido perjudicadas, pero quizá fue debido a problemas mucho más profundos (falta de cariño, proxenetismo, incomprensión, marginación) para los cuales la sociedad no ha encontrado una solución, ni la encontrará mientras sigan pensando en la prostituta como alguien indigno.

Me costó tiempo comprender y sentir que mi profesión no es indigna. Francamente, prefiero depender de un hombre durante diez minutos (previo pago) que hacerlo durante toda una vida mediante el matrimonio, y encima no me siento utilizada, ni avergonzada o inestable. Defiendo mi oficio como una opción personal, respetable y democráticamente elegida y no pienso agachar la cabeza ante nadie, sobre todo mientras se siga levantando la espada en nombre de la moral.

Marie Mirall
Barcelona

En mayo de 2004 el colectivo de prostitutas Hetaira, de Madrid, difundió, a través de Internet, un comunicado que resume la situación actual de la prostitución en España (en la cual, no lo olvidemos, participa la mayoría de las trans, a pesar de que en ella su número sea, en definitiva, muy inferior al de las mujeres, que constituyen más del 50 por 100 de la población general, mientras que las trans no pasamos, en la más optimista de las valoraciones, del 0,0001 por 100, es decir, una por cada 10.000 habitantes). Aunque probablemente alguien se lo redactó, el hecho de que quien lo hizo no lo firmara, indica, en mi opinión, un deseo de reflejar el punto de vista de las prostitutas. El problema con las manifestaciones, relativamente frecuentes, de Hetaira, es que a lo que más contribuyen es al lucimiento de las «especialistas» (sociólogas, psicólogas, antropólogas, etc.), de las cuales se dice, desde siempre, que manipulan este colectivo. En todo caso, cuando organiza o hace algo, al día siguiente en los medios aparecen grandes declaraciones de «especialistas» (que, gracias a Hetaira, han

conquistado notoriedad) y, de vez en cuando, alguna frasecita, tonta y suelta, de prostitutas. Dice el cineasta Fernando León, que preparaba entonces una película sobre el tema (*El País*, 1 de agosto de 2004, p. 29): «Una de las cosas que pasan con el mundo de la prostitución es que todo mundo habla, sociólogos, concejales, pero casi nunca se escucha a las propias prostitutas». Yo, que me casé con una de ellas y he trabajado, codo a codo, durante doce años, con muchas, sé que, aunque no tengan formación universitaria, no son más tontas que las «especialistas», aunque indudablemente sí menos eficaces cuando se trata de venderse a los medios. A ello contribuye el que «especialistas» y periodistas frecuentan generalmente los mismos ambientes y pertenecen a las mismas clases sociales.

Es sabido que, poco después de las últimas elecciones, el Ayuntamiento de Madrid, gobernado por la derecha y en algunos aspectos, como en este, por una extrema derecha de corte fascistoide, puso en marcha un plan para luchar contra la prostitución callejera, que fue el motivo por el cual el colectivo Hetaira difundió el manifiesto mencionado, el cual coincide en buena parte con mis puntos de vista, por lo que reproduzco fragmentos de él.

POR LOS DERECHOS DE LAS PROSTITUTAS

En la actualidad, en nuestro país, la prostitución se mueve en una situación de alegalidad: su ejercicio no constituye un delito, pero las personas que la ejercen carecen de derechos reconocidos

[...]

El *Plan contra la esclavitud sexual* que ha puesto en marcha recientemente el Ayuntamiento de Madrid ha empeorado considerablemente la situación del sector de prostitutas más vulnerables (las que captan la clientela en las calles de nuestra ciudad) negándoles derechos tan fundamentales como el respeto a su dignidad y el derecho a la libre circulación.

Preocupadas ante esta situación, las personas abajo firmantes queremos manifestar ante la ciudadanía y los poderes públicos lo siguiente:

[...]

— Que se reconozca, como plantea una sentencia dictada en 2001 por el Tribunal de Justicia de Luxemburgo, que la prostitución es una actividad económica legítima.

- Que se reconozca y respete la dignidad de las prostitutas y su capacidad de decidir, sin coacciones, a qué quieren dedicarse y cómo y con quién quieren establecer acuerdos comerciales. Consecuentemente, rechazamos el «hostigamiento» a los clientes que está llevando a cabo la policía de Madrid, como parte del citado *Plan contra la esclavitud sexual*, ya que esta medida no sólo reduce la demanda, sino que favorece los tratos rápidos y clandestinos, con el consiguiente empeoramiento de las condiciones de vida de las prostitutas.
- Que se negocien, teniendo en cuenta la voz de las propias prostitutas, espacios públicos donde puedan ejercer libremente la prostitución, en buenas condiciones de higiene, seguridad y tranquilidad. *La calle*, como paradigma del espacio público, es de todos y no de alguien en particular. Por lo tanto, su uso, si genera conflictos, debe ser consensuado.
- Que se persiga de manera fehaciente a las mafias que obligan y fuerzan a mujeres a prostituirse y las explotan en régimen de esclavitud. Que se acabe ya con la hipocresía de las pomposas declaraciones públicas de rechazo y anatema de esas prácticas inhumanas, internacionalmente organizadas, y se pongan los medios, que los hay, para acabar con ellas, por encima de todo tipo de intereses creados.

Madrid, mayo de 2004

Es evidente que el mal llamado *Plan contra la esclavitud sexual* no pretende, de ninguna forma (todo lo contrario) defender a las prostitutas, sino obligarlas a trabajar en locales de alterne, que suelen cobrarles un precio elevado por los servicios que les alquilan. Son sus dueños, y no ellas, los grandes beneficiarios de este plan, lo que permite abrigar todo tipo de dudas acerca de qué y quién está detrás de él. También quisiera llamar la atención sobre el hecho de que entre las prostitutas hay trans operadas que se hacen pasar por mujeres genéticas, buena parte de aquellas cuyo físico no las delata y cuya vagina tiene suficiente profundidad para no ponerlas en evidencia (lo de la profundidad hoy en día es una cuestión solucionable: mi cirujano cobra 700 dólares por aumentarla, utilizando injertos de piel extraídos de otras partes del cuerpo, generalmente los muslos o el abdomen).

Impulsadas sin duda por sus sentimientos nacionalistas, las autoridades catalanas se empeñan en demostrar que pueden superar a las de Madrid y hacer las cosas todavía peor:

Los Mossos d'Esquadra comenzarán a identificar después del verano a los clientes de las prostitutas de carreteras con el objetivo de evitar que la prostitución en estas vías «mantenga las dimensiones exageradas que ha adquirido en los últimos años», explicó ayer la consejera de Interior ... Desde hace unos años, decenas de hombres procedentes de Francia, donde la prostitución está más perseguida, se desplazan diariamente a las carreteras de la provincia de Girona para practicar sexo de pago (*El País*, 29 de agosto de 2004. Sección Cataluña, p. 3).

El verano pasó y las cosas han ido mucho peor de lo que se anunciaba. La policía también acosa a los clientes en los alrededores del Campo del Barça, el mayor reducto de prostitución trans callejera de Barcelona, pidiéndoles continuamente papeles y haciéndoles el test de alcoholemia, para disuadirlos de volver (eso además de haber cerrado de noche muchas calles). Y al centro de la ciudad han vuelto las redadas. Ahora sólo se detiene a las que no tienen papeles en regla. A las demás se les impone una multa. Los delincuentes deben estar de fiesta. Ahora disponen de mucha más libertad para delinquir, pues Catalunya dedica buena parte de sus fuerzas de seguridad a intentar no dejar trabajar a unas mujeres y unas trans que sólo pretenden ganarse honradamente la vida en condiciones difíciles y a costa de grandes riesgos.

La consejera también explicó, con respecto a las extranjeras, que se examinará su situación, pues muchas de ellas no están regularizadas. Lo que no dijo (o no lo reseña el diario) es si se hará con el fin de regularizarlas o de echarlas. Y, mientras tanto, muchas nacionales se están quedando sin su único medio de subsistencia. Como no se las puede dejar morir de hambre, habrá que alimentarlas con dinero público. Examinándola muy bien con lupa quizá se le encuentre alguna ventaja a esta operación, porque a simple vista no se le ve ninguna. Además, hay un abuso de poder evidente. ¿Qué le importa a la consejera que la gente tenga o no relaciones sexuales «entre adultos consintientes», siempre que no provoque escándalo público, lo que es el caso? ¿Dónde está el tan cacareado derecho a la privacidad? Además, pretendiendo hacer moralina, hace lo contrario. Probablemente, muchos matrimonios franceses (y españoles) se romperán al carecer el marido de esta válvula de escape.

Es falso, como a veces se da a entender, que las prostitutas callejeras corran más riesgo que las que trabajan en locales cerrados de

caer en manos de proxenetas, pues muchas, además de dar buena parte del beneficio que generan a los dueños de los locales, tienen proxenetas, a los que han de dar casi todo el resto de sus ganancias. La esclavitud sexual, en lugar de eliminarse, se duplica en la misma persona.

Tampoco le veo ninguna ventaja, por lo menos en lo que respecta a las transexuales, a obligarlas a cotizar en la Seguridad Social como autónomas. Las precarias condiciones económicas en las que muchas viven actualmente no se lo permitiría. Y, de todas formas, no he conocido a ninguna transexual que viva lo suficiente para poder cobrar una pensión de jubilación

Es cierto, como dice el manifiesto de Hetaira, que últimamente, con la entrada masiva de extranjeras, se han descubierto redes mafiosas que traían, a veces mediante el engaño de la promesa de un buen empleo, a mujeres, y luego las obligaban a ejercer la prostitución, manteniéndolas en un estado de sumisión total, comparable a la esclavitud. Pero se ha tratado siempre de mujeres biológicas, no de transexuales. Además, muchas de las que han venido recientemente ya practicaban la prostitución en sus países de origen y han venido por su propia voluntad.

A las trans, a veces la Administración les ha ofrecido «ser integradas a golpe de contrato beca basura», con un sueldo tan reducido que tenían que dedicar los fines de semana a la prostitución, en medio de las burlas de sus compañeras, como denunció en las «Primeras Jornadas Estatales de Transexuales» de Gijón el abogado Juan Vázquez Arango (Vázquez Arango, 1999, pp. 5-10). A una amiga mía, a quien le iba bien económicamente haciendo pocas horas, un cliente le prometió que la iba a retirar. En realidad lo que pretendía era que le llevara un bar trabajando más de doce horas diarias y cobrando una miseria, como si la respetabilidad social fuese un bien tan precioso que mereciese que por él se sacrificasen todos los demás (tiempo, libertad, buenos ingresos). En la prostitución se trata con demasiados clientes «respetables» para tener una buena idea de la respetabilidad. Otra cosa es que se desee evitar la marginación, el rechazo social ostensible y las burlas humillantes que en ocasiones sufrimos las trans.

De los mencionados doce años dedicados a la prostitución y del Colectivo de Transexuales de Catalunya (CTC) datan casi todas las amistadas que tengo actualmente (incluso las mujeres biológicas), la

gran mayoría de las cuales sólo conoce mi nombre femenino, Norma. El paso continuo, en la redacción de este libro, de la tercera a la primera persona, y del femenino al masculino, y viceversa, responde al doble y contradictorio esfuerzo de distanciamiento e identificación con mi gente, que me ha dividido interiormente a lo largo de su elaboración. Y, si a eso vamos, a lo largo de mi vida. Tantas veces he intentado (y no por motivos antropológicos, sino simplemente porque quería ser una persona «normal») alejarme de la transexualidad, sin conseguirlo, que conozco la inutilidad, en mi caso, del empeño. No puedo dejar de identificarme con las personas objeto de mi estudio porque no es una identificación conseguida a base de esfuerzo y de empatía (como suele ser la de los antropólogos) sino sencilla y llanamente porque soy una de ellas. No soy una antropóloga que ha frecuentado transexuales y ha conseguido que la acepten. Mi caso es el contrario. Soy una transexual que ha estudiado antropología y que ha intentado que l@s antropólog@s la acepten como una de ell@s. ¿Lo conseguiré? No lo sé, y lo dudo mucho, pero el esfuerzo habrá valido la pena. «La lutte vers les sommets suffit à remplir un coeur d'«homme»», escribía Camus en la penúltima frase de *Le mythe de Sisyphe*. La última («Il faut imaginer Sisyphe heureux») no viene al caso.

In the conventional ethnological paradigm, one acquired an emic or insider's view as a result of fieldwork. To make sense of the emic from a Western scientific or etic perspective required that one separate oneself analytically from one's insider position. The subjective was therefore translated into the empirical objective (Bolin y Granskog, 2003, p. 15).

(En el paradigma etnológico convencional, uno adquiriría una visión emic o de iniciado como resultado del trabajo de campo. Dar sentido a lo emic desde una perspectiva científica occidental o etic requería que uno se separara analíticamente de su posición de iniciado. Lo subjetivo se convertía entonces en lo objetivo empírico.)

En mi caso, evidentemente, la visión emic no fue el resultado del trabajo de campo, sino que la precedió. Y de lo que me separo para dar sentido a lo emic desde una perspectiva etic no es de mi posición de iniciada sino de mi condición de transexual.

La etnografía extrema fue en parte iniciada por los antropólogos indígenas y las antropólogas feministas, entre otros, «not just because they position themselves with reference to two communities but

because when they present the Other they are presenting themselves, [and consequently] they speak with a complex awareness of and investment in reception» (Abu-Lughod, 1991, p. 142). (... no sólo porque se colocan a sí mismos con referencia a dos comunidades sino porque cuando ellos presentan al Otro se están presentando ellos mismos [y en consecuencia] hablan con una compleja conciencia de e inversión en el recibimiento.)

Estos nuevos enfoques rechazan que «emic» y «etic» sean una dicotomía conceptual. Al concebir la distinción emic/etic como un *continuum*, «introducido» y «forastero» se vuelven dialógicos, desestabilizados y contextuales (Skomal, 1994, p. 4). Introducido y forastero, investigador e investigado, más que oposiciones están deslizándose hacia categorías contextualizadas de distancia y proximidad (Behar, 1994, p. 4).

En el lado positivo de la actual situación de las trans, la gente se ha acostumbrado (¿o resignado?) a la idea de que las transexuales existen, y no en culturas y en épocas lejanas, sino aquí y ahora.

Que, a principios de los ochenta, en nuestro país se empezara a nombrar lo innombrable, la transexualidad, ha tenido de positivo que estas variables del desarrollo del género — hasta entonces silenciadas — pudieran salir a la luz y afirmar su existencia, posibilitando que muchas personas se reconocieran como tal... (Garaizábal, 1998, p. 60).

Y las transexuales, por su parte, perdieron el temor de ser detenidas sin ni siquiera mostrar una apariencia atractiva (que algunos jueces, que culpabilizan a las mujeres víctimas de acosos sexuales, hubieran calificado de «provocadora»), simplemente por su condición, porque así lo permitía la Ley de Vagos y Maleantes. Luego, a partir de agosto de 1970, la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social admitió, hasta cierto punto, la prostitución, pero sometiéndola a continuas redadas.

Algunas transexuales han sido aceptadas por sus familias, sus amigos y sus ambientes profesionales. Entre ellas las hay que no ocultan su condición de mujeres transexuales y las hay que la camuflan, algunas incluso a sus parejas. Depende de las circunstancias de cada una. Varias veces he escuchado la historia de una trans operada de Barcelona que tenía mucho éxito. Ganó bastante dinero y se fue a vivir a Estados Unidos, donde formó pareja con un hombre que des-

conocía su condición. Pero cuando se enteró, la abandonó y ella se hundió en la droga. Desde luego que no todo marido de transexual tiene que enterarse de la condición de su esposa. De uno de ellos dice Benjamin: «He knows only that Johanna as a child had to undergo an operation wich ever prevented her from never menstruating or having children» (Benjamin, 1966, p. 93). (Él solo sabe que Johana de niña tuvo que sufrir una operación que le impidió para siempre menstruar o tener hijos.)

Existe un vacío legal respecto al tema de la transexualidad, que no ha sido llenado por ninguna de las tres fuentes de derecho que reconoce el Código Civil: la ley, la costumbre y los principios generales del derecho (art. 1.1). Pero como el ordenamiento jurídico no puede tener lagunas de tal importancia, en estos casos se recurre, con carácter puramente orientativo, y no normativo, a las sentencias del Tribunal Supremo. «La jurisprudencia completará el ordenamiento jurídico con la doctrina que, de modo reiterado, establezca el Tribunal Supremo» (art. 1.6 del código civil). Pero, al contrario de lo que ocurre con una ley (que ha de ser obligatoriamente obedecida, aunque caben diferentes interpretaciones), los tribunales inferiores dictan a veces sentencias totalmente opuestas a las del Tribunal Supremo. Se puede entonces recurrir ante las audiencias, y si estas dan la razón a los tribunales inferiores, el caso, si las interesadas disponen de suficientes recursos, va al Tribunal Supremo. Por eso son relativamente abundantes las sentencias del Tribunal Supremo sobre las transexuales, porque no son ley para los tribunales inferiores. Si lo fueran, con dos sentencias habría bastado. Ya se daría la exigida reiteración.

Las sentencias del Tribunal Supremo (STS) siempre han concedido el cambio de sexo y de nombre a las transexuales operadas a las que instancias inferiores se los habían negado. Los argumentos son interesantes. La primera, la que abrió brecha en esta materia, recurre a la técnica jurídica de la ficción.

Porque la ficción desempeña en el Derecho un papel tan importante como el de la hipótesis en las ciencias exactas. Una y otra son meras suposiciones que hay que admitir para legitimar determinadas consecuencias en orden a la ... utilidad social ... Esta ficción ha de aceptarse para la transexualidad; porque el varón operado transexualmente no pasa a ser hembra, sino que se le ha de tener por tal por haber dejado de

ser varón por extirpación y supresión de los caracteres primarios y secundarios y presentar unos órganos sexuales semejantes a los femeninos y caracteriologías psíquica y emocional propias de este sexo (STS de 2 de julio de 1987).

El «libre desarrollo de la personalidad», que nuestra Constitución establece como uno de los derechos fundamentales de la persona, sirve de fundamento para el cambio de sexo en la STS de 15 de julio de 1988.

La STS de 3 de marzo de 1989 proclama la supremacía del sexo psicológico sobre el cromosomático y también recurre al derecho fundamental al desarrollo de la personalidad, varias veces mencionado en nuestra Constitución (arts. 10.1, 25.2 y 27.2):

... a la hora de valorar los parámetros que, con mayor peso, habrán de influir en nuestra decisión de clasificar al individuo en uno de los dos géneros sexuales que el Derecho reconoce —*tertium non licet*— es evidente que no habrá de ser el factor cromosomático el que predomine, aun sin negarle su influencia, ni aun tampoco el gonadal, muchas veces equívoco y en ocasiones parcialmente modificado por la técnica quirúrgica y médica, sino el fenotípico, que atiende al desarrollo corporal, y, con mayor fuerza aún, el psicológico, que determina el comportamiento caracterial y social del individuo. Y ello, no sólo porque son los factores psíquicos los más nobles e importantes de la persona y los que determinan su diferencia esencial con las especies de grado inferior, sino también porque en los factores anímicos anida el centro del desarrollo de la personalidad a la que ... atiende de manera expresa el mandato constitucional.

Actualmente estamos a la espera del proyecto de ley prometido por el nuevo ministro de Justicia, que permitirá el cambio legal de sexo y de nombre sin necesidad de operación de genitales (o cirugía de reasignación sexual, CRS, en inglés SRS). «El equipo de ZP habla ya de una ley de identidad de género que permitirá a los transexuales cambiar su D.N.I. en cuanto inicien el tratamiento para ser quienes en realidad son (*El Mundo*, domingo 24 de julio de 2004, p. 15).» Sería la segunda ley de estas características en Europa, después de la ley inglesa, aprobada desde el 6 de junio de 2004. Tanto la ley inglesa como el esperado proyecto de ley español son un reconocimiento de la supremacía del sexo social, psicológico e incluso fenotípico (será

necesario haber vivido mucho tiempo como miembro del sexo al que se desea acceder para que dicho acceso se convierta en realidad legal) sobre el sexo genético, genital y cromosomático.

La ley inglesa entró en vigor en abril de 2005. Confía la decisión de conceder el cambio legal de sexo a paneles compuestos por médicos y abogados, quienes deberán tener en cuenta que el aspirante tenga más de dieciocho años, se le haya diagnosticado médicamente disforia de género y pueda probar que ha vivido por lo menos dos años en el género al que aspira pertenecer.

Otra reivindicación de la comunidad transgénerica es que la Seguridad Social se haga cargo de todos los gastos de transexualización, que son elevados, lo cual rompería con el actual círculo vicioso, en el que muchas transexuales no pueden, por falta de dinero, seguir la totalidad de su cambio, lo cual, a su vez, les impide regularizar su situación, y las condena a permanecer en un limbo legal, social y existencial durante toda su vida. En Andalucía, la Seguridad Social se hace cargo de operaciones de cambio de sexo. Pero hay que distinguir la demagogia de la realidad. Por lo que se ha sabido, a pesar de la poca transparencia y el secretismo con que la Junta de Andalucía ha llevado el asunto, las operaciones de cambio de sexo (que seguirán haciéndose cuando entre en vigor la nueva ley) realizadas por la Seguridad Social son de muy poca calidad. Si se va a gastar dinero público en CRS, lo más conveniente parece ser que se costee las que se hagan en el extranjero, por cirujanos que ofrezcan garantías de calidad, porque en el sector privado español tampoco los hay. Y no sería muy diferente el precio. Quizás incluso resultaría menor, pues nuestros precios son tan altos como baja la calidad. ¿Por qué, si la cirugía española pasa por ser en general de un buen nivel y en ocasiones incluso de un nivel elevado? Quizá la respuesta esté, como podría deducirse del capítulo 9, pp. 165 y 166, en el desprecio que los cirujanos que practican la CRS sienten hacia sus clientes.

En el lado más puramente negativo, el hecho de que las transexuales sean toleradas no significa que sean aceptadas. Encontrar un trabajo normal parece, en la mayoría de los casos, algo totalmente fuera de su alcance. No les queda, pues, otro camino que la prostitución, que las margina aún más. En esas condiciones, ¿es de extrañar que muchas sigan sintiendo la necesidad de recurrir a la droga, simplemente para poder soportar una vida de humillaciones, de rechazos, de mofa y de agresión permanentes?

La Comunidad Europea ha sido mucho más sensible a los problemas que plantea la transexualidad que nuestro país. En 1992 el Tribunal Europeo de Derechos Humanos dictó una sentencia favorable al reconocimiento del derecho del transexual a que se rectifique registralmente su sexo. La Recomendación 117/1989 del Consejo de Europa solicita que sean proporcionados tratamientos integrales e insta a los Estados miembros a que «aprueben disposiciones sobre el derecho de los transexuales a un cambio de sexo de carácter endocrinológico, plástico-quirúrgico y la prohibición de su discriminación». Y el 19 de julio de 1989 la Comisión de Peticiones del Parlamento Europeo hizo público un informe con siete recomendaciones sobre las discriminación de los transexuales, del que a continuación extraigo los fragmentos que me parecen más significativos:

La adaptación sexual debería ejecutarse de acuerdo a las siguientes fases:

1. Reconocimiento psiquiátrico o psicoterapéutico con vistas a un diagnóstico diferencial ...
2. Período de consulta, durante el cual los transexuales podrán ser ayudados psicoterapéuticamente ... e informados sobre las circunstancias y consecuencias de un eventual cambio de sexo, ...
Al propio tiempo: reconocimientos fundamentalmente médicos ...
3. Inicio del tratamiento con hormonas del sexo contrario, ...
4. Una vez que el paciente ha vivido por lo menos un año, de acuerdo con su nueva identidad sexual, puede llevarse a cabo la operación quirúrgica. ...
5. Una vez que el proceso de cambio de sexo ha concluido, la modificación del sexo debe reconocerse jurídicamente. ...
6. Se recomienda vivamente un seguimiento terapéutico en apoyo del o de la transexual no solo con anterioridad al procedimiento transexualizador, sino también durante éste y una vez concluido, para facilitar la adaptación y mejorar la estabilidad psicológica.
7. Tras la operación, el tratamiento médico no se interrumpe ...

Respecto a la importante Directiva Marco del Consejo de Europa, de noviembre de 2000, relativa a la igualdad de trato en el empleo y la ocupación, a continuación reproduzco breves fragmentos del informe de 18 páginas preparado por Mark Bell, profesor de Derecho de la Universidad de Leicester, por encargo de ILGA (Asociación Interna-

cional Gay y Lesbiana). Las palabras entre corchetes son mías, y pueden ser tanto aclaraciones como notas a pie de página que, al no ser la reproducción completa, intercalo en el texto.

DESPUÉS DE LA DIRECTIVA MARCO: INFORME Y RECOMENDACIONES DE ILGA.

IE doc. 3/2002(ES) Abril 2002

... La Directiva [la 2000/78/CE del 27 de noviembre de 2000, que establece un marco general para la igualdad de trato en el ámbito del empleo y la ocupación OJ(2000) I. 303/16] que entrará [o sea, que entró] en vigor el 2 de diciembre de 2003 prohíbe la discriminación en el empleo por razones de religión o convicciones, edad discapacidad u orientación sexual ... La ley de la UE considera la discriminación de las personas transgénero por razón de su identidad sexual como una forma de discriminación sexual. Este principio fue establecido por el Tribunal de Justicia en el caso de *P. contra S y Cornwall County Council de 1996* donde se sostenía que el despido de una persona tras una operación de cambio de sexo debía considerarse un motivo ilícito en razón de sexo ... Se asume que la prohibición que aparece en el artículo 21(1) [de la Carta de Derechos Fundamentales] por discriminación sexual se extiende también a las personas transgénero.

... Particularmente, y dada la interpretación amplia del término «sexo» por parte del Tribunal de Justicia, apreciamos las posibilidades de una mayor protección contra la discriminación por identidad sexual bajo los auspicios de otra Directiva para la igualdad entre los sexos.

... Aun cuando se permite el cambio de sexo, en algunos países se acompaña de un requisito de esterilización del individuo, sin que exista ninguna causa sanitaria que justifique dicha medida.

... Son particularmente vulnerables [en el área de la vivienda] a la discriminación las personas transexuales cuando otros individuos hacen suposiciones sobre su identidad sexual sobre la base del aspecto personal.

... Las demandas de asilo basadas en la persecución relacionadas con la orientación sexual o la identidad sexual exigen un trato igual al de las basadas en otras formas de opresión. Es necesario prohibir la discriminación y el acoso con relación a la orientación sexual o a la identidad sexual en la implementación de la ley de asilo.

... Es poco probable que resulte efectiva una estrategia basada únicamente en el litigio individual, especialmente en casos de orientación e identidad sexual.

Recomendaciones:

La Unión Europea debe adoptar cuanto antes una legislación que prohíba la discriminación por razón de orientación e identidad sexual en el ámbito extra laboral.

La legislación debe obligar a los Estados Miembros a establecer organismos para la igualdad de trato cuya misión sea la de asistir a las víctimas individuales de la discriminación por razón de la orientación o identidad sexual. Los organismos para la igualdad de trato deberán tener poderes para investigar y dar seguimiento a supuestos casos de discriminación.

Todos los organismos de función pública, sean de ámbito nacional o comunitario, deberán comprometerse con la promoción de la igualdad sin distinción de la orientación o identidad sexual, en cada etapa de la formulación, implementación y evaluación de sus políticas.

No sería justo dejar de mencionar que el Grupo Parlamentario Federal de Izquierda Unida presentó una proposición no de ley ambiciosa, brillantemente defendida por Inés Sabanés, que instaba al gobierno a tomar una serie de medidas, en varios ámbitos, que, de haber sido efectivamente tomadas, hubieran representado un gran salto adelante en lo que se refiere a la condición de las y los transexuales en nuestro país. Pero, aunque aprobada en el Congreso por unanimidad el 14 de abril de 1999, a lo largo del debate parlamentario la ambiciosa proposición no de ley fue reducida a casi nada: a instar al gobierno a que pidiera al Consejo Interterritorial de Salud y a Instituciones Penitenciarias que estudiaran el tema. No sabemos si a estas últimas se lo ha pedido, pero sí que al primero le solicitó un informe, que realizó el Instituto de Salud Carlos III y que no ha sido hecho público. Una compañera nuestra, antigua presidenta del CTC, solicitó, por vía judicial, tener acceso a él, y se le negó, lo cual no obstó para que un fragmento de tan esotérico documento sirviera de argumento para que el Tribunal Supremo denegara el cambio registral de sexo a un transexual (de mujer a hombre) en sentencia de 6 de septiembre de 2002. A nuestro

juicio, al tener la fiscalía acceso a dicho documento, y la defensa no, y al ser éste fundamental para la sentencia, se produjo un caso claro y flagrante de indefensión del transexual por parte del Tribunal Supremo, como repetiremos cuando tratemos con mayor detalle del tema.

Pero una cosa es el cambio registral de sexo, que pertenece al ámbito jurídico, y otra la financiación pública de las operaciones de cambio de sexo y, más ampliamente, de los procesos transexualizadores, que no se limitan a la cirugía genital

El Real Decreto 63/1995, de 20 de enero, regula las «Prestaciones sanitarias, facilitadas directamente a las personas por el Sistema Nacional de Salud y financiadas con cargo a la Seguridad Social o fondos estatales adscritos a la sanidad», y hace la relación de esas prestaciones. La cirugía de cambio de sexo no solo no está incluida entre ellas, sino que además el anexo III («Prestaciones que no son financiadas con cargo a la Seguridad Social o fondos estatales destinados a la asistencia sanitaria»), en su apartado 5, la coloca entre las expresamente excluidas («5. La cirugía de cambio de sexo, salvo la reparadora en estados intersexuales patológicos»). Pero su disposición adicional quinta dice:

Lo dispuesto en este Real Decreto no afecta a las actividades y prestaciones sanitarias realizadas por las Comunidades Autónomas, con cargo a sus propios recursos o mediante precios, tasas u otros ingresos, con arreglo a sus Estatutos de Autonomía y normas de desarrollo.

En definitiva, que el Estado no financia las operaciones de cambio de sexo pero las comunidades autónomas pueden hacerlo.

Respecto al informe del Instituto de Salud Carlos III, afirma *El País* en su edición digital de 31 de julio de 2002:

La subcomisión del consejo interterritorial discutió el informe en junio de este año. Entonces, sólo Extremadura (además de Andalucía) se mostró partidaria de incorporar el tratamiento al catálogo de la Seguridad Social ... Andalucía es la única comunidad que sufraga, desde finales de 1999, los gastos de cirugía de reasignación de sexo. Pero el hospital Carlos Haya de Málaga sólo efectúa dos intervenciones al mes, y tiene una lista de espera de más de 240 personas.

Si las intervenciones del Carlos Haya son tan nefastas como se dice que son (y todo indica que efectivamente lo son), dos al mes son demasiadas.

La Comisión de Derechos Humanos de las Cortes de Castilla y León aprobó el viernes 4 de marzo de 2005, con el apoyo de PP, una proposición no de ley para financiar las operaciones de cambio de sexo de los transexuales (*El País*, 5 de marzo de 2005, p. 38). No sabemos aún qué efectos tendrá (una proposición no de ley aprobada por el Parlamento se limita a «instar» al gobierno, sin vincularlo).

Tanta producción legislativa sobre la transexualidad, ¿ha tenido muchas consecuencias en la vida cotidiana de las trans? A la espera de la anunciada ley que permitirá el cambio registral de sexo sin necesidad de operación, más bien pocas. Mucho ruido y pocas nueces.

Conclusión

Aunque la frecuente, y a veces espectacular, presencia mediática de las transexuales puede dar a primera vista la impresión de que son plenamente aceptadas por la sociedad, la realidad es otra. A pesar de que se han registrado avances desde que salieron a la luz en los años que siguieron a la muerte de Franco, el mercado del trabajo, con raras excepciones, las sigue rechazando, lo que las obliga a ejercer masivamente la prostitución, actividad —en mi opinión— injustamente denostada, y que carece de marco legal, como carecen de marco legal los cambios de sexo que la justicia, bajo la presión de la sociedad y del entorno geográfico y cultural, se ve obligada a admitir. Los jueces carecen de una ley que les marque el camino que han de seguir y deciden según su propio criterio. La jurisprudencia del Tribunal Supremo, que ha sido favorable a las transexuales, para los demás tribunales es puramente orientativa, no normativa, como sí lo será la ley que el partido en el poder se ha comprometido a promulgar y que, al igual que la reciente ley inglesa, no exigirá, para el cambio legal de sexo, operación de los genitales, la cual no es financiada por la Seguridad Social o los fondos Estatales. Sin embargo, las comunidades autónomas que lo decidan, pueden realizarla, siempre y cuando corran con los gastos correspondientes. Sólo Andalucía y Extremadura se han

decidido a hacerlo. Recientemente, la Comisión de Derechos Humanos de las Cortes de Castilla y León aprobó una proposición no de ley de financiación de las operaciones de cambio de sexo. Pero el gran impulso a la causa de las trans, a su no discriminación, ha venido de las instituciones de la Unión Europea.

Por otra parte, desde el principio he querido dejar clara mi condición de transexual, lo que adscribe este estudio a la corriente de la etnografía extrema.

2. Vacilantes comienzos El «Stonewall» del 78

Pero fue en Barcelona donde del movimiento adquirió por primera vez conciencia de su capacidad de actuación autónoma, afirmando su propia capacidad de autoconvocatoria y de autoorganización con una manifestación que fue capaz de romper ya no solamente con la prohibición que pesaba sobre ella, sino también con los propios límites de la tolerancia, mostrando que esa libertad tan cacareada se arranca, no se negocia, no se suplica.

La Pluma, 1978, p. 2

La transición fue un período tan confuso y lleno de contradicciones que a la mayoría de quienes la vivimos nos cuesta tener un recuerdo claro (y no muchos opuestos) acerca de ella. Lo que a primera vista parece más evidente es la fecha de su inicio: la de la muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975. Y, sin embargo, hay personas que hasta eso ponen en duda. Según ellas, la transición de la sociedad española (la de su administración y la de su ordenamiento jurídico vendrían después) empezó realmente cuando España dejó de ser un país rural para convertirse en uno urbano, industrial y de servicios. El carácter gregario de los habitantes de las ciudades, en contraste con el aislamiento de los del campo, da a la información de la que en ellas se dispone un carácter plural que, aunque no se refleje en los medios de comunicación masiva, que pueden continuar siendo monolíticos, no por ello deja de existir, gracias al boca a oreja (y ahora a los modernos sistemas de comunicación: Internet, los teléfonos móviles). La huelga espontánea de usuarios de transportes públicos de Barcelona de los años sesenta, que, desde el punto de vista oficial, prácticamente no existió, y que, sin embargo, puso a caminar, de casa al trabajo y del trabajo a casa, a casi todos los trabajadores de la ciudad, fue un ejemplo de ello.

No sólo se modificaba el nivel de vida, sino también la actitud ante ella. España dejó de ser la «reserva espiritual de Occidente» para empezar a convertirse, simplemente, en un país occidental más. Lo cuenta muy bien Jordi Petit, el conocido militante gay, a quien el sentimiento de culpa que le infundieron los salesianos le había amargado bastante los primeros años de su vida:

Contra viento y marea, la vida de la sociedad española cambiaba por momentos. En la industrial Barcelona los puestos de los mercados se convertían en improvisadas ágoras: la pescadera o la verdulera, con sus mejores peinados todavía medio en pie, comentaban a sus clientas, tras un puente, la excursión semiclandestina a Perpiñán. *El último tango en París* hacía furor y todas comentaban lo de la mantequilla. El pecado estaba tras la frontera. Pero a esas alturas tal travesura formaba parte de la curiosidad y el deseo de modernidad, lejos de toda culpa. La democracia empezaba con la escena de Marlon Brando, Maria Schneider y la dichosa mantequilla (Petit, 2004, p. 39).

Según esta teoría, al haber entrado España en un proceso de modernización (que el turismo y la emigración, con sus remesas de divisas, ambos fenómenos masivos, ampliaban continua y rápidamente) el país estaba abocado a la democracia (sin adjetivos) tarde o temprano, con Franco o sin él. En cuanto se detuvieron los sofisticados instrumentos médicos cuyo funcionamiento indicaba que el dictador no estaba muerto del todo, los partidos políticos, hasta entonces inexistentes o, al menos, desconocidos, brotaron como setas, sin que se supiera si tenían una base de militantes o sólo un nombre. La revista *Cambio 16*, entonces en su apogeo, contó más de 200 nuevos y a sus siglas las llamó «sopa de letras». Fue un período de confusión.

De ese período data una revista que un día encontré husmeando entre los viejos papeles del CTC. Su nombre era *La Pluma*, lo publicaba la CCAG (Coordinadora de Col·lectius per l'Alliberament Gai), se trataba de su segundo número y su fecha era julio-agosto de 1978, cuando en el Parlamento se discutía la Constitución mientras en la calle la policía agudizaba la represión contra la prostitución. Es posible que el ejemplar que tengo en mis manos sea el único que sobrevive, pues es una revista de la que nunca había oído hablar, y en las hemerotecas, bajo la rúbrica «transexualidad» únicamente aparece, algunas veces, *BSTc* (cuyo nombre se refiere a la subdivisión central de la

cama núcleo de la *stria terminalis*, situada en una parte del cerebro, el hipotálamo, que, según algunos estudios, es más pequeña en las mujeres y en los transexuales que en los hombres).

El editorial y el primer reportaje del ejemplar de *La Pluma* están dedicados al día del orgullo gay-lésbico-trans, que ese año se celebró el 25 de junio, domingo, y establecen una nítida vinculación entre el control de la sociedad por las clases dominantes y la violencia policial contra la población marginada, particularmente los inconformistas de género.

Desde entonces, muchos gays han salido del armario (se calcula que hay 1.000 por cada trans) y han demostrado un enorme poder adquisitivo (la famosa «peseta rosa»). Ha desaparecido, por los menos entre las clases medias y altas, el estigma que pesaba sobre ellos y aparentemente se han incorporado a las clases dominantes. La prueba es que todos los partidos políticos desean tener «sus» gays y que en abril-mayo de 2005 fue aprobada por el Congreso una ley que establece el matrimonio entre personas del mismo sexo, con lo que se ha convertido en el cuarto país del mundo en el que ello ocurre y el único en el que estos matrimonios unisexuales pueden adoptar hijos en el país o en el extranjero (en Holanda sólo pueden hacerlo en el país). En todo caso, Fraga Iribarne no podría hoy repetir su famosa frase de que «afortunadamente, en el Parlamento español no hay ningún homosexual» (la cita es de memoria, luego podría no ser textual, pero en su día fue muy repetida y comentada). Creo que, por muy chulo que sea (o haya sido), no tendría el valor de hacerlo. De entrada, porque todo el mundo sabe que mentiría.

La periodista televisiva Julia Otero le dijo a un periodista que la entrevistaba para el suplemento dominical de *El País*:

J. O.: ... ¡O sea que el *lobby* gay a usted sí le da miedo!

P.: Mucho miedo.

J. O.: Ésta es la cuestión. Que a usted le da miedo el *lobby* gay, y, en cambio, no teme al *lobby* femenino. Pregúntese por qué. (Otero, 2004.)

Conviene añadir que quien la entrevistaba era Arcadi Espada, periodista importante y conocido. Si a él el *lobby* gay le inspira mucho miedo, ¿qué le inspirará a un periodista poco importante y desconocido? ¿Y por qué?

Por otra parte, cabe preguntarse si el famoso y temido *lobby* gay (con el que no he tenido ningún contacto ni directo ni indirecto, mientras que con la peseta rosa sí) realmente existe, o si es un invento de la derecha (a través de medios como el diario *La Razón*) para justificarse por no haber podido frenar el avance social de temas como el matrimonio entre personas del mismo sexo, o su posibilidad de adoptar hijos, o la ampliación de los supuestos del aborto. Mi impresión es que, en tanto que organización jerarquizada, no existe. Otra cosa es que los círculos de amistades de los gays comprendan sobre todo gays, que se ayuden entre sí y que tengan posturas iguales o similares en temas que les afecten. Coincido bastante en la opinión que, en una entrevista, expresa el autor del libro *Gái, ¿El quinto poder?*, Joan Martínez Vergel, periodista y profesor de posgrado de la Universidad Autónoma de Barcelona:

P.: *¿Forman los gays un «lobby»?*

R.: Creo que considerar al colectivo gay como un *lobby* de poder es una exageración, porque forman un grupo desorganizado, que no tiene mucha historia ni poder económico.

P.: *Pero alguna influencia tendrán para se hayan aprobado sus derechos...*

R.: El factor desencadenante fue la salida del armario de personas de la Iglesia, el Ejército, la cultura, la televisión y la política, que rompieron con el estereotipo de que en el momento en que te declararas homosexual estabas condenado al fracaso profesional y social. La gente ha visto que hay muchas maneras de ser gay, diferentes a aquel estereotipo de la etapa franquista, hay gente muy seria y muy sana.

P.: *¿En qué gremio es más difícil salir del armario?*

R.: En el Ejército. El teniente coronel José María Sánchez Silva es el segundo alto cargo militar del mundo que ha salido del armario. El primero fue un comandante de EE.UU. (*Metro* [diario de distribución gratuita], 14 de junio de 2005, p. 29).»

Después de la aprobación del matrimonio entre parejas del mismo sexo, una concejal madrileña de extrema derecha declaró al diario italiano *Il Giornale* que «el presidente José Luis Rodríguez Zapatero ha actuado para “complacer a un *lobby* poderoso”, el de los homosexuales ... dijo también que Zapatero “ha traicionado a España”, pero la concejal negó ayer tarde haber pronunciado la palabra traición y man-

dó una carta de rectificación al diario italiano» (El País, 28 de abril de 2005, p. 32). Quizá la haya pronunciado o quizá no, pero tenía un motivo de peso para negarlo. Siendo la traición a España un delito, quien acusa a otra persona de haberlo cometido y no lo prueba, incurre, a su vez, en un delito de calumnia. Y el fanatismo de la concejal no es tan fuerte como para impulsarla a correr ese riesgo.

Supongo (no me consta) que en las clases bajas la homosexualidad masculina todavía debe producir vergüenza y humillaciones. Pero en los sitios donde corre el dinero, como restaurantes de lujo, tiendas de lujo y todo lo que es de lujo, los gays campean por sus fueros, tengan *lobby* o no. No se les puede reprochar. El dinero que exhiben, el dinero que gastan, suyo es, y probablemente ya lo era antes de que salieran del armario, pero entonces no se atrevían a llamar la atención haciendo ostentación de él. Ha debido ocurrirles lo que a las primeras trans que salieron a la luz del sol: que se embriagaron de una libertad recién conquistada después de una larga noche de clandestinidad e incurrieron en excesos. Pero, tanto en un caso como en otro, sería injusto hacer reproches a alguien por intentar resarcirse de aquello de lo que la vida le ha privado hasta entonces, por intentar recuperar el tiempo perdido.

Y que sean muchos tampoco se les puede reprochar. Entre una cosa y otra, actualmente su supuesta condición de clase marginada de la sociedad es pura retórica mezclada quizá con algo de nostalgia de los tiempos en que se sentían solidarios con los grupos marginados, porque formaban parte de ellos. Ahora son clase dominante, con numerosas excepciones a nivel personal. A nivel institucional, sería ingrato no dejar constancia del apoyo a fondo que ha prestado la ILGA (Asociación Internacional de Lesbianas y Gays) a la lucha contra la discriminación trans, que ha hecho suya, como lo prueba el informe elaborado por Mark Bell, del que hago un breve resumen en el capítulo anterior. Y entre las trans y los gays pobres reina la solidaridad de los parias. Ya sé que hay trans ricas, pero son demasiado pocas para que su dinero les permita salir de la marginalidad. Y, menos aún, sacar de ella a la comunidad a la que pertenecen.

En cuanto a las lesbianas, se invisibilizan con tanta facilidad y son tan diferentes entre sí, que es difícil hablar de ellas. Incluso la frontera entre lesbianismo y feminismo radical no siempre es fácil de trazar. Las lesbianas que han tenido el valor de «salir del armario» se

han encontrado con frecuencia doblemente discriminadas, como lesbianas y como mujeres.

Las trans somos con frecuencia muy diferentes entre nosotras, pero buena parte de la sociedad piensa que todas somos más o menos iguales, más o menos equivalentes. De la misma forma que la ideología dominante, o sea, el machismo, ha atribuido unos rasgos determinados a los estereotipos de hombre y de mujer, por los que pretende que se rija la sociedad, también ha creado, con ayuda de la televisión (y a veces de nosotras mismas), un estereotipo de transexual al que creen que obedecemos: el de caricaturas de mujeres. Y «... la estereotipia o el “recorte” de nuestras expectativas normativas referentes a la conducta y el carácter» (Goffman, 1963, p. 67) limita esa espontaneidad en busca de la cual asumimos nuestra condición.

De entrada, es frecuente que se considere que la palabra «transexual» es muy literaria y nos queda grande. Cuando unos niños quieren mostrar lo chulos que son, nos gritan, simplemente: «¡Mariconas!». O: «¡Manolo!», en alusión a Bibi («Malagueño/malagueña», la llamaba Francisco Umbral en sus crónicas).

El estigma y la marginación a las que se nos condena, nos unen (tampoco mucho, pero sí algo). Y en cuanto a invisibilizarnos... hay quien lo consigue y quien no. Y los prejuicios de la sociedad, con su arcaica bipolaridad, combinados con nuestros propios intereses, nos obligan en ocasiones a marchar simultáneamente en direcciones opuestas. A la vez que nos cuidamos, nos hormonamos, nos feminizamos con la cirugía que esté al alcance de nuestro bolsillo, tenemos que usar prendas masculinas (o, por lo menos, unisex) para ir a buscar un trabajo que la contradicción entre nuestro aspecto y nuestra documentación nos quitaría toda posibilidad de obtener. Entonces, de golpe, nuestra gran preocupación de no ser suficientemente femeninas se convierte en la de serlo demasiado. Porque la prostitución ya no es, como era antes, la última e infalible solución de nuestros más agobiantes problemas económicos. Numerosas somos las que hemos tenido que dejarla, después ejercerla durante muchos años, porque ya no nos daba suficiente para vivir.

«Contra Franco, vivíamos mejor» fue una frase que se escuchó mucho durante algún tiempo. «Contra la represión dura, nos sentíamos más unidos gays, lesbianas, bisexuales y trans», es una frase menos contundente pero también muy cierta. El ejemplar de *La Pluma*

despertó en mí la nostalgia de ese tiempo en que todo parecía posible y, sin embargo, todo iba a peor, en que sabíamos que estábamos a las puertas de la libertad, pero las puertas no se abrían. Por eso no resisto la tentación de reproducir extractos de ese editorial y de ese reportaje, de los que de otra forma quizá pronto no quede huella alguna. Aclaro que en ese momento (y todavía, pero entonces más) «homosexual» significaba tanto gay como lesbiana y que los corchetes en medio de los cuales aparece «y trans» o alguna explicación, son míos; el último paréntesis, «(establecido, por supuesto)», ya viene en el original. Somos tan pocas que siempre se ha tenido, y se sigue teniendo, tendencia a excluarnos de los grupos marginados, y tenemos que entrar por la puerta de atrás, que es la función que en este caso cumplen los corchetes.

[Editorial]

LA AUTONOMÍA DEL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL [Y TRANS]

El 25 de junio homosexuales, travestis, lesbianas... salimos a la calle en diferentes ciudades del Estado español a manifestar nuestra voluntad de luchar contra la represión que se ejerce sobre todos nosotros. Bilbao, Barcelona, Sevilla y Madrid oyeron nuestras reivindicaciones gritadas por miles de voces que rompían una vez más el silencio oscuro de la represión y la ignorancia.

[...]

Quien dijo que las mariquitas, que los travestis, que las lesbianas son hoy, en su lucha, los sujetos de una moda pasajera, divertidos y folklóricos, pero sin capacidad de expresar su propia fuerza para avanzar por la liberación total contra este sistema, ese domingo 25 de junio se le helaron las palabras. Ese domingo, con la ocupación de unas Ramblas tomadas por la Policía, con la capacidad de respuesta que mostró la manifestación frente a la agresión policial, algo quedó bien patente, que el movimiento de liberación homosexual [y trans] está aquí en la calle, con la fuerza y la voluntad de enfrentarnos contra todos aquellos que se opongan a una realidad que nos conduce también hacia la liberación total. El movimiento reafirmó su capacidad autónoma de dar respuesta a la opresión que genera el capitalismo, al machismo y al autoritarismo, y sentó las bases a un proceso de enfrentamiento contra todo lo que genera nuestra represión permanente.

[...]

... Por donde pasaba la manifestación la hierba seguía allí entera y creciendo, y miles de flores de libertad germinaban por su recorrido. Sólo cuando la policía (democrática que dicen que es, los señores de arriba) agredió violentamente, el aire de la manifestación cambió radicalmente. Porque nuestra libertad estaba en juego, porque había que demostrarles que estábamos dispuestos a no tolerar más represiones, porque sabíamos que la libertad sólo se conquista con la lucha contra aquellos que nos la niegan, respondimos a su agresión con el enfrentamiento, mostrándoles nuestra voluntad de acabar con la violencia del sistema. Pese a la prohibición de la manifestación, más de cinco mil personas fueron, decididas a expresar libremente las ansias de una libertad sexual real, de una libertad sexual en la calle, con el fin de la represión que se ejerce cotidianamente sobre los homosexuales, travestis, lesbianas, en función de su opción sexual. Decididos a luchar contra la represión en general que permanentemente se ejerce sobre todos los oprimidos, sobre todos los explotados, la represión del Estado...

El movimiento homosexual, aquí, no cayó en la trampa del reformismo ni en la trampa del gobierno. Frente a la tolerancia que intenta integrarlo ha mostrado que su liberación va ligada a la lucha de todos por la liberación total y que esta lucha va ligada a dar respuesta continua a las agresiones de las fuerzas que sustentan este sistema. Frente a la represión que intenta acabar con su capacidad revolucionaria ha mostrado su capacidad de respuesta y ha afirmado su voluntad de seguir adelante con todos sus contenidos liberadores. Frente a los intentos de las fuerzas reformistas de conducir el movimiento a un callejón sin salida que le impida conseguir su objetivos mediante el engaño y la desmovilización, éste ha sabido iniciar un proceso de consolidación de la autonomía de su lucha, pieza clave para avanzar decidida y definitivamente hacia la liberación homosexual, hacia la liberación total.»

Reportaje

CONTANDO LA MANIFESTACIÓN, Y MÁS...

[...]

En Catalunya, es la segunda vez que los homosexuales [y las trans] salimos a la calle en memoria de aquellos compañeros reprimidos el año 69 en Nueva York. Y por segunda vez en la divina y folklórica Rambla de Barcelona sonaron los disparos de la policía. Los manifestantes nos vimos obligados a cortar el tráfico y hacer barricadas, mientras se apaleaba a decenas de nosotros y se detenía a otros.

[El gobernador civil, Martín Villa, había prohibido la manifestación, cualquiera que fuera su recorrido].

[...]

En las charlas que la CCAG dio en casi todos los barrios de Barcelona y poblaciones obreras del cinturón dimos la catedral como lugar de cita.

[...]

El gobernador civil que había prohibido la manifestación pensó que las lesbianas, mariquitas, chaperos, travestis, transexuales, somos miedosos. Y que íbamos a ir muy pocas a la catedral.

Pero cuál no sería nuestra sorpresa, la de mi amante y la mía, cuando al enfilar la Avda. de la Catedral desde Layetana nos encontramos con la realidad: miles de personas ponían en movimiento aquella plaza gótica, bañada por el dulce sol de una tarde de junio.

Las pancartas eran todas improvisadas. Algunas hechas con pegatinas sobre fondo rosa.

«Prou Repressió als homosexuals»

«Prou Redades»

«Llibertat sexual al carrer»

«Abolició de les presons»

«Abajo la Ley de Peligrosidad»

«Libertad de amar a quien se quiera»

«Amnistía total»

Estas pancartas y consignas iban acompañadas por otras como:

«Prostitución reconocida» «Queremos trabajo, no prostitución».

Y que denuncian la hipocresía de esta sociedad que mantiene a amplios sectores de la población marginados de un puesto de trabajo, obligándoles a prostituirse para sobrevivir. Al mismo tiempo aísla a las personas, destruye la comunicación entre los seres humanos, reduce la sexualidad a genitalidad: la polla, el coño... Esta sociedad que hace de la venta del cuerpo un ramo más del comercio, y sin embargo reprime la prostitución y encarcela a los individuos de la clase obrera que la ejercen: chaperos, mariquitas, travestis, transexuales, mujeres...

La prostitución, mientras haya ricos y pobres, mientras se pueda conseguir algo con dinero, mientras el placer y el cuerpo sean negados por el trabajo, la autoridad, el placer de los de arriba, existirá como necesidad del sistema. Y frente a esto es absurdo dedicarse a hacer sermones moralistas sobre lo malo que es...

[...]

Un retazo de libertad estalla entre los puestos de flores, periquitos, peces, periódicos y revistas

[...]

Porque nosotros, sépanlo bien, ¡señores del poder!, «llevamos un mundo nuevo dentro de nuestros corazones». Un mundo que estamos dispuestos a construir sobre las ruinas de esta sociedad de explotación, marginación y opresión. Donde exista la «Libertad de expresión» el derecho a la diferencia, a adornarse cada cual como quiera, no haya categorías establecidas: masculino-activo, femenino-pasivo. Donde no exista el machismo. Ni clases sociales, ni explotadores, ni policías.

Y por eso ponemos en primer lugar el derecho al placer, descubrimos nuestro propio cuerpo. Y luchamos contra la represión, tanto física de la policía, de los tribunales, de la Constitución, como moral de la Iglesia y de la propia gente...

[...]

Después de un intento de dispersión general [los policías] se emplearon a fondo con los manifestantes de la parte de abajo de las Ramblas, las balas se oían zumbiar constantemente...

[...]

Arriba cortamos el tráfico e hicimos también barricadas. Se trataba de evitar las cargas brutales de las «fuerzas del orden» (establecido, por supuesto) contra los demás compañeros.

[...]

Durante dos horas nos defendimos de la represión generalizada de la policía.

Si hicimos barricadas y cortamos el tráfico fue para evitar que nos masacraran. Y si hicimos la manifestación, a pesar de la prohibición, fue porque tenemos derecho, un derecho que nos autoconcedemos nosotros a manifestarnos libremente. Sin tener por qué pedir permiso a nuestros dominadores y represores.

El Ojete Avisor

¿Cómo evitar comparar esta manifestación del 78, con sus balas, apaleamientos, detenciones, barricadas para defenderse de la violencia policial, con la de 2004, que tuvo lugar el sábado 26 de junio? Mi visión de ella es parcial pues todo el tiempo estuve ayudando a sujetar pancarta del CTC, grande y hermosa, que había hecho Berta para la ocasión, en la cual se veía, recostada casi de un extremo al otro, una bella sirena, los pechos al aire, la gran cola trazando una curva graciosa. Detrás de nosotras, un gran grupo de trans brasileñas, diez o quince, bailando continuamente la samba, con la gracia y el ritmo que

se les conoce. Mirándolas, no podía dejar de compararlas con sus compatriotas que invadieron Europa hacia los ochenta, casi todas ellas iguales, con unas caras y unos cuerpos, de quirófano, deslumbrantes. Y también, casi todas, operadas. Mis vecinas en la manifestación, en cambio, eran bonitas a secas. Algunas se habían hecho retoques en la cara, y a otras, si se los habían hecho, no se les notaba. Ninguna pretendía ser deslumbrante y probablemente pocas se habían operado. Y, sobre todo, no intentaban ser iguales en la perfección. Valoraban, por lo que se podía ver, más su propia personalidad que una belleza convencional, lo cual no se limita sólo a las brasileñas (Bolin, 1998). Su cabecilla es Gladis, una morena alta y hermosa, que algunas veces lleva gafas (no ese día, evidentemente) lo cual le da cierto aire intelectual que contrasta con su temperamento exuberante, lleno de pasión por Barcelona y por Catalunya, donde lleva viviendo veinte años, que son, más o menos, los años de menos que aparenta respecto a los que realmente tiene. Dice que se siente más catalana que brasileña. Desborda energía, alegría, optimismo, y Catalunya y Barcelona le han devuelto toda la vida que les aporta, pues ha prosperado bastante y ha ayudado prosperar a buen número de compatriotas suyas. Nunca mejor merecido. Siendo extranjera y viviendo entre trans, supongo que habrá tenido algún problema con la administración y con la sociedad, pero mi impresión es que ni la amargura ni la marginación han hecho nunca mella en su enorme fuerza interior. No es, desde luego, el motor del mundo (como llamaba Aristóteles a Dios), pero sí el motor de su mundo. De un mundo trans. Sus empresas, dedicadas a la prostitución, tienen su página web y pone abundantes y largos «pequeños anuncios» en los periódicos.

La tendencia a la naturalidad, el rechazo de los estereotipos ganan terreno entre las trans. Una amiga mía tenía un gran puente en la nariz que le daba cierto aspecto de bruja de cuento de hadas. Cuando tuvo dinero se hizo hacer una rinoscopia... y se dejó el puente, aunque rebajado. «Es que con una nariz pequeña, fina y respingona no me sentiría yo misma», explicaba. Y también en la vestimenta (al igual que ocurre con muchas mujeres biológicas) la comodidad prima cada vez más sobre la estética, excepto en los momentos en que se ejerce la prostitución. Cuando empecé a ir al colectivo, Berta siempre caminaba sobre elevadas plataformas. Ahora es raro que vaya a las reuniones con tacones altos.

Volviendo a la celebración del 18 de junio de 2004, fue una gran fiesta, llena de alegría, a la cual se unían muchos transeúntes. Gracias a nuestras compañeras brasileñas, fue un pequeño carnaval, y eso que los organizadores no les permitieron pasearse en la gran carroza en la que tenían pensado hacerlo.

En contraste con la manifestación del 78, en la de 2004 la policía no hizo acto de presencia. Evitada la provocación, evitadas la violencia, las balas, las barricadas. Olvidadas por un momento las diferencias y las pugnas internas, fue realmente una fiesta de orgullo, de solidaridad y de amor gay, lésbico, bisexual y transexual.

3. Situación en el Tercer Mundo Una violencia despiadada

Las víctimas de la tortura a la que nos referimos en este informe incluyen a los derechos de los gays, las lesbianas, los bisexuales y los transexuales, a quienes se considera una amenaza para el orden social; a mujeres que tratan de decidir autónomamente sobre sus cuerpos; a hombres tachados de traidores a los privilegios masculinos porque se considera que adoptan roles «femeninos», y a transexuales que ponen en duda idea tradicional de que toda la humanidad debe pertenecer irrevocablemente a una de las dos categorías de género. No acatar la «norma heterosexual» puede acarrear condena moral, exclusión y violencia para quienes cuestionan los roles definidos tradicionalmente para los géneros o no los asumen.

Amnistía Internacional, 2001

España se está convirtiendo en un país multicultural y mestizo ante nuestros ojos. No me refiero a la fuerza de los movimientos nacionalistas de las comunidades autonomas, sino a la gran cantidad de inmigración reciente. Venida con frecuencia de otras culturas, con otras lenguas, otras tradiciones, otras religiones. Pero también de nuestra misma área cultural, lo que facilita su asimilación. Quizá donde primero se ha notado ese fenómeno haya sido en la prostitución. Desde hace ya varios años los medios repiten con cierta frecuencia que el 80 por ciento del dinero que mueve esta actividad va a parar a las manos de inmigrantes recientes (mejor dicho, sobre todo, de sus explotadores). Como comenta Lola en uno de los anexos de este libro («Una superviviente»), en un reportaje televisivo que vio sobre la prostitución en la Casa de Campo de Madrid, «menos españolas, había de todo».

Desde hace quince años vivo en el Barrio Chino, en el corazón trans de Barcelona, de cuyos comercios y de cuyos pisos se fueron apropiando los paquistaníes, y en los últimos tiempos tengo la impresión de estar viviendo en Pakistán. Y lo mismo ocurre en otros barrios y con nacionales originarios de otros países.

Cuando se produce un gran desplazamiento de parte de la población de un país a otro, y esa población se agrupa en determinadas zonas, se tienden a reproducir las formas de vida del país de origen. En el distrito neoyorquino de Queens viven más de dos millones de colombianos, que han creado una Colombia a escala reducida, con su narcotráfico, sus dos principales grupos guerrilleros (las FARC y el ELN), sus paramilitares, sus secuestros, sus asesinatos, sus ajustes de cuentas. También en Nueva York, un médico me contaba que uno de los problemas que tienen los hospitales son los pacientes que han nacido, se han criado y han vivido siempre en la ciudad... y no hablan inglés. En España hemos empezado a vislumbrar los problemas de choques de culturas que se nos avecinan con el fundamentalismo islámico.

Esta inmigración masiva y desordenada ha perjudicado al conjunto de los trabajadores españoles. Cuando aumenta la oferta de cualquier mercancía, incluyendo la humana, y la demanda sigue igual, los precios tienden a bajar. Un inspector de la empresa en la que trabajo me dijo el otro día, con aire falsamente inocente: «¿Sabes que continuamente van a la oficina personas a ofrecerse para hacer lo que tu haces por menos dinero?». Y no dudo que este chantaje a la baja se repite millones de veces a lo largo del país. Porque la gran beneficiada, como siempre, ha sido la clase dominante, que ahora encuentra en el mercado del trabajo personas sin papeles (o con papeles pero sin trabajo) dispuestas a hacer cualquier cosa por cualquier precio y con cualquier horario, lo que la ayuda a incrementar sus beneficios.

Probablemente una persona bien (y sólidamente) situada que lea este capítulo encontrará que mis comentarios respecto a la inmigración son xenófobos, lo que me molestaría pues siempre he predicado e intentado practicar la solidaridad, y yo misma soy inmigrante. Pero en este caso puede más la experiencia que la ideología, y pienso que mis comentarios, más que xenófobos, son, simplemente, realistas, y no inspirados por sentimientos hostiles sino

por un conflicto de intereses. Como explico en el capítulo 10, la zona donde ejercía la prostitución, el Arco, fue invadida por una horda de jóvenes negras a las que la prensa calificaba de «subsaharianas» (no todas lo eran), que, además de ser muy numerosas, tenían con los eventuales clientes una actitud desvergonzada (o, para intentar ser políticamente correctos, carente de nuestro sentido de la vergüenza) que les daba buenos resultados, lo que nos dejaba casi sin trabajo a las pocas trans y mujeres de la época anterior que aún quedábamos y me obligó a dejar la prostitución, pues ya no me daba para vivir. ¡Sólo faltaría que la inmigración reciente me desplazara también de mi modesto trabajo actual de portero nocturno! Si así fuera, en cualquier otro trabajo que encontrara podría ocurrir lo mismo, pues en el mundo hay muchos millones de personas al borde de la muerte por inanición, y la clase dirigente española, para tener a quien explotar a conciencia, de regularización en regularización y de ampliación de plazo en ampliación de plazo, les está abriendo las puertas del país. ¿De qué viviré yo entonces? ¿De limosnas? Además, la llegada de grandes cantidades de inmigrantes a mi barrio ha hecho que en él algunos años los alquileres subieran hasta un 30 por 100, muy por encima de la media barcelonesa. Las personas bien situadas no viven en sus carnes los efectos negativos de la inmigración masiva y sólo ven, creo, lo positivo, estética e intelectualmente, que aportan el multiculturalismo y el mestizaje a nuestra sociedad (pienso ahora como antropóloga). Y yo estaría de acuerdo con ellas si no fuera porque pone en peligro mi supervivencia, y el instinto de conservación eclipsa cualquier otra consideración. El multiculturalismo empieza a ser cuestionado incluso en Alemania, que fue su gran entusiasta, aunque más por motivos culturales que económicos. Dice la abogada Seyran Ates, nacida en Estambul y criada en Berlín:

El sueño multicultural implicaba que viviáramos los unos junto a los otros, y esto implicaba no preguntarse si ciertas características culturales violaban derechos fundamentales... La mala conciencia por el nazismo ha hecho temer a muchos que si criticaban los comportamientos de los extranjeros musulmanes que viven aquí pudieran ser calificados de xenófobos (*La Vanguardia*, 14 de marzo de 2005, p. 8).

Las características culturales a que hace alusión comprende prácticas habituales como la ablación, los sacrificios rituales y el matrimonio forzoso (aquí, según los medios, las negras que ejercen la prostitución son controladas por sus proxenetas por medio del vudú). «Entre 1996 y 2004 fueron asesinadas en Alemania 45 mujeres, víctimas de “crímenes de honor” (*ibid.*)» Y en cuanto al temor de los alemanes a ser calificados de xenófobos, el equivalente aquí es el miedo a ser considerado conservador, que impera en muchos ambientes, entre ellos el de la comunidad genérica. Como si ser progre fuese una obligación y el progresismo la solución de todos los problemas, cuando a veces lo que hace es empeorarlos. En este caso, los de las clases pobres, pues las dominantes están encantadas de disponer de mano de obra barata. Los progres no se dan cuenta de que con sus buenos sentimientos están siendo los «tontos útiles» de la oligarquía.

Hace una generación, un trabajador, y me refiero concretamente al librero al lado del cual yo vivía hasta hace poco, con ingresos medios, cuya esposa se dedicaba a «faenas del hogar», podía casarse, comprar (con hipoteca) un piso y dar educación, hasta terminar la universidad, a sus dos hijos. Hoy, los hijos, ya graduados y con novias que trabajan, no se pueden independizar porque no tienen unos ingresos ni fijos ni suficientes que les permitan contraer la deuda a largo plazo que implica una hipoteca, y es difícil encontrar pisos de alquiler a precio accesible. Y los taxistas, que eran una de las principales fuentes de ingresos de la prostitución, ya no la frecuentan casi. Es que antes podían trabajar ocho o diez horas diarias y luego echar una canita al aire. Ahora, trabajando catorce horas diarias, casi no les alcanza ni para subsistir. Y no porque no tengan clientes, sino porque sus impuestos se han multiplicado. El famoso aumento de la renta *per capita* de los españoles es una falacia: sólo indica que los ricos, gracias a sus amigos del gobierno (el que sea, todos hacen lo mismo: favorecer a los suyos, que también son los mismos que los de los otros), son mucho más ricos y los pobres mucho más pobres. En Estados Unidos, «la diferencia de sueldo entre un obrero y un directivo ha pasado de 82 a 400 veces en los últimos 12 años» (*La Vanguardia*, 13 de marzo de 2005, suplemento *Dinero*, p. 6). Y aquí debe de ocurrir algo parecido, ya que en todo tratamos de imitarlos. Por ello, el aumento del PIB para el español medio no significa absolutamente nada.

En lo que sí se ha avanzado notablemente es en el arte de hacer mentir las estadísticas oficiales: las tasas de inflación que da el gobierno no tienen nada que ver con el aumento del coste de la vida que se constata en la calle. «Els catalans cobren menys y paguen car» es el título de un artículo de un diario de distribución gratuita —y gran difusión—, en el que, entre otras cosas dice:

Aquesta situació es repeteix des de 1985. A tall d'exemple, l'UGT revela que en els darrers quatre anys el cost de la vida a Catalunya ha augmentat un 13,7 per 100, mentre que els sous només s'han incrementat un 0,26 per 100.

Retrospectivamente, resulta evidente que la «Operación euro» fue principalmente una gigantesca maniobra de distracción para, sin que se notara mucho, subir escandalosamente los precios. Un ejemplo entre muchos: el papel que en este momento está usted leyendo probablemente sea una fotocopia. Antes de la llegada del Euro, costaba, en cualquier copistería, 10 pesetas. Al día siguiente de la implantación de la nueva moneda pasó a costar 0,10 €. A primera vista, lo mismo, por eso del 10, pero, en realidad, equivalía a 16,6 pesetas. En una noche su precio había aumentado un 66,6 por 100. Y si, además, se tiene en cuenta que el precio de la vivienda se está duplicando cada pocos años (en lo que tienen mucho que ver los políticos de los ayuntamientos, que ponen por las nubes el precio del suelo edificable), el mencionado aumento de los precios en relación con los salarios en los últimos cuatro años no resulta inverosímil.

En 2001, la editorial Amnistía Internacional, de Madrid, publicó el libro *Crímenes de odio, conspiración de silencio. Tortura y malos tratos inspirados en la identidad sexual*. Libro que no pretende ser global y exhaustivo, sino sólo ilustrar tipos de violencia perpetrados en muchos países.

De entrada, Amnistía Internacional (en adelante, A. I.) advierte que cuando usa la expresión «derechos Humanos de Gays y Lesbianas», debe leerse como la referencia abreviada a los derechos humanos de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales» (p. 4). Para abreviar, utilizaré la sigla GLBT.

Como es bien sabido, A. I. «es un movimiento de activistas voluntarios con más de un millón de miembros y suscriptores repartidos

en más de 140 países y territorios», y, además, «es independiente de todo gobierno, ideología política o credo religioso» (p. 3).

Puede parecer incoherente que en una tesis que intenta ser concreta y dedicada a la transexualidad española mencione ejemplos de países exóticos. Pero, a causa de la inmigración masiva, es posible que un día descubramos que lo que hasta la víspera hemos considerado exótico se ha adueñado de nuestro barrio y de nuestro lugar de trabajo, y que ahora lo exótico... somos nosotros. Para hacer antropología cultural, para conocer al menos algunos aspectos (los trasladables al nuevo entorno) de otras culturas, no hace falta viajar, pues ahora esas otras culturas vienen a nosotros, de la misma forma que no hace falta salir de Queens para hacerse una idea, en algunas cosas bastante aproximadas, de lo que es la sociedad colombiana. Por ello, aunque a primera vista lo parezca, no es imposible que las atrocidades narradas en este libro se instalen un día aquí, como ya lo estuvieron hace poco.

La globalización es un estado de cosas que funciona en todos los sentidos y en todas las direcciones. Lleva las buenas ideas y los conocimientos más modernos por todos los vericuetos del planeta, y, al mismo tiempo, permite que las supersticiones más crueles y estúpidas, y los prejuicios y convicciones más anacrónicos salgan de los pequeños reductos donde sobreviven y vayan a contaminar e infectar sociedades y comunidades humanas que parecían haber dejado atrás la barbarie y avanzado de manera irreversible en la ruta de la civilización (Mario Vargas Llosa, *El País*, 12 de junio de 2005, p. 15).

El libro comienza contando las torturas a las que fueron sometidos cinco defensores de los Derechos Humanos de GLBT en Uganda, donde el mismo presidente del país había ordenado la busca y captura de los homosexuales. Los cinco fueron torturados, tanto por sus opiniones y su activismo como por su propia identidad. Al ser puestos en libertad, huyeron a un país vecino que también penaliza la homosexualidad, por lo que tuvieron que vivir escondidos varios meses. Luego consiguieron asilo en un tercer país y tuvieron que someterse a tratamiento médico como consecuencia de las torturas. Sin embargo, mantienen su espíritu combativo. Uno de ellos dice:

Me costará mucho olvidar la tortura que sufrí en Uganda y espero que algún día podré regresar ahí y establecer sin temor mi centro para

GLBT [...] Quiero regresar a África a enseñar Derechos Humanos para promover la libertad de GLBT. Tal vez no sea hoy, ni mañana, pero será pronto (p. 6).

Según el informe, «hay países en todo el mundo donde los GLBT sufren torturas y malos tratos a manos de funcionarios públicos, o con el consentimiento de éstos, debido a su identidad sexual» (p. 6). La represión se realiza «en nombre de la cultura, de la religión, de la moral y de la salud pública» (p. 7). Y muchos gobiernos ayudan a ella con disposiciones legales.

En 1995, Robert Mugabe, presidente de Zimbabwe, calificó a los gays de «infrahumanos», lo que implica que los Derechos Humanos no les son aplicables.

En Namibia, el ministro del Interior incitó a policías recién graduados, ante las cámaras de televisión, a eliminar a gays y lesbianas «de la faz de Namibia» (p. 7).

Pero la tortura y los malos tratos a los miembros de minorías sexuales y de género no son monopolio de los funcionarios públicos y las dependencias oficiales. Se practican aún más, y con total impunidad, en las casas, las escuelas, los centros de trabajo y en la misma calle.

«En todo el mundo se encarcela a GLBT en aplicación de leyes que vigilan los dormitorios... se los viola para “curarlos”... *en las sociedades que los consideran “desechables”, los “escuadrones de la muerte” los matan*» (p. 8, la cursiva es mía).

Entre, por una parte, las leyes y, por otra, las prácticas sociales, a los GLBT les son denegados el disfrute, «en condiciones de igualdad, del derecho a la vida, a la libertad y a la integridad física» (p. 8), así como las libertades de asociación y de expresión, y los derechos a la privacidad, al trabajo, a la educación y a la asistencia médica. Pero la mayoría de los ataques no son denunciados, por miedo a que las autoridades no hagan nada y los particulares tomen represalias.

Prohibir que un transexual adopte un nombre femenino o cambie de estado civil es contrario al artículo 8 del Convenio Europeo de Derechos Humanos, referente al derecho a la protección de la vida privada, de acuerdo con el Tribunal Europeo de Derechos Humanos (B. v. France, 25 de marzo de 1992). Y el despido de un profesor transexual tras una cirugía de reasignación de sexo fue considerado improceden-

te por basarse en la discriminación, según sentencia del Tribunal de Justicia Europeo (P. v. S and Cornwall County Council, 1996).

Existe una conspiración de silencio sobre la discriminación y la violencia que sufren GLBT, pero también existe un movimiento mundial para romper esa conspiración.

En *El País* de 18 de mayo de 2005 (p. 32) figura el titular: «80 países castigan con cárcel las relaciones homosexuales», seguido por el subtítulo: «Más de media docena de Gobiernos les aplican la pena de muerte». Uno de los párrafos del artículo se refiere a «países donde la homosexualidad y la transexualidad no son delito, pero en los que las acciones de grupos paramilitares o de bandas contra ellos quedan casi siempre impunes, como México o Brasil». Todo encabezado por una foto en la que se ve a una persona femenina sosteniendo un lado de un cartel, cuyo contenido no se distingue, con el siguiente pie: «Protesta en Guadalajara (México) contra el asesinato de cinco transexuales la semana pasada». De a cinco en cinco. Como en Bogotá (véase la p. 65).

En Rumanía, en 1996, la policía detuvo a dos jóvenes de diecisiete años en un parque, por la noche, bajo la acusación de «escándalo público» y los golpeó salvajemente. Dice uno de ellos: «Preguntaban todo el tiempo quién era el varón y quién la mujer. Yo les decía: “Los dos somos varones”, y cada vez me golpeaban y me pegaban». O sea, los policías tenían el modelo heterosexual tan metido en sus cabezas que no concebían la posibilidad de que pudiera existir otro.

En el Caribe existe la pesada herencia del pasado colonial, que condenaba el «pecado nefando» o sodomía. En Trinidad Tobago continúan en vigor leyes que clasifican a gays y lesbianas como delincuentes, las cuales son utilizadas por la policía para extorsionar a los afectados.

A. I. considera presos de conciencia que deberían ser inmediatamente liberados a las personas que han sido encarceladas en aplicación de leyes que penalizan las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo; relaciones que reciben diferentes nombres, además de «sodomía»: «crímenes contra la naturaleza», «actos inmorales», «escándalo público»...

Gobiernos de todo el mundo acusan a los opositores de homosexualidad para desacreditarlos, encarcelarlos y silenciarlos.

El hecho de que una persona pertenezca (o parezca pertenecer)

a un grupo social marginado da carta blanca a la policía para torturarla y someterla a malos tratos, sin necesidad de pretexto alguno, pues sabe que su comportamiento no va a ser investigado seriamente (o ni siquiera investigado del todo). Además, entre los policías suele reinar un «código de silencio» en virtud del cual se protegen entre sí y no atienden a las quejas que se presentan contra uno o varios de ellos.

La transexual Vanessa Lorena Ledesma fue detenida el 11 de febrero de 2000 en Córdoba, Argentina, como consecuencia de una pelea en un bar. Cinco días después falleció. La autopsia reveló que su cuerpo tenía señales de tortura, a pesar de que la policía había informado que su muerte era consecuencia de un «paro cardíaco». En la comisaría la habían incomunicado para que, decían, los demás detenidos no tuvieran contacto con una portadora de VIH, como era ella. En Buenos Aires se celebró una manifestación de protesta y aquí, en Barcelona, Jordi Petit, el diputado López Bulla y tres representantes del CTC fuimos al Consulado de Argentina, a expresar directamente al cónsul (que nos recibió amablemente) nuestra protesta por las condiciones de la muerte de Vanessa y nuestro temor por la suerte que pudieran correr las demás trans argentinas. Todo indica que en muchas otras poblaciones de Argentina y del mundo tuvieron lugar actos similares. Ante tanta presión, las autoridades de Córdoba indicaron que se reabrirían las investigaciones sobre la muerte de Vanessa, y varios policías fueron acusados formalmente, aunque no fueron detenidos ni suspendidos de sus funciones. En el mismo 2000 las actuaciones judiciales que se seguían contra los policías fueron suspendidas. En cambio, se abrió la veda a la persecución policial contra quienes reclamaban justicia por la muerte de Ledesma. Otra Vanessa, de apellido Piedrabuena, presidenta de la Asociación Travestis Unidos de Córdoba, que firmó la denuncia sobre la muerte de Vanessa Ledesma, sufrió amenazas y acosos por parte de los policías, que le dijeron: «Deja de sacar la cara... Ocúpate de lo tuyo. Nadie va a ocurrirse de ti cuando te ocurra algo».

Argentina no es un tema exótico para España, debido a los numerosos vínculos de sangre que unen a los dos países. En Barcelona hay bastantes trans argentinas, algunas de ellas de familias españolas. Pero es por el informe de A. I. que sabemos que quienes declaran ante la justicia argentina sobre malos tratos a trans tienen muchas posibilidades de ser, a su vez, víctimas de malos tratos policiales.

A pesar de los malos tratos y de la impunidad de la policía, las trans argentinas continúan su lucha. Dice una de ellas, Lohana Berkins:

Llevamos años trabajando para lograr nuestro derecho a la plena ciudadanía. Queremos que el Estado respete nuestro derecho a una identidad; no queremos que se nos margine de nuestros hogares y nuestras escuelas, ni ser condenadas a la prostitución, donde se nos somete a los peores abusos. Muchas de nuestras compañeras han muerto por palizas recibidas en comisarías de policía y nadie grita ni las defiende (p. 20).

En el 2000, la Fundación Amigos por la Vida, de Guayaquil, Ecuador, solicitó varias veces autorización para celebrar el 28 de junio, que le fue denegada, a pesar de lo cual ese día se reunieron trescientas personas, que la policía disolvió utilizando gases lacrimógenos.

Como en los peores tiempos del franquismo, en ciertas provincias de Argentina una persona puede ser detenida simplemente por vestir con ropas del sexo opuesto, a lo cual las ordenanzas municipales denominan «infracciones contra el decoro». Pero en toda la región suramericana son las trabajadoras del sexo transexuales las más castigadas por la brutalidad policial. Y la extorsión es la norma. Tres travestis fueron detenidas en Maceió, Brasil, en junio de 1977, con el pretexto de no haber pagado su «cuota» a la policía. En la comisaría, además de ser golpeadas salvajemente, fueron obligadas a limpiar letrinas inmundas.

Muchas trans han sido golpeadas en los pómulos y en los pechos (como lo fue una cliente mía, de la primera época en que ejercí la abogacía, en Barcelona) para romperles los implantes, lo que a veces ha provocado que las sustancias tóxicas que tenían dentro se esparcieran, produciendo graves efectos para la salud.

En las prisiones, los GLBT no sólo padecen la violencia de los funcionarios, sino también la de los otros reclusos. En Jamaica, en agosto de 1977, dieciséis presos gays o presuntos gays murieron y cuarenta resultaron heridos a manos de otros reclusos, sin que se haya adoptado ninguna medida. Y es que las denuncias suelen producir más represalias que investigaciones. Según el portavoz de una ONG de Estados Unidos: «Se denuncian muy pocos [abusos] debido al enorme estigma que conlleva y porque la esperanza de vida de un infor-

mante entre rejas se mide en minutos y no en días» (pp. 21-22). Hay guardias que fomentan la violencia entre los presos. «Prefieren que los presos cometan actos de violencia entre sí que contra ellos. Utilizan la violencia como instrumento de control» (p. 23).

«Las transexuales pueden correr también un riesgo elevado de sufrir malos tratos, especialmente si están en una prisión de hombres. Para garantizar su protección, estos presos deben ser recluidos en centros acordes con la identidad de género de su preferencia» (p. 24). La cursiva es mía, pues se trata de un tema acerca del cual el CTC viene insistiendo desde hace muchos años, en numerosos escritos y en conversaciones con responsables de instituciones penitenciarias. Pero es un tema que debería ser estudiado caso por caso. Los transexuales masculinos corren el riesgo de ser considerados simplemente mujeres y violados en cárceles para hombres. Y, por otra parte, a muchas transexuales, operadas y no operadas, nos atraen las mujeres.

Los GLBT tienen muchas dificultades para obtener asilo. La primera es aportar pruebas de que son realmente perseguidos en sus países y de que sus gobiernos no los protegen. Y muchos son reacios a hablar de su intimidad sexual con funcionarios de emigración. Además, suelen ignorar que la persecución a causa de identidad sexual pueda ser motivo para solicitar asilo. Y los funcionarios de inmigración normalmente carecen de la formación y del tacto necesarios para solicitar información sobre la persecución basada en la sexualidad.

Por otra parte, la Convención de la ONU contra la tortura prohíbe la devolución de una persona a un país donde pueda ser torturada. Más de dieciocho países han concedido asilo a personas que huían de la persecución a causa de su orientación sexual.

En 1955 la Dirección de Apelaciones, que en Nueva Zelanda tiene la última palabra en materia de refugiados, decidió:

Se reconoce el principio de que el derecho relativo a los refugiados debe ocuparse de las acciones que niegan la dignidad humana de cualquier forma fundamental [...] Partiendo de esta interpretación, la cuestión de la orientación sexual ofrece pocas dificultades. Como ya hemos señalado anteriormente, la orientación sexual es una característica innata o no modificable o tan fundamental para la dignidad humana que la persona no debe ser obligada a ocultarla o cambiarla (p. 34).

El gobierno de Estados Unidos, obedeciendo una orden dada por una Corte Federal, concedió, en agosto de 2000, asilo a un gay transexual mexicano a quien la policía de su país había detenido, violado y torturado durante años. Para la Corte, «los varones gays que tienen identidad sexual femenina en México constituyen un grupo particular a efectos de asilo», el cual, por consiguiente, debía serle concedido. Esta fue la primera vez que una corte estadounidense lo concedía por causa de identidad sexual.

Hasta hace poco, las organizaciones humanitarias se ocupaban de los disidentes políticos e ignoraban casi totalmente a los disidentes sexuales. Pero en las tres últimas décadas en todo el mundo han surgido movimientos para defender los derechos humanos de GLBT. Se han conseguido reformas legales y modificaciones en la actitud de las sociedades. En India, por ejemplo, se ha creado una dinámica Coalición por los Derechos de la Minorías Sexuales, con la que colaboran no sólo GLBT, sino también voluntarios no directamente afectados. Y, recíprocamente, GLBT de muchos países trabajan en movimientos de defensa de los Derechos Humanos, contra el *apartheid* y a favor de los desaparecidos en Latinoamérica y en la ex Yugoslavia. Desgraciadamente, en España las trans son muy insolidarias y la gran mayoría de ellas no colabora ni siquiera con los colectivos que defienden directamente sus intereses.

Trabajar a favor de los derechos de los GLBT es con frecuencia peligroso. La Comisión de Derechos Humanos de la ONU, en su informe de 2001, dice:

Los defensores de los derechos de determinados grupos corren riesgos más graves porque su trabajo compromete las estructuras sociales, las prácticas tradicionales y las interpretaciones de los preceptos religiosos que pueden haber servido durante mucho tiempo para condonar y justificar la violación de los Derechos Humanos de los miembros de esos grupos. De especial importancia son los grupos que defienden los Derechos Humanos de la mujer, y los que se ocupan de cuestiones relacionadas con la sexualidad, especialmente los derechos relativos a la orientación sexual y la reproducción. Con frecuencia, estos grupos están muy expuestos a prejuicios, a la marginación y el repudio público, no sólo por las fuerzas del Estado, sino también por otros agentes sociales (p. 37).

El defensor colombiano de los Derechos Humanos declaró:

La defensa de los Derechos Humanos de los homosexuales [categoría en la que en Colombia, y en otros países, se suele incluir a las transexuales] sólo por homosexuales es imposible: en el mejor de los casos ponen su vidas en peligro inminente. Tienen que ser personas ajenas al movimiento, personas que no son víctimas de esta sociedad hostil, sean homosexuales o heterosexuales, las que deben hacer suya la lucha (p. 38).

Este informe de A. I. no menciona uno de los asesinatos más masivos de todos, a tiros y en plena calle, a lo largo de aproximadamente un año, en 1985-1986, de hasta doscientos transexuales en Colombia, al que volveré a hacer alusión en el capítulo 6. Yo, que estaba entonces en Bogotá, vi en su día en la prensa (no suelo ver televisión) fotos de compañeras de las primeras víctimas, llorando a lágrima viva, pero no de las víctimas mismas (supongo que no eran mostradas porque los cadáveres debían de estar deformados por las balas). Un par de años después, en Madrid, hojeando en una librería una obra sobre la violencia en el mundo, caí sobre la mencionada cifra de personas muertas, a las que llamaban «homosexuales». La ausencia de este hecho en el informe la atribuyo a que ya debía de ser agua pasada cuando se elaboró, pues estos informes se publican, en principio, cada año. Además, es probable que nadie en el país tenga el valor de ser informador de A. I., por haber muerto asesinados los que lo han sido. La violencia y la corrupción que reinan en Colombia son difíciles de imaginar desde España

El libro concluye con dos listas, una de diez y otra de once puntos, que, en parte, se repiten (por ejemplo, la condena de la tortura), en las que se dan consejos a los gobiernos para la prevención de la tortura de los GLBT, principalmente a manos de agentes del Estado. De cada punto reproduciré su título, ya bastante elocuente, y parte de su contenido, añadiendo, entre paréntesis, algunos breves comentarios o citas.

Primera lista:

1. Anular todas las leyes que penalicen la homosexualidad.
(También se refiere a la orientación sexual y a la identidad de género.)
2. Condenar la tortura, con independencia de quién sea la víctima.
(«Las máximas autoridades del país condenarán públicamente la tortura y dejarán claro que no se tolerará ningún acto de tortura o malos tratos, sea quien sea la víctima» [p. 39].)
3. Proteger frente a la tortura bajo custodia.
(Alude a la custodia ejercida por funcionarios, que deben recibir una formación adecuada sobre la forma en que deben tratar a los GLBT.)
4. Prohibir el «tratamiento» médico forzoso.
(O sea, el de GLBT para cambiar su orientación sexual o su identidad de género.)
5. Poner fin a la impunidad.
(Las denuncias serán investigadas inmediata e imparcialmente.)
6. Proteger a GLBT frente a la violencia en la comunidad.
(Incluye la violencia doméstica, que es delito, y la que tiene lugar en las escuelas.)
7. Proteger a los refugiados que huyen de la tortura a causa de su identidad sexual.
(Se aplicará principal, pero no únicamente, la Convención de la ONU sobre los refugiados.)
8. Proteger y apoyar a los defensores de los Derechos Humanos de GLBT.
(Los gobiernos pondrán en práctica la Declaración sobre el Derecho y el Deber de los Individuos, los Grupos y las Instituciones de promover y proteger los Derechos Humanos y las Libertades Fundamentales universalmente reconocidos.)
9. Reforzar la protección internacional.
(Ratificando sin reservas pactos, convenciones, estatutos, normas y otros instrumentos contra la tortura y los malos tratos.)
10. Combatir la discriminación.
(Convenciendo a los ciudadanos de la necesidad de proteger los Derechos Humanos y apoyar a las organizaciones que luchan contra la discriminación.)

Segunda lista:

1. Condena de la tortura.
(Sobre todo por funcionarios y miembros de las fuerza de seguridad.)
2. Acceso a los detenidos.
(«Hay que acabar con la práctica de la detención en régimen de incomunicación» [p. 44].)
3. Eliminación de las detenciones secretas.
(Los interesados deben conocer en todo momento el paradero de la persona detenida.)
4. Salvaguardias durante el período de detención y los interrogatorios.
(Se debe garantizar que las condiciones de reclusión cumplen las normas internacionales para el trato de los reclusos, teniendo en cuenta las necesidades específicas de los grupos especialmente vulnerables.)
5. Prohibición de la tortura.
(Ni siquiera en tiempo de guerra debe suspenderse la prohibición de la tortura.)
6. Investigación independiente.
(«Todas las denuncias e informes deben ser objeto de un investigación inmediata, imparcial y efectiva a cargo de un órgano independiente de los presuntos responsables» [p. 45].)
7. Enjuiciamiento de presuntos torturadores.
(«No podrá invocarse jamás una orden de un funcionario superior como justificación de la tortura» [p. 45].)
8. Invalidez de declaraciones obtenidas mediante tortura.
(Las cuales no podrán ser utilizadas en procedimientos judiciales, salvo contra el presunto torturador.)
9. Procedimientos de formación efectiva.
(Por su formación, los funcionarios deben saber que su deber es desobedecer las órdenes de torturas.)
10. El derecho a recibir una reparación.
(El cual comprende: restitución, indemnización justa y adecuada, y atención y rehabilitación médicas apropiadas.)
11. Ratificación de los tratados internacionales.
(«Todos los gobiernos deben ratificar sin reservas los tratados in-

ternacionales que contengan salvaguardias contra la tortura...» [p. 45].)

12. La responsabilidad internacional.

(Los gobiernos deben tomar medidas para que otros gobiernos no torturen [interceder ante ellos, no devolverles a nadie que pueda ser torturado, no transferirles material que pueda utilizarse para torturar].)

La conclusión del informe es que GLBT son atacados sólo por ser lo que son, tanto por agentes del Estado como por particulares (sobre todo, de su entorno). Se considera que constituimos una amenaza para el orden social. ¿La constituimos? El próximo capítulo tratará de ese tema.

Un testimonio directo de la violencia contra las trans es el de la brasileña Fernanda Farias de Albuquerque en el libro autobiográfico, escrito en colaboración con Maurizio Jannelli, *Princesa*.

Los veías llegar, caras de demonio, caras de mico: Maricón, ahora te reventamos el culo, los animales. Vamos, José, cójele las piernas, sostenedlo, sujetadlo fuerte, cabrones, vamos, metédselo por el culo, ensuciad de mierda ese palo...: Que le salga por la boca, que se le quiten las ganas a esa condenada bicha. Cerdos. Negros, eran cinco policías negros: Abre la boca, maricón, ábrele la boca, José, cómete este cigarrillo, mariquita, quémate la lengua, mamona. Palizas, sangre: Dispárale, dispárale un tiro en la cabeza a esta basura, ¡dispara, cabrón! (Farias de Albuquerque, Jannelli, 1994, p. 63).

Rossana se iba a buscar clientes en solitario. Sus pechos daban envidia. Dos deseos. Arrancados, cortados, mutilados. Hasta el pene, degollado, sajado, capado. De ella quedaba sólo aquel horrible montoncito, un ritual. El cuerpo era irreconocible. Carbonizado por la gasolina y una cabeza endemoniada. Hijos de puta (*ibid.*, p. 66).

Valquiria tenía veinte años, una felicidad. Era el alba. Playa de Amaralina. Todas nosotras alrededor y ella que se iba. Un cuello de botella roto metido en el ano. Coca-Cola grande. Hubo también un examen médico: violada con palos. Hemorragia interna (p. 67).

Iglesia de Santa Teresa, Rogéria y un cliente suyo. Dos tiros en la cabeza. Los cuerpos abandonados en el altar de la iglesia. Es la matanza (p. 68).

Llegan a toda leche, roban, violan sin preservativo. Fuman maconha, son negros, parados, maconheros, precisamente. Me enganchan dos veces, me roban y me hostian. Son los dueños de la ciudad de noche. Hay miedo, hay defensa. Hacemos la calle en grupos de cinco o seis. Cuchillos, tijeras y peleas. Correrías, tacones rotos y cicatrices (p. 69).

Diana hacía cantidad de mamadas... El problema era que se las hacía a policías... Todos los trans ceden a las amenazas de la policía... Pero Diana se pasaba... Un día nos pillaron en la avenida Atlántica... No quería subir al furgón:... y comenzó a llamarlos a todos, pasó lista... Todos clientes, todos policías... Se la llevaron y para mí ya estaba muerta. Pero a la noche siguiente, milagrosamente, estaba de nuevo haciendo la calle... Eran las tres de la madrugada cuando una patrulla la invitó a subir. Y ella aceptó encantada. La vi con mis propios ojos, apasionada y melindrosa. Tres días después la encontraron en la playa de Botafogo. Sin pechos y sin pene. Navajazos y cinco balas en la boca (pp. 73 y 74).

El porrazo llegó de abajo arriba y soltó tres puntos de sutura en el seno derecho. Me pillaron cuando estaba sola, lejos del grupo por culpa de un cliente que me había dejado en la periferia. Frenaron en seco el coche y salieron golpeando las portezuelas. De nuevo ellos, peor en Río que en Bahía: caras de demonio, caras de mico. Me arrinconaron en una esquina e instintivamente saqué del bolso veinte centímetros de afiladas tijeras. Golpeé la primera cara que se puso a mi alcance. Una cara de perro, un policía. Negro. La sangre todavía no había llegado a colorearle el morro cuando ya me había arrepentido de tanta valentía. Cuando no existe ninguna posibilidad de huida, yo habitualmente no peleo, me resigno. Me hago la muerta o la sumisa. Represento la ópera como si el diablo ya la hubiera realizado, con la esperanza de que el otro rectifique, cambie de idea. Una desviación de la línea recta de su intención. Pero aquella noche se las habría clavado en el corazón a aquel animal. Y por eso me asusté: por aquella audacia podían acabar conmigo. El porrazo llegó malignamente al pecho cuando ya estaba doblada en dos por un directo recibido en la barriga. Caí de bruce sobre la acera y a continuación una descarga de «maricón de mierda», hostias y patadas encima. Ni me di cuenta de cuándo terminó. Se fue-

ron como habían llegado. Rodeados de fuertes portazos y de chirridos en el asfalto (pp. 74 y 75).

El hecho de que en Brasil, como aquí, muchas trans roben, tiene consecuencias negativas para el conjunto de la comunidad trans. Y no solamente por una cuestión de imagen.

Un desconocido se acercó a Tetê, que salía del hotel Ouro Preto, en la rua da Lapa. Acababa de hacer una chapa. Estaba seguro: era la que con la navaja en el cuello le había robado. Una cadena de oro y una cartera miserable. Se le acercó con la sangre al rojo vivo, gritando y manoteando como un obseso. Le disparó un tiro al corazón y otro en la espalda. Tetê murió en el acto.

Murió inocente. Porque quien le había atracado no era ella sino una copia. Una imbécil igual, igual, redondeada por la misma mano: el mismo modelo. Tetê murió por un error, por una confusión de persona. El desconocido le disparó mientras yo entraba en el Ouro Preto con un cliente que acababa de encontrar. Renuncié a la chapa y volví a casa porque me sentía mal (p. 77).

Brenda, la hermosa Brenda. Una artista. Toda ella plástica y silicona, una belleza muy femenina. Frecuentábamos juntas la rua Augusto Severo de lunes a jueves. Después me dejaba para hacer su espectáculo en el Papagayo, una disco-club de Río. Subía al escenario, todas las luces eran para ella. Todas, en la rua Augusto Severo, la envidiábamos. Imitaba a Tina Turner, Diana Ross y demás cantantes americanas. El disc-jockey subía la música, Brenda la llenaba de gestos provocativos. El hijo de un juez, un menor de edad, le soltó dos navajazos en el cuello. Por celos, dijo en el proceso. La había sorprendido con su mejor amigo. Dos meses después el muchachito, el asesino, se paseaba libremente por la rua Augusto Severo. Nadie protestó, las demás siguieron sacándole los cuartos (p. 78).

En España, Francia e Italia se trabaja muy bien. Seis meses de chapas y puedes comprarte un apartamento en Río. Sí, en París hay que pagar un peaje por la acera. Las veteranas te explotan y mandan. Pero hay mucho dinero y te queda mucho. Los hombres son más viciosos que los brasileños pero pagan bien. Los italianos más que todos. ¿La policía? No te mata por la calle.

No era poco, en Río nos mataban como si fuéramos gallinas. Tres o cuatro por semana. Las noticias corrían en un santiamén de una ace-

ra a otra, al amanecer las encontraba en unas líneas del periódico (pp. 78 y 79). [Cuatro por semana hace unas 200 al año, y ello todos los años y solamente en Río. Peor que en Colombia.]

En las aceras de Roma o Milán un transexual que trabaja honestamente, sin agredir a los clientes y sin implicarse en el tráfico de droga, nunca es asesinado o masacrado por la calle, como, por el contrario, ocurre en Río y São Paulo. Para que te maten en Brasil basta una antipatía, basta no querer hacer el amor gratis con determinados individuos (pp. 145 y 146).

Alcione, putón perverso. En mil novecientos ochenta y cinco se descubre seropositiva. Intenta suicidarse arrojándose del séptimo piso. Los cables eléctricos frenan la caída. Se parte piernas y brazos pero salva la vida. Sale del hospital y vuelve a hacer chapas. Sin preservativo: De la misma manera que me lo han pasado lo devuelvo, va contando por ahí. Atraca a un cliente padre de tres hijos. Lo pincha en el cuello con una jeringa ensangrentada. Al cabo de tres meses el hombre resulta seropositivo. Vuelve a la rua Indianápolis y le dispara cuatro tiros en la cara (pp. 79, 80).

En São Paulo, Fernanda alquila un pequeño apartamento, con cuya dueña traba amistad.

Me respetaba porque de día era discreta, faldas largas y andares de señora. Nunca llevaba clientes a casa. Pasaba silenciosa y ella lo apreciaba. Porque *habitualmente el trans es follonero. Donde está él siempre hay gente, un burdel: robos y drogas, atracos y matanzas* (p. 83; la cursiva es mía).

Como cerca del Arco (véase el capítulo 10) no había hoteles para ocuparse, un señor tuvo la idea de alquilar un piso y cobrar por utilizar las habitaciones para hacer el amor. Teóricamente (y en la práctica, al principio) era un gran negocio, pero tuvo que cerrarlo a causa de los escándalos que armábamos a altas horas de la noche y que pusieron a los vecinos en pie de guerra contra nosotras.

Margô: piel de cordero y espíritu de lobo. Una mulata de un metro ochenta. Su espectáculo era la traición. Su fuerza, la de un boxeador entrenándose. Bien vestida y provocativa. Pero también prepotente y

malvada. Subía a los coches y con la navaja en la garganta atracaba a su cliente. Lo dejaba atontado de dos bofetones en la cara y la llave del motor rota en el salpicadero. Era ella la que decidía cómo había que hacer el servicio. Y el José tenía que ser obediente, si no, hostias y cuchilladas. Margô era mala y perversa. Luchaba como un lobo, con los hombres y con la policía. En la acera exponía sus trofeos: pistolas y navajas de muelle arrebatadas a sus enemigos. Una guerra, muchas batallas personales. Así era su prostitución. Si se le antojaba, al desgraciado que se colocaba debajo le desgarraba el culo. No tomaba hormonas y tenía una fuerza bestial. Se entiende que para el pobrecito la humillación era dura. Ir a joder y ser jodido: una ofensa mortificadora. Margô era la ruina del mercado. La avenida Indianápolis se liberó de ella con cuatro disparos del calibre treinta y ocho. Más de cuarenta y ocho horas de atroces sufrimientos (pp. 83 y 84).

Era febrero de mil novecientos ochenta y siete y llevaba unos cuantos meses en el poder el nuevo gobierno de Jânio Quadros. Su programa era simple y lineal: liquidar la criminalidad y la prostitución. La matanza de transexuales y de meninos de rua se puso al rojo vivo. Escuadrones de la muerte, grupos de personas de orden y policía. Se desencadenaron todos, con toda la protección gubernativa. Las paredes se llenaron de carteles: «Mata un transexual cada noche, limpia São Paulo». Las aceras se convirtieron en campos de batalla (p. 89).

La visión que tiene Farias de Albuquerque de las relaciones entre transexuales es pesimista:

Entre transexuales sólo hay envidia y celos. Hay maldad, codicia e infamia. Es así, todo el resto son fábulas de salón, historietas maquilladas. Lo digo yo, Fernanda, Princesa y transexual (p. 119).

Estoy bastante de acuerdo con ella en lo que se refiere a las transexuales que ejercen la prostitución, que se hacen la competencia las unas a las otras y viven en constante conflicto de intereses. Dentro de los colectivos las relaciones son bastante mejores, y entre colectivos, aparentemente también, pero no en el fondo.

4. ¿Amenaza para el orden social?

Mientras que las sociedades contemporáneas parecen determinadas todavía a polarizar el género según líneas estrictamente anatómicas, la gran mayoría de las culturas a lo largo de la historia y en todo el mundo comprendieron que el sexo anatómico no dicta la identificación de género, no más de lo que lo dicta la orientación sexual...

HOLLY BOSWELL. n. d.

¿Constituimos, tal como se cree, según el libro de A. I., una amenaza para el orden social?

¡Cómo me gustaría poder contestar que sí, que constituimos una amenaza para ese orden social sin otra perspectiva que el consumismo exacerbado en el que vivimos! Pero no me hago ilusiones. Somos insignificantes, sólo una de las muchas válvulas de escape de los instintos de una sociedad reprimida que, viviendo en la mentira, busca en nosotras, y a veces encuentra durante un momento, la verdad de su ser y de su auténtica sexualidad, que continuamente oculta a sus propios ojos.

Éste es mi punto de vista. Pero hay quien piensa de otro modo. Para muchas personas, todo lo que se aleja de lo convencional es necesariamente subversivo, cuando puede ser, por el contrario, rotundamente reaccionario. Kim Pérez, publicó hace poco un «Manifiesto de acción trans» (Pérez, 2004), en el que, entre otros puntos, dice:

2. La experiencia trans es una experiencia radical que llama a transformar la convivencia humana, partiendo de que contradecemos la heteronormatividad en el código de género, que es a su vez el pilar central de la vida social.
3. La práctica trans nos hace vanguardia e icono de las transformaciones sociales, por lo que la fuerza de nuestra acción no guarda re-

lación con nuestro número. Por tanto, llama a la acción en todos los ámbitos, no sólo en el de los derechos trans, sino en solidaridad con otros impulsos de liberación, a usar nuestra voz y sacudir las conciencias, liberándolas del conformismo.

¿Tiene razón Kim? La famosa medicalización de la transexualidad, que ella misma predicaba hace poco junto con las llamadas «clínicas», o partidarias de la CRS, como requisito ineludible del cambio registral de sexo, ha permitido el aprovechamiento por parte de los galenos de la necesidad que las trans tenían de sus servicios para convertirlas, al menos de palabra, en un grupo ultra conservador en materia de sexo y género. Si no jurabas y rejurabas que durante tu infancia sólo te gustaba jugar con muñecas y que nunca te han atraído ni lo más mínimo las mujeres (ni las trans), ni te ha excitado ponerte prendas femeninas, ni siquiera tomaban en consideración que pudieses ser transexual.

La imagen de una trans en pleno idilio con un hombre, lejos de contradecir la heteronormatividad en el código de género, la refuerza. En el código de sexo, en cambio, sí la contradice, ya que una transexual heterogénica puede ser vista, y a veces lo es —por Blanchard y Bailey, por ejemplo— como un hombre homosexual. Aunque ahora sabemos que la «verdadera trans» (que los médicos americanos buscaban con ahínco, sin darse cuenta de que era un producto de sus deseos) no existe, su imagen acabó calando hondo en la comunidad trans y muchas intentaron serlo, e incluso se convencieron a sí mismas de que lo eran. Y uno de los rasgos más marcados de la «verdadera trans» es que únicamente le pueden atraer los hombres heterosexuales, pues sólo con uno de ellos puede constituir la pareja heterosexual ideal, para usar el lenguaje corriente, pues en realidad si se tiene en cuenta el sexo físico (o sea, el cromosómico, el genético, el gonadal, el germinal y el endocrino) la pareja trans-hombre sería, simplemente, homosexual, lo que es más evidente si la trans no es operada. Me refiero al sexo físico, que, aunque haya cambiado, no se ha convertido en el sexo contrario. La más femenina de las trans no es en realidad una mujer, aunque sus genitales, hechos a mano, y sus caracteres sexuales secundarios, obtenidos a base de hormonas y de silicona, digan otra cosa. La transexualidad no existe entre los seres humanos. Es, como diría el TS, una ficción. Más prosaico, el famoso doctor Bu-

rou (francés afincado en Casablanca, que mejoró la técnica de la CRS al empezar a utilizar la piel del pene para construir el interior de la vagina —técnica que todavía se utiliza de forma generalizada hoy en día— y que realizó buena parte, si no la mayoría, de las operaciones que se hacían en los sesenta), decía: «Yo no transformo hombres en mujeres. Transformo genitales masculinos en genitales de aspecto femenino. Todo lo demás está en la mente del paciente» (Raymond, 1979, p. 10). Pero es que para el ser humano casi todo está en su mente. Para él, lo imaginario es más cierto que la realidad. Se pasa la vida trabajando para satisfacer necesidades imaginarias, pues sus necesidades reales son muy reducidas, como lo prueban, por ejemplo, los monjes. Se identifica con las imágenes de su persona que continuamente le ofrece la publicidad, y que no tienen casi nada que ver con él. Y como para las personas lo que cuenta es la imagen, la pareja trans-hombre a nuestros ojos está confirmando la heteronormatividad, no contradiciéndola. Pero nuestra subjetividad no siempre refleja la realidad objetiva. Que seamos daltónicos no implica que el rojo sea verde. Ni que tenga grandes tetas significa que un hombre sea una mujer.

Si la transexualidad no existe entre los seres humanos, otra cosa ocurre con el transgenerismo. De género sí podemos cambiar. Incluso masivamente, como ocurre entre los gabra africanos al alcanzar la vejez (Wood, 1999).

La descripción más corriente del sexo femenino es: «... las mujeres menstrúan, quedan embarazadas, dan a luz y lactan (Money & Ehrhardt, 1982, p. 166)». De acuerdo con ella, ninguna transexual ha sido mujer (salvo en la imaginación), lo que no significa que haya seguido siendo hombre. Se ha quedado a medio camino. Se acepte o no la idea de los terceros sexos/géneros, las transexuales tenemos que formar parte de ellos, porque no podemos ser encajadas ni en el primero ni en el segundo (de los cuales ya hablaremos...), y tampoco se puede negar que existimos.

[...] the operation, even if successful, does not change you in a woman. Your inborn (genetic) sex will remain male. You must be aware of this fact, although it may not have practical meaning for your later life as a woman. If the surgeon castrates you, technically and from a glandular point of view, you would be neither male nor female. You would be a

«neuter» (Benjamin, 1966, p. 79). ([...] la operación, aunque tenga éxito, no lo convierte a usted en una mujer. Su sexo [genético] de nacimiento continuará siendo masculino. Debe ser consciente de este hecho, aunque puede no tener ninguna consecuencia práctica en su posterior vida como mujer. Si el cirujano lo castra, técnicamente y desde un punto de vista glandular, no sería hombre ni mujer. Sería un «neutro».)

Para Benjamin sólo pueden existir dos sexos, pero él mismo fija los límites de esa visión bipolar: «técnicamente y desde un punto de vista glandular.» Ahora bien, la producción de hormonas por las glándulas puede estar muy condicionada por el estado anímico de la persona, y tan «técnico», o menos, es el análisis de los cromosomas como el del hipotálamo.

No ocurre lo mismo en el reino animal, en el cual *sí* existe la transexualidad. Para citar sólo unos pocos ejemplos:

The slipper shell (*Crepidula fornicata*), for exemple, lives in oyster beds and gradually changes from male, to hermaphrodite, to female in old age. On the other hand, certain Caribbean coral-reef fish start out female and die as males. Many types of fish, such as butter hamlets and swordtails, change sex back and forth to balance the ratio of males to females currently around them. The sex expressed by these types of fish depends on their social surroundings (Rothblatt, 1995, pp. 26 y 27).

(El caracol deslizante [*Crepidula fornicata*], por ejemplo, vive en camas de ostras y gradualmente cambia de macho, a hermafrodita, a hembra en su vejez. Por otra parte, ciertos peces caribeños de arrecifes de coral empiezan como hembras y mueren como machos. Muchos tipos de peces tales como los caseríos de mantequilla o peces espada, realizan cambios de sexo en uno u otro sentido para equilibrar la actual proporción entre machos y hembras alrededor de ellos. El sexo expresado por estos tipos de pescados depende de su entorno social.)

En seres situados en un nivel tan bajo de la escala filogenética como son las lombrices de tierra, el hermafroditismo representa un estado de bisexualidad simultánea. Una lombriz produce tanto óvulos como espermatozoides. Sin embargo, proporciona a sus óvulos nuevo material genético fertilizándolos con nuevos espermatozoides procedentes de otros miembros de la especie, mientras que transfiere sus propios es-

permatozoides para fecundar los óvulos de la pareja. A un nivel más alto de la escala filogenética, entre los peces, y sobre todo ente especies de serránidos, espáridos, maénidos y monópteros, así como en el bien conocido miembro de la familia de los poecilidos, el pez espada mexicano (*Xiphophorus helleri*), el hermafroditismo representa un estado de bisexualidad secuencial [...]. Parte de la vida de este pez hermafrodita transcurre actuando como macho, produciendo espermatozoides, y otra parte de su vida como hembra productora de huevos, o viceversa (Money & Ehrhardt, 1982, pp. 52-53).

En lo que respecta al segundo punto tratado por Kim («La práctica trans nos hace vanguardia e icono de las transformaciones sociales...»), la transexualidad suele tener dos momentos. El primero, el del cambio de sexo, es tan liberador, anticonformista y de vanguardia como ella insinúa. Pero el segundo, el que se produce cuando la situación ya se encuentra estabilizada en el sexo opuesto al de nacimiento, con frecuencia es todo lo contrario. Es como si la audacia de lo que han hecho las asustara y, para compensarla, se aferraran a las posiciones más conservadoras. Me recuerda la actitud de algunos de los primeros gays que salieron del armario, que con frecuencia repetían frases del tipo: «Sí, es verdad, soy gay, pero no fumo, no bebo, no salgo de noche, no consumo drogas y soy completamente fiel a mi pareja». Como si temieran haber ido demasiado lejos y sintieran la necesidad de retroceder. Y ese conservadurismo no siempre es fingido bajo la presión de la institución médico-psiquiátrica. Muchas veces es sincero. Un caso muy representativo es el de Agnes, la joven transexual que hizo creer al amplio equipo de la UCLA (Universidad de California de los Angeles) que se ocupó de ella que sus testículos emitían una gran cantidad de estrógenos, por lo cual su cuerpo desarrolló espontáneamente caracteres secundarios femeninos, lo que no impidió que sus genitales tuvieran un desarrollo masculino normal. Los miembros del equipo médico-psiquiátrico y sociológico que más conversaron con ella fueron Stoller y Garfinkel, el cual escribe, acerca de su actitud ante la política:

It was no part of Agnes' concern to act in active alteration of «the social system». Instead she sought her remedy as an adjustment to it. One could never consider Agnes a revolutionary or a utopian (Garfinkel, 1967, p. 177). (No formaba parte de los intereses de Agnes parti-

cipar en una activa alteración de «el sistema social». En lugar de ello buscaba su solución en ajustarse a él. Nadie podría considerar a Agnes una revolucionaria o una utópica.)

Es evidente que si normalmente la transexual tiene tantas dificultades para adaptarse a la sociedad tal como es, que muchas veces sus fuerzas no le alcanzan para ello y se suicida o se refugia en la droga, mucho menos le van a alcanzar para intentar cambiar el mundo, del cual su propia marginación sólo le permite tener una visión parcial y desde el exterior. Pedir a las trans que sean revolucionarias hace pensar en María Antonieta diciéndole al pueblo: «¿Tenéis hambre? ¡Comed brioches!». Las capas bajas de la sociedad suelen ser ideológicamente las más reaccionarias (el voto rural lo prueba, una elección tras otra). Y una de las más bajas de todas es la de las trans, no por su capacidad económica sino por el desprecio que aparentemente inspira, que recuerda el que recae sobre las castas más bajas de India. Ahora, hasta qué punto, en los casos más visibles, se trata de un desprecio sincero o de un intento por parte de algunos de hacerse pasar por muy hombres ocultando y ocultándose su propia feminidad es un tema sobre el que se podría discutir interminablemente. Se sabe que el homófobo más vehemente es el homosexual reprimido.

Las clases altas tienen la costumbre de predicar la moral más convencional y más estricta, pero para las clases bajas. Que ellas mismas lo practiquen, es otra historia. Eso es muy evidente en la historia de Francia durante el siglo XVIII.

El siglo de las Luces representa un primer paso en la historia de la virilidad. Es el período más feminista de nuestra historia antes de la época contemporánea. Por otra parte, los valores viriles se esfuman, o por lo menos dejan de manifestarse. La guerra deja de tener la importancia y el estatuto que había tenido anteriormente. La caza se convierte en pura distracción. Los nobles jóvenes pasan mucho más rato en el salón o en el «boudoir» de las mujeres, que entrenándose para ser soldados. Por otra parte, los valores femeninos se imponen en el mundo de la aristocracia y de la alta burguesía. La delicadeza de las palabras y de las actitudes vence al carácter tradicional de la virilidad. Puede afirmarse que entre las clases dominantes el unisexismo gana la batalla al dualismo oposicional que caracteriza habitualmente al patriarcado.

La Revolución de 1789 acabará con esta evolución. Cuando las mujeres piden públicamente sus derechos como ciudadanas, la Convención, unánime, se los niega [...].

Los diputados, que no tuvieron la oportunidad de disfrutar de las dulzuras del Antiguo Régimen, defienden con fuerza la separación de los sexos y el diferencialismo radical. Proximidad, similitud y confrontación les provocan horror y reacciones autoritarias, casi amenazadoras (Badinter, 93, p. 29).

O sea que, en materia de sexo y género, los revolucionarios eran ultraconservadores, y las clases altas, revolucionarias. ¿Ocurre lo mismo en la sociedad española actual? Sí. Y no lo digo por observación directa. La primera antropóloga española que hizo una tesis de doctorado sobre lesbianismo, pedagoga de profesión, me contaba que entre las clases bajas la elección de oficios entre chicas y chicos continúa siguiendo los patrones más tradicionales y más machistas.

Pero también puede ocurrir que la propia necesidad de la clase baja, unida a su ignorancia de las soluciones existentes y establecidas, le haga encontrar soluciones alternativas. Como Picasso, no busca, encuentra. La desesperación empuja a hallar salidas. Y no sólo entre las clases menos favorecidas. Creo que todos los que de adolescentes empezamos a vestirnos de mujer siguiendo un impulso espontáneo ignorábamos que otros hacían lo mismo. Y el pastor solitario e inocente que satisface sus necesidades sexuales con los animales que cuida, con seguridad no ha leído ningún tratado de zoofilia, ni siquiera ha hablado nunca del tema con nadie. Aunque hoy en día, con la sobreabundancia de información en la que aparentemente vivimos, las cosas están cambiando y quizás haya visto algún programa de televisión sobre personas con los mismos gustos y las mismas necesidades que él. Pero ¿realmente vivimos en medio de sobreabundancia de información, o sólo de publicidad? Dice Natalia Parés Vives, experta en informática:

En la actualidad, la información sigue siendo muy escasa. Estamos en el mundo de las telecomunicaciones y parece que la transexualidad sigue siendo un tema tabú. Las páginas de Internet, exceptuando las de los colectivos, son prácticamente nulas. Eso sí, los chats han conseguido que los transexuales estén más relacionados entre ellos. Pero es curioso, el progreso de las redes ha traído consigo peor comunicación. Sólo hay

que ver la cantidad de curiosos que se «cuelan» en los chats buscando sexo (Parés Vives, 2005).

Anne Bolin (1988) adapted the «breastplate of righteousness» theory —proposed by Laud Humphreys in discussing male homosexuals— to explain the remarkable conservatism regarding gender roles and sexual matters she observed among MTF transsexuals as a kind of compensation for being part of an ostracized social group (Tobin, 2003, p. 3). («Anne Bolin [1988] adaptó la teoría de “peto de respetabilidad” — propuesta por Laud Humphrey al tratar sobre los homosexuales hombres— para explicar el notable conservadurismo en lo relativo a los roles de género y los asuntos sexuales que observó entre las transexuales de hombre a mujer como una especie de compensación por formar parte de un grupo social marginado».)

Después, en América surgió la comunidad genérica, parte de la cual rechaza el bipolarismo genérico, lo que Bolin constata y analiza en varios escritos. En España, la ideología del transgenerismo ha tenido bastante éxito (como lo prueba el hecho de que muchas trans no aspiren a operarse y que los estereotipos hayan perdido buena parte de su fuerza), pero no su terminología, al menos en la comunidad trans.

La búsqueda de equilibrio hace que la compensación desempeñe un papel importante en la conducta humana. Los millonarios comunistas, al menos de palabra, no eran inusuales durante mi infancia en Colombia (hoy, por el derrumbe del comunismo, el único que queda, que yo sepa, es García Márquez). Esa misma compensación hace que, actualmente, las trans que más nos operamos seamos casi siempre las menos femeninas. Las muy femeninas sienten menos necesidad de hacerlo.

Recientemente, sin embargo, se han producido de forma convergente varios movimientos que desembocan en una mayor libertad sexual:

El aumento de la visibilidad de las transexuales no operadas.

La pretensión de identidades de género ajenas al binario hombre/mujer.

La emergencia de una amplia comunidad de género que incorpora grupos dispares de personas con diversas variedades de género (véanse, por ejemplo, Nieto, 1998, o Bolin, 2003).

Los chicos trans suelen tener tendencia a adoptar un aspecto severo, casi militar. Y las trans, como es sabido, llaman con frecuencia la atención por su exceso de feminidad convencional. Algunas (entre las que me incluyo) no, pero creo que es sobre todo porque somos conscientes de que nuestro físico no nos ayuda y tenemos sentido del ridículo. Sin embargo, en general, tanto los como las trans intentan, al menos en sus inicios, adaptarse a los estereotipos de género más convencionales. Estereotipos que, como no me cansaré de repetir, han sido impuestos a la fuerza por los opresores a los oprimidos, y son el principal instrumento de la opresión que ejercen sobre ellos. Si los hombres y las mujeres no trans nos imitaran e intentaran parecerse a esa ficción siniestra que son los estereotipos, la sociedad sería menos libre. Cambiar de sexo no implica ser inconformista si en el nuevo sexo se adoptan las actitudes más conservadoras, que es lo que se suele hacer, aunque el conservadurismo postoperatorio, como veremos, no es con frecuencia sincero, pero el fingimiento ya no es obligatorio, como sí lo es en la etapa preoperatoria:

[...] las personas que intentan obtener tratamiento hormonal y/o CRS pueden tener un simulado interés instrumental en *parecer* conformarse a los anticuados estereotipos clínicos acerca de las transexuales, más concretamente el de que las «verdaderas transexuales» sólo aspiran a llevar vidas *heterosexuales* «normales» (Tobin, 2003, p. 5).

El individuo preoperable reconoce la importancia de cumplir las expectativas de sus cuidadores si quiere obtener una recomendación favorable para su operación, y este puede ser el más importante factor individual responsable de las prevalecientes concepciones de la salud médico-mental del transexualismo. Las transexuales sienten que no pueden revelar información contraria a las impresiones de sus cuidadores sin sufrir consecuencias adversas. Libremente admiten mentir a sus cuidadores acerca de su orientación sexual y de otros temas (Bolin, 1998, pp. 62-63).

Los estudios clínicos, de acuerdo con sus concepciones exclusivamente heterosexuales, no mencionan un tema que aparece con frecuencia en el resto de la literatura sobre la vida íntima de las trans: las relaciones sexuales entre ellas.

Mi experiencia me enseña que tales uniones son extremadamente comunes: he encontrado al menos media docena sólo en Seattle, y muchas más en otros sitios. Pero tales relaciones han sido escasamente mencionadas, y mucho menos documentadas y estudiadas, en la literatura profesional. Recuérdese, sin embargo, que aproximadamente el 40 por 100 de las participantes en la Conferencia de Nuevas Mujeres informaron de una fuerte atracción hacia otras transexuales en general; la mitad había tenido experiencia sexual real con otra transexual; cerca de la mitad había tenido una pasada relación abusiva con otra transexual, y aproximadamente al 70 por 100 le hubiera gustado tener sexo con alguien presente en la conferencia. Si estas mujeres son del todo representativas de la más amplia comunidad transexual, o incluso de su componente no andrófilico, entonces no es sorprendente que las uniones entre transexuales sean usuales (Lawrence, 1997).

El único estudio amplio que ha preguntado sobre el tema encontró que un 8 por 100 de transexuales de hombre a mujer había practicado el sexo con parejas trans, como lo había hecho el 15 por 100 de transexuales de mujer a hombre (Clements-Nolle *et al.*, 2001, pp. 917-918).

Cada día es más evidente que las personas que son trans pueden tener la misma variedad de orientaciones sexuales que las que no lo son, lo que ya había sido observado en 1976:

[...] la mayoría de transexuales de hombre a mujer se consideran a sí mismas heterosexuales, pero algunas... desean después de la operación ser homosexuales femeninas o lesbianas. Otras desean mantener opciones para la bisexualidad. Esencialmente este grupo es pequeño, pero dada la mayor libertad sexual, es probable que estas resoluciones se vuelvan más comunes. No sé de ninguna transexual de mujer a hombre que considere la posibilidad de homosexualidad masculina (Feinbloom, 1976, p. 31).

Yo sé de dos. El primero, mi amigo Manuel, que, varios años después de que su mujer muriera en circunstancias trágicas, formó pareja con un *gay*. El segundo, la célebre Pat Califia, que, después de convertirse en hombre, se unió con otro transexual y ahora usa el nombre Patrick Califia-Rice. Y en cuanto a las parejas lesbianas de trans femeninas, mi impresión es que actualmente somos más numerosas que las heterosexuales trans-hombre, al menos en Barcelona.

En todo caso, la idea de la transexual necesariamente homosexual/heterogénica ha tenido la vida dura. En 1985 Betty Steiner insistía:

[...] todos los transexuales que son mujeres biológicas son homosexuales en la elección del objeto de su erotismo (es decir, les atraen las mujeres) y todos ellos desean tener un pene, aunque la mayoría son conscientes de las dificultades que implica el respectivo procedimiento (Steiner, 1985, p. 353).

La dictadura de los médicos sobre las transexuales, que las obliga a mentir para adaptarse a la idea que de ellas tienen, puede extenderse a los famosos «seguimientos» y durar toda la vida. La clínica de sexo vinculada a la Universidad John Hopkins, que había sido la pionera, fue cerrada porque un seguimiento de las que allí habían sido operadas (del que luego se demostraría que estaba lleno de errores metodológicos y que por tanto no era válido) dio como resultado que la operación no había mejorado la calidad de vida de las pacientes, lo que la privaba de su razón de ser (Meyer y Hoopes, 1974). Desde entonces, las operadas, por solidaridad con las que esperan su turno, dan respuestas muy positivas a las encuestas que les hacen sobre las consecuencias de la operación en sus vidas, así sean mentira.

L@s transexuales que han sobrevivido al sistema médico y psiquiátrico de autorización del proceso del cambio de sexo son bastante sofisticad@s acerca de cómo funciona ese sistema. Saben que respuestas negativas a las investigaciones acerca de su calidad de vida después de la operación perjudicarían a l@s transexuales que vienen detrás de ell@s. Hasta que no existan excelentes alternativas a la modalidad actual de tratamiento, entre las cuales l@s transexuales sean verdaderamente libres de escoger, las investigaciones de seguimiento estarán, sin esperanza, falseadas (Califia, 1996, p. 270).

De todas formas, el hecho de que, en casi todos los campos, actualmente en España no poseamos una cultura propia, sino que intentemos imitar la idea que tenemos de la cultura americana, no facilita las cosas, tanto más cuanto que la idea que tenemos no corresponde a la realidad. Unas veces la deformamos por nuestra cuenta y otras los americanos la deforman, idealizándola, por motivos no desinteresa-

dos. Jack Valenti, durante muchos años presidente de la Motion Pictures Association of America, lo tenía muy claro y no se cansó de expresarlo: allí donde se imponía el cine americano, a través del cual se nos transmitía la idea que habían decidido que tuvieramos del país, los productos americanos seguían.

En España, no nos engañemos, no se ha hecho ninguna investigación de contenido clínico que pueda llamarse seria (que se autoconsidere seria es otra historia) sobre la transexualidad, ni cualitativa ni cuantitativa. Es bien sabido que nuestro país gasta muy poco dinero en investigación.

España sólo dedica un 1,11 por 100 anual a I + D, frente al 2 por 100 de media de la Unión Europea ... Una de las medidas más importantes para establecer el esfuerzo de un país en investigación e innovación es el número de patentes anuales que genera. La situación es desoladora, ya que España apenas supera las 100 al año, frente a las 2.000 de Francia, las casi 6.000 de Alemania o la increíble cantidad que ofrece EE.UU., con cerca de 15.000 (*ABC*, 15 de mayo de 2005, p. 63).

Lo único que existe son estimaciones que en general son interpolaciones de estudios extranjeros. Pueden ser válidas o pueden no serlo. Nadie lo sabe con certeza. A esta confusión se añade que algunos colectivos de transexuales para llamar la atención y dar la impresión de que son serios (o sea, de que se merecen más subvenciones de las que actualmente les son otorgadas) presentan como «resultado de estudios rigurosamente científicos» estadísticas completamente fantásticas que no resisten ni el más superficial análisis.

Buena parte de la información y las estadísticas que presento en este libro provienen de estudios norteamericanos, porque en la mayoría de los casos son los únicos que existen. Además, hay que tener en cuenta que un porcentaje muy elevado de las trans que en Estados Unidos ejercen la prostitución son latinas o de origen latino. Que muchas de ellas no vuelvan a vivir sus últimos años a sus países no impide que viajen a ellos, con frecuencia o de vez en cuando, o que inviten a visitarlas a parientes o amigas, lo cual es otra forma de expandir la influencia americana.

Si en España la transexualidad presenta muchas variantes, en Estados Unidos, dada la superior dimensión del país, necesariamente

presenta muchas más. Si a ello se añade el desbordante dinamismo del fenómeno, que no siempre evoluciona en la misma dirección en los dos sitios, es fácil comprender que hacer un estudio comparativo requeriría un amplio equipo de investigadores y un presupuesto «americano», que en nuestro país sería sencillamente inimaginable.

Dada la imposibilidad de hacer un estudio comparativo amplio, me limitaré a dos puntos:

1. Las numerosas restricciones con que la CRS se encuentra en Estados Unidos y aquí no, en la práctica no repercuten en que muchas trans de allá no se operen, sino en que lo hacen en el extranjero. Igual que las españolas, pero éstas por otro motivo: la poca calidad y el elevado precio de las operaciones que se hacen aquí, cuyas causas no son técnicas sino sociales: el desprecio de nuestra sociedad hacia sus trans se refleja (consciente o inconscientemente) en el quirófano. ¿Por qué, si no, somos tantas las que sentimos la necesidad de irnos a operar a países lejanos, con los inconvenientes que ello comporta?

El motivo principal de las restricciones americanas a la CRS no es, como podría pensarse a primera vista, deontológico. Nada indica que el amputar miembros sanos o el intentar contravenir los designios de la naturaleza en lo que concierne los géneros quite el sueño a los cirujanos. El motivo principal es otro, más práctico, más pragmático. No hay que olvidar que Estados Unidos es el país de las denuncias judiciales cuyo objetivo es obtener indemnizaciones, millonarias. «Y es que, amigos, cuando uno pasa un tiempo en Estados Unidos, te entran ganas de denunciar a alguien. Sientes que si no denuncias a alguien, no estás del todo integrado (Elvira Lindo, *El País*, Domingo, 9 de enero de 2004, p. 15).

La medicina es uno de los campos más apropiados para las denuncias. En los grandes hospitales americanos suelen verse muchos abogados a la expectativa de intervenciones médicas discutibles, para ofrecer sus servicios (aquí empiezan a verse, a pesar de que por el fuerte corporativismo profesional sea muy difícil ganar un juicio a un médico español, cualquiera que sea la barbaridad que haya hecho). Y la «cirugía de cambio de sexo es el tema más controvertido en medicina» (Green, 1969, p. 112). Como apuntaba Robert Stoller, «uno sería muy vulnerable si un paciente lo demandara» (de Robert J. Stoller a David L. Hoffberg, 5 de septiembre de 1968). Jurídicamente son di-

fáciles de defender, ya que se trata de operaciones arriesgadas, irreversibles y sin la clara justificación de una enfermedad.

A principios de los sesenta David Lee Cameron puso una denuncia de cinco millones de dólares USA contra cuatro doctores y el Hospital General de Buffalo. Entre sus acusaciones figuraba la de haber «dejado al paciente creer que “podría llevar una vida normal como mujer y podría trabajar como mujer y se curaría de sus problemas psicológicos anteriores”» (Meyerowitz, 2002, p. 122). Aparentemente se llegó a un arreglo extrajudicial.

2. Mientras aquí es muy fácil comprar hormonas femeninas en casi cualquier farmacia sin necesidad de receta, en Estados Unidos es prácticamente imposible, lo que crea un mercado negro similar al de la droga, con lo cual queda todo dicho.

5. Los inicios

Just as it is impossible to imagine the study of black history without the contribution of black scholars, or the study of homosexuality devoid of the writings of gay men and lesbians, it has become impossible for there to be a meaningful study of transsexualism or cross-dressing without input from those who have been directly affected ... has called such people «living experts». I am happy and proud to claim my status as a «living expert».*

DENNY, Dallas (1998)

Llevaba yo más de tres años ejerciendo la prostitución callejera en Barcelona cuando, en 1992, se fundó el Colectivo de Transexuales de Catalunya, y ni me enteré. Para ello había un motivo geográfico: yo trabajaba en la zona Arco del Triunfo-Mercado del Pescado (actualmente Universidad Pompeu Fabra) y las que crearon el colectivo lo hacían en el espacio Campo del Barça-Zona Universitaria. Motivo muy relativo, pues muchas trabajaban en los dos sitios, y yo, en compañía de otras, al principio había ido algunas veces al Campo. Y aunque el colectivo se hubiera creado en el Arco, es posible que no me hubiese enterado. A pesar de que siempre mantuve relaciones aceptablemente buenas y breves conversaciones con las otras trans, habitualmente, cuando no estaba sola, me ponía en medio de las mujeres. Primero, porque me enamoré de una de ellas y siempre quería estar a su lado. Después porque entablé una amistad muy estrecha con otra.

* De la misma forma que es imposible imaginar el estudio de la historia de los negros sin la contribución de estudiosos negros, o el de la homosexualidad sin escritos de gays y lesbianas, se ha vuelto imposible hacer un significativo estudio del transexualismo o el *cross-dressing* sin la aportación de quienes han sido directamente afectados ... ha llamado a estas personas «expertos vivientes». Me siento feliz y orgullosa de reivindicar mi condición de «experta viviente».

Y, finalmente, porque me casé con una tercera y estábamos siempre juntas, salvo cuando nos peleábamos, pero como yo tenía el convencimiento de que nos reconciliaríamos, no le veía sentido a regresar provisionalmente con las trans, con las cuales mi esposa, por su parte, no quería ponerse. Esas son las explicaciones anecdóticas. El motivo real era mucho más sencillo: me encontraba más a gusto con las mujeres que con las trans. Hasta entonces me había enamorado más de trans que de mujeres, lo que quizá fuese debido a que, frecuentándolas mucho (y en plan de pasarlo bien) aunque no conviviendo con ellas, tenía tendencia a aceptar la imagen que ellas vendían de sí, a idealizarlas, mientras que a las mujeres las trataba en su verdad cotidiana y prosaica. Pero al tener que pasar todas las noches con trans muchas horas, buena parte de ellas de frío y de aburrimiento, la ilusión no era posible y empecé a verlas como eran en realidad. O sea, más o menos como yo. Y con tendencia a llevarse mal entre ellas, de lo que me libraba mi distanciamiento.

La causa de que el colectivo se creara en ese momento y en ese sitio fueron los Juegos Olímpicos de Barcelona-92. Las autoridades, preocupadas, según decían, por la imagen que la ciudad ofreciera al mundo, querían «limpiar» de prostitución callejera los lugares que se suponía que serían más visitados, principalmente los alrededores a instalaciones deportivas, como el campo del Barça, donde hubo un intenso acoso policial, que llenó mucho espacio en los medios, mientras que a quienes estábamos lejos de esas instalaciones nos dejaban relativamente tranquilas, sin cesar por ello de advertirnos con frecuencia que todas tendríamos que irnos a la Zona Franca. Durante meses, altos responsables del ayuntamiento no se cansaban de repetir que lo estaban preparando todo para que allí tuviésemos un lugar de trabajo seguro y confortable.

Cuando la fecha de inauguración se aproximaba, algunas se fueron a explorar la Zona Franca, y se encontraron con que ni siquiera había luz. O bien los «altos responsables» habían estado mintiendo deliberadamente, o bien a su vez habían sido engañados. El caso es que, pese al acoso policial, la denostada prostitución callejera no se movió de su sitio (en algunos casos, cambiaron sólo sus horarios) y tuvo el mejor año económico en el que he participado nunca. Un viejo taxista que a veces nos llevaba a casa gratis (bueno, casi gratis, que sus tocaditas siempre hacía) nos previno varias veces: «Ya veréis

como se os acaba la fiesta en cuanto se acaben las Olimpiadas». No sabíamos hasta qué punto tenía razón. «... la ciudad que pierde las ingles, una ciudad que pierde su carácter dual, putas y solemnidad, después de las Olimpiadas.», comentó Manuel Vázquez Montalbán (*El País*, Sección Domingo, 29 de agosto de 2004, p. 8).

Casi ninguna de las que participamos activamente en la bonanza del 92 lo habíamos hecho en la salida a la luz de la transexualidad en Barcelona, hacia finales de los setenta, con una fuerza que sorprendió a todo el mundo. Más que una salida a la luz, fue una explosión. Viviendo en la ciudad desde el 68, ya me había acostumbrado a la idea de que era una ciudad sin transexuales. Y cuando vi que, tras la muerte de Franco, las cosas seguían igual (lo que ocurrió durante varios años), pensé que estaba condenada a seguir siéndolo siempre. Recordaba París con nostalgia, y a veces iba, pues había vivido allí bastante años y allí había empezado a hormonarme a los diecinueve años, de la mano de mi amante trans, Jacquie, alta, rubia, hermosa y fría (salvo, a veces, en la cama), que ejercía una gran dominación sobre mí, no sólo por su temperamento mandón, sino también porque, además de llevarme unos quince años, tenía mucha experiencia y mucho conocimiento del medio, y yo no. Y, por si fuera poco, me había enamorado de ella. Siempre esperé que me pidiera que viviéramos juntas, que vistiera siempre de mujer, que fuera su compañera. Pero no lo hizo y yo no me atrevía a insinuarlo: ella era la que mandaba. Era muy suya, Jacquie, y casi siempre mantenía las distancias. Me ponía sus vestidos (el hecho de que a veces los hubiese pagado yo no impedía que fuesen suyos: era tan posesiva como dominante) y salíamos a tomar algo y al cine (las dos éramos apasionadas cinéfilas). Un día me dijo, en tono amenazador: «¡Como se te ocurra hacerte un cliente, la policía te echa de Francia para siempre!». Y yo, claro, le creí y no lo volví a intentar, ni gratis. Cuando, años después, en mis ocasionales visitas, me encontré con que Jacquie había desaparecido sin dejar ni rastro y que París se había llenado de exuberantes mulatas brasileñas, casi todas iguales entre sí (misma nariz, mismos pómulos, misma dura vagina de quirófano), me pregunté si Jackie no me habría mentado para evitar que le hiciera la competencia. Pero un día echaron de golpe a todas las brasileñas con el pretexto de que una había asesinado a otra y pensé que, después de todo, quizá sí me había dicho la verdad.

Un domingo de finales de los setenta decidí, después de mucho tiempo sin ir, dar un paseo por las Ramblas y me encontré con un espectáculo alucinante: la parte baja de la ciudad estaba llena de transexuales. No de hombres vestidos de mujer, sino de auténticas transexuales, con sus buenos pechos, sus anchas caderas, su pelo largo y teñido, sus vestidos y maneras provocadores. Era como si hubiesen tomado la ciudad. Una callejuela del Barrio Gótico, la de Rull, antes prácticamente muerta, estaba llena de bares de trans, uno detrás de otro, casi todos pequeños, pero también alguno muy grande, cuya instalación había debido de costar muchos millones. Además de las que estaban en los bares, muchas transexuales permanecían en la calle. Y casi ninguna era catalana. Sobre todo, andaluzas y canarias, que, obviamente se sentían más libres lejos de su tierra. El Raval y buena parte del Barrio Gótico eran una gran fiesta trans. Un gran fuego de artificio detrás del cual se ocultaban multitud de tragedias personales. Casi todas vinieron con la ilusión de poder llevar una vida de mujeres normales, que era lo que se sentían. Y chocaron contra el duro muro de la realidad. Aprendieron en sus propias carnes que el destino habitual de la transexual es ser utilizada sexualmente por la noche y despreciada durante el día. Los hombres sólo las quieren para pasar un buen rato. Luego, si te he visto no te conozco. Los trabajos «normales» a los que podían aspirar, tipo camarera o mujer de la limpieza (en general, tenían pocos estudios) les estaban vedados. Sólo les quedaba la prostitución. A la mayoría se les notaba que eran transexuales. ¿En qué? Ante todo, en el desarrollo, a veces fuerte, de sus caracteres sexuales secundarios masculinos, principalmente la voz. Y, simultáneamente, de los femeninos (por ejemplo: una larga, hermosa y bien peinada cabellera, un llamativo maquillaje, unos pechos y unas caderas enormes, junto con una voz ronca). También en su exageración, en su excesiva pretensión de feminidad, en su costumbre de andar en grupos de los cuales salían gritos de voces graves. Por otra parte, ¿cómo pedir moderación en su desahogo a una persona que lleva toda su vida reprimida?

Pero la gran tragedia de este ejército, salido de la sombra, de espléndidas transexuales, las más deslumbrantes que he visto nunca, fue la heroína, y no que tuvieran que dedicarse a la prostitución, respecto a la cual existe una gran hipocresía. Se suele hablar de ella en tono compasivo, como diciendo: «¡Pobres víctimas, sometidas a la

explotación inmisericorde!». Recordemos que el Ayuntamiento de Madrid llama «Plan contra la esclavitud sexual» a una serie de actuaciones cuyo fin inmediato es reforzar el poder que sobre la prostitución ejercen los propietarios de los locales donde se practica, mientras que las prostitutas callejeras suelen ser personas independientes. Por lo menos, se podría llamar a las cosas por su nombre y denominarlo «Plan a favor de la esclavitud sexual».

Es cierto que existen las mafias y la explotación sexual inmisericorde, pero no de trans, pues éstas, por muy femeninas que sean, también son andróginas, y cuando les conviene saben sacar su lado viril, su agresividad, y defenderse. Además, la situación de las mujeres que ejercen la prostitución evoluciona.

La Guardia Civil considera que se ha producido un cambio: «Hace pocos años se engañaba totalmente a las mujeres en los países de origen con el argumento de que vendrían a trabajar como camareras o asistentes de hogar. Una vez en España se encontraban encerradas en clubes y obligadas a mantener relaciones sexuales en contra de su voluntad. Ahora muchas de las mujeres se captan, e incluso se ofrecen ellas mismas a las organizaciones sabiendo desde el primer momento que van a trabajar como prostitutas.» (*El País*, 9 de mayo de 2005, p. 37.)

Aparentemente, las vidas de las trans son más libres y tienen más momentos de diversión que las de la mayoría de la gente. Otra cosa es saber si, además de la marginación y de las humillaciones a las que las somete la sociedad (y a las cuales ya nos hemos referido), muchas no viven un desgarramiento interior producido por el conflicto entre el sistema de valores que les ha inculcado la cultura en la que se han criado y su forma de ser. En otras palabras, si no tienen sentimiento de culpa (de «vergüenza y culpabilidad» habla una terapeuta americana unas líneas más abajo). Muchas de las que han conversado conmigo sí lo han tenido (¡y yo!), pero después de pensar mucho en ello llegaron a la conclusión de que no habían hecho nada malo por lo que merecieran tal castigo, y se autoabsolvieron. Eso dicen, pero, aunque sean sinceras, podrían equivocarse, porque el razonamiento lógico por el que se autoabsuelven y el sentimiento de culpa, de pecado, pertenecen a dos órdenes diferentes de realidades, el segundo más profundo que el primero. Yo no dejé de sentirme culpable hasta que mi pérdida de fe

(hacia los catorce años) en el catolicismo se convirtió en un odio rayano en el fanatismo. Después he creído en otras religiones (hinduismo, budismo y taoísmo), pero ninguna de ellas me ha planteado sentimientos de culpa, a propósito de nada. No está en su naturaleza. E ignoro totalmente si está en la mía la necesidad de sentirme culpable, de forma que cuando vea venir la muerte, si es que la veo venir, me hunda en el catolicismo de mi infancia y me arrepienta de todo lo que he hecho durante mi vida. Mi padre me contó el caso de un amigo suyo, gran bebedor y furioso anticlerical, que, en medio de una borrachera, se envenenó y, no pudiendo ser salvado, se pasó la última y lamentable semana de su vida rezando y implorando perdón a todo el mundo por lo que había hecho y por lo que había dejado de hacer.

Fuera cual fuese el motivo (o los motivos: en las adicciones suelen juntarse la búsqueda del placer y la huida del dolor), la primera generación posfranquista de trans consumió mucha heroína y pagó por ello el precio más elevado que se puede pagar. Pagó con sus vidas. «... la heroína se ha llevado por delante —directa o indirectamente— la vida de casi todos los que cayeron en sus garras en la década de los setenta» (*El Mundo*, 18 de septiembre de 2004, sección Salud, p. S4). Además, por si fuera poco, con la droga vino el sida (durante muchos años la principal vía de contagio fue compartir jeringuillas). Y gran parte de sus víctimas eran trans.

Empezaron a caer muertas como moscas. Las que no por sobredosis, por la mala calidad de la droga que les vendían, o por alguna consecuencia del sida. En el anexo de esta tesis, Lola («Una superviviente») cuenta que de unas veinte amigas que debía de tener en esa época, sólo quedan vivas tres. Y ella, cuatro. O sea, un 80 por 100 murió. Otras, por los mismos, o similares, métodos, llegamos a resultados parecidos.

Dice la mencionada terapeuta privada americana:

Dealing with substance abuse is a major therapeutic issue in this client population. Because of the pervasive shame and guilt around their feelings and behaviours, alcohol and other drugs become a convenient and accessible means to dull the pain the transgendered feel much of the time (Anderson, 1998).

(«Tratar con el abuso de sustancias es un tema terapéutico mayor en esta población de clientes. A causa de la vergüenza y el senti-

miento de culpa que rodea sus sentimientos y conductas, el alcohol y otras drogas son un medio cómodo y accesible de atenuar el dolor que la transgénerica siente buena parte del tiempo.)

La segunda frase es unilateralmente negativa. Según ella, las trans somos unas totales desgraciadas. Una verdad a medias. Tan válido sería escribir: «A causa de la plenitud de vivir y la inmensa satisfacción que rodea sus sentimientos y conductas, el alcohol y otras drogas son un medio cómodo y accesible de aumentar el placer que la transgénerica siente buena parte del tiempo». Pero a la transgénerica hay que convencerla de que sufre mucho. Si no, no iría a la terapeuta, no le pagaría, y el placer que se terminaría sería el de ésta. Hubo un tiempo en que se comentaba mucho que una de las profesiones con mayor índice de depresiones era la de psiquiatra (la revista *Time* dedicó un artículo al tema, corto pero con apoyo de estadísticas), sin que se pudiera concluir si se hundían en la depresión a causa de su frecuente trato con depresivos o si escogían la psiquiatría como profesión porque eran depresivos.

«... el alcohol y otras drogas...» No se puede comparar el número de víctimas directas, relativamente insignificante, del alcohol con el brutal, principalmente entre las trans, de «otras drogas». Ni la calidad, siempre igual del primero, mientras las segundas a veces son auténtico veneno. Ni los precios, pues el elevado de las drogas (a causa de su prohibición) engendra mucha delincuencia.

En una ciudad grande como Barcelona, donde el consumidor sólo tiene contacto con los camellos, y los camellos son a su vez consumidores, aun estando entre adictas es difícil pasar del nivel más bajo y comprender esta trama infernal. Más fácil es en un pueblo. Por eso reproduzco parte de la entrevista que una madre de drogadictos, Carmen Avendaño, líder de un movimiento de madres de drogadictos (Erguete), que ha conseguido logros importantes, concedió al *Magazine* semanal de *La Vanguardia*.

LA CÁRCEL DESTRUYE A LOS DROGADICTOS

Durante la década de los ochenta, cuando las rías gallegas parecían muelles de descarga de droga, dos de los cinco hijos de Carmen Avendaño quedaron atrapados en la heroína. Pero del desconocimiento ab-

soluto y el sentimiento de culpabilidad, Carmen pasó a liderar un movimiento de madres que logró concienciar a toda la sociedad en esta batalla, descabezar las mafias dominantes e impedir que Galicia se convirtiera en Sicilia ...

No podía recurrir ni a la familia porque la adicción de dos de sus cinco hijos a la heroína suponía un estigma difícil de sobrellevar. Al mismo tiempo, en el mismo pueblo, las personas que les suministraban la droga eran los triunfadores, los mecenas de la sociedad que mantenían equipos de fútbol, se construían mansiones y paseaban en los mejores coches.

Todo empezó cuando, en el 79, su esposo y ella descubrieron que su segundo hijo tenía problemas con la droga.

P.: *¿Qué edad tenía cuando lo detuvieron por primera vez?*

R.: Dieciocho años recién cumplidos. Lo juzgan por un robo frustrado y, a pesar de que no tenía antecedentes, le meten cinco años y siete meses de condena. La cárcel, evidentemente, no sólo no lo cura sino que no hace más que agravar el problema. Las consecuencias fueron irreparables. La prisión destruye a los drogadictos. Sale y vuelve a caer. Y es ahí donde ves toda la injusticia del sistema ...

(Una compañera, trans, del Arco, fue, a petición de su novio, a recoger un pequeño paquete a Correos. Sabía que contenía droga, pero pensó que no la pillarían. Se equivocó: la estaban esperando. Le cayeron nueve años. La mitad de su juventud. Y ni siquiera es drogadicta. ¿Le hubiera caído una condena tan fuerte si no hubiese sido trans?)

Carmen Avendaño: Nos hemos inclinado muchísimo hacia una política represiva con el más débil, y al final es el pequeño trapichero el que está pagando las consecuencias y llena las cárceles. Los poderosos se defienden mucho mejor.

P.: *¿Caen los mejores?*

R.: Sin duda. Los más sensibles, los más idealistas.

P.: *Uno de los temas que crea confusión es la controversia sobre la legalización de la marihuana. La tesis del Partido Popular era que el hachís y la marihuana son el primer escalón que llevaba al consumo de drogas más peligrosas.*

R.: ¡Y la caña que estamos tomando en estos momentos también! El primer paso de un joven es el alcohol, que forma parte de nuestra cultura. Pero no hablamos de prohibir las bebidas alcohólicas, entre otros motivos, por el poder económico que tiene ese sector. En cambio, con

la marihuana o el hachís, que cada día vemos más que forman parte de la cultura de los jóvenes, tenemos que plantearnos lo mismo. Yo liberaría el consumo, pero controlando que no se dispensen a menores. Algo que no se hace con el alcohol o el tabaco.

P.: *¿El futuro es de las drogas de diseño?*

(C**, joven y hermosa trans, que no se dedica a la prostitución pero frecuenta las salas de fiesta, fue una noche detenida en una de ellas, sin duda debido a una delación, con cien botellitas de *crack* debajo de la falda, y en su piso se encontraron elementos para fabricar más. Detenida incondicionalmente en condiciones insólitamente duras, su madre se puso en contacto con el CTC para que intentáramos ayudarla. Tratamos de hablar con todas las autoridades que podían intervenir, de las cuales unas nos recibieron y otras no, y tuvimos suerte pues logramos que su situación mejorara un poco. Ello nos convenció de que en casos como ese seríamos más eficaces si contáramos con nuestro propio servicio jurídico y con una abogada en ejercicio, lo cual, como se verá, tuvo consecuencias prácticas.)

R.: No, porque ese ya es el presente. Un amigo químico me explicaba que son muy fáciles de fabricar y que cuando quisiera venía a mi casa y en el baño me enseñaba a fabricar *crack*. Y como eso da mucho dinero, resulta imbatible. Por eso, todo lo que hagamos es absurdo si no ponemos por delante la educación del individuo para evitar que entre en el consumo de drogas.

P.: *¿Existe el peligro de que los capos se conviertan en los que mandan?*

R.: Ese riesgo se lo dijimos en el año 1995 a Felipe González en La Moncloa: que los hijos de estos señores, y los nietos ya, son personas que están estudiando en universidades privadas y, curiosamente, cursan Ciencias Políticas y Económicas. Porque, ¿para qué sirve el dinero? Para tener cosas, pero en última instancia, para tener poder. ¿Y dónde se encuentra ese poder? Pues en las instituciones... (Díaz Prieto, 2004, pp. 22-25).

Recientemente se ha hecho una película acerca de Carmen Avendaño y su lucha contra la droga, *Heroína*, dirigida por Gerardo Herrero y protagonizada por Adriana Ozores (2005).

Las preguntas inevitables son: ¿si hace diez años los hijos y los nietos de los grandes capos habían pasado o estaban pasando por las

universidades con el fin de controlar las instituciones, existe alguna posibilidad de que no las estén controlando ya, al menos en parte? ¿Existe alguna de que una fracción de nuestra clase dirigente no tenga una relación tan estrecha con los capos como la que puede tener una persona con su padre e incluso consigo misma? Yo diría que muy pocas, a juzgar por su comportamiento irracional y egoísta. Por ello, el consumo de droga (no me refiero a su uso con fines terapéuticos, que ya se hace con el hachís en Catalunya) *nunca* será legalizado en España, a pesar de que a los muchos y sólidos argumentos a favor de hacerlo sólo se le pueden oponer motivos tan inconsistentes como los que daba el PP para no legalizar la marihuana. Ningún grupo humano, que se sepa, ha matado nunca a su gallina de los huevos de oro. Si en Estados Unidos el dinero producido por el contrabando de alcohol, en lugar de beneficiar a la mafia de patanes sicilianos, hubiera ido al bolsillo de algunos de los que formaban su clase dirigente, la ley seca regiría todavía.

¿Es al menos eficaz la prohibición, en el sentido de que gracias a ella se consume menos la sustancia prohibida? Luis Buñuel cuenta en *Mi último suspiro*, su libro de memorias: «Viví cinco meses en los Estados Unidos, durante la época de la Ley Seca y, que yo recuerde, nunca había bebido tanto» (*El País Semanal*, 17 de octubre de 2004, p. 36).

Entre 2000 y 2002, las incautaciones (que se calcula que representan entre el 10 y el 15 por 100 de las cantidades que entran en nuestro país) han evolucionado así: la heroína (cuyo consumo se sabe que ha bajado) ha pasado de 485 a 275 kg, pero la cocaína lo ha hecho de 6.165 kg a 17.617, triplicándose en sólo dos años y haciendo que su aumento de 11.500 kg haga insignificante la disminución de 210 kg de heroína. Antonio Escotado, autor de la muy famosa *Historia general de las drogas*, que no es partidario de una liberalización total, comenta:

Los holandeses son el mejor modelo. Han tomado la sana medida de convencer a la juventud con cosas como los *coffee-shops*,* y al abrir la mano con el cáñamo han conseguido que la gente joven haga caso a

* Los *coffee-shops* son locales en los cuales están legalizados la venta y el consumo de *cannabis*.

las autoridades. De forma que hay drogas en Holanda, pero el consumo es menor. Aquí hemos llevado hasta el final el experimento prohibicionista y éstos son los resultados (*El País*, Domingo, 26 de septiembre de 2004, pp. 2 y 3).

Nunca recuperó la Barcelona Trans el esplendor de su inicial explosión, pero muchas de las que murieron fueron siendo reemplazadas por otras que llegaban, probablemente en parte atraídas por la bonanza de la preparación de las Olimpiadas y de su celebración.

El de Catalunya no fue el primer Colectivo de Transexuales que se creó en España. En 1987, en Madrid, se fundó Transexualia, que sigue siendo el más representativo de la capital del Estado, donde, al igual que en Barcelona, han proliferado grupos de efímera existencia. En uno de mis cortos viajes madrileños para hablar con mi director de tesis, entrevisté a una de las fundadoras y principales animadoras de Transexualia, María. María es robusta y da la impresión de solidez física y psíquica. Nació en Salamanca en 1962, por lo que tenía treinta y seis años cuando la entrevisté.

— *¿Cuándo fuiste consciente de tu condición?*

— A medida que vas teniendo uso de razón te vas dando cuenta de que eres diferente y lo vives con naturalidad, expresando lo que sientes. Pero cada vez tropiezas más con lo que culturalmente se establece, la división entre chicos y chicas. Yo tenía comportamientos típicamente femeninos y jugaba con las niñas como una niña más. Pero el trauma fuerte es en la pubertad, cuando tu cuerpo se transforma, se define claramente por un sexo. Es entonces cuando sientes el choque.

— *¿Crees en alguna teoría sobre el origen de la transexualidad?*

— En ninguna. Yo creo simplemente que la transexualidad es una manifestación natural, y punto. Si en el resto de la naturaleza hay seres hermafroditas y que cambian de sexo, ¿por qué vamos a ser diferentes? Según la cultura en la que nazcas, como transexual te respetan más o menos. Desgraciadamente, nuestra cultura ha establecidos unos roles, unos modelos muy concretos y muy diferentes para los hombres y para las mujeres, y todo lo que se salga de ahí es problemas, enfermedad, aberración, trastorno, patología, o lo que quiera que sea.

— *¿Tuviste problemas en tu infancia por eso?*

— Los típicos. Y luego hice mi cambio a los dieciocho años. Se llegó a decir, y yo a pensar, que era homosexual, aunque no sabía lo que eso significaba. No sabes nada a esas edades. Hasta que me di cuenta de

que sí, de que me gustaban los hombres, pero desde el punto de vista de una mujer, que es lo que yo psíquicamente era. Comprendí que yo no era homosexual sino otra cosa. Esa otra cosa se llamaba travesti. El término transexual ni siquiera se conocía. Entonces me definí como travesti. Luego descubrí que existía la palabra transexual, y más tarde la palabra transgénerica, y todas esas cosas.

— *¿Fuiste, o te sentiste, marginada durante tu época de estudiante?*

— No, porque me autocensuraba. Me creé un sistema de defensa que consistía en reprimirme directamente al máximo y no mostrar nada. Por eso no tuve problemas. Porque aguanté hasta cuando tuve dieciocho años. Entonces, como ya era mayor y podía hacer lo que me diera la gana, me largué de casa a vivir mi vida de acuerdo con lo que era, no con lo que querían que fuera.

— *¿Directamente a Madrid?*

— Sí. Era la época de la movida, cuando estaba todo por empezar. Fue la época mejor. Había desconocimiento de todo, aún más que ahora, pero eran unos años en los que la gente te respetaba bastante. Era la época de la liberación sexual. Como símbolo estaba la Bibi Andersen, que era un poco la diosa.

— *¿E intentaste resarcirte de tantos años de autorepresión?*

— Totalmente. Me puse rubia platino, superguapísima, superexplosiva, para intentar recuperar esa feminidad que no había podido vivir en su momento.

— *Es la imagen de alocadas que dan las transexuales que logran salir de una represión fuerte.*

— Pero es que la gente, cuando no ha tenido infancia, ni pubertad, ni adolescencia, cuando no ha tenido nada, llega y de repente ve la posibilidad de adquirir la ansiada feminidad, quiere ser la más guapa, la más explosiva, la más más. Luego, ya el tiempo te pondrá en tu sitio. Pero el primer año no hay ninguna que no haya querido ser rubia platino y supertodo.

— *Cuéntame de la movida madrileña.*

— Eran los años de las primeras manifestaciones de la clase política, pero también fueron años de mucha represión de la prostitución. Había redadas, la policía complicaba mucho el ejercicio de la prostitución en la calle. Eran años difíciles por un lado y bonitos por el otro, porque ya empezaba la gente a liberarse y a mostrarse públicamente. Pero eran años duros, de represión.

— *Yo leía, desde Barcelona, que en Madrid había muchas transexuales dedicadas a la prostitución. En Barcelona ocurría lo mismo, pero no me enteraba porque era de Madrid que hablaba la prensa que yo leía.*

— Sí, había muchas, era una prostitución enorme, y la verdad era que había muy buen ambiente. También eran años en los que casi no se conocía, y no se consumía a gran escala, la droga. La única conocidísima eran los porros, el hachís. Entonces fueron años muy bonitos.

— *¿Cuando tú llegas a Madrid, en el ochenta, ya estaba todo montado?*

— Bueno, ya empezaba a montarse todo y yo participé en el inicio de muchas cosas.

— *¿Y cuándo empezaron a estropearse las cosas?*

— Ya en el 86 empezaron los problemas, a aparecer el sida, a morirse la gente de sobredosis. Y a muchas se les notaban las secuelas de muchos años consumiendo heroína. Empezó todo a deteriorarse un poco.

— *¿Y tú nunca te has enganchado a nada?*

— No. Afortunadamente, no. Gracias a Dios, no. He visto tantas desgracias alrededor que no he sentido ganas de probarlo.

— *Cuéntame la creación de Transexualia.*

— Éramos un grupo de transexuales que teníamos muchos problemas con la policía, y de ahí surgió la idea de crear una asociación, en el año 86-87, que fue legalizada en el 87. Desde las primeras reuniones empezamos a ver toda nuestra problemática y comprendimos los muchos cambios que debían realizarse, la mayoría de los cuales están aún pendientes, para que la igualdad y la no discriminación, que tan bellamente proclama la Constitución española, fuesen una realidad en nuestro caso.

— *¿Coinciden vuestros planteamientos con los del CTC?*

— Sí. El CTC se creó mucho después y prácticamente con las mismas reivindicaciones.

— *¿Tú, personalmente, has conocido la marginación?*

— Sí, porque cuando vine aquí e hice el cambio intenté buscar trabajos y me encontré con que me resultó imposible por la diferencia entre la imagen y la documentación. En cierta manera, no me quedó más remedio que dedicarme, durante muchos años, a la prostitución.

— *¿Y ya no lo haces?*

— Apenas. A veces, pero no tanto.

— *¿Los fines de semana?*

— Sí. Un poco cuando me divierto, cuando me apetece, y los fines de semana.

— *Y también está la cuestión económica...*

— Cuando digo diversión, digo diversión y economía.

— *¿Dejarías definitivamente la prostitución si económicamente pudieras?*

— Económicamente ya puedo, pero nunca la dejaré, porque ha sido mi forma de vida. Ten en cuenta que para una transexual la prostitución

son muchas cosas, no sólo es dinero. Para una mujer puede ser sólo dinero. Para una transexual también es contactar, conocer gente, tener sexo rápido. Reafirmas, proyectas un tipo de mujer que no puedes proyectar en otros momentos, porque por el día no vas a ir muy explosiva ni nada de eso.

—*Por lo que he oído de ti, y por lo que veo, has pasado de una posición superfemenina a otra un poco andrógina, un poco distanciada de los géneros.*

—Ha sido una evolución en la que ha influido mucho la prostitución. En un principio tenía muy claro que me quería operar y era muy pasiva. Tenía una sexualidad bastante nula, por decirlo de alguna manera. Los genitales los olvidaba. Sería por la hormonación.

—*¿Odiabas tus genitales?*

—Tanto como odiar, no. Pero cuando empiezas, el modelo de mujer tiene que ser un canon concreto. Yo pensaba que para ser una mujer tenía que tener una vagina porque si no, nunca lo sería. Bueno, pues cuando yo me quise operar, en el 83, en España era ilegal y me tenía que ir a Casablanca, lo que me daba miedo. Además, tampoco tenía dinero. Luego, en la prostitución, me di cuenta de que una premisa eran mis genitales, porque en la prostitución no van a alquilar tu mente, alquilan tu cuerpo. Entonces empecé a disfrutar sexualmente. Incluso descubrí que era bisexual porque estaba con mujeres y con hombres y lo pasaba bien con ambos. Ello me generó un conflicto tremendo porque pensé: «Yo no soy una mujer, entonces soy un hombre». Tenía la sensación de que había perdido el tiempo, de que había metido la pata. Hasta que me fui dando cuenta de que yo sí quería ser mujer, de que mi género era claro, pero que a la vez tenía esa sexualidad y que era absurdo que la reprimiera porque todo lo que te reprimes al final se libera. Cuando pude operarme porque era legal, había en España cirujanos y tenía dinero, resulta que ya no me quería operar, porque había aceptado mis genitales y visto que no entraban en conflicto con mi género ya que socialmente iba a ser la misma, operada o sin operar, y mi sexualidad sólo nos interesaba a mi *partenaire* y a mí. No me pareció tan necesario demostrar que estaba operada. Llegué a la conclusión de que el cambio de género en una transexual es realmente el cambio de sexo. Y el cambio de genitales, pues yo, la verdad, a juzgar por mi propio caso y por toda la experiencia que he visto en otras personas, no me parece muy positivo en el sentido de que es una castración, una pérdida de sensibilidad no total pero sí tremenda, sobre todo para las personas que han disfrutado. Entonces, pagar ese precio por un tener un carnet donde ponga detrás «V» o mujer, pues me parece excesivo.

— *¿Y no crees que la operación feminiza?*

— Se consigue una feminización mayor, pero, vamos, tampoco mucho. A la que tenía una voz ronca, se le pondrá menos ronca, pero no va a adquirir la voz de una soprano. Al no producirse hormonas masculinas, se suaviza todo, se pierde vello, se acumula líquido y grasa en zonas típicamente femeninas, y esas cosas, que son matices y no cambios abismales. No es que te operes y salgas del quirófano monísima y superfemenina.

— *¿Cómo descubriste que te gustaban las mujeres?*

— La prostitución conlleva que tengas relaciones múltiples. Al principio, las mujeres no me atraían nada, pero poco a poco vi que también me excitaban y que llegaba al orgasmo con ellas. Y me dije: «Bueno, si tengo la posibilidad de ser bisexual, si tengo esa cualidad, ¿por qué voy a negármela?». Nunca he entendido por qué tienes que anular una parte de ti para reafirmar la otra. Yo puedo reafirmar las dos y creo que es lo positivo y lo bonito de la identidad transexual. Parece que tenemos la sensación de que somos medio mujeres y medio hombres. Yo creo que es absurdo y que la transexualidad no es medio nada, sino una identidad concreta. Como cada día los géneros se confunden más, no necesito para reafirmarme en un género renegar del otro, ni poner a uno en conflicto con el otro. Los dos conviven en mí perfectamente, sin ningún problema. ¿Qué puedo tener más feminidad en unas cosas y en otras menos? ¿Qué no me correspondo mucho con un modelo femenino concreto? Bueno, pues a mí no me interesa corresponderme con nada. Me interesa corresponderme y estar a gusto conmigo misma, independientemente de si parezco más o menos mujer. No sé si parece una pedantería, pero me siento un poco por encima de los géneros.

— *Yo también disfruto con hombres y mujeres, pero sólo me enamoro de mujeres o de trans. ¿Te pasa a ti lo mismo?*

— Es muy difícil que yo me enamore. Casi siempre he hecho sexo, no amor. Aunque parezca mentira, no me he enamorado nunca, ni he tenido pareja. No sé por qué. Tal vez porque soy muy independiente. Y cuantos más años tienes, más egoísta te vuelves. Hoy por hoy, sí que me veo con una pareja, pero no con un hombre. Los hombres suelen tener una sexualidad muy rígida, que me limita mucho, que me coarta, porque esperan de la transexual que sea muy femenina, que su parte masculina no se le note mucho, que nunca haga un gesto masculino. Y yo no correspondo al estereotipo de la feminidad. A veces tengo formas de hablar e incluso comentarios que no son muy femeninos que digamos y físicamente tampoco soy un modelo de feminidad. Con un hombre, se cortaría conmigo o yo tendría que estar fingiendo continuamente. Y no

me apetece fingir, porque yo no he venido a este mundo para eso. Con una lesbiana, en cambio, me encuentro más a gusto porque puedo ser más yo misma. Pero no excluyo que un día me enamore de un hombre, porque con ellos a veces la química funciona y un hombre a una transexual la reafirma más como mujer.

—*Para terminar, ¿qué vinculación tienes ahora con Transexualia?*

—Pues sigo trabajando ahí. Soy de las más antiguas.

Como muchas de las que empezaron en Madrid luego vinieron a Barcelona, y viceversa, y algunas tan pronto estaban en un sitio como en el otro, no me cabe duda de que la creación de Transexualia influyó, junto con otros motivos, más coyunturales, en la creación del Colectivo de Transexuales de Catalunya (CTC), cinco años más tarde.

El 30 de julio de 1992 se entregaron los estatutos del CTC en el Departament de Justícia de la Generalitat de Catalunya y la resolución de inscripción en calidad de asociación sin ánimo de lucro lleva fecha de 20 de julio de 1993. El apartado segundo artículo segundo de dichos estatutos dice:

FINES DE LA ASOCIACIÓN:

Considerando que aunque el actual ordenamiento jurídico y la propia Constitución consagran la propia libertad, igualdad y no discriminación, otra cosa muy distinta es el comportamiento hacia colectivos marginales. Entre estos se encuentran los transexuales, que sufren regularmente una permanente violación de sus derechos, en principio no reconocidos socialmente.

La Asociación «Colectivo de Transexuales de Cataluña Pro-Derechos»,* tiene por objeto solicitar de los poderes públicos:

1. Legalización del transexualismo.
2. Descubrir y manifestar el propio transexualismo.
3. Apoyo por parte de la Seguridad Social y la sanidad pública, en dos vertientes:
 - Asistencia psicológica (transexualización psíquica). Consistente fundamentalmente en proporcionar orientación, psicoterapia de apoyo, expedición de certificado de transexual.

* Lo de «Pro-Derechos» fue una exigencia de la Generalitat, que encontraba que simplemente «Colectivo de Transexuales de Catalunya» era demasiado genérico.

- Facilitación a la transexualidad física: hormona sexual, depilación eléctrica y cambio de sexo.
- 4. Cambio automático de identidad legal: varón/hembra.
- 5. Lucha legal y social contra la discriminación laboral.
- 6. Derecho a la dignidad personal y a la imagen pública.
- 7. Cambio del nombre de pila en el Registro Civil
- 8. Colaborar con otros colectivos y asociaciones que pretendan finalidades análogas o vinculadas al transexualismo.
- 9. Promocionar la autoayuda personal, orientativa y económica.
- 10. Investigación del fenómeno transexual. Formación de un centro de documentación sobre temas relacionados con el transexualismo.
- 11. La Asociación está alejada de todo espíritu de lucro.

6. Precedentes y realidades trans

Mientras las diferencias sexuales puedan servir para fundamentar un sistema social de diferencias de géneros, el fundamento parece de alguna manera menos firme que lo que está sosteniendo.

JUDITH SHAPIRO, 1991, p. 272

Precedentes

Es casi seguro que si Christine Jorgensen no se hubiera operado en el 52, yo no lo habría hecho en el 2004, y que si en el 67 un grupo de trans americanas no hubiese fundado el COG, ni Transexualia ni el CTC existirían. Cuando no se tiene la fuerza ni la originalidad de abrir nuevos caminos, se siguen los ya trazados.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con la guerra fría y la rivalidad entre las dos superpotencias, uno de cuyos principales campos de competición era la ciencia, las cantidades dedicadas a la investigación se dispararon en Estados Unidos. En 1946, el presupuesto para los Institutos Nacionales de Salud era de 180.000 dólares. En 1960, de 400.000.000. Una ley de 1946 concedió ayuda federal para la construcción de hospitales, lo que permitió que éstos contrataran más personal, trataran a más pacientes y se equiparan con la mejor tecnología (Starr, 1982). Pero eso casi no benefició a los médicos que estudiaban la transexualidad, que disfrutaban de muy poco prestigio dentro de la profesión y, por consiguiente, tenían difícil acceso a las fuentes de financiación. Y lo mismo sucedía en los pocos países donde los había. Hamburger, el médico danés que trató a Jorgensen, le confesó a ésta por escrito que el haberlo hecho y la publicidad suscitada por ello habían perjudicado «su reputación como un honesto científico» (9 de noviembre de 1955).

Pero el hecho de considerarse a sí mismos pioneros del avance de la medicina los mantuvo unidos y cohesionados, y les permitió coordinar la poca investigación que podían hacer. En 1962, la UCLA (Universidad de California de los Angeles) creó el Centro de Investigación de la Identidad de Género, que se centró en la identidad de género de los niños y se mantuvo ajeno a los procesos transexualizadores.

No fue hasta 1966 que un gran hospital dependiente de una Universidad, el John Hopkins, anunció que tenía la intención de realizar cirugía de reasignación sexual. En noviembre, había operado a diez transexuales, cinco de hombre a mujer y cinco de mujer a hombre (Meyerowitz, 2002, p. 219). La archidiócesis católica no hizo comentarios, pero trece líderes judíos y protestantes manifestaron su apoyo al programa de la universidad, que causó impacto entre l@s transexuales pobres, que no podían costearse el viaje a Europa o a México para operarse, como venían haciendo quienes tenían suficientes medios. El número de pacientes atendidos fue insignificante en relación con el de los que lo solicitaban.

Otros centros médicos siguieron el ejemplo. La Escuela de Medicina de la Universidad de Minnesota, por ejemplo, realizó veinticinco CRS en los siguientes tres años y medio. A finales de los setenta, había entre quince y veinte «centros mayores» americanos en los cuales más de cien personas se habían sometido a la CRS. Mi amiga americana, Acacia, me comenta que se calcula que en Estados Unidos hay actualmente unas 50.000 transexuales operadas, en el país o en el extranjero.

Cada institución elaboró sus criterios para valorar a los pacientes y seleccionar a los que serían operados. Un factor importante era el realismo en lo que se refiere a las posibilidades laborales. Los procesos selectivos pusieron en evidencia los prejuicios de los médicos. Evitaban a l@s exhibicionistas y preferían a pacientes que parecieran y se comportaran como hombres y mujeres convencionales. Se organizaron talleres y cursos para inculcar estereotipos de género. Y, desde luego, la heterosexualidad era requisito *sine qua non*.

Pero las transexuales pronto se dieron cuenta de lo que se esperaba de ellas y se organizaron para preparar las respuestas y las actitudes que se valoraban positivamente en los criterios de selección. Hacían ensayos de gestos y formas de moverse y de hablar, y aprendían que debían decir que sus genitales nunca les habían proporcionado ningún placer ni les había excitado vestirse de mujer.

La necesidad de ayuda mutua empujó a las transexuales a conocerse y reunirse. A finales de los sesenta, un grupo se encontraba con frecuencia en un rincón de Brooklin en el cual se confeccionaba la revista para «cross-dressers» *Turnabout*. Y Mario Martino reunía en su casa en Yonkers, Nueva York, a un grupo de transexuales masculinos que se ayudaban unos a otros (Martino, 1977). Los sesenta fueron años de gran agitación social, en que los radicales cuestionaban el modelo de sociedad hacia el que se dirigían, con su alienación generalizada y la marginación de algunas minorías.

The more militant transsexuals rejected the medical model that cast transsexualism as a disease or disorder (Meyerowitz, 2002, p. 228).

(Las transexuales más militantes rechazaron el modelo médico que clasificaba el transexualismo como una enfermedad o un desorden.)

Desde finales de los sesenta, San Francisco se convirtió en la capital del movimiento reivindicativo. *Cross-dressers* y gays invadieron el Tenderloin, barrio pobre del centro de la ciudad.

The central city ghetto is the human dump heap of San Francisco. It is the place where the social outcasts —the aged, the poor, the infirm, the youth with sexual problems— go and are out of sight. Here they are forgotten, ignored, and ultimately die, first emotionally and then physically (Hansen, 1966).

(El ghetto central de la ciudad es el basurero humano de San Francisco. Es el lugar donde los marginados sociales —los viejos, los pobres, los inválidos, los jóvenes con problemas sexuales— van y están fuera de la vista. Aquí son olvidados, ignorados, y finalmente mueren, primero emocionalmente y luego físicamente.)

Los recién llegados fueron acosados implacablemente por la policía con redadas, arrestos, palizas, exigencias de servicios sexuales gratuitos, etc. Y los jóvenes se organizaron contra el acoso de la policía. El lugar de enfrentamiento fue Comptond's, una cafetería que abría las veinticuatro horas del día y atraía a los marginados, sobre todo a los que lo eran por motivos sexuales. Una noche de agosto de 1966 (poco menos de tres años antes de Stonewall), la policía fue, como de costumbre, a proceder a arrestos, y encontró resistencia. Los cristales

volaron y la lucha se extendió a las calles vecinas (Meyerowitz, 2002, p. 229).

Ese mismo año, Benjamin publicó *The Transsexual Phenomenon*, «... the first book-length treatment of transsexuality which almost single-handedly established the medical and psychotherapeutic orthodoxy on the subject (GLSH, 1998)» («... el primer tratamiento con longitud de libro de la transexualidad, que casi sin ayuda estableció la ortodoxia médica y psicoterapéutica sobre el tema»). También se empezaron a crear servicios sociales, incluyendo asistencia legal y financiera, para las transexuales de Tenderloin. Las circunstancias se prestaban para que se organizaran formalmente y fue creado el COG, que, según la versión que se adopte, significa *Conversión our Goal* (Conversión: nuestra meta) o *Change: our Goal* (Cambio: nuestra meta). Las variadas vejaciones de que eran objeto se reflejan en sus reivindicaciones:

1. Cese del acoso policial.
2. Derecho legal al cambio de sexo.
3. Oportunidades de trabajo.
4. Igual precio por igual alojamiento.
5. Iguales servicios por iguales precios en tiendas, restaurantes, etc.
6. Acceso a la cirugía, a precios accesibles, en Estados Unidos.

Los puntos 4 y 5 nos revelan una vejación que aquí no sufrimos (o, al menos, no de forma ostensible): un recargo en los precios tanto del alojamiento como de numerosos productos y servicios.

El COG pudo sobrevivir dos años gracias a la ayuda del programa de Lyndon Johnson «Apoyo a la pobreza». Pero como otros movimientos equivalentes le sucedieron, en cierta forma sobrevivió con otros nombres.

Para la juventud de hoy, abrumada por problemas prácticos inmediatos, como encontrar un empleo fijo y un alojamiento accesible, resulta difícil imaginar el clima radical en el que entonces vivían muchos jóvenes. Es para preguntarse si quienes mandan no nos están poniendo las cosas muy duras para que no podamos reflexionar sobre los temas realmente importantes, como el dualismo oposicional que nos han impuesto. En los sesenta sí se reflexionaba sobre lo que se consideraba importante, como el racismo, la opresión de la mujer y la

ausencia de libertad sexual, todo sobre un fondo de oposición a la guerra (la de Vietnam, con sus 57.000 soldados americanos muertos y otros 500.000 afectados, al regresar, por el llamado «síndrome de Vietnam»: inadaptación a su medio, alto consumo de drogas, intentos de suicidio repetidos, comportamiento violento). Aquí, el inconformismo parecía limitarse a animadas tertulias y se tenía la impresión de que los únicos opositores eran los del PC. Luego resultaría que todos habían sido demócratas de toda la vida, así como en Francia, después de la liberación, se descubrió que todo el mundo había pertenecido a redes clandestinas (superclandestinas) de resistencia. Las trans llamaban demasiado la atención para que se pudiera negar su existencia. Las que no estaban en el mundo del espectáculo, en París se prostituían y formaban parte del *charme* de la ciudad y en España eran escoria pura.

A principios de los setenta, Norman Fisk acuñó el concepto «síndrome de disforia de género», que luego se convertiría en «desorden de identidad de género». Los dos ampliaron y flexibilizaron los estrechos requisitos que exigía el diagnóstico de la transexualidad (Meyerowitz, 2002, p. 254).

Con el fin de la guerra de Vietnam terminó el clima de agitación permanente que había reinado en Estados Unidos. El activismo de las transexuales disminuyó notablemente, pues muchas no aspiraban a otra cosa que a llevar una vida tranquila de mujeres convencionales. En 1973, un sociólogo las calificó de más estereotipadamente femeninas en sus actitudes que las mujeres no transexuales y las llamó «reaccionarias» y «el tío Tom de la revolución sexual» (Kando, 1973, p. 145).

Los médicos que adoptaron el tratamiento que se había convertido en *standard* de la transexualidad (hormonas y cirugía) hacia mediados de los setenta atravesaron un buen momento.

They had their own clinics and research programs, and they had increasing clout in the courts and positive coverage in the press ... The liberal seemed to have contained the longstanding treat posed by the doctors who opposed sex-change surgery and the more recent challenge posed by the radical activists who wanted transsexuality viewed as benign variation rather than as illness or disorder (Meyerowitz, 2002, p. 254).

(Tenían sus propias clínicas y programas de investigación, y habían aumentado su influencia en los tribunales y su cobertura positiva en la prensa ... Los doctores liberales parecían haber detenido tanto la duradera amenaza que representaban los doctores que se oponían a la cirugía de cambio de sexo como el más reciente desafío planteado por las activistas radicales, que querían que la transexualidad fuese considerada una variación benigna y no una enfermedad o un desorden).

Los doctores que más se oponían a la cirugía de cambio de sexo eran, lógicamente, los psicoanalistas, por dos tipos de motivos: su visión del ser humano, que tiende a situar el origen de sus problemas en causas psíquicas más que físicas y la enorme cantidad de dinero en juego. Basta conversar con una transexual que haya intentado «curarse» acudiendo a psiquiatras o psicólogos para saber a qué me refiero. Es una lástima que no se haya intentado, que yo sepa, calcular las enormes sumas que ganaron los profesionales de la salud mental con la homosexualidad mientras ésta fue considerada una psicopatía. Y las que han dejado de ganar desde que dejó de serlo. Teniendo en cuenta (Kinsey *dixit*) que casi la mitad de los varones americanos tiene algún problema de orientación sexual, las tarifas de estos profesionales y la duración de los tratamientos (que pueden no terminar nunca), las cifras podrían resultar escalofriantes.

La transexualidad, numéricamente insignificante comparada con la homosexualidad, no ha puesto en manos de la medicina cantidades comparables. Aún así, en referencia a los setenta, se ha escrito: «By the end of the decade transsexuality had grown, according to one report, to “a \$ 10-million-a-year-business”» (Meyerowitz, 2002, p. 271). («Hacia el final de la década, la transexualidad había crecido, de acuerdo con un informe, hasta ser un negocio de 10 millones de dólares al año.»)

La Clínica de Identidad de Género John Hopkins no fue creada originariamente para realizar procesos transexualizadores. Fue John Money quien logró convencer a la mayoría de sus colegas de llevarlos a cabo. Hoy en día, después del fracaso, y su larga ocultación, del cambio de sexo del niño gemelo al que, por accidente, se le había amputado el pene y que volvió a su sexo original, probablemente Money no convencería a nadie. Pero los procesos transexualizadores siempre tuvieron una fuerte oposición interna, principalmente por parte del

Departamento de Psiquiatría. En 1974, Jon Meyers, psicoanalista en Hopkins, y John E. Hoopes publicaron un artículo en el cual ponían en duda la conveniencia a largo plazo de la cirugía, que, según ellos, «parecía paliar temporariamente un desafortunado estado emocional en lugar de realmente curar el problema» (Meyer y Hoopes, 1974). Robert Stoller aprovechó la ocasión para reafirmar su escepticismo respecto a la cirugía transexual. Año y medio después, Charles Ihlenfeld, antiguo socio de Harry Benjamin, tomó la decisión de no volver a tratar a transexuales. «Estamos intentando tratar superficialmente algo que es mucho más profundo» (Ihlenfeld, 1977).

Aunque Meyer, Hoopes e Ihlenfeld tuvieran razón y actualmente no se cure el problema, sino que únicamente se trate superficialmente algo que es mucho más profundo, los procesos transexualizadores seguirían teniendo razón de ser mientras no se pueda curar el problema ni se sepa tratar ese algo tan profundo. Dejando de lado la calidad de vida, la mayoría de las operadas opinamos que la operación nos ha aportado paz interior (y, en mi caso, alegría interior, una especie de felicidad continua). ¿Por qué, entonces, negárnosla? Es como si a un enfermo terminal (de cáncer o de lo que sea) que siente mucho dolor se le negaran los calmantes con el argumento de que de todas formas no lo van a curar. Me estoy refiriendo a Estados Unidos, donde los cirujanos no causan la cantidad de desaguisados que se producen aquí y que en lugar de paz interior aportan desesperación (antes que yo, aquí se operó una trans de la cual lo último que supe era que llevaba seis meses en cama, y una ex presidenta de Transexualia, que vino a Barcelona para que la operara el cirujano español de moda, tuvo que llevar consigo a todas partes durante medio año una bolsa para la orina, pues no podía retenerla).

En 1979, Meyer publicó, junto con Donna J. Retter, un estudio de seguimiento de pacientes operados y no operados. Su conclusión era que aunque la operación resultaba subjetivamente satisfactoria no confería ventajas sociales objetivas (Meyer y Retter, 1979). Lo afirmaban como crítica, pero yo lo veo como un elogio de la operación, pues considero menos importante el qué dirán y los bienes materiales (que son «ventajas sociales objetivas») que la alegría interior (que es «subjetivamente satisfactoria»). Es que los americanos son muy materialistas y viven muy pendientes del qué dirán. Se dice que cuando un americano le comenta a su médico que quiere cambiar de sexo,

normalmente recibe una respuesta del tipo: «¿Pero cómo puedes ser tan estúpido? ¿Es que no te das cuenta de que ganarás mucho menos dinero?».

Meyer convocó una conferencia de prensa para presentar su artículo y de paso anunció que la John Hopkins no realizaría más cirugía de reasignación sexual. En realidad, la decisión había sido tomada seis meses antes, pero se había mantenido oculta. El hecho de que su anuncio coincidiera con la conferencia de prensa de Meyer a propósito de su artículo creó la falsa impresión de que éste era la causa del cierre. Otras pequeñas clínicas siguieron el mismo camino y las compañías aseguradoras tuvieron un argumento más para no pagar las operaciones de cambio de sexo. Las clínicas de investigación basadas en universidades habían dominado durante una década la cirugía transexual. Su declive permitió a muchos doctores privados descubrir que la CRS podía ser un muy buen negocio. Uno de ellos admitía que «operaba a cualquiera que viniera, sin hacer preguntas», y la única cualificación era que tuviera el dinero (*San Francisco Metropolitan*, 20 de marzo de 2000, p. 11). O sea, como aquí (donde es cierto que se exige un diagnóstico de transexualidad hecho por un especialista de la salud mental, lo cual significa simplemente un aumento del precio total).

Realidades Trans (una valoración de las necesidades legales de las comunidades transgénicas de San Francisco)

En la primavera del 2002, el NCLR (Centro Nacional para los Derechos de las Lesbianas) y el Transgender Law Center (Centro de Ley Transgénico) realizaron conjuntamente una encuesta en San Francisco para identificar y cuantificar los problemas legales relacionados con la identidad de género. A partir de los resultados de la encuesta, Shannon Minter y Christopher Daley elaboraron el informe:

TRANS REALITIES
A LEGAL NEEDS ASSESSMENT
OF SAN FRANCISCO'S TRANSGENDER COMMUNITIES
www.nclrights.org/publications/pubs/transrealities0803.pdf
cuya traducción encabeza este apartado.

La situación actual en Estados Unidos es la siguiente:

As of May 2003, three states and 57 local jurisdictions offer explicit anti-discrimination protection for transgender people (Chart available at: www.transgenderlaw.org/ndlaws/chart.pdf). In addition, over 120 companies protect their transgender employees through explicit anti-discrimination policies (available at: www.hrc.org/worknet/asp_search/results.aspa?skey=List&List=GI&TI). Transgender people are increasingly asked to tell their stories in print and broadcast media, commu- ty meetings and classrooms. Admist all this progress, however, discrimina- tions and severe legal difficulties persist (Minter and Daley, 2003, p. 3).

(A partir de mayo del 2003, tres estados y 57 jurisdicciones loca- les ofrecían protección antidiscriminatoria explícita para las personas transgenéricas [gráfico disponible en: www.transgenderlaw.org/ndlaws/chart.pdf]. Además, más de 120 compañías protegían a sus em- pload@s transgenéric@s con políticas explícitamente anti discrimina- torias [disponible en: www.hrc.org/worknet/asp_search/result.aspa?skey=List&List=GI&T=GE]. Cada vez más, se pide a las personas transgenéricas que cuenten sus historias en los medios escritos y audio- visuales, en reuniones de comunidad y en clases. En medio de todo ese progreso, discriminaciones y severas dificultades legales persisten).

Respondieron a la encuesta 155 trans. Entre ellas hay unos grupos étnicos subrepresentados, como los asiáticos, y otros sobrerrepresentados, como los euroamericanos. Sin embargo, sirve para dar una idea de los problemas vividos por las trans, y no de los que les atribuyen quienes las estudian. Pone en evidencia el desfase entre el sistema legal y las necesidades y experiencias de las personas transgenéricas.

La identidad de género puede ser la única causa de ciertos tipos de discriminación, o una de las varias causas de otros, conjuntamente con factores tales como la raza, el género, la orientación sexual, las incapacidades, etc.

Entre los encuestados se han sentido discriminados por su identidad de género:

- Uno de cada dos en el trabajo.
- Uno de cada tres en la vivienda.
- Más de un 30 por 100 en el acceso a la asistencia sanitaria.

- Uno de cada cinco en los servicios de asistencia social.
- Un 14 por 100 en prisión.

Más de uno de cada cuatro ha sido acosado o maltratado por un oficial de policía.

Un encuestado escribió: «Discrimination is not the only reason a transgender person might need free legal help» (Minter and Daley, 2003, p. 6). («Discriminación no es la única razón por la cual una persona transgénerica puede necesitar asistencia legal gratuita.») Pero sólo hay un abogado de oficio por cada 10.000 pobres en California.

La discriminación laboral hacia las trans puede tomar muchas formas, desde el despido hasta el equivocado uso de los pronombres. La más usual es no contratarlas por su condición, sin tener en cuenta otras consideraciones. Y el desempleo, e incluso el subempleo, tienen un alto coste, además del económico, emocional y psicológico. ¿Somos las trans unas trastornadas o nos trastorna la sociedad?

In fact, the very anxiety to be discovered to be transgender in a new work environment has led any number of people to delay or terminate a job research. One survey respondent wrote, in the margins of their survey, «I can only look for work in the places or agencies where transgender people already are» (*ibid.*, p. 13). (De hecho, la misma ansiedad de que se descubra que se es transgéneric@ en un nuevo entorno laboral ha conducido a much@s a posponer o terminar la búsqueda de trabajo. Un(a) encuestad@ respondió, en los márgenes de la encuesta: «Sólo puedo buscar trabajo en los sitios o agencias donde ya hay personas transgenericas».)

También la discriminación en el alojamiento puede revestir múltiples formas, desde la negación de vender o alquilar una cosa hasta el acoso de los vecinos.

La CUAV (Comunidad Unida Contra la Violencia), en un informe de 2000, documentaba que los causantes de aproximadamente la mitad de las denuncias por violencia con odio que recibían de personas transgénericas eran policías. Las que viven en los barrios de Tenderloin y Misión son objeto de intensa vigilancia y muchas veces son palpadas para que el agente de policía pueda «establecer sus verdaderos géneros». También las llaman a gritos por sus antiguos nom-

bres, se refieren a ellas como «hombres» y con pronombres masculinos. Y todo ello en San Francisco, cuyo prestigio entre las trans es tan grande que a veces, en nuestras conversaciones, da la impresión de que fuera el Paraíso. Hay que decir que se han tomado medidas contra los abusos policiales y que en sus dos últimos informes la CUAV ha observado un marcado descenso de ellos.

Aunque la encuesta de Realidades Trans no toca el tema de la educación, su redacción se hace eco de otros dos informes, uno de ellos de la prestigiosa Human Rights Watch (Vigilancia de los Derechos Humanos), que denuncian las grandes dosis de acoso y discriminación que han de sufrir las personas inconformistas de género en los centros educativos, que a veces llegan hasta el aislamiento social y la violencia. Los profesores son con frecuencia cómplices pasivos, al no hacer nada para impedirlo, e incluso activos, al no llamarlas por su nombre y negarles el acceso a los servicios apropiados. El otro informe, *National School Climate Survey* (Encuesta del clima de la escuela nacional) es de la Gay, Lesbian Straight Educators Network (Red de educadores gays y lesbianas correctos) y, de acuerdo con él, el 74 por 100 de l@s jóvenes transgeneric@s informaron haber sido acosados en la escuela el año anterior, y el 90 por 100 informó sentirse insegur@ en la escuela a causa de su expresión de género.

«Familia, os odio», escribía André Gide. Lo mismo deben pensar muchas personas trans. Considerándolas enfermas, frecuentemente los padres intentan «curarlas» en «servicios de salud mental» antiéticos y a veces peligrosos. Tratan, de las más variadas maneras, de que se autorrealice la profecía de expresión de género hecha al nacer, cuando se asigna el género de acuerdo con los genitales. Recurren a los pequeños sobornos, a los mimos y las caricias, o, si no consiguen así el resultado que buscan, a los malos tratos. También los hermanos suelen adoptar, en la medida de sus posibilidades, la misma conducta respecto a ellas. Y, cuando, llegadas a la edad adulta, fundan una familia, sus parejas a veces las amenazan con privarlas de todo contacto con los hijos, o exponer públicamente su identidad de género, y llegan a recurrir a la violencia física. Es un tipo de «violencia doméstica» del que, por minoritario, no se habla, como tampoco de los controles financieros y emocionales.

Una argentina amiga mía que con frecuencia enviaba dinero a su familia, me comentaba que así compraba su aceptación.

Soy consciente de que sólo muestro el lado oscuro del cuadro y de que éste no es el único. También hay padres (y, sobre todo, madres), y hermanos, y parejas, que apoyan a las trans.

«“Remembering Our Dead” (www.rememberingourdead.org), an advocacy organization, documented 24 bias motivated murders of transgender people in a twelve months period.» («“Recordando nuestra@s muert@s” [www.rememberingourdead.org], una organización de apoyo, ha documentado 24 asesinatos de personas transexuales motivados por prejuicios en sólo 12 meses».)

Al menos el 14 por 100 de las encuestadas había estado en la cárcel, el doble que la media del conjunto de la población (Herman, 2001). El mayor problema de las reclusas es que, a efectos del establecimiento penitenciario al que se las destina, su género es normalmente definido por sus genitales. La más femenina y delicada de las trans, que desde que ha podido ha vivido como mujer, puede encontrarse encerrada en una cárcel de hombres, tratada y obligada a vivir como uno de ellos, por no hablar de las violaciones. ¿Lo resistirá? Quizá, si la condena es corta o le conceden rápidamente la libertad condicional... Algunas cárceles tienen módulos especiales para trans, solución que aquí se ha adoptado pero se ha abandonado sin dar explicaciones (se supone que por el reducido número de reclusas). Las trans que se han autorrecetado hormonas, como la mayoría hemos hecho, no reciben ninguna por carecer de receta médica.

Any law that requires a transgender person to undergo genital surgery before being legally recognized in their post-transition gender must be revised. A belief that a person’s legal gender is premised on their genitals is flawed. Such a belief is based on outdated stereotypes rather than current medical understanding. The overwhelming majority of survey respondents can no meet this standard; however, many of them are accepted in their post-transition gender by family, friends, co-workers and society at large. State laws must be revised to better reflect the actual experience of the people affected by them (Minter y Daley, 2003, p. 31).

(Cualquier ley que exija que una persona transgénica se someta a cirugía genital antes de ser legalmente reconocido su género después del cambio, debe ser revisada. La creencia de que el género legal de una persona debe basarse en sus genitales es errónea. Esa creencia

responde a estereotipos pasados de moda más que a la comprensión médica actual. La aplastante mayoría de l@s que respondieron a la encuesta no pueden satisfacer esta característica y sin embargo much@s de ell@s son aceptad@s, con su género cambiado, por familia, amigos, compañeros de trabajo y por la sociedad en general. Las leyes estatales deben ser revisadas para reflejar mejor las experiencias reales de las personas a las cuales afectan.)

Las siguientes son algunas de las preguntas y de las respuestas al cuestionario. No todos los que contestaron lo hicieron a todas las preguntas. Y, por otra parte, no reproduzco todas las respuestas, sólo las que me han parecido más importantes. Por ello no todas las respuestas suman el 100 por 100.

¿En cuáles de las siguientes áreas ha sufrido discriminación porque se notaba su condición de transexual?

Trabajo	49 %
Servicios públicos	38 %
Alojamiento	32 %
Asistencia sanitaria	31 %
Acoso policial	26 %
Prisión o cárcel	14 %

De las áreas de discriminación transgénérica, señale las tres que son más importantes para usted.

Trabajo	67 %
Asistencia sanitaria	46 %
Acoso policial	35 %
Capacidad de casarse	30 %
Alojamiento	30 %

Si se le ha negado acceso a los servicios adecuados y/o ha sido acosado por usarlos, ello ocurrió:

En un restaurante o una tienda	27 %
En el trabajo	15 %
En un club o bar	15 %
En un edificio del gobierno	13 %

¿Se identifica como transgenerista?

Sí	91 %
No	6 %

¿Cuál, si alguno, de los siguientes términos ha utilizado para describirse?

Transexual	50 %
MTF (hombre a mujer)	32 %
FTM (mujer a hombre)	28 %
Género <i>queer</i> /variante de género	21 %
Tercer género	10 %
Ninguno	10 %

¿Cuál es su identidad étnica?

Blanco europeo-americano	57 %
Latino-hispano	21 %
Negro afroamericano	12 %
Asiático-americano	7 %
Nativo-americano	5 %
De las islas del Pacífico	5 %
Otros	3 %

Edad

24 a 35	30 %
36 a 50	30 %
Más de 50	11 %
Menos de 24	8 %

¿Tiene actualmente algún tipo de seguro de salud?

Sí	50 %
No	43 %

¿Tiene actualmente alojamiento estable?

Sí	74 %
No	19 %

¿Si ha recibido algún tratamiento médico como parte de su cambio, cuál ha sido?

Hormonas	75 %
Servicios de salud mental	43 %
Electrólisis	28 %
Cirugía genital	8 %
Ninguno	7 %

Prioridades de los diferentes grupos

Para los afroamericanos, las tres principales prioridades son:

Trabajo	61 %
Alojamiento	56 %
Acoso policial	44 %

Para los latino-hispanos:

Trabajo	67 %
Acoso policial	36 %
Inmigración	33 %

Para los asiáticos y de las islas del Pacífico:

Trabajo y asistencia sanitaria	67 %
Acoso policial	42 %
Servicios públicos	33 %

Para los blancos euroamericanos:

Trabajo	70 %
Asistencia sanitaria	38 %
En empate: capacidad para contraer matrimonio y acoso policial	34 %

Para los tercer género/género *queer*/variante de género:

Asistencia sanitaria	66 %
Trabajo	63 %
Acoso policial	45 %

Para los mujer a hombre:

Asistencia sanitaria	70 %
Trabajo	59 %
Capacidad para casarse	27 %

Para las hombre a mujer:

Trabajo	86 %
Asistencia sanitaria	40 %
Capacidad para casarse	34 %

Para los/las transexuales:

Trabajo	69 %
Asistencia sanitaria	49 %
Acoso policial	37 %

En un momento en que en España proliferan entre los colectivos de transexuales las estadísticas inventadas, sin ninguna explicación (¡obviamente!) sobre la manera en que fueron obtenidas, la encuesta de *Trans Realities* constituye un ejemplo interesante. De entrada, limita su ámbito geográfico y honestamente confiesa el número de respuestas, reducido para una ciudad como San Francisco, y la sub o sobre representación en él de algunos grupos étnicos. Y sus observaciones, más que sus estadísticas (de las que en nuestro país no disponemos) invitan a la comparación con España. La violencia escolar (74 por 100 de l@s trans acosad@s el año anterior, 90 por 100 sintiéndose insegur@s en la escuela) puede parecernos superior a la de aquí. Pero, aparte del suicidio de Jokin y del asesinato de Ronny, ha habido varias demandas por acoso y muchos profesores son dados de baja por depresión a causa del estrés que les produce el clima de violencia en que viven. Una de nuestras importaciones ha sido la de brutales pandillas juveniles, que abundan en Latinoamérica, como los ñetas y los latin kings. Y, dado su machismo, lo más lógico es que la trans figuren entre sus víctimas preferidas. Al hecho de que los estudiantes españoles sean tan malos como son (los exámenes internacionales lo prueban: estamos por debajo del puesto 20 en comprensión de la lectura — a este ritmo pronto seremos un país de analfabetos funcionales —, en matemáticas y en ciencias) podría contribuir el clima de inseguridad en las aulas.

El informe de Minton y Daley es bastante optimista. Siempre que se refiere a algún tema problemático para las trans, concluye que ha mejorado mucho o que se están tomando las medidas para que ello ocurra. Pero hay que tener en cuenta que se se trata principalmente de San Francisco, famosa por su clima liberal, refugio de gays, lesbianas y trans, y no del conjunto de Estados Unidos.

7. La androginia y primer contacto con el CTC

Various cultures in the past have honoured our unique ability to make special contributions to society as shamans, spiritual leaders, visionaries, healers, mediators, counselors, storytellers and teachers.*

HOLLY BOSWELL, 1998, p. 58

Un día, en la sala de espera del dentista, leí en una vieja revista *Tiempo* un artículo sobre transexuales madrileñas. Describía a unas intelectuales (profesoras, investigadoras, etc.) de las cuales nunca había oído ni leído nada, ni volví a saber nada, y eso que suelo estar atenta a todo lo que tiene que ver con la transexualidad. Leía, por ejemplo, la revista *Lib*, de la misma editorial, a pesar de que me parecía que su calidad dejaba mucho que desear, porque le dedicaba bastante espacio al tema. Pensé que en Barcelona debía haber trans por el estilo y que en algún sitio habrían de reunirse. Fui al ayuntamiento a preguntarlo y me dieron la dirección del Colectivo de Transexuales de Catalunya (CTC), que era la misma del Front D'Alliberament Gay-Lesbià, en cuyos locales se reunía todos los miércoles.

Esto tenía lugar en el verano de 1996, cuando el colectivo contaba ya cuatro años de existencia y yo llevaba siete dedicándome a la prostitución callejera y nunca había oído hablar de él. Entonces acababa de terminar el primero de los dos cursos de doctorado del Departamento de Antropología de la Universidad de Barcelona, donde me había conducido la fascinación que sobre mí siempre han ejercido las religiones de las sociedades tradicionales, equivocadamente denominadas primitivas. Y, entre los dioses, mis favoritos eran los andró-

* Varias culturas del pasado han honrado nuestra capacidad única para aportar contribuciones especiales a la sociedad como chamanes, líderes espirituales, visionarios, curanderos, mediadores, consejeros, contadores de cuentos y maestros.

ginos. De ahí sólo tuve que dar un paso para ocuparme de la androginia, movimiento que había surgido en Estados Unidos hacía varias décadas y que proclamaba una actitud flexible, masculina o femenina, según conviniera a las circunstancias.

El miércoles siguiente fui a la reunión, con miedo, pues temía no dar la talla, convencida de que me encontraría con transexuales parecidas a las que aparecían en la revista. Llegué antes de la hora, lo cual me permitió conversar un rato con la única que entonces se encontraba allí, la jovencísima Claudia, muy hermosa, alta, delgada, amable, de una feminidad únicamente contradicha por una voz un poco ronca y algunos pelos en el mentón. Me explicó que tenía dieciocho años y que sólo llevaba seis meses asistiendo al Colectivo. Su familia la apoyaba en su deseo de cambiar de sexo, y en los días siguientes un cirujano plástico iba a «hacerle» los pechos.

Poco a poco fueron llegando los demás asistentes a la reunión: Carmen, entonces un chico de pelo corto, por lo que me sorprendió que fuese tratado como mujer y que, al hablar de sí misma, se feminizase; Laura, pequeña y redonda, de una ambigüedad más próxima del género femenino que del masculino, y Manuel, que me impresionó particularmente. Nunca, que yo supiera, había visto, ni personalmente, ni en el cine, ni en la televisión, a un transexual de mujer a hombre. Con su fino bigote, su cabello corto, su amplia frente, su voz varonil y no exenta, en ocasiones, de ironía, me parecía que nadie hubiese podido sospechar que había nacido chica. En general, los transexuales son muy viriles y se camuflan muy fácilmente entre la población masculina, por lo cual nunca se puede tener la seguridad de que alguien que parezca un hombre lo sea de nacimiento. Las trans, en cambio, somos generalmente más detectables. Por falta de feminidad o por exceso de ella.

La última en llegar fue Berta, la presidenta. Alta (en realidad mide 1,70, pero en aquel entonces utilizaba unos zapatos de plataforma que aumentaban notablemente su estatura), delgada, a la vez elegante e informal en su forma de vestir. Me dio la impresión de ser una creativa de una agencia de publicidad, o algo por el estilo. Durante buena parte de la reunión, que duró algo más de una hora, Manuel estuvo explicando (y sus explicaciones se dirigían principalmente a Berta, que, por su parte, le hacía preguntas) las últimas gestiones que había realizado, pues la existencia de un colectivo de

este tipo (con estatuto legal de ONG) implica numerosos trámites burocráticos.

En el CTC con frecuencia hay personas que asisten por primera vez (que casi siempre también es la última) a una reunión, sin que se les pida ninguna explicación, aunque en ocasiones dan muchas y hacen muchas preguntas (tantas que, habiéndose aparentemente desahogado y obtenido la información que deseaban, no vuelven). Por eso se me aceptó con naturalidad, sin hacerme ninguna pregunta, y estuve conversando con Carmen, que es bastante culta.

La semana siguiente volví a la reunión del colectivo, en la que esta vez reinaba un ambiente muy festivo, por dos motivos. El primero, que era la última antes del receso anual del mes de agosto. El segundo, y principal, que Claudia, según lo previsto, había convertido en realidad uno de sus mayores deseos: le habían «hecho los pechos», de los que estaba muy satisfecha, y quería celebrarlo con el grupo. Con la ayuda de Gerda, que no había asistido a la reunión anterior y era una de las fundadoras del colectivo, llevó varias botellas de cava que, evidentemente, se agotaron. Al no poder beber yo alcohol, por ser alcohólica, me consiguieron zumos de frutas.

Me sorprendió desagradablemente enterarme de que Berta y Gerda se dedicaban a la prostitución en el Campo del Barça. Mi imagen idealizada del colectivo se vino abajo. No sentía ninguna simpatía, en general, por la gente del Campo, con excepciones, pues, como he dicho, algunas trabajaban en los dos sitios —el Campo y el Arco—, y en otros más. Conservaba el sentimiento de que nos habían echado, a la Rubia y a mí, lo que no era del todo exacto. Lo que había ocurrido era que, cuando fuimos, un grupito de mujeres sonrientes se había acercado a nosotras y nos había dicho que no podíamos quedarnos juntas, que yo tenía que ponerme con los travestis y ella con las mujeres. Como bien sabíamos que esas sonrisitas eran una amenaza táctica de violencia, hicimos lo que nos pedían, y seguimos yendo durante una semana, al cabo de la cual llegamos a la conclusión de que ganábamos prácticamente lo mismo, teníamos problemas de transporte que hasta entonces desconocíamos, y casi todos los clientes que nos hacíamos eran clientes nuestros del Arco. O sea, no valía la pena, y no volvimos. Pero el mal sabor que nos había dejado un sitio donde lo habíamos pasado mal subsistía y lo asociábamos a las personas que trabajaban allí.

Cuando, en septiembre, se reiniciaron las reuniones del colectivo, no asistí a ellas. Quizá de no haber tenido lugar el receso de agosto hubiera continuado yendo, por inercia y porque lo había pasado bien. Pero al haber tenido lugar el descanso, la inercia jugó en contra. Continué trabajando en el Arco y estudiando antropología. A pesar de mi entusiasmo inicial por la androginia (alentado por una profesora de edad madura que había estudiado en Estados Unidos), mis lecturas me llevaron a la conclusión de que su momento, aquel en que se pensaba que era la solución del problema de la desigualdad entre los géneros, había pasado. Su apogeo había tenido lugar durante los años setenta en América del Norte y Sandra Bem fue su teórica más conocida. Entonces abundaban los «talleres de androginia» y muchos profesionales de la psicología se autodenominaban *Counsellor in Androgyny* (Piel Cook, 1985).

Pero el término muy rápidamente perdió su prestigio y la misma Bem, en 1990, se refiere a «the swiftness with which androgyny became a dirty word among so many feminist theorists (Bem, 1993, p. 122)». («la rapidez con la que androginia se convirtió en una mala palabra para tantas teóricas feministas».)

Para citar un ejemplo, la poetisa y ensayista Adrienne Rich, en su poema «The Stranger», publicado en 1973, había escrito:

I am the androgyne,
I am the living mind
You fail to describe
In your dead language.*

«The Stanger» 1973, en Bem, 1993, p. 19.

Y tan solo cinco años después, en 1978, en la colección de poemas «The Dream of a Common Lenguaje», figura uno titulado «Natural Ressources», en el cual, entre otras cosas, dice:

There are words I cannot chose again:
humanism androgyny
such words have no shame in them, no diffidence

* Yo soy el andrógino / yo soy la mente viva / que usted no puede describir / en su lengua muerta».

before the raging stoic grandmothers
 their glint is too shallow, like a dike
 that does not permeate
 the fibres of actual life
 as we live it, now.*

Bem, 1993, pp. 122 y 123

O sea que, para la autora, en sólo cinco años, la androginia había pasado de ser «la mente viva que usted no puede describir con su lenguaje muerto» a ser «como un dique (o una lesbiana) que no deja pasar las fibras de la vida real como la vivimos ahora». Era un punto de vista que yo no compartía. Me parecía que lo que había ocurrido era que la androginia había tenido tanto éxito (menos a causa de las psicólogas que porque flotaba en el ambiente) que se había convertido en la manera de ser espontánea de buena parte de la juventud, justamente la que podía pagarse talleres y consejeras y libros sobre el tema, de los cuales ya no tenían ni la menor necesidad, por lo que dejaron de ser negocio. Fue ese dejar de producir dinero lo que mató la androginia como movimiento espiritual de nuestros días. Y si los psicoanalistas no cobraran tanto y no hubiese tanta gente dispuesta a pagárselo, supongo que lo mismo ocurriría con el psicoanálisis.

Quizás un día no muy lejano la mayoría de las personas descontentas con el rol sexual que les atribuye la sociedad se den cuenta de que lo que les da su forma de ser particular es su género, no sus genitales (que son algo íntimo), y que para vivir como quieren no necesitan pagar una fortuna a un cirujano para que se los manipule y haga de ellos «ficciones de...», como diría el Tribunal Supremo (dicho ello con el debido respeto). Ese día, la transexualidad, tal como la conocemos hoy, es decir, en primer lugar, como una práctica médica muy lucrativa para unos y muy cara para otros, pasará al museo de la historia como un capricho colectivo de un momento determinado. Eso, al menos, es lo que piensan, como veremos, sus más prestigiosos investigadores. «Michel Foucault may have been the first to argue that

* Hay palabras que no puedo elegir de nuevo: / *humanismo androginia* / esas palabras carecen de vergüenza, de timidez / ante las rabiosas y estoicas abuelas / su destello es muy superficial / como un dique [o una lesbiana, *dike* significando ambas cosas] que no deja pasar las fibras de la vida actual / tal como la vivimos, ahora.

social and in particular sexual identities are historically specific» (Tobin, 2003, p. 2). («Michel Foucault puede haber sido el primero en sostener que las identidades sociales y en particular las sexuales son históricamente específicas.»)

Pero la transexualidad es más que una práctica médica muy lucrativa: es una ideología. Mejor dicho, es la forma aparentemente «liberal» que adopta la vieja ideología paternalista, heterosexista, esencialista, bipolar y machista que caracteriza nuestra cultura judeo-cristiana (e islámica), según la cual sólo existen dos géneros, vinculados a los genitales. Si a los hombres «raros», sin virilidad, que se sienten mujeres, se les convierte efectivamente en mujeres, se acabó el problema, pues deja de haber gente «rara» y sólo existen los hombres y las mujeres normales. («¿Por qué la medicina no reconoce la experiencia antropológica para cerciorarse de que existen sociedades que admiten más de dos géneros?», se pregunta Nieto [Nieto, 2003, p. 79]).

Si los genitales en cuestión son masculinos, se es un hombre, con los privilegios que ello sigue implicando en nuestra sociedad. Si son femeninos, se es mujer, con las servidumbres que ello significa. Pero las cosas no son tan sencillas. El ser «todo un hombre» y tenerlo que demostrar todo el tiempo implica una tensión que a veces llega a ser insoportable y que hace que la tasa de suicidios entre los hombres norteamericanos haya sido, en 1990, tres veces superior que la de las mujeres, según el Departamento de Salud y Servicios Humanos (Baslow, 1992, p. 191). O sea que, pese a todo, las cosas han mejorado bastante pues hace no muchos años la tasa era ocho veces superior. Otra vía de escape es la feminidad. «Most male transvestites maintain that they cross-dress in order to relax and gain relief from the demanding male role and/or to express their feminine self» (MacKenzie, 1994, p. 50). («Muchos hombres travestis sostienen que se visten de mujer para relajarse y lograr aliviarse del exigente rol de hombre y/o expresar su yo femenino.») O sea que, primero, para demostrar su superioridad sobre la mujer, los hombres se construyen un género (porque los géneros son construcciones) que les otorga un rol dominante pero exigente, y luego, para escapar a esa exigencia, se refugian en la feminidad, en una feminidad que siempre han llevado en el fondo de sí, pues el ser humano es bisexual, tanto física como psíquicamente.

La bisexualidad física es muy fácil de demostrar con hechos: la sangre de todo ser humano tiene a la vez hormonas femeninas y masculinas, aunque no en la misma proporción. Y hay quienes basan la bisexualidad psíquica de los seres humanos en la identificación simbiótica del recién nacido con su madre, que sociedades tradicionales conocen tan bien que para solucionarla separan totalmente al niño de su madre durante muchos años, para desfeminizarlo (Godelier, 1982).

Grandes escritoras y personalidades trans americanas como Dyllas Denny, Kate Bornstein y Gordene Olga MacKenzie, han atacado la CRS pero han acabado haciéndosela. Como Noemí y yo. Mientras la sociedad postule que, a pesar de ser los géneros una construcción social, sólo puede haber dos, vinculados a los sexos, y no «tantos como personas» (Martin Rothblatt), lo que sería una alternativa, será necesario escoger uno de los dos. Obviamente, cada cual escoge aquel con el que tiene más afinidades, de acuerdo con los estereotipos sexuales de su cultura. Y si no coincide con el asignado al nacer, para poder vivir su elección ha de pasar por el proceso transexualizador. Pero un sistema bipolar basado en características que han perdido la importancia que tuvieron en el pasado, no puede, lógicamente, durar mucho. «Major figures responsible for contemporary transsexual ideology, including Robert Stoller, have predicted that sex reassignment surgery will one day be abandoned» (MacKenzie, 1994, p. 65). («Importantes figuras, responsables de la ideología transexual contemporánea, incluido Robert Stoller, han predicho que la cirugía de reasignación sexual, será un día abandonada.»)

En el negro futuro que a la CRS le ve, Stoller está bien acompañado.

The three most influential figures and major contributors to the clinical model of transsexual ideology from the 1960s to the present are John Money, Robert Stoller and Richard Green ... Perhaps the most curious aspect of all three researchers is that each has projected that one day SRS may be obsolete (MacKenzie, 1994, p. 81).

«Las tres figuras más influyentes y los mayores colaboradores al modelo clínico de ideología transexual son John Money, Robert Stoller y Richard Green ... Quizás el más curioso aspecto de estos tres investigadores es que cada uno de ellos ha previsto que un día la cirugía de reasignación sexual puede quedarse obsoleta.»

De hecho, desde un punto de vista intelectual, ya lo es. El transgenerismo, que excluye la CRS, es más defendible teóricamente, y está teniendo mucho más éxito en los lugares donde se reflexiona seriamente acerca de estos temas (o sea, sobre todo, en Estados Unidos), que la transexualidad, de la cual tiene casi todas las ventajas y casi ninguno de los inconvenientes. Si el transexualismo subsiste, creo que lo hará principalmente como transgenerismo, con el nombre de «transexualismo sin operación».

Espero que el día que «estalle la burbuja» de la transexualidad (o sea, que se acepte que no se puede cambiar de sexo por medio de operaciones), se redescubra la androginia, que siempre ha estado ahí, porque las mujeres siempre han tenido un *animus* (u otro yo masculino), y los hombres un *anima* (u otro yo femenino), para utilizar la terminología usual de Carl Gustav Jung, aunque Freud también creía en la bisexualidad subjetiva (en tanto que identidad de género, diferente de la bisexualidad en tanto que orientación sexual y de la bisexualidad anatómica, o hermafroditismo) de todo ser humano. En el complejo de Edipo completo se da sucesivamente la identificación con cada uno de los progenitores acompañada de celos hacia el otro.

El tercero de los grandes exploradores de la psique humana, Adler, también creía que en todo ser humano hay elementos masculinos y femeninos, pero que su aspiración natural es librarse de los segundos, que considera inferiores, por lo que el deseo íntimo de todo varón es: «Quiero ser todo un hombre», y el de toda fémina: «Quiero ser como todo un hombre».

Respecto a mi tesis, como ese día (el del «estallido de la burbuja» de la transexualidad) puede no llegar nunca, o tardar mucho en hacerlo, no tenía sentido trabajar sobre un tema, la androginia, que actualmente no interesa a casi nadie. Por otra parte, los dioses habían dejado de entusiasmarme. Académicamente sólo veía una salida: la transexualidad. Me costó, pero acabé aceptando que sobre ella haría mi tesis. Me ocurrió con mis estudios de antropología lo mismo que con mi vida: había intentado excluir de ellos a la transexualidad, y la transexualidad había acabado apoderándose de ellos. El provenir de un medio de extrema derecha (mis compañeras me reprochan que, a veces, sin darme cuenta, se me escapen frases machistas y reaccionarias) no impidió que mi feminidad acabara saliendo a flor de piel. Quizá lo retrasó, aunque el retraso también podría ser debido a que,

sin que yo interviniera, las circunstancias me depararon durante mucho tiempo soluciones intermedias satisfactorias que me colocaban, como diría María, «por encima de los géneros».

Tratándose de un tema vivo, no de investigación bibliográfica, tenía que hacer un trabajo de campo. Sobre mis compañeras trans de trabajo en el Arco, lo veía difícil. Mis relaciones con ellas no eran muy buenas. Además, a ellas, eso de las tesis les parecía tan absurdo (¡algo que no da dinero!) que no creo que hubiera conseguido su colaboración. O sea, que no me quedaba otra solución que regresar al Colectivo de Transexuales de Catalunya (no había entonces otro en Barcelona). Sin entusiasmo y consciente de la ambigüedad de mi situación, pues no era un «observador participante», que parecía entonces ser la actitud ideal de quien realiza un trabajo de campo antropológico, sino que, al ser también transexual, era «observador y parte». Pero entonces no veía más alternativa que escribir como si fuese una persona completamente ajena al tema, de la misma forma que un entomólogo escribe sobre insectos. Sólo mucho más tarde descubrí las posibilidades que me abría la etnografía extrema.

Antes de tratar de mi segunda y larga etapa en el colectivo (tan larga que todavía dura, después de más de ocho años, aunque con una interrupción de uno) me referiré brevemente a algunas de las protagonistas de la primera a quienes no he vuelto a ver, o muy poco. Mi contacto con ellas fue breve (apenas dos reuniones) pero intenso.

La joven y hermosa Claudia se sometió a la cirugía de reasignación sexual, para pagar la cual sus padres vendieron el negocio familiar, y no volvió al CTC. Alguien del colectivo que habló una vez con ella por teléfono contaba que su voz se ha vuelto aguda, lo que sólo puede querer decir que ha aprendido a modularla, probablemente con la ayuda de un foniatra, pues una vez que se ha cambiado de voz y ésta se ha vuelto ronca, es imposible volver atrás, incluso para los transexuales a los que las hormonas masculinas les han virilizado la voz (se ha intentado, recortando las cuerdas vocales, pero los resultados han sido tan poco satisfactorios que el procedimiento no se ha generalizado, aunque parece que últimamente ha mejorado).

Otra a la que no he vuelto a ver es Gerda. Alta, delgada y enérgica, da la impresión de ser una mujer fuerte. Cambió legalmente su nombre de pila masculino por uno «neutro», igualmente válido para los dos géneros (como lo son, por ejemplo, Reyes o Trinidad), lo cual

es algo que cualquiera puede hacer y que muchas trans hacen. Mientras ejercía la prostitución terminó una carrera universitaria. En la única reunión en la que coincidimos me contó que un día me había visto de lejos en un bar de la universidad, con mi cara siliconada (principalmente los labios) y mi coleta, e inmediatamente había pensado: «Esta es de las mías», pero nunca nos habíamos visto de cerca.

Un día se presentó a una vacante y fue aceptada, sin que se sospechara su condición de trans. Lleva ya bastante tiempo incorporada a su puesto de trabajo, sin que hasta ahora a nadie se le haya ocurrido mirar la letra pequeña que tiene su DNI al lado de donde dice «sexo». O sea que, sin operarse ni cambiar su inscripción registral, salvo en lo referente al nombre, es una mujer trabajadora integrada en la sociedad. También ha hecho un programa de radio y algunas veces va al Campo del Barça. A casos parecidos, pero operadas, se refiere Harry Benjamin, confirmando, de paso, su creencia, que comparto, en la androginia de las transexuales:

At least ten or twelve male transsexual patients that I could observe lived and worked as women in legitimate jobs, usually office work. Most of them still do it at this writing, their true sex status unknown to their employers or associates. A few of them have been unusually successful in their work in spite of the handicap of their emotional instability. Sometimes I have wondered if their success may not be due to a fortunate mixture of male and female traits in their psychological makeup (male logic and aggressiveness, plus female intuition). One such patient told me, in describing her work, «When I am engaged in a business deal, I still feel and act like a man».

Another patient, living after the operation the woman's life she had always wanted, once — as her surgeon related to me — bought a car from a used car dealer, and paid it in cash. The salesman had told her that she had made a good buy. After driving only a few blocks the car proved to be defective and could hardly be driven back to where it was bought.

The salesman listened to the complaint, but refused a refund or an exchange for a different car. «You have bought yourself a car, lady», was all he had to say. The «lady» saw red. With a «We'll see about that, you bastard», she proceeded to give that salesman the beating of his life. Perhaps with memories in her subconscious mind of the Chevalier d'Eon drawing his sword from under his petticoat to defend his honor, her masculinity, aided by army training, had evidently

reasserted itself temporarily. She also got her money back (Benjamin, 1966, pp. 48-49).

Al menos diez o doce pacientes transexuales que pude observar vivían y trabajaban como mujeres en trabajos legítimos, normalmente de oficina. Casi todas todavía lo hacen cuando escribo esto, siendo su estatus sexual desconocido por sus empleadores o asociados. Algunas de ellas han tenido un éxito extraordinario en su trabajo, a pesar del handicap de su inestabilidad emocional. A veces me he preguntado si su éxito no será debido a una mezcla afortunada de rasgos de hombre y de mujer en su manera de ser (la lógica y la agresividad del hombre, más la intuición de la mujer). Una de estas pacientes me contó, describiendo su trabajo: «Cuando me meto en una transacción de negocios, todavía siento y actúo como un hombre».

Otra paciente, viviendo, después de la operación, la vida de mujer que siempre había deseado, una vez —me contó su cirujano— compró un coche a un vendedor de coches usados, y lo pagó en efectivo. El vendedor aseguró que hacía una buena compra. Después de conducir sólo unas calles, el coche se averió y fue difícil llevarlo de regreso al lugar donde lo había comprado.

El vendedor escuchó la queja, pero se negó a devolverle el dinero o a cambiárselo por otro coche. «Usted compró ese coche, señora», era todo lo que tenía que decir. La «señora» se enfureció. Con un «Ya lo veremos, hijo de puta», procedió a dar al vendedor la paliza de su vida. Quizá recordando en su inconsciente al Caballero d'Eon sacando su espada de debajo de sus faldas para defender su honor, su masculinidad, ayudada por entrenamiento en el ejército, se reafirmó por un momento. También consiguió que le fuera devuelto el dinero.)

Antes de continuar, una breve observación sobre unas palabras de Benjamin: cuando dice «a pesar del handicap de su inestabilidad emocional», ¿por qué lo dice? ¿Porque él, u otros, la han investigado y tienen motivos para creer que esa inestabilidad emocional realmente existe? ¿O se deja caer en una suposición fácil? No creo que una trans, en condiciones regulares de existencia, con un trabajo y unos ingresos fijos, sea necesariamente más inestable que un hombre en las mismas condiciones. Incluso, en promedio, podría ocurrir lo contrario, por la tensión que impone el rol masculino. A la trans a la que se refiere Benjamin, el haber logrado vivir la vida de mujer que siempre había deseado le debe, lógicamente, proporcionar una gran cantidad de pequeñas satisfacciones psíquicamente equilibrantes, como puede ser maqui-

llarse o pintarse las uñas, que es raro que un hombre conozca. Otra cosa son, desde luego, las trans marginadas y humilladas continuamente. En ellas sí que parece lógica la inestabilidad emocional.

Varios años después vi, en el Casal Lambda, donde entonces nos reuníamos, a una chica alta, de un físico agradable sin ser una belleza deslumbrante, y con el largo pelo recogido, que venía a preguntar algo. Me saludó cariñosamente, lo que me pilló por sorpresa, pues no recordaba conocerla de nada. Cuando me preguntó acerca de mi tesis sobre la androginia, caí en cuenta: era Carmen, que ahora utilizaba un nombre francés, Françoise, que le iba muy bien. ¡Menudo cambio había dado! A esas alturas yo ya había visto convertirse a muchas orugas en mariposas, a hombres más o menos viriles en mujeres no siempre muy femeninas pero a veces atractivas. Sin embargo, las había visto hacerlo lenta, progresivamente. Esta vez, en cambio, no había observado el proceso del cambio, sólo su resultado. Me contó que trabajaba en una editorial donde la apreciaban y estaba contenta, y que su jefa no sólo no intentaba oponerse a su cambio, sino que incluso lo alentaba. Había dejado el CTC y no quiso asistir a la reunión. No he vuelto a verla nunca. Con ocasión de la presentación del libro *Lorena, mi amor*, del que hablaré en su momento, el presentador, Lluís María Todó, me habló de una trans discreta que trabajaba tranquilamente en un rincón de una editorial y se llamaba Françoise. Por la descripción que me hizo de su físico no podía ser otra.

La pequeña Laura, que trabajaba con su madre, continuó yendo de vez en cuando a las reuniones, pero era tan silenciosa, tan discreta, siempre sentada en segundo plano, que muchas noches antes de acostarme, o a la mañana siguiente, para saber si había asistido tenía que consultar mis notas.

Al que sigo viendo de vez en cuando es a Manuel. A pesar de lo poco que nos vemos mantenemos una buena amistad. Fue, como se verá, elegido Presidente del CTC, cargo que no pudo ejercer por motivos familiares, y no volvió a asistir a las reuniones del colectivo con la asiduidad con que lo hacía antes. Participó en la creación de un Colectivo de Chicos Transexuales, que se escindió del CTC, y, por lo que yo puedo observar, es un militante bastante irregular, que tan pronto participa en todos los actos como desaparece durante una temporada. Se ha unido a un chico biológico con el cual forma una pareja gay.

8. El regreso

If transsexualism is treated as a disease, then does desire qualify as disease? As Thomas Szasz asked in his *New York Times* review of *The Transsexual Empire*, does an old person who wants to be young suffer from the disease of being a transchronological? Or does a poor person who wants to be rich suffer from the disease of being a transeconomical? Does a Black person who wants to be white suffer from the disease of being a transracial?*

RAYMOND, JANICE G., 1994, p. XV

Durante el año en que había dejado de asistir al CTC, éste había cambiado de lugar de reunión, trasladándolo de la sede del Front d'Alliberament Gay-Lesbià a la Coordinadora Gay-Lesbiana muy cerca del Arco de Triunfo, mi lugar de trabajo.

Si a las reuniones anteriores había asistido como transexual, con poco maquillaje y una vestimenta decididamente femenina, aunque discreta, ahora iba en plan de estudioso serio, con libros, un bloc de notas, una grabadora y ropa unisex. Le expliqué a Berta mi proyecto de tesis y ella, con una sonrisita levemente burlona, me dijo que no había ningún inconveniente en que asistiera a las reuniones del colectivo, lo que desde entonces (1997) casi nunca he dejado de hacer. Sólo cuando ocasionalmente me ha sido imposible y durante un largo período de crisis económica y de salud ante la cual lo académico e incluso la transexualidad perdieron toda importancia y lo único que

* Si el transexualismo es tratado como una enfermedad, entonces ¿se califica como enfermedad al deseo? Como Thomas Szasz preguntaba en su reseña de *The Transsexual Empire* para el *New York Times*, ¿una persona vieja que quiera ser joven sufre de la «enfermedad» de ser «transcronológica»? ¿O una persona pobre que quiera ser rica sufre de la «enfermedad» de ser «transeconómica»? ¿Sufrir una persona negra que quiera ser blanca de la «enfermedad» de ser «transracial»?

contaba era sobrevivir. Durante esa crisis tiré, por falta de espacio en la habitación a la que tuve que trasladarme, además de toda mi ropa de mujer, los numerosos y valiosos libros, revistas y fotocopias sobre transexualidad que había ido acumulando, con gran sacrificio económico, a lo largo de los años.

Mientras en el Arco sabía, por la actividad a que nos dedicábamos, que las trans, por diferentes que fuésemos, pertenecíamos a un mismo grupo humano, por el colectivo desfilaba una humanidad tan variada que a veces me preguntaba si teníamos algo en común, aparte de decir que nos considerabamos transexuales, sin que en muchos casos nada respaldase esa afirmación. No existe ningún acuerdo entre quienes estudian la transexualidad ni sobre su etiología ni sobre su clasificación. La variedad entre los individuos que dicen formar parte de ella puede ser tan grande que, aparte de su no verificable auto-proclamación, es difícil encontrar algún parecido entre ellos.

Porque a tenor de lo que señala Diamond (1977) recogiendo un sentir generalizado entre los estudiosos de la transexualidad (Bentler, Blanchard y Steiner, Bullough y Bullough, Green, Meyer, Pauly, Tsoi, Kok y Long), las diferencias individuales de los transexuales, de sus vidas, impide registros tipificados de los mismos (Nieto, 2002, p. 184).

Antes de su medicalización (o sea, del descubrimiento de las hormonas sexuales y de la cirugía de reasignación sexual) era difícil distinguir entre transexuales y gays. Y luego lo sería entre travestis a tiempo completo y transexuales, por no hablar de las transgenéricas. La única diferencia entre una transgenérica y una transexual no operada (sin *pre*) reside en lo que ella misma se considere, pues objetivamente son iguales.

A la mayoría de las reuniones (que ahora tenían lugar los martes en lugar de los miércoles) asistíamos seis o siete personas, aunque en ocasiones más, y una vez hubo hasta veinticinco. Al principio yo tomaba muchas notas. A veces me daba cuenta de que Berta me miraba con una sonrisa burlona. Se daba mucha rotación entre quienes asistían, de forma que, fijas, lo que se dice fijas, durante varios meses sólo fuimos tres: Berta, Juliana y yo (después seríamos Noemí, Berta y yo). Al igual que en la prostitución trans, la presencia de curiosos (o de personas poco involucradas) en nuestras reu-

niones plantea cuestiones interesantes. ¿Qué los motiva? ¿La curiosidad intelectual? Lo dudo. Me inclino más bien por la homosexualidad latente.

A Juliana me costaba un poco llamarla así y tratarla en femenino, porque, además de vestirse de la forma más convencionalmente masculina, daba una impresión de virilidad enorme. Licenciada en Ciencias Empresariales, no parecía joven, a pesar de tener entonces sólo treinta y un años. La parte alta de su cabeza, a partir de las sienes, lucía una calva grande y brillante, y su barba era espesa y oscura, por mucho que se afeitase. Fue a la primera persona a quien he visto empezar un proceso transexualizador de una manera «científica», consultando a médicos para que le dieran un diagnóstico y dejando que un endocrinólogo le dijese qué hormonas debía usar y en qué cantidad. En todos los demás casos que había conocido (muchos, incluyendo el mío) eran los consejos de las otras trans y las percepciones del propio cuerpo los que determinaban qué hormonas y en qué cantidad se consumían. Hay que tener en cuenta que casi todos los escritos sobre transexualidad se han producido en Estados Unidos, donde las hormonas no se venden sin receta médica, lo que genera un mercado negro similar al de la droga, con precios abusivos, adulteración del producto (añadiéndole sustancias extrañas, sin tener en cuenta sus posibles consecuencias para la salud, con el fin de multiplicarlo y aumentar el beneficio) e intercambio de jeringuillas, lo que produce muchos contagios de sida. Aquí sí se venden sin receta médica, aunque en los embalajes se diga lo contrario, ya que no son medicamentos particularmente vigilados (como sí lo son los que crean adicción) y no están destinados a las transexuales, sino principalmente a las mujeres, en las que producen efectos anticonceptivos y de regulación del período. Me refiero, naturalmente, a las hormonas femeninas (estrógeno y progesterona). Con la hormona masculina, y masculinizante (testosterona), debe de ocurrir, aunque no lo he verificado, algo diferente, puesto que es un producto dopante que aumenta artificialmente la musculatura y, por tanto, el rendimiento de los deportistas, con lo que se falsea las competiciones. Es muy conocido el caso de las atletas de Alemania del Este, que, siendo un país pequeño (unos 14 millones de habitantes) se propuso ser una gran potencia deportiva. A las niñas que veían que estaban dotadas para sobresalir deportivamente, las autoridades comunistas les administraban, sin que

ni ellas ni sus padres lo supieran, hormonas masculinas que las virilizaban, aumentando su musculatura y, por consiguiente, su fuerza física. En los Juegos Olímpicos, donde ganaban muchas medallas, especialmente en natación, llamaban la atención sus cuerpos de hombres robustos. Pero sus cromosomas eran XX, luego eran mujeres. La adulteración de la competición acabó descubriéndose y empezó a prestarse mucha atención a la presencia en la sangre de sustancias dopantes, de las cuales una de las más eficaces es la testosterona. Las chicas alemanas del Este, que la única decisión que pudieron tomar fue dar lo mejor de sí por el deporte y por su país, se encontraron convertidas, de forma irreversible, en unos hombrecitos, hasta tal punto que varias de ellas renunciaron definitivamente a su condición femenina y se hicieron transexuales. Las revistas han publicado fotos suyas, y viéndolas no se puede dejar de pensar que pocos hombres tienen un aspecto tan masculino. Hay que tener en cuenta que ya de entrada fueron elegidas por su sólida constitución física y que el efecto virilizante de la testosterona es asombroso.

Heidi Krieger ... era una lanzadora de peso en la antigua RDA. El programa de dopaje hormonal al que fue sometida la transformó en varón. Su caso es quizás el más llamativo del escándalo que estalló hace años por el uso de sustancias ilegales para lograr la supremacía deportiva de la Alemania comunista, pero la polémica sigue. Los afectados han presentado una demanda contra Jenapharm, laboratorio fabricante de la mayoría de los esteroides que se usaron en esa época. «No tenemos trastornos que puedan arreglarse fácilmente, se trata de enfermedades cardíacas, fallo hepático, cáncer...», dice Birgit Boese, antigua lanzadora de peso que tomó estos fármacos durante once años creyendo que eran vitaminas. Ella es uno de los 2.000 deportistas «seriamente enfermos» por culpa del dopaje (*El Mundo*, Salud, 30/4/2005, p. S3).

La feminización que producen el estrógeno y la progesterona no es comparable con la masculinación que produce la testosterona, salvo que se consuman antes del desarrollo de los caracteres sexuales secundarios. Para tomar un ejemplo: la voz, que es lo que más nos delata a las trans. Si la trans empieza a hormonarse después de que la suya haya cambiado, convirtiéndose en ronca, ya siempre lo será. Podrá aprender a modularla, a utilizar principalmente los tonos agudos, a expresarse como una mujer, pero su voz será, en su espontaneidad,

irreversiblemente viril, como lo será también la del transexual que, antes de meterle a su cuerpo, durante unos meses, testosterona, la tenía aguda.

Varios años después de mi ingreso en él, en el colectivo decidimos no aconsejar ni marcas de hormonas ni cirujanos. Que cada cual se informe, preferiblemente a través de su médico (lo que plantea otro problema: muchos médicos no tienen ni idea de transexualidad) y asuma la responsabilidad de decisiones cuyas consecuencias recaerán sobre su persona. Y no por «quitarnos el muerto de encima», sino porque lo que para unas personas puede ser beneficioso, para otras puede ser perjudicial. La hormona femenina más fuerte (Proginón-Depot), a mí me hace orinar sangre, mientras que un antiandrógeno, el famoso e internacional Androcurt, que tiene fama (y su prospecto lo advierte) de sentar muy mal al hígado (algunas lo consumen simultáneamente con pastillas contra esa posible, o real, consecuencia negativa), al mío no lo afectan. Que yo sepa.

En todo caso, las hormonas femeninas le sentaron de maravilla a Juliana. Su cabeza se llenó de pelambre, aunque demasiado escasa y fina para formar una cabellera de aspecto normal, por lo que necesita «ayudas» capilares. Y su barba perdió el espesor de malo de película que tenía, además de que aprendió, y utilizó con aplicación, las técnicas del depilado.

Una tarde, por la calle, una morenita graciosa me sonrió ampliamente y se acercó a mí. Al principio no la reconocí, pero en cuanto empezó a hablar me di cuenta de que era Juliana. No me había dado cuenta, obcecada por su calva y su barba, de que los rasgos de su cara eran bastante finos, bastante femeninos. A lo largo de los años, sus relaciones con el CTC han sido bastante complejas: han ido de la adhesión total a la creación de otro colectivo de transexuales para hacerle competencia.

Después de las reuniones íbamos a un bar a tomar algo. La mesa era larga, lo que facilitaba que, más que una tertulia, se organizara una serie de diálogos, de forma que varias veces se dio la situación de que una persona que durante meses había asistido al colectivo dejara de hacerlo, sin que yo nunca hubiese tenido una conversación con ella.

Se atravesaba una época relativamente tranquila. En cuanto una transexual que sabía de nuestra existencia tenía un problema, acudía, generalmente por primera vez, a una de nuestras reuniones a ver si se

lo solucionábamos. Pero, naturalmente, no podíamos dar profundidad a la vagina de una trans a la que el cirujano se la había dejado demasiado poco profunda para el miembro de su marido, ni hacer nada para que una propietaria prorrogara el alquiler, próximo a su vencimiento, del piso que ocupaba otra. Todo se quedaba, pues, generalmente, en dar opiniones y vagos consejos, aunque algunas veces sí podíamos prestar ayuda. También dábamos alguna conferencia que nos pedían.

Nuestra principal proyección exterior era hacer acto de presencia en todas las grandes manifestaciones tradicionales, como la fiesta del trabajo, el día de la mujer trabajadora y, sobre todo, el 28 de junio, Día Mundial del Orgullo Gay, Lesbiano y Transexual.

Cuando nos separábamos, iba a casa, me cambiaba, y volvía casi al mismo sitio, pues el Arco estaba a unos 80 o 100 metros de la coordinadora. Hasta que decidí que no tenía sentido tanto ir y venir y que en adelante iría al colectivo arreglada para trabajar, con una falda larga encima de la minifalda entonces de rigor en el Arco. Por eso, en la siguiente reunión, mi presencia causó cierta sorpresa. Berta me confesaría, no recuerdo si ese mismo día o más tarde, que, en cuanto había vuelto al colectivo, se había dado cuenta de que yo era la misma transexual que había conocido, pero que ahora sentía vergüenza de manifestarlo, por lo que me había inventado lo de la tesis de antropología para tener un pretexto para asistir al colectivo. Juliana, por su parte, me dijo que siempre había pensado que yo era transexual realizando su cambio, pero de mujer a hombre.

Las reacciones de la gente no me dejaban lugar a dudas sobre la ambigüedad de mi aspecto cuando llevaba ropa unisex. Si entraba a un sitio donde no me conocieran, si no hablaba antes, me trataban casi siempre de señora. Cuando fui por primera vez a casa de una antropóloga que estaba terminando su tesis y con quien me interesaba conversar, había un albañil trabajando en la entrada. Le dije que quería hablar con la dueña de la casa y el albañil me anunció diciéndole que una señora quería hablar con ella. En cuanto ella me vio, su primera impresión (me lo diría después) fue que yo era una camionera (lesbiana viril). En cuanto a las trans, en cuanto ven mi cara siliconada se dan cuenta de que yo también lo soy y generalmente nos saludamos, aunque no nos conozcamos. Con algunas llevamos años saludándonos al pasar, sin conocer nuestros nombres ni haber tenido nunca una

conversación. Una vez fui a visitar a una trans de la que entonces se hablaba mucho, para hacerle una entrevista. En cuanto me vio, me dijo: «No me imaginaba que fueras tan femenina», y al cabo de unas horas de conversación: «Al principio pasas muy bien, pero después de un momento siembras la duda».

Como, durante meses, a la mayoría de las reuniones del colectivo asistían sobre todo curiosos, chicos transexuales y trans que empezaban, Berta y yo éramos las únicas de aspecto femenino. Ella más que yo, que no soy ni tan delgada, ni tan fina, ni tengo la espléndida cabellera que ella tiene, y que, además, le llevo casi veinte años.

Del 5 al 8 de diciembre de 1998, el gobierno del Principado de Asturias organizó en Gijón las «Primeras Jornadas Estatales de Transexuales», a las que invitó a miembros de todos los colectivos del Estado. Del nuestro, al principio parecía que todo el mundo quería ir, lo que planteaba a Berta un problema de selección, pues las plazas eran limitadas, pero al final sólo nos decidimos ella y yo. En definitiva, además de educadoras y educadores y de militantes de partidos políticos, únicamente asistimos ocho transexuales de Asturias, once de Madrid y las dos de Catalunya. El programa era apretado y las intenciones sin duda buenas, pero no así, en mi opinión, el planteamiento, de alumnas que iban a recibir clases. Llevar, por ejemplo, a un endocrino para que, en un lenguaje lleno de tecnicismos que nos impedían entenderlo, nos diera una explicación sobre las alteraciones que las hormonas introducen en las proporciones de los diversos componentes de la sangre, pero no sobre sus consecuencias prácticas, a nosotras, que conocíamos todas las marcas que hay en el mercado, habíamos probado muchas y habíamos sentido en nuestro cuerpo el efecto que nos producían, me parecía algo sin sentido. Por cierto, ese endocrino mantuvo una viva discusión con José Antonio Nieto, quien atacó el modelo médico de enfoque de la transexualidad, que se limita a modificar el cuerpo sin analizar su causa profunda, que es cultural: la rigidez y el carácter binario que en nuestra cultura tienen los géneros, que no son consecuencia de la naturaleza de las cosas sino de la defensa de los intereses de quienes mandan. Mis puntos de vista coinciden en general con los de Nieto. Por eso es mi director de tesis desde 1997, a pesar de la dificultad que implica que él esté en la UNED de Madrid y yo en la Universidad de Barcelona. Con anterioridad tuve dos directoras de tesis de mi departamento que me duraron poco, me-

nos de un año cada una, magníficas profesionales pero que no estaban en la misma longitud de onda que yo.

También hizo una exposición el catedrático de Derecho Javier López Galiacho, quien acababa de publicar una tesis doctoral sobre la transexualidad, con la cual la mayoría (que hoy en día sería la casi totalidad) no estábamos de acuerdo, principal, pero no únicamente, porque consideraba que la operación de genitales debía ser un requisito previo al cambio legal de nombre y de sexo («el cambio de género en una transexual es realmente el cambio de sexo», afirma María más arriba [p. 100], opinión que suscribo totalmente). También se refería Galiacho a la necesaria soltería y esterilidad, lo que nos disgustaba. El ambiente estaba, pues, caldeado y se anunciaba una viva discusión. Pero el ponente adoptó una actitud conciliadora (del tipo: «¿Sabe, quizá tenga usted razón?», o «Últimamente me he estado replanteando ese punto».) que hizo imposible el debate, por allanamiento de una de las partes. Sin embargo, cuando un año después se publicó el proyecto de ley socialista sobre la transexualidad (respecto al cual, primero mi colectivo, y, mucho tiempo después, los demás, estuvimos totalmente en contra), vimos que se limitaba a repetir los principales enunciados de Galiacho, por lo cual o bien éste colaboró (sin ningún cambio de sus posturas iniciales) en su redacción, o bien el proyecto de ley se inspiró directamente en su tesis.

Hubo, sin embargo, conferencias interesantes, como la de la psicóloga Cristina Garaizábal, por su contenido político, o la del doctor Megens, que explicó las excelencias del modelo de tratamiento seguido en Holanda, o la de José Antonio Nieto, por su exposición de las características de las transexuales de otras culturas y la comparación tácita entre el trato que reciben de sus sociedades y el que recibimos nosotras de la nuestra (sólo cuando, durante una comida, Berta conversó con él, se convenció de que lo de la tesis era verdad). Pero desde luego que lo mejor, de muy lejos, fue la convivencia, las relaciones que se entablaron.

La primera noche, Berta y yo dormimos con un chico que decía que estaba a punto de iniciar su cambio y con Alice, enfermera, que hacía poco había fundado y presidía en Madrid un colectivo que no tendría larga vida. Curiosamente, ella es de Colombia, como yo, y su familia proviene de una ciudad cercana y rival de la de procedencia de la mía. Las dos habíamos intentado ocultar nuestras tendencias a

nuestro entorno, a pesar de lo cual un familiar, muy serio, nos había dicho un día, como si se hubieran puesto de acuerdo, las mismas palabras: «¡En nuestra familia nunca ha habido un maricón!», palabras que, en mi caso al menos, no tuvieron ninguna consecuencia directa. Yo sospechaba que mis padres y mi hermana sabían (por medio de una sirvienta) que, cuando ellos no estaban en casa, solía vestirme de mujer, pero éramos muy púdicos (o muy hipócritas) para hablar de esas cosas.

Las otras tres noches las pasamos con dos viejas amigas de Berta. Sandra era malagueña, pequeña, lista, con unos ojos claros que entrecerraba, maliciosa, cuando te miraba, de forma que tenías la impresión de que estaba adivinando lo que pensabas en ese momento («la brujita» la llamé varias veces). «Y tú ¿a qué te dedicas?», me soltó, brutal, en cuanto me conoció. Yo no sabía qué contestar. Me daba vergüenza decir la verdad y me embargaba la duda: «¿Se darán cuenta?, ¿No se darán cuenta?». Sus ojitos maliciosos se clavaban en mí. «Me dedico a la prostitución», dije, finalmente, en voz baja. «¡Anda, que a eso es a lo que nos dedicamos todas!», respondió, riendo, lo que me dio tranquilidad para el resto de las jornadas, a pesar de que pronto noté que exageraba pues algunas se dedicaban a otras cosas.

En cuanto a la otra amiga de Berta... Andrea parecía una belleza escandinava. Alta, rubia, con el pelo largo, muy bonita, casi esbelta (unos kilitos de menos no le hubieran ido mal, aunque hay que tener en cuenta que la conocí en unas circunstancias de total familiaridad que no suelen favorecer las siluetas) y, por si fuera poco, de una sinceridad, de una espontaneidad, de una bondad (al menos con las trans, pues imagino que con los hombres tendrá que adoptar medidas defensivas) desarmantes. Pocas veces tuve la oportunidad de hablar a solas con ella, pero le bastaron para contarme partes muy interesantes de su vida, su «cambio» en Milán, donde vivió varios años, sus problemas sentimentales, sus dificultades... Hacía poco, dirigiéndose al trabajo, había sido víctima de una violenta agresión por parte de un grupo de gamberros, de la cual sus piernas todavía conservaban grandes marcas. Naturalmente, no puso denuncia. ¿Para qué, si la policía no suele hacer nada en casos de agresiones a transexuales, salvo que culminen en asesinato, como el salvaje de Sonia, en octubre de 1991, en el interior del recinto del parque de la Ciudadela? En su exterior, unos años después, apareció Isabel, una trans compañera de trabajo

del Arco, en medio de un gran charco de sangre. Había sido apuñalada. Estuvo varios días entre la vida y la muerte y tardó mucho tiempo en recuperarse. Pero ningún miembro de la policía (que necesariamente se había enterado a través de los hospitales) se presentó al Arco a hacer averiguaciones. Isabel, cuando finalmente se recuperó, no volvió al Arco, donde había trabajado muchos años y donde tenía bastantes y buenos clientes.

Andrea estudiaba Filología Griega en la universidad, y me mostró los trucos que utilizaba con el peinado y con el maquillaje para que si alguna noche uno de sus compañeros de estudios la viera, no la reconociera. Maravillosa Andrea, de cuyo fugaz paso por mi vida guardo un recuerdo deslumbrante.

Igualmente estuvieron muy bien los talleres, a pesar de que fueron cortos y pocos, sólo tres: sobre vivencias, sexualidad y medios de comunicación. En ellos hablábamos con toda la libertad que nos permitía el limitadísimo tiempo de que disponíamos. Posiblemente quien se las arregló para hablar más fue Berta. Durante todas las jornadas nos sentamos juntas, por aquello de que éramos las dos representantes catalanas (ella de Andalucía y yo de Colombia). Sabía, pues, muy bien (y además era visible) que yo estaba grabando todo lo que se decía, para su posible utilización en mi tesis. Lo digo porque varios meses después le manifesté mi deseo de hacerle una larga entrevista. En cuanto empezamos a grabar y se dio cuenta de que mi intención era hacerle preguntas muy personales, se negó rotundamente a continuar. Es la única persona (trans o no) que lo ha hecho. Y no es que tenga alergia a las entrevistas. Al contrario. Concede bastantes, con una condición: no hablar de temas personales (que no eludió en los talleres). Y, sin embargo, en las conversaciones que mantenemos después de las reuniones, habla, como todas, de todos los temas, incluyendo los más íntimos. Si tuviera su autorización, podría contar muchas cosas de su vida. Pero no la tengo, y sé, por su actitud, que no me la daría. Así que las únicas palabras suyas que citaré aquí son las que grabé durante las jornadas, a lo que al principio se negaba, pero que acabó aceptando.

Berta nació en 1962 (como María) en un pueblo de Granada. Cuando era aún muy niña, la familia se trasladó a un pueblo aragonés, donde se crió y al que vuelve todos los años a pasar las vacaciones con los suyos.

Siempre fue consciente de que era diferente del resto de los niños.

Al principio valoraba mi diferencia como algo positivo. Encontraba a los demás niños un poco brutos y me consideraba, ante ellos, una persona privilegiada. Mi comportamiento suscitaba admiración de la gente que rodeaba a mi familia: un niño tan correcto, tan sensible. Les decían a mis padres: «¡Qué hijo tan educado tenéis! No dice una mala palabra, no le gusta correr detrás de una pelota, va siempre sin una mancha». Cuando empecé a darme cuenta de que algo fallaba fue a la edad de nueve años. Me dejaba el pelo largo, porque era como me gustaba, y pronto se me empezaron a ver rasgos de niña. Como consecuencia vinieron las etiquetas: «mariquita», «nena», etc. Y a partir de ahí empezó mi aprendizaje dentro de lo que ahora se conoce como transexualidad. La primera vez que vi la foto de una transexual, fue una de Coccinelle, por casualidad. Era una foto pequeña y sensacionalista que decía: «Esta señora fue un hombre». Yo tenía unos diez años y me impactó muchísimo.

Desde los doce hasta los catorce, por una parte, me aislaban, y, por otra, me autoislaba, como medida de defensa. Bastaba con que pusiera el pie en la calle para que empezaran los insultos: «Nena», «marica». Era consciente de que algo raro pasaba, pero no podía asumir ningún sentimiento de culpa, porque ni era responsabilidad mía ni le estaba haciendo ningún daño a nadie.

A partir de los catorce empecé a exteriorizar aún más mi feminidad. Empecé a ir sutilmente maquillada a clase, y mi pelo era largo. Quienes no me conocían, me confundían con una chica. Y los primeros cambios fisiológicos para chico los viví como algo terrible. Tenía pesadillas cuando me empezó a crecer vello encima de los labios. Yo no quería asumir un cambio para varón, lo que me parecía horrible. En esa época en los medios de comunicación se empezó a hablar de la transexualidad, que formaba parte de un *boom* complejo, junto con el destape y la homosexualidad. Tuve muy claro el camino a seguir cuando vi en la televisión a Bibi Andersen. A partir de ahí todo fue más suave a nivel íntimo, aunque socialmente seguía siendo bastante difícil. Mi madre descubrió el maquillaje que yo usaba y, un día bastante duro, preguntó, refiriéndose a mí: «¿Qué tengo en casa?». Le dije que siempre me había sentido mujer y le hablé de mi condición, de mis recuerdos de infancia, de cuando iba con ella al lavadero, a lavar trapitos, junto con otras mujeres, de cuando quería tener muñecas, de cuando quería llevar el pelo largo, del chico que me gustaba, que tenía siete

años y nuestro amor era platónico. Ella estuvo durante varios días con un disgusto muy grande, porque se encontraba con algo de lo que no sabía nada, hasta cuando una noche me dijo: «Si te sientes mujer, habrá que hacer algo».

A partir de ahí empezaron las visitas a los médicos. En un hospital dije: «Quiero un tratamiento hormonal para que se vea que soy una mujer». Me pasan a un despacho, me miran el sexo. «¡Pero si usted es un chico!», me dicen. Y contesto: «Pero, bueno, ¿qué les estoy diciendo yo? Que soy un chico pero me siento chica». Siguió todo un peregrinaje por la Seguridad Social. Completamente inútil.

A los quince años empecé a trabajar en hostelería, en mi pueblo. A los dieciséis empecé a hormonarme, gracias al asesoramiento de un farmacéutico gay, porque en aquella época conocí a gays, a transexuales, a gente del mundo. E hice el cambio. Recuerdo con mucho cariño la primera vez que salí de mujer, porque fue una reafirmación hacia mí misma. Necesité, eso sí, un lingotazo. Me lo bebí y me dije: «Ésta es la tuya, nena». Me maquillé, me puse ropa superfemenina y me paseé por todo el pueblo. Para marcar mi condición, como diciendo: «Esto es lo que hay a partir de ahora. Y digan ustedes lo que les dé la gana». Todo fue más suave para mí a partir de ese momento. Cesaron los insultos, cesaron las insinuaciones, pero empecé a sentir que yo era «el fenómeno». Llegó un momento en que pensé: «¿No queréis tarta? Pues tarta y media». Y me convertí en una mujer muy estereotipada.

A los veintidós años se fue a vivir a Madrid y unos años más tarde a Barcelona, donde reside desde entonces. A pesar de que hace más de veinte años que vive como mujer, no se ha operado ni parece que piense hacerlo, sin dejar por ello de considerarse transexual, postura que se extiende cada vez más y que, de momento, tuvo su punto culminante cuando el Parlamento del Reino Unido aprobó la *Gender Recognition Bill* (Ley de Reconocimiento del Género), «la primera ley de su naturaleza que admite con claridad cambios de sexo legales sin requisito alguno de cirugía y, en concreto, sin operación de cirugía genital», como escribimos en la web del CTC. Para conceder el cambio de género sólo exige que, además de tener más de dieciocho años, o bien se viva desde haga dos años como miembro del género al cual se desea pertenecer legalmente, o bien se haya cambiado legalmente de género en el extranjero.

Ya en 1983, L. C. Schaefer y T. Wheeler (Denny, 1994, p. 442) en un escrito titulado «The non-Surgical True Transsexual» (El verdadero

transexual no quirúrgico), presentado en el Octavo Simposio Internacional sobre Desórdenes de Género, celebrado en Burdeos, Francia, sostenían que para ser transexual no hacía falta operarse los genitales. En Estados Unidos para el transexual que no se opera existe la palabra *transgenderist*. José Antonio Nieto, que está muy al corriente de todo lo que se publica y lógicamente debe frecuentar muchos intelectuales, me escribe: «En España, los términos “transgénero”, “transgenerista” y “transgenérico” se usan más y más». Eso será en comparación con la década de los noventa, cuando su libro *Transexualidad, transgenerismo y cultura* (que acababa justamente de ser publicado cuando tuvieron lugar las jornadas de Gijón) los recogió, en este país, por primera vez. En el mundo trans y en concreto en sus numerosas webs se utilizan poco y normalmente con connotaciones peyorativas. Y en mis años de prostitución, que en cierta forma se prolongan a través de la amistad con mis excompañeras, prácticamente no se usaban. Ahora, alguna vez, siempre en sentido negativo. Recientemente unos gamberros estuvieron insultando una noche a Berta y le gritaron: «¡Maricona!», «¡Transgénérica!». Pero lo importante es que se usen los términos y que la gente se familiarice con ellos, pues son más exactos que «transexualismo» y sus derivados, que fueron acuñados en Estados Unidos alrededor de los años cincuenta por Kinsey, Caldwell y Harry Benjamin, y popularizados por los *mass media*; son, pues, términos *etic*, a los que la comunidad genérica opuso la familia de «transgenerismo» de elaboración propia, o *emic*. En España ocurre un poco lo contrario. «Transexualismo» está tan arraigado entre la comunidad trans que parece un término *emic*, mientras que «transgenerismo» no acaba de calar y provoca cierto rechazo, como si fuera una expresión *etic* que se intenta imponernos.

Varias trans contaron en los talleres experiencias equivalentes a las de Berta. Equivalentes pero diferentes, pues la variedad de historias de vida y de temperamentos entre las transexuales es potencialmente inagotable. Algunas (como yo) no alcanzamos a hablar por falta de tiempo. Los talleres sobre vivencias y sobre sexualidad acabaron confundándose, ya que nuestras principales vivencias tienen que ver directamente con la sexualidad o están condicionadas por ella.

En cuanto a los medios de comunicación, reinaba unanimidad respecto a la forma descarada que normalmente tienen de manipular a l@s transexuales, haciéndoles, mediante el montaje, decir cosas di-

ferentes, si no contrarias, a las que han dicho. Llegamos a la conclusión, que nadie discutió, de que el medio de comunicación más fiable es la radio en directo, sin serlo del todo, pues te tienden pequeñas trampas para manipularte, o simplemente te cortan lo que estás diciendo. Otras veces, antes de entrar en directo te imponen criterios, en ocasiones muy rígidos. Por ejemplo, que no se puede hablar de tal o de tal otra cosa.

Fue en los talleres donde me di cuenta de que unos señores barbudos y serios que asistían a las jornadas no eran ni pedagogos, ni militantes políticos, como había pensado, sino transexuales de mujer a hombre, cuyo distintivo parecía ser una seriedad y una virilidad que los colocaba por encima de toda sospecha. No intervinieron en ninguno de los talleres. La invisibilidad parecía ser, en general, su política. Recuerdo haber visto, unos meses antes, grabado, un viejo programa de televisión sobre el CTC, en el cual se veía a Manuel... de espaldas. Pero la situación ha cambiado. Los chicos de Barcelona tienen su propio grupo y recientemente se emitió un programa televisivo sobre él, en el cual daban la cara y algunos incluso mostraban parte de su cuerpo desnudo. Manuel, sonriente y relajado, contaba, entre otras cosas, el tiempo y el dinero que le había costado obtener su documentación de hombre (dos años y dos millones de pesetas). Otros se mostraban reservados, y hablaban y se dejaban ver poco. En conjunto, los chicos parecen haber descubierto que: «Exposure —publicity— is a two-edged sword: it both serves and harms. It can educate, and it can misinform. It can lead to better opportunities, and it can cause some avenues of possibility to recede, recoil, dry up» (Green, Jamison, 1998, p. 154). («Exposición —publicidad— es una espada de dos filos: tanto ayuda como hace daño, y puede abrir caminos a mejores oportunidades, y puede ser la causa de que las posibilidades disminuyan, retrocedan, se agoten»). Recientemente Manuel hizo una exposición de fotografías eróticas suyas. En una de ellas, su micropene (o maxiclítoris) parece un dedo más de su mano. En otra, de sus calzoncillos se asoman varios grandes consoladores a manera de penes en erección, etc. La audacia de Cameron mezclada con sentido lúdico.

La última noche recordé (pues en el ambiente de cordialidad y de libertad en el que nos encontrábamos lo había olvidado) hasta qué punto las trans suelen ser convencionales y conservadoras. El hecho

de que ser trans pueda parecer muy subversivo no implica que lo sea, pues no se trata de una elección: se nació así. Esa noche, después de pasar varias horas en una discoteca, casi todas (y todos: los chicos también estaban) fueron a parar a nuestra habitación y nos pusimos a jugar un juego que consistía en que cada una imponía a la siguiente o bien una penitencia o bien contestar con sinceridad a una pregunta. Berta estaba inmediatamente antes que yo, que escogí la pregunta (se podía elegir). Ella, con cierta timidez, como si pensara que la pregunta era demasiado audaz o demasiado íntima, me preguntó si yo había hecho el amor con alguna trans. «Con dos mil», no resistí la tentación de contestarle. ¡La que se armó! Para calmar los ánimos fui rebajando la cifra, hasta dejarla en una más modesta, que no recuerdo. Daba igual: tanto una como otra eran inventadas. Nunca he hecho ese tipo de cálculo. La más escandalizada, me contó después Berta, fue Sandra, «la brujita», que decía cosas como: «¡Y pensar que he estado compartiendo habitación con esta lesbiana ninfómana!».

Entre las trans se da la doble moral de la sociedad convencional, con un discurso muy conservador y un comportamiento que no lo es tanto, al menos entre las que asisten a los colectivos, que en muchos aspectos son asimilables a las de las clases medias. Entre las de la calle se da menos: somos lumpen y tenemos la libertad de las que no tienen nada, o casi de nada, que perder. Las de las clases medias y altas son las que van a los médicos y se dejan influir por su visión de la heterosexualidad normativa. Las callejeras, en cambio, prácticamente no existimos para ellos, ni ellos para nosotras. Esa no-existencia imposibilita que nos digan lo que debemos pensar y hacer, y lo que no.

In general, bisexual and lesbian orientation among MTFs has been much more visible in the literature. Some clinical studies have shown a fifth to a third of MTFs reporting bisexual or lesbian orientation ... Non-clinical research suggest this is even more common (Tobin, 2003, p. 10).»

(En general, la orientación bisexual y lesbiana entre las MTF [transexuales de hombre a mujer] ha sido mucho más visible en la literatura. Algunos estudios clínicos han mostrado que entre una quinta y una cuarta parte de las MTF admiten una orientación bisexual o lesbiana ... La investigación no clínica sugiere que es incluso más común.)

Bolin, en 1997, cuando hacía trabajo de campo para *In Search of Eve* hizo una pequeña encuesta. De las siete transexuales que le facilitaron información, sólo una era exclusivamente heterosexual. Tres eran exclusivamente lesbianas y vivían con mujeres genéticas. Una era bisexual y vivía con una mujer lesbiana. Y dos eran transexuales que vivían juntas en una relación lesbiana.

9. Christine y la transexualidad

Los transexuales y otras minorías sexuales son hechas para vestir la vergüenza de nuestra insegura sociedad sobre la identidad de género y las preferencias sexuales; son expulsados fuera a los desiertos emocionales para morir de alienación y soledad, para expiar el aburrimiento de la sociedad de sí misma.

SARAH SETON, 2000

Después de las reuniones del colectivo, las conversaciones que mantenemos suelen durar hasta muy tarde. Hablando, descubrimos zonas de nosotras mismas que o nos eran desconocidas o en las que nunca habíamos pensado. En otras palabras, el cansancio hace bajar, al menos un poco, las defensas y el inconsciente (que constituye el segmento dominante de nuestra vida psíquica) se asoma un poco a la conciencia, de forma que parte de nuestro ser fluye tal como es, sin disfraces ni hipocresías. Conversamos de lo que nunca se tiene tiempo para comentar ni se está lo suficientemente relajado para hacerlo. Así fue como acabé comprendiendo que todas las características mías que yo creía únicas y originales eran compartidas por otras. Es un poco como los rasgos de la cara: tenemos la nariz parecida a la de fulana, la frente a la de zutana, y todo el resto por el estilo, de forma que al final lo único realmente nuestro, lo que constituye nuestra personalidad facial, es la mezcla de unos elementos que, en sí, individualmente considerados, no tienen ninguna singularidad.

[Una idea] implicada en la noción de unicidad es que, si bien la mayoría de los hechos particulares relativos a un individuo también pueden aplicarse a otros, advertimos que en ninguna otra persona en el mundo se encuentran, combinados, la totalidad de los hechos que se dan en aquélla (Goffman, 1963, p. 73).

Por ello me decidí a hablar de mí (pero no únicamente de mí) en esta tesis, que, en principio debía ser aséptica e impersonal, como escrita por alguien que no tuviese nada que ver con el mundo de la transexualidad y se limitase a contemplarlo y describirlo. Dallas Denny lo hizo así en sus primeros libros, y no fue hasta *Current Concepts in Transgender Identity*, de 1998, cuando dio a conocer a los lectores su transexualidad. Se podría discutir mucho sobre los pros y los contras de ambas posturas. Denny es muy clara al respecto: si desde el principio dice que es transexual, no hubiera podido publicar sus primeros libros (*ibid.*, p. XII). Yo publiqué mi primer, y hasta el momento único, libro, directamente como transexual, pero es que el mío era una novela con protagonistas trans, llena de sexo y de violencia, no completamente realista y con una probablemente excesiva concentración de situaciones y acciones, mientras que los de Denny son ensayos serios. Me parece evidente que si se tiene el deseo y la posibilidad de hacer carrera en la universidad, no conviene mencionar la propia transexualidad. Pero yo no creo tener esa posibilidad. En cambio, sí soy consciente de que muchos/muchas «especialistas» intentan hacer de nosotras su propiedad privada, hablar por nosotras, decir lo que somos y lo que no somos, lo que pensamos y lo que no pensamos, como hacen con las prostitutas. Y eso sólo es admisible si nosotras también nos expresamos, dejando claro que las/los «especialistas» hablan en su propio nombre, no en el nuestro, y que los puntos de vista que expresan son los suyos sobre nosotras, no los nuestros. Ello no impide que exista una gran diversidad entre nosotras. Pero tenemos muchos problemas comunes, el principal de los cuales es la actitud de la sociedad hacia nosotras, de una sociedad basada en un dualismo oposicional que ha perdido su razón de ser. Su origen es simplemente la mayor fuerza bruta del hombre. Nació de la violencia y vive en la violencia. Violencia algunas veces real, casi siempre latente. Subsiste porque aporta grandes ventajas a la parte más fuerte, en prejuicio no sólo de la otra, sino también de los marginados, de quienes hemos sido dejados fuera del sistema. Subsiste, es cierto, pero no sin fisuras. Desde principios del siglo xx muchos estudiosos han abandonado la creencia en el hombre 100 por 100 masculino y la mujer 100 por 100 femenina en favor de la postura de que en todo hombre hay elementos femeninos, y en toda mujer, masculinos. Y luego vino la posibilidad de

cambiar de sexo, a lo que contribuyó el descubrimiento de las hormonas, primero orgánicas y luego sintéticas, conjuntamente con el progreso de la cirugía, impulsado por la necesidad de reconstruir, en la medida de lo posible, los órganos estropeados durante la Primera Guerra Mundial. Y de la reconstrucción al intento de construcción solo hay un paso. Utilizo expresamente la palabra «intento» porque los genitales fabricados por el hombre, a pesar de que con frecuencia los escritos y las entrevistas dejan entender lo contrario, aún son muy inferiores a los creados por la naturaleza. Los femeninos, al ser casi totalmente internos, pueden «pasar», si están bien hechos. No así los masculinos, cuyo resultado me hace pensar en el que daría si yo, con arcilla, me pusiese a copiar la *Piedad* de Miguel Ángel.

Admito que las transexuales tenemos tendencia al exhibicionismo y a creernos muy interesantes, pero quizás el que nos sintamos el centro del universo no sea más que una compensación psicológica del hecho de que somos una minoría marginada y estigmatizada. Es raro que se nos conceda el derecho fundamental, varias veces consagrado por la Constitución española, al libre desarrollo de nuestra personalidad, más sencillamente expresado en la Constitución estadounidense como derecho a la felicidad. O, al menos, a intentar conseguirla. Como todo el mundo, queremos llevar una vida aceptablemente agradable y no limitar nuestra estadía en este mundo a la travesía de un valle de lágrimas.

El conocimiento popular del transexualismo (e incluso la palabra misma), en el sentido de cambio físico, y, sobre todo, de cirugía de reasignación sexual, CRS (o SRS), es un fenómeno reciente. Tan reciente que es más joven que yo, que tenía ya ocho años cuando Christine Jorgensen regresó a Estados Unidos después de su «cambio de sexo» en Dinamarca. Aunque no podía ser entonces consciente de ello, fue el acontecimiento más importante de mi vida, y de la de muchas otras personas:

... the «arrival» of transsexualism, which coincided with the 1952 return to the United States of Christine Jorgensen, who had received surgical and hormonal sex reassignment in Denmark, resulted in ... a profound paradigm shift ... Maleness and Femaleness could no longer be considered to be immutable (the paradigm shift) (Denny, 1994, p. IX).

(... la «llegada» del transexualismo, que coincidió con el regreso en 1952 de Christine Jorgensen, que había recibido reasignación sexual hormonal y quirúrgica en Dinamarca, tuvo como consecuencia ... un profundo cambio de paradigma ... la Masculinidad y la Feminidad ... ya no podían ser considerados como inmutables [el cambio de paradigma]).

Una década después de su muerte, que tuvo lugar en 1989:

... many of us, transsexuals and nontranssexuals alike, are still struggling with the Pandora's box opened by this one human being (Denny, 1998, p. 37).

(... much@s de nosotr@s, tanto transexuales como no transexuales, estamos aún luchando con la caja de Pandora abierta por este ser humano).

En su último acto público aseguró que no se arrepentía de lo que había hecho (*ibid.*, p. 40). Aunque no le fue fácil conseguirlo, recibió buenas compensaciones. Cobraba bien por sus *shows* en *night clubs*, sus conferencias, y sus derechos de autor. Tuvo unas épocas mejores que otras económicamente, pero no conoció la pobreza. Es cierto que no pudo volver a tener vida privada. Cuando intentó casarse, el acoso de los medios fue tal que su novio y ella desistieron. Lo que desean las trans que encuentran una pareja que cuide de ellas (que sea el hombre de la casa, el proveedor), o un trabajo en el cual sean aceptadas como mujeres, es desaparecer del mundo de las trans, camuflar su condición y asimilarse al mundo convencional bipolar, lo que en el caso de Jorgensen era evidentemente imposible.

Admirada sin duda por muchos y muchas en silencio o discretamente, su nombre era utilizado públicamente para criticar y mofarse de alguien. Al vicepresidente de Nixon, Spiro Agnew (que tendría que renunciar a su cargo por haber aceptado un miserable soborno de 5.000 dólares), para atacar a un adversario no se le ocurrió nada peor que decir de él (y sus palabras fueron reproducidas por la mayoría, si no por todos, los medios del mundo) que era «el Christine Jorgensen de la política».

Condenada a la soledad, corrieron rumores de que en sus últimos años se había vuelto alcohólica, según cuenta Denny (1998, p. 41), lo que hace que me sienta aún más próxima a ella. En cambio,

parece que no tuvo vida sexual, como creo que yo no la volveré a tener nunca, lo que no lamento, pues la operación me ha proporcionado otras satisfacciones que me llenan más. Los doctores que la trataron en Dinamarca declararon «los requisitos sexuales ... subordinados al impulso transexual» y recomendaron dar a su región genital «una apariencia completamente femenina» sin realmente crear un clítoris o una vagina (Hamburguer, Stürup y Dahl-Iverson, citados en Meyero-witz, 2002, pp. 60-61).

Christine Jorgensen was not only a medical pioneer but a social pioneer and a role model for a people who had up until then been invisible in our society. She showed the way to tens of thousands of others like herself (Denny, 1998, p. 40).

(Christine Jorgensen fue no sólo una pionera médica sino también una pionera social y un modelo de rol para gente que hasta entonces había sido invisible en nuestra sociedad. Mostró el camino a decenas de miles de otras como ella misma.)

Y Harry Benjamin escribió acerca de ella y el transexualismo:

The case of Christine Jorgensen focused attention on the problem as never before. Without her courage and determination, undoubtedly springing from a force deep inside her, transsexualism might be still unknown — certainly unknown by this term — and might still be considered to be something on the fringe of medical science. To the detriment if not the desperation of the respective patients, the medical profession would most likely still be ignorant of the subject and still be ignoring its manifestations. Even at present, any attempts to treat the patients with some permissiveness in the direction of their wishes — that is to say «change of sex» — is often met with raised medical eyebrows, and sometimes even with arrogant rejection and/or condemnation (Benjamin, 1966, p. 2).

(El caso de Christine Jorgensen centró la atención sobre el problema como nunca antes. Sin su valor y determinación, que sin duda brotaban de una profunda fuerza interior, el transexualismo podría ser todavía desconocido — ciertamente desconocido con ese término — y ser todavía considerado como algo apenas en los límites de la ciencia médica. Para detrimento, si no desesperación, de los respectivos pacientes, la profesión médica muy probablemente aún permanecería ignorante del tema y todavía ignoraría sus manifestaciones. Incluso actualmente, cual-

quier intento de tratar a estos pacientes con alguna permisividad en la dirección de su deseos — es decir, «cambio de sexo» — es acogido con cejas médicas fruncidas y algunas veces incluso con arrogante rechazo y/o condena.)

Que la publicidad que recibió Christine no haya sido buscada ha sido discutido. Hay quienes afirman que la fuente de la fuga fue ella misma.

Desde luego que a los ocho años seguí la noticia de su regreso, pero no con el apasionamiento con que lo hubiera hecho unos años más tarde, cuando tuvo lugar el despertar de mi sexualidad, directamente como una sexualidad transexual. Entonces no se sabía (porque se ignoraba todo de la transexualidad) que en realidad Jorgensen en Dinamarca solo había recibido terapia hormonal y había sido sometida a castración y penectomía, pero no a vaginoplastia, que sólo tuvo lugar varios años después, en Estados Unidos. Los medios, al principio, se referían a ella como un «travesti con cirugía de cambio de sexo». Ya existía el hecho, pero todavía no la palabra.

Desde principios del siglo xx la nueva ciencia de la endocrinología buscó la esencia del sexo y del género en las hormonas producidas por las gónadas. Eugen Steinach, de la Universidad de Viena, demostró que si se castraba durante su infancia a roedores machos y se les implantaban ovarios, adquirían características femeninas, incluyendo el comportamiento sexual, y que lo contrario ocurría si el experimento se realizaba con roedores hembras. En Estados Unidos se realizaron varias castraciones e histerectomías, pero en Europa se reconoció más la búsqueda del cambio de sexo. «De acuerdo con un informe de Berlin ... un hombre-a-mujer se sometió a castración en 1920 y le fue implantado un ovario en 1921 (Meyerowitz, 2002, p. 18).»

El berlinés Instituto para la Ciencia Sexual de Magnus Hirschfeld centró, en los años veinte y comienzos de los treinta, muchos de los experimentos de cambio de sexo.

La primera transformación genital completa realizada en el Instituto de Hirschfeld fue la de Dorchen Richter, un hombre-a-mujer que se sometió a castración en 1922 y a quien en 1931 se le amputó el pene y se le construyó quirúrgicamente una vagina. Nacida en 1882 en una pobre

familia rural del este de Alemania, Richter se había vestido de mujer durante su infancia y deseaba vivir como chica. Odiaba sus genitales masculinos. A la edad de seis ató estrechamente una cuerda alrededor de su pene y escroto con la esperanza de que cayeran (*ibid.*, p. 18).

Entre los clientes de Hirschfeld figuraba un pintor danés llamado Einar Wegener, también conocido como Andreas Sparrer, que se convertiría en Lili Elbe. Se le trasplantaron ovarios humanos antes de someterla a una operación para intentar crear una salida natural del útero, supuestamente una vagina, después de la cual murió de un ataque al corazón, en 1931. Lo que llama la atención es que a pesar de que los trasplantes no fueron la causa directa de su muerte, no se siguieran practicando. El que hayan podido contribuir al fatal ataque al corazón no es un argumento, pues toda operación comporta riesgos, e incluso en las más pequeñas, como puede ser arrancar una uña, se hacen firmar al paciente documentos librando al cirujano de toda responsabilidad. ¿Por qué entonces no se realizan trasplantes gonadales? ¿Porque lo gobiernos, propietarios de los órganos trasplantables, se oponen a ello? ¿Porque los cirujanos no se atreven? ¿Por los problemas que causa la medicación antirrechazo? Es cierto que los precios podrían subirse por las nubes, pues actualmente, por las operaciones comparativamente más sencillas que se hacen, se llega a cobrar, que yo sepa, hasta 22.000 dólares, por las de hombre-a-mujer, que en España cuestan aproximadamente la cuarta parte que las de mujer-a-hombre. Pero aun así, con seguridad se encontrarían clientes dispuestas a pagar lo que les pidiera. En todo caso, el trasplante de ovarios (como el de testículos) daría a la transexualidad una nueva dimensión, ya que, en principio, abriría las puertas a la maternidad (y a la paternidad) biológica. La definición de mujer como persona que menstrúa, queda embarazada, pare y amamanta, sería aplicable a las transexuales, y la misma transexualidad tendría más de realidad (a pesar de la inmutabilidad de los genes y los cromosomas) de lo que tiene ahora.

Hirschfeld tuvo un fugaz momento de aceptación oficial. Según una versión, en 1932 el gobierno costeó una operación de hombre a mujer realizada por él, además de aceptar y apoyar sus teorías. Pero en 1933 los nazis destruyeron su instituto, y él, que era judío, tuvo que marchar al exilio, en el que vivió hasta 1935 (*ibid.*, pp. 20-21).

Según MacKenzie (1994, p. 40), cirujanos nazis cambiaron de sexo a adolescentes que no habían dado su consentimiento para ello.

El mismo año en que Christine Jorgesen saltó a la fama, un endocrinólogo, Harry Benjamin, utilizó la poco conocida palabra «transexual» en la conferencia que dio en una reunión de médicos. Los medios, que estaban sensibilizados por el tema, popularizaron el término, equivalente a «persona atrapada en un cuerpo equivocado», y le dieron la categoría no de una variante de hombres que se visten de mujer, sino de una auténtica identidad, diferente de las otras.

Aunque popularizado por Benjamin en su conferencia y luego en su libro *The Transsexual Phenomenon*, publicado en 1966, O. D. Caldwell pasa por ser quien acuñó el término «transexualidad», y, más concretamente, *psychopathia transsexualis*, en 1949, para describir a un transexual de chica a chico. Pero Kinsey se le adelantó de un año.

In his 1948 study *The Sexual Behaviour in the Human Male*, Kinsey criticized the use of the term *transsexual* as a synonym for homosexual, because it implied that homosexuals were «neither male nor female, but persons of a mixed sex» (MacKenzie, 1994, p. 41).

(En su estudio de 1948, *La conducta sexual en el varón humano*, Kinsey criticó el uso del término «transexual» como sinónimo de homosexual porque implicaba que los homosexuales no eran «ni hombres ni mujeres, sino personas de un sexo mezclado.»)

Como ha señalado el filósofo norteamericano Ian Hacking, lo distintivo de las ciencias del hombre es que sus conceptos, una vez inventados, generan nuevos tipos de seres humanos. Con las categorías de «transexualidad» y «disforia de género» surgió también un nuevo tipo de sujeto, el «transexual» (Vázquez, G., 1999, p. 36).

Pero aunque la designación y las técnicas médicas necesarias son relativamente nuevas, el impulso subyacente desde luego que no lo es. «Individuals who cross-dressed and/or attempted to live in the “opposite” gender role have always existed» (MacKenzie, 1994, p. 26). («Individuos que se ponían ropas del sexo contrario y/o intentaban vivir en el rol de género “opuesto” siempre han existido.»)

El transexualismo y el transgenerismo tienen dos sentidos, que parcialmente coinciden. Como hemos visto, dos autores sostuvieron en Francia, en 1983, que para ser transexual no hacía falta operarse

los genitales. La teoría, al menos en España, tuvo gran éxito, pues muchas se consideraban transexuales pero no querían, o no podían, por motivos económicos, de salud, o de cualquier otro tipo, operarse. Una razón de peso es la importante, cuando no total, pérdida de capacidad de disfrutar sexualmente que inevitablemente conlleva la operación, pese a que muchas operadas no se cansan de hablar de sus orgasmos. En los colectivos (en el mío, al menos) todas somos transexuales. El que unas estemos operadas y otras no, no genera ninguna diferencia entre nosotras. Otra cosa ocurre con los clientes de las que ejercen la prostitución y con la gente de la calle, en general, que reservan la palabra «transexual» para las operadas y a las no operadas las llaman «travestis».

Cuenta Anne Bolin, recordando el trabajo de campo que realizó para escribir su tesis, de la cual saldría el libro *In Search of Eve*, que en el colectivo en el que lo llevó a cabo, la *Berdache Society*, había una clara división entre las transexuales, cuya finalidad era la CRS, y que se consideraban mujeres, aunque de momento prisioneras en un cuerpo equivocado, y las travestis, que eran hombres que se vestían de mujer.

Ten years ago male-to-female transsexualism supported the binary gender schema by dividing gender-dysphoric into men and women where transvestites were considered «sick» or pathological men and transsexuals were women on whom nature had erred (Bolin, 1998, p. 89).

(Hace diez años, el transexualismo de hombre a mujer apoyaba al esquema binario de género al dividir a las personas con disforia de género entre hombres y mujeres, división en la cual los travestis eran considerados hombres «enfermos» o patológicos, y las transexuales, mujeres con las cuales la naturaleza se había equivocado).

Sobra decir que las transexuales eran consideradas (mejor dicho, se consideraban a sí mismas) jerárquicamente superiores.

En España, como he dicho, a nivel *emic* la cuestión jerárquica no se plantea, y, a nivel *etic*, en la prostitución suelen ser más solicitadas (y, por consiguiente, ganar más dinero) las no operadas, o sea, las trans pre-op (o no op) y las travestis. Los dos sentidos de la palabra transexual a que aludía eran simplemente «operada» y «no operada», independientemente de que piensen hacerlo o no. Además, el

que se piense hacerlo o no en el futuro es algo muy relativo. Algunas, como Noemí y yo (además de las norteamericanas antes mencionadas), que nos hemos pasado (y continuamos haciéndolo) buena parte de nuestra vida predicando contra la operación, nos operamos, mientras que otras que de lo que más hablan es de operarse, cuando pueden hacerlo no lo hacen. El mundo de las personas con variantes de género (y yo diría que el mundo de la sexualidad en general) suele ser muy fluido. En los libros abundan los casos de varones heterosexuales que se casan, tienen hijos y en cuanto estos son mayores (si no antes) cambian de sexo. Jan Morris es un ejemplo típico de ello. Y, sin embargo, desde los tres o cuatro años, sentado debajo del piano de su madre mientras ésta interpretaba probablemente a Sibelius, comprendió que había nacido en un cuerpo equivocado (Morris, 1987, p. 3). ¿Por qué esperar tanto si desde el principio lo tenía claro? Por la presión social, evidentemente, que suele ser tanto más fuerte cuanto más elevado es el estatus de la familia. Los hijos de clases altas suelen tener sus vidas más o menos trazadas desde antes de nacer. Y alejarse de un camino trillado no es fácil para una persona joven. Las transexuales que se dedican a la prostitución callejera suelen haber empezado muy jóvenes y provenir de clases bajas. Las que tuvimos la suerte, o la desgracia, de no nacer en familias humildes, generalmente no es que hayamos tardado más en ser conscientes de nuestra transexualidad, pero sí en poderla vivir. Yolanda, que proclamó a los siete años que se sentía mujer, y tuvo que esperar hasta después de los cuarenta para poder vivir ese sentimiento, es un ejemplo de ello. Por eso, entre las llamadas transexuales primarias o precoces (denominación bastante caída en desuso, como su contraria, secundarias o tardías), suelen predominar las de clases modestas, que es entre las que la interiorización de los valores sociales suele ser menos fuerte. Y las otras opciones que la vida pone delante de ellas, menos atractivas.

La palabra «transgénero» (y sus derivados) también tiene doble significado. Por una parte, es una palabra paraguas que cubre a todos los inconformistas de género, los que no aceptan la bipolaridad genérica, la existencia de dos géneros contrarios y cada uno de ellos concordante con su respectivo sexo biológico. Por otra, se refiere específicamente a la condición del varón biológico que vive como mujer y no piensa en operarse, coincidiendo en este significado con uno de los de «transexual». Y, en el primer sentido, se utilizan las expre-

siones «comunidad transgénica», o, simplemente, «comunidad genérica».

¿Por qué la comunidad genérica sintió a un momento dado la necesidad de crear una palabra *emic*, «transgenerismo», aparentemente innecesaria puesto que sus significados estaban ya contenidos en otras palabras y de forma más precisa, principalmente en el término *etic* «transexualidad»? En mi opinión, porque al haber sido formulado este último por médicos norteamericanos con una mentalidad exigente y excluyente, tenía connotaciones autoritarias que lo hacían odioso. Aquí no, porque las trans nunca hemos sufrido la dictadura de los médicos. En general, y hasta hace muy poco, ni siquiera los hemos consultado. Nuestras limitaciones han venido del poder político y, en lo inmediato, de la policía, que normalmente nos llamaba «mariconas» o, como mucho, «travestis». No teníamos, pues, motivo para sentir un rechazo íntimo hacia la palabra «transexual». Por eso, «transgenerismo» a muchas trans les parece un intento de imposición desde el exterior.

Mientras en Estados Unidos los médicos se acostumbraron a decidir quién podía operarse y quién no, y con base en qué criterios, aquí no podíamos no ya operarnos, sino siquiera vestirnos de mujer, so pena de ir a la cárcel simplemente por ello. Pero una vez que se legalizaron las operaciones de cambio de sexo, no he sabido de ninguna (y por el colectivo, lógicamente, pasa mucha información) a quien ningún cirujano español se haya negado a operar, siempre y cuando estuviera dispuesta a pagarle lo que le pedía. Otra cosa es que los precios sean exorbitantes y la calidad de las intervenciones deje mucho que desear. Tanto, que con frecuencia son necesarios «retoques» posteriores, que aumentan aún más el precio. Una amiga mía, para un simple implante de senos (operación teóricamente sencilla, pues los senos —bolsas de plástico, con la forma adecuada, rellenas de silicona o de otras sustancias— ya vienen fabricados y se trata solamente de abrir, ponerlos en su sitio y cerrar) tuvo que pasar cuatro veces por el quirófano. Por eso muchas preferimos ir al extranjero. Y no creo que ello se deba a que los médicos españoles sean peores, sino a que nuestra sociedad, que es tan machista que universalizó la palabra «machismo», siente un gran desprecio hacia las transexuales, del cual la negligencia, posiblemente inconsciente, de los cirujanos con respecto a ellas, es una manifestación. No sé de ninguna universidad

española en la que la transexualidad sea materia de estudio, ni siquiera en especializaciones que teóricamente tienen que ver con ella. La historia de nuestra compañera Nora, que cuento al final de este capítulo, y la reacción que ante su caso tuvo un psiquiatra, son ilustrativas de ello.

Aquí no dudan en operar a personas a las cuales no deberían operar porque es evidente, por poco que se les trate, que no conseguirán, simplemente operándose, adaptarse a su «nuevo» sexo (mejor dicho, que la sociedad no las aceptará como miembros de su «nuevo» sexo). Las comillas de «nuevo» indican que si siempre han sentido pertenecer a él, no es su nuevo sexo sino su sexo de toda la vida, a pesar de que las apariencias indiquen lo contrario. Para muchas (aquellas cuya expresión de sexo es menos femenina) la transexualidad es un camino prolongado y caro. Sin duda, con una transición lenta y constante, extendida a lo largo de muchos años, con operaciones de cirugía estética bien estudiadas y con paciente aprendizaje de la llamada expresión de género (los gestos, los movimientos, el vocabulario y la forma de expresarse, la modulación de la voz) se podrían obtener resultados aceptables. No para obtener el título de Miss Universo, pero sí para pasar por una mujer discreta. No creo que haya casos imposibles, pero sí algunos que requieren mucho trabajo. Aquí hay cirujanos que piensan que basta con coger un tío que se declara transexual, castrarlo, cortar el pene, abrirle un agujero entre las piernas y, «¡Anda, que ya eres toda una mujer!». Pero el tío continúa siendo el mismo tío de antes, ahora castrado, teniendo que mear sentado y privado de todo tipo de sexualidad.

Se han generado y generalizado las falsas expectativas, en buena parte alentadas por los medios. Se tiene la vaga impresión de que si un tío feo se opera quedará convertido en una mujer bonita. Y no es así: será una mujer fea. Tendrá, eso sí, más posibilidades de ocultar su fealdad, con ayuda de los recursos femeninos: maquillaje, peinado, adornos, perfumes, prendas de vestir atractivas...

De la situación española da cuenta (además de las numerosas llamadas, e-mails, cartas y visitas que recibe el colectivo) el reportaje acerca de la Jornada Simposium Sobre Cirugía del Transexualismo que fue publicado en la revista *BSTc*, número, 3 de 2000, p. 23, firmado por Alexandra Clobet, del que a continuación reproduzco extractos (las cursivas son del original).

SECPRE

Jornada simposium sobre cirugía del transexualismo
(informe)

La Sociedad Española de Cirugía Plástica, Reparadora y Estética (SECPRE), organizó en Madrid, el pasado 28 de febrero, una jornada simposium con el título Cirugía del Transexualismo, con la asistencia de profesionales de distintos campos: cirujanos plásticos, endocrinos, psiquiatras, psicólogos y juristas principalmente.

El jurista..., en su intervención, insistió en la necesidad de firmar los consentimientos (de todos los tratamientos) bajo acta notarial (¿¿?!).

Aunque si bien en los campos endocrinos y psicológicos se mostró algo de nivel, en lo que a técnicas quirúrgicas de reasignación de sexo se refiere «el nivel que se ofreció fue decepcionante». Por un lado, las técnicas que se mostraron dejaban mucho que desear estética y funcionalmente.

Ninguno de ellos daba importancia a mantener un clítoris sensible que permita una relación sexual satisfactoria.

Aunque los presentes quizá no lo advirtieron, estuvieron presentes en la Jornada, M.^a Antonia (presidenta de la FAT, Federación de Asociaciones de Transexuales) y Yolanda (presidenta del CTC y directora de esta revista), que pudieron escuchar cosas como:

«¿... para qué quieren eso?» (el clítoris).

Se hace entonces evidente la justificación por falta de conocimientos.

La CRS dejó de ser experimental desde el año 1980, a excepción de España. Por ejemplo, en nuestro país todavía se mantiene la ignorancia sobre la posibilidad de realizar un clítoris funcional.

Así, mientras que en Europa se opera persiguiendo un resultado óptimo, aquí siguen creyendo que las transexuales nos conformamos con cualquier cosa.

El único que defendió los intereses de las transexuales fue el Dr. Mañero, cuya intervención resume el reportaje en dos párrafos, de los cuales reproduzco el último:

Ante la falta de interés por mejorar las técnicas expuso que lo fundamental es conseguir que la persona tenga unos genitales completos, desde el punto de vista estético, urinario y, por supuesto, funcional.

Pudo percibirse, como resumen de la jornada, que los «profesionales» manifestaban más interés por sus ganancias, tanto directas como en forma de becas de investigación y prestigio gremial, que por el bienestar y satisfacción del paciente con su proceso de transexualización.

En resumen, el dinero es a los «especialistas» lo que la lluvia es a los níscales. (Coblet, 2000).

Respecto a la vaginoplastia, que fue el tema del que más se habló en el simposio, conviene aclarar que actualmente se utilizan mayoritariamente dos técnicas. La primera, la empleada por casi todos los cirujanos españoles (o, al menos, la que utilizaban cuando Noemí y Yolanda se dedicaron a visitarlos para informarse antes de operarse), es el *tuco*. Consiste en dejar un pequeño pedazo del pene, desprovisto de su piel (que se utiliza para la vagina), para que quede la posibilidad de orgasmo. La segunda es más complicada: se selecciona una parte de la superficie del glande (la parte superior y más sensible del pene) y, una vez sacada la piel (que también se utilizará para forrar el interior de la vagina), se elimina el resto del miembro, con excepción de esa parte del glande y de los nervios que terminan en ella, que se unen a lo que fue la base del pene. Al estar los nervios intactos, aunque aplastados para reducir su longitud, teóricamente no se pierde nada de sensibilidad ni de capacidad para el orgasmo. Teóricamente, porque, cualquiera que sea la técnica empleada, se pierde buena parte, si no la totalidad, del placer sexual. Desde ese punto de vista, la operación sólo puede calificarse de éxito rotundo en algunas de las que como chicos no tuvieron vida sexual, y sólo vinieron a descubrirla después de operadas. Pero todas las que conocieron el placer como hombres, si se tiene la ocasión y la paciencia de escucharlas hasta el momento en que empiezan a caer las fachadas de las fanfarronadas, acaban revelando que sus orgasmos actuales, comparados con aquéllos, son de baja intensidad cuando se dan, lo que es más bien raro. A esa conclusión había llegado yo, que como hombre había tenido mucha vida sexual antes de operarme. Y la operación me la confirmó.

De los cirujanos que ni siquiera dejan *tuco*, sino que cortan de raíz el pene eliminando toda posibilidad de orgasmo, mejor ni hablar. Están en la edad de las cavernas de la cirugía transexual.

Respecto a los transexuales (que no son el tema de esta tesis pero con respecto a los cuales las comparaciones y las referencias son

a veces inevitables), la operación de los genitales no es cuestión de no querer, sino de no poder. Todavía no se ha encontrado una forma de faloplastia que produzca un pene satisfactorio, a la vez estético, sensible y funcional.

... para la reconstrucción de genitales externos se utilizan numerosas técnicas de dudoso resultado y aún en período experimental (Grupo de Trabajo Sobre Trastornos de Identidad de Género de la Sociedad Española de Endocrinología y Nutrición, 2003).

Es cierto que las hormonas masculinas producen un notable alargamiento del clítoris, pero que no llega a ser suficiente para permitir la penetración. En los escritos sobre el tema se encuentra con frecuencia la frase: «It's easier to make a hole that a pole». («Es más fácil hacer un agujero que un palo»). Pero el efecto de la testosterona no se limita al alargamiento del clítoris. También refuerza notablemente los músculos del cuerpo y multiplica el impulso sexual, mientras que el estrógeno y la progesterona (las hormonas femeninas) los disminuyen. Por otra parte, el hombre, después de un orgasmo, necesita tiempo para «recargar las baterías» y la mujer puede tener orgasmos múltiples, uno inmediatamente después del otro, teóricamente ilimitados.

En Estados Unidos, la situación se presentó durante mucho tiempo de forma muy diferente. El haber nacido buena parte de las clínicas del sexo vinculadas a las grandes universidades las hizo muy severas en lo que respecta a los pacientes que aceptaban operar. Buscaban «verdaderos transexuales» que siempre se hubieran sentido mujeres y hubieran actuado en consecuencia, que hubiesen jugado sólo con muñecas, que no se excitaran al travestirse y a las que nunca hubiesen interesado las personas del sexo biológico contrario. Como las personas interesadas en operarse les seguían el juego e interpretaban el papel de «verdadera transexuales», se tardó en descubrir que éstas no existen, como no existen los «verdaderos hombres» ni las «verdaderas mujeres» (que coincidían con las «verdaderas transexuales» en todo, menos en la anatomía genital), que serían las encarnaciones de los estereotipos al uso. Son simples abstracciones (pero abstracciones relativas, pues difieren de una sociedad a otra y, dentro de una misma sociedad, de una época a otra, de una edad a otra, de una clase social a otra, de una etnia a otra) a las cuales, es cierto, unas

personas se aproximan más que otras. Aunque las clínicas vinculadas a universidades han prácticamente desaparecido, no lo han hecho (o no completamente) las estrictas exigencias para llevar a cabo procesos transexualizadores.

Las dos situaciones, la norteamericana y la española, pueden ser miradas desde un punto de vista negativo o positivo.

Pat Califia, estudiosa y radical sexual que es, sabe de lo que habla al señalar, para el caso de Estados Unidos, una ristra de impedimentos más bien extensa. A saber: edad, historial clínico que registre enfermedades mentales, fetichismo, sadomasoquismo, ficha policial, intolerancia a las hormonas, cáncer, imposibilidad somática (tener un cuerpo o una cara que los médicos rechazarán, en el convencimiento de que no podrán pasar como personas del género de preferencia elegido), pobreza, trabajo relacionado con la industria del sexo, rechazo a aspirar a ser una mujer femenina o un varón viril y excesivo alarde o pavoneo (Nieto, 1999).

De esos doce impedimentos, en mi caso se dan ocho, o sea que en Estados Unidos lo hubiera tenido muy difícil, por no decir imposible. En España (y en muchos otros países también, todo hay que decirlo) sólo hay realmente un impedimento: la falta de dinero suficiente.

En cuanto a Califia, como se afirma en otro sitio (véase la p. 82), ya no es simple «estudiosa», en el sentido de observadora, aunque todo indica que sigue siendo radical sexual. Es frecuente que quienes estudien el transexualismo acaben siendo devorad@s por él y convirtiéndose en transexuales. El caso que más me ha impresionado ha sido el de Holly Devor, cuyo monumental *FTM* (Devor, 1997) es la obra esencial de referencia del transexualismo de mujer a hombre, lo que no existe en el de hombre a mujer, en el que durante algún tiempo varias obras han aspirado al título (como *Sex and Gender*, de Stoller, o *Boy & Girl, Man and Woman*, de Money y Ehrhart), para verse desfasadas al cabo de unos años, de forma que la obra más fiable en la materia sigue siendo, en mi opinión, el relativamente viejo (1966) *The Transsexual Phenomenon*, del paternal (en un doble sentido: por ser el iniciador de los estudios específicos sobre el tema —que antes sólo era una parte de la sexualidad— y por su actitud comprensiva y bondadosa hacia las transexuales) Harry Benjamin. Devor también escribió *Blending Genders*, acerca de mujeres viriles pero no transe-

xuales, así como diversos artículos. Después de hacer su cambio, ahora firma Aaron H. Devor.

Casi al mismo tiempo que yo empecé mi tesis, lo hizo, sobre la transexualidad de mujer a hombre, una joven y brillante licenciada en sociología, lesbiana, cuya tesina había consistido en una larga, y muy interesante, entrevista con mi amigo Manuel. Siempre hemos tenido una muy buena relación y las dos admirábamos mucho a Nancy Chodorowsky, también socióloga (al igual que Devor), y su *Reproduction of Motherhood*, hasta el punto que un día, medio en serio medio en broma, llegamos solemnemente a la conclusión de que las únicas personas realmente normales en este neurótico mundo somos las lesbianas y las transexuales, porque somos las únicas que hemos asumido la herencia materna. Mi director de tesis intentaba espolearme diciéndome que, si no me daba prisa, sería ella, y no yo, quien hiciera la primera tesis doctoral sobre el transexualismo en España. Ha pasado tanto tiempo que quizá ya se hayan hecho varias, entre las cuales no está la de la joven socióloga, que muy pronto fue nombrada profesora, gracias a sus buenas relaciones en la universidad (que yo no tengo y que supongo que, dadas mis características, me están vetadas). En la época en que yo había abandonado «definitivamente» la tesis, un día me la encontré en el metro y, con el convencimiento de que ella sí había terminado la suya, le pregunté cómo le había ido. «La abandoné, igual que tú», me contestó, y lo hizo en un tono nostálgico y pensativo que me hizo pensar que lo hizo porque intuyó que si se involucraba con la transexualidad, ésta la atraparía y se apoderaría de ella. Desde luego que es sólo una hipótesis sobre la cual, por respeto a su intimidad, sólo si se dieran circunstancias muy especiales me atrevería a preguntarle, pero mientras ella misma no me la desmienta, es la hipótesis en la que creo. *On ne badine pas avec l'amour* es el título de una comedia de Alfred de Musset. *No se bromea con el amor*. Tampoco se bromea con la transexualidad. Hay que estar muy seguro de la propia identidad para meterse con ella impunemente. Mi caso es el contrario. Fue mi transexualidad la que me llevó a la tesis, y el deseo de operarme (como explico en el capítulo «La decisión»), el que me hizo volver a ella.

Si la palabra «transexualismo» data de los años cincuenta (en realidad de finales de los cuarenta con Caldwell y Kinsey), «travestismo» es bastante anterior. En 1910, Magnus Hirschfeld publicó el libro *Travestismo: una investigación en el impulso erótico de disfrazarse*.

Because of Hirschfeld's work, the term *transvestite* became widely used by sex researchers who used it to describe transgenderist, cross-dressers and transsexuals (MacKenzie, 1994, p. 38).

(A causa de la obra de Hirschfeld, el término «travesti» fue ampliamente usado por investigadores sexuales que lo usaron para describir transgeneristas, travestis y transexuales.)

Pero el término «transgénero» y sus derivados no fue acuñado hasta los años sesenta, por Virginia Prince, un antiguo bioquímico que empezó a hacer apariciones como mujer en 1963 y que desde 1968 siempre viste de mujer. Creó la revista *Transvestia* y una editorial, *Chevalier Publications*, en la cual publicó, entre otros, libros que ella misma había escrito, como *How to Be a Woman Though Male* (1971), *Understanding Cross Dressing* (1976) y *The Transvestite and his Wife* (1967). También se dedicó a la organización de redes nacionales e internacionales de grupos de apoyo, lo que culminó en 1980 con la fundación de Tri-Ess o Society for de Second Self (Sociedad para el Segundo Yo), en la cual no se admitían transexuales, a los que Prince definía como travestis que tenían la intención de hacerse la CRS. Pero como muchas de las que se presentaban como travestis a tiempo completo (o transgenéricas) o parcial acababan haciéndose la CRS, algunas organizaciones locales no siguen la consigna de la dirección nacional. Prince es partidaria de llamar «femifilia», o amor a las mujeres y a lo femenino, al travestismo. Pero un amor puramente espiritual, desprovisto de excitación sexual. Ello puede ser debido a que muchos, probablemente la mayoría, de los travestis afiliados a Tri-Ess son señores casados con hijos y una posición social y profesional, por lo que intentan presentar su «capricho» como una forma de aliviarse de las múltiples presiones que tienen que soportar, con lo cual quedan a salvo su normalidad sexual, su moralidad convencional y su respetabilidad. Pero para Benjamin: «To take sex out of transvestism is like taking music out of opera. It simply can not be done» (Benjamin, 1966, p. 28). («Quitarle el sexo al travestismo es como quitarle la música a la ópera: simplemente no se puede hacer.») Además, observó repetidamente en pacientes suyos cómo los travestis fetichistas pueden evolucionar gradualmente hacia transexuales.

Utilizar, en lugar de transexualismo, transgenerismo (lo que no

hacemos en España) tiene un contenido simbólico. Es una forma de emancipación de la tutela de los médicos. Denominar es una forma de dominar. Cuando Dios otorgó a Adán la capacidad para dar nombre a los animales y las cosas, simultáneamente lo nombró rey del universo:

18: Dijo Jahvéh-Dios: No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda que se acomode a él. 19: Entonces Jahvéh-Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves de los cielos y los condujo al hombre a ver qué nombre les daba; y todo ser viviente llevaría el nombre que le impusiera el hombre. 20: El hombre impuso nombre a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, pero para el hombre no se encontró ayuda que se acomodara a él. (Génesis, segundo relato de la creación. El Paraíso.)

27: Y creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. 28: Dios los bendijo, diciéndoles: sed fecundos y multiplicaos; llenad la tierra y dominadla; señoread sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo viviente que se mueve sobre la tierra. (Primer relato de la creación.)

(Edición de la Biblia dirigida por el P. Serafín de Ausejo, Herder, Barcelona, 1976.)

(Es de notar que la expresión «a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» ha sembrado dudas sobre la posible androginia de Jahvéh.)

De forma similar, las personas con variantes de género (y lo de variantes es aquí muy relativo, pues los dos géneros considerados normativos no lo son realmente pues fueron creados según su conveniencia por los detentadores del poder con el único fin de mantenerlo), al autodesignarse, decidieron tomar en sus manos su propio destino. Se agruparon para constituir el llamado movimiento transgenérico, o simplemente genérico, y dieron por terminada la dictadura de los médicos y otros expertos, que se habían acostumbrado a decidir cómo debíamos ser y llamarnos.

Pero además de los motivos simbólicos y sentimentales, hay un motivo muy objetivo por el cual se debería utilizar «transgenerismo» y no «transexualidad», que se encuentra disperso en diversas partes de este libro, y es que la transexualidad no existe entre los seres humanos. *No podemos cambiar nuestro sexo real.* Podemos cambiar

nuestro sexo aparente, nuestro sexo social, e incluso nuestro sexo legal, pero no nuestro sexo real. Por el contrario, cambiar de género es lo más fácil del mundo. Muchas personas lo hacemos continuamente, sin siquiera darnos cuenta casi nunca.

En España, nuestro anarquismo nos ha salvado de la dictadura de los médicos. No en vano Barcelona ha sido la ciudad del mundo donde más anarquistas ha habido, y la CNT, el sindicato anarquista, llegó a contar, en el conjunto de la geografía nacional, con más de un millón de afiliados. Curiosamente, es ahora, cuando en Estados Unidos se empieza a dar menos importancia a los especialistas, que aquí empiezan a aparecer muchas trans que quieren, antes de empezar su proceso transexualizador, «consultar a su médico». Para descubrir que el médico en la mayoría de los casos no tiene ni la menor idea del tema y a veces incluso se enfada porque se le consulte acerca de él.

Por otra parte, creo que debemos tratar de entender la situación de los médicos de cabecera. No me referiré a la cantidad de pacientes que tienen ni al poco tiempo que le pueden dedicar a cada uno, sino simplemente a la gran cantidad de problemas de salud que deben saber reconocer: 402, según la Sociedad Española de Medicina Familiar. La Sanidad Pública financia 6.450 tipos de medicinas en 10.766 presentaciones (datos tomados de *La Vanguardia* del 4 de febrero de 2005, p. 34). Convendremos en que estamos ante un volumen de información de difícil almacenamiento por el limitado cerebro humano. A ello hay que añadir que continuamente entran nuevos medicamentos en el mercado y otros, viejos, salen de él. ¿Y qué ocurre con la transexualidad? De entrada, no es seguro que sea una enfermedad. Que el DSM-IV la califique de trastorno no significa nada. También consideraban los psiquiatras norteamericanos que la homosexualidad era una patología, hasta que, en 1974, decidieron que no lo era... ¡por referéndum! Ya el 15 de diciembre de 1973, trece de los quince miembros de la dirección de la Asociación de Psiquiatras Norteamericanos había votado a favor de la supresión de la homosexualidad de la lista de trastornos mentales. A partir de ese momento —declararon— sólo se trataría de una perturbación en la orientación sexual... que afectaría no al conjunto de los homosexuales, sino tan sólo a aquellos que no estuviesen satisfechos de su situación (y se considerasen ellos mismos «enfermos»).

Los homosexuales cantaron victoria al dejar de verse considerados como enfermos, pero muchos psiquiatras no aceptaron la decisión del APA y pidieron su anulación. Propusieron organizar un referéndum ... Los homosexuales hicieron campaña ... En abril de 1974 votaron poco más de 10.000 especialistas: un 58 por 100 ratificó la decisión de la dirección respecto a la exclusión de la homosexualidad de la lista de trastornos mentales (Badinter, 1993, p. 189).

Lo mismo podría ocurrir un día con la transexualidad. Ya en Estados Unidos, hace varios años, grupos de trans han intentado iniciar un movimiento en esa dirección, pero no tuvieron éxito, por motivos principalmente prácticos. Los seguros de salud (privados) con frecuencia incluyen gastos de transexualización. Pero si esta dejara de ser considerada un trastorno, dejarían de cubrirlos.

En el CTC (y, desde luego, no somos las únicas) no consideramos que la transexualidad sea un trastorno mental. La vemos simplemente como una variante de la naturaleza, como lo puede ser un trébol de cuatro hojas. Lo que evidentemente convierte a muchas transexuales en casos patológicos (incluso la inestabilidad emocional que nos atribuye Harry Benjamin, si es que existe, lo que no creo, no lo sería) es el trato que reciben de la sociedad. Otras tienen anomalías psíquicas, como las tiene todo grupo humano. ¿Por qué habría, por ejemplo, esquizofrénicas o depresivas entre las no transexuales y entre las transexuales no podría haberlas? Otra cosa es que haya más, o menos, pero mientras no recibamos, por parte de la sociedad, un tratamiento «normal» no se podrá saber nuestro grado de «normalidad».

Por otra parte, la transexualidad necesita atención médica específica. Dejando aparte la cuestión de la CRS, respecto a la cual parece contradictorio exigir a la vez que no sea necesaria para cambiar de sexo legal y de nombre, y que la Seguridad Social la costée, es indudable que a las trans les convendría recibir apoyo y orientación psicológica por parte de profesionales especialistas en el tema (o, al menos, muy conocedores de él), así como seguimiento hormonal por parte de endocrinos. El hecho de que las antiguas no lo hayamos hecho (tampoco había una Seguridad Social universal, como ahora) no quiere decir que no sea aconsejable. La cuestión es si es compatible esta atención médica específica con el hecho de que la transexualidad

no sea considerada un trastorno. No sería el único caso. El embarazo no es un trastorno y sin embargo requiere atención médica específica. Y harían falta centros especializados, pues dada nuestra relativamente reducidísima cantidad, no es razonable pedir a los médicos generalistas que pasen mucho tiempo estudiando la transexualidad. Pero sí que sepan a quién o adónde derivar al paciente que se presenta a ellos con dificultades de identidad de género, lo que en la mayoría de los casos no ocurre actualmente.

A nuestra compañera del CTC, Nora, sobre la que escribí un artículo porque su caso me pareció paradigmático, su médico de cabecera la mandó a un urólogo, que estalló de risa al verla. No por ella, le explicó, sino por el hecho de que fuese a él a quien la habían enviado. Vuelta al médico de cabecera, quien la quiere enviar a otro urólogo. Nora se niega a ir y al médico se le ocurre la idea de enviarla a un psiquiatra.

Durante la última visita, el médico de cabecera de entonces afirmó, enfático, que no le encontraba nada, que no tenía nada y que lo que tenía que hacer era masturbarse menos, lo cual era algo que Nora nunca había hecho (Mejía, 2000).

Pero resulta que el psiquiatra tampoco sabía nada de transexualidad, lo cual sí debería ser exigible en su especialidad. Le dijo clara y repetidamente que encontraba descabellado que un hombre quisiera convertirse en mujer, que no pensaba hacer nada para ayudarlo, que no le importaba que intentara volver a suicidarse (ya lo había hecho dos veces) y que en ningún psiquiátrico iban a ayudarlo. Su explicación era que si quería cambiar de sexo era, simplemente, porque no quería vivir. Pero si decidía ser un hombre, entonces sí que la ayudaba. Le recetó un calmante con el cual cada vez estaba peor, tenía temblores, mal carácter, más inseguridad. Su familia habló con una asistente social, que la puso en contacto con el CTC. Simultáneamente, le cambiaron el médico de cabecera por una doctora llena de buenas intenciones que le inspiraba confianza pero que no sabía nada de transexualidad. Le dijimos a Nora que pidiera a su médica que la enviara a la Unidad de Salud Mental del Hospital Clínico, lo que hizo. Allí le hicieron entrevistas y tests, y le entregaron un certificado de transexualidad; certificado en el que, para variar, sí creo, porque Nora es

muy inocente para contar historias que no se ajusten a la verdad. Pero otros suscitan mi escepticismo, porque cualquiera que conozca el tema puede hacer suya una de las numerosas historias de vida que se han publicado, o inventarse una, sin que, salvo contradicciones o incoherencias evidentes, los médicos puedan descubrir que miente. Así, en Estados Unidos, durante muchos años sólo operaron a «verdaderas transexuales» cuyo ejemplo era Agnes, estudiada por Garfinkel y Stoller, a quienes les decía que era tan auténticamente mujer que su cuerpo, aun teniendo cromosomas XY, o masculinos, había seguido un desarrollo femenino, sin necesidad de hormonas. Ellos se lo creyeron, hasta que, muchos años después, Agnes le confesó a Stoller que desde niña había consumido hormonas femeninas. Pero los especialistas habían construido tales castillos en el aire con su «verdadero transexual» que les tomó tiempo convencerse de que éste no existía, que era producto de su imaginación. Lo único que sí existía era el verdadero mentiroso.

Con su certificado de transexualidad, Nora fue a un endocrino y empezó su tratamiento hormonal. Pronto se encontró mucho mejor («superbien», decía), con menos depresiones, mejor de ánimo y a gusto en su cuerpo. Tan bien se encontraba que dejó de ir al colectivo. Normal. La transexual habitualmente es una persona centrada en sí misma y en sus problemas, para la cual no existen los de las demás, y no siente ni el menor deseo de intentar colaborar para ayudar a otras con los mismos problemas que ella. A esa conclusión llegué yo en el colectivo. Benjamin, con los famosos 152 clientes que había tenido cuando escribió su libro, había llegado a una muy parecida:

Many transsexuals are utterly self-centered, concerned with their own problems only and unable to consider those of anyone else (Benjamin, 1966, p. 50). (Muchas transexuales están completamente centradas en ellas mismas, preocupadas únicamente con sus propios problemas e incapaces de considerar los de nadie más.)

¿Por qué, entonces, algunas seguimos yendo a los colectivos y ocupándonos de problemas que no nos conciernen únicamente a nosotras? Se nos pueden atribuir muchas motivaciones, desde el amor al prójimo hasta la necesidad de sentirnos importantes o, simplemente,

útiles. Pero lo que cuenta no es la motivación, sino el hecho de que vamos y de que intentamos hacer cosas por el conjunto de la comunidad genérica.

Los problemas asociados con la militancia son ampliamente conocidos.

Cuando el objetivo político último es suprimir la diferencia provocada por el estigma, el individuo puede descubrir que esos mismos esfuerzos son capaces de politizar su propia vida, volviéndola aún más diferente de la vida normal que se le negó inicialmente, aun cuando las generaciones posteriores de compañeros saquen buen provecho de esos esfuerzos al obtener mayor aceptación (Goffman, 1963, pp. 135-136).

El propio Goffman define el estigma como «la situación del individuo inhabilitado para una plena aceptación social (*ibid.*, p. 7)». En este estudio, evidentemente, la situación de la transexual. Aunque, por otra parte, cabe preguntarse si, dado el sistema de valores que proclama nuestra cultura, hay algún individuo habilitado para una plena aceptación social. Si se conocieran todos los pensamientos ocultos, todos los sueños, todas las fantasías y, especialmente, todos los comportamientos furtivos, la sociedad, si respetara los principios en los que dice creer, sería un gran recinto vacío rodeado de gente que aspira a entrar en él pero no puede. ¿O es que hay alguien habilitado para una plena aceptación social?

Desde mi punto de vista, las transexuales tenemos delante de nosotras dos modelos, cuyas representantes más conocidas son Christine Jorgensen y Coccinelle. El primero es asexual, aséptico:

In 1952 Jorgensen's doctors did not recommend the construcción of a vagina. Following Jorgensen's lead, they found «the sexual requirements ... subordinate to the transvestic impulses». Jorgensen's stated desire was to live as and look like a woman, not to have sexual intercourse (Meyerowitz, 2002, p. 61).

(En 1952 los doctores de Jorgensen no recomendaron la construcción de una vagina. Siguiendo las indicaciones de Jorgensen, encontraron «las exigencias sexuales ... subordinadas a los impulsos travésticos». El deseo expresado por Jorgensen era vivir como y parecer una mujer, no tener relaciones sexuales.)

En las actividades que tuvo después de su famosa operación (libros, conferencias sobre transexualidad, teatro, e incluso en sus *shows* de cabaret, donde no hacía *strip tease*) Jorgensen aparece completamente desvinculada del sexo. El morbo que suscitaba (porque sin duda lo suscitaba, no de otra forma se explica su gran atracción mediática) era completamente ajeno a sus intenciones y a las imágenes de ella que permitía difundir.

El modelo de Coccinelle es el de la explotación y objetivización del cuerpo para sobrevivir y medrar, lo que no implica necesariamente prostitución, pero con frecuencia sí, ni lograr orgasmos. La misma Coccinelle, en la primera de sus dos autobiografías, la única que he leído, declaraba que los lograba, pero es bastante dudoso, pues se operó en 1958 con el doctor Burou, en Casablanca, y entonces no se hacían clítoris, que es donde reside la sensibilidad sexual. Algunas hablan, es cierto, de sus orgasmos vaginales, pero deben ser orgasmos psicológicos pues no veo viables los físicos.

El mundo trans anglosajón sigue, *grosso modo*, el modelo de Christine. En las numerosas autobiografías de transexuales norteamericanas e inglesas no se suele encontrar la palabra «prostitución». El mundo latino sigue el de Coccinelle. El libro de Princesa, una de las pocas autobiografías de trans publicadas en un país latino, describe el mundo de la prostitución trans en Sudamérica y en Europa. En la de Coccinelle que he leído no recuerdo que se mencionara la palabra, y con el hecho no se vincula su imagen, que, en cambio, rezuma erotismo. Numerosas revistas norteamericanas, de las que en mi infancia y adolescencia vi muchas, tenían fotografías de ella y de su compañera en el Carroussel de París, Bambi, claramente eróticas.

La situación creo que se resume en mi experiencia personal. En mis tres viajes a Nueva York busqué trans y sólo vi una anglosajona, y no volví a ver otra hasta 2004 en Tailandia, mientras que en ellos tuve muchas relaciones sexuales con prostitutas trans venidas de Latinoamérica. Las transexuales norteamericanas e inglesas más conocidas (Borstein, Stone, MacKenzie, Morris) son universitarias. De las que en España se hicieron famosas en la transición, no todas ellas españolas, no me cabe duda de que al menos varias ejercían la prostitución. Lo sé porque compartí amigas con ellas y yo misma he sido, y soy, amiga de alguna.

Considero altamente probable que esta diferencia en el modelo escogido (que, naturalmente, tiene numerosas excepciones) tenga su origen en la situación socioeconómica y cultural de los países latinos y anglosajones, con pobreza generalizada en la mayoría de los primeros y bienestar relativo en los segundos, lo que explico en el capítulo 13 de este libro.

10. El Arco

Algunos se sorprenderán al saber que las antiguas sociedades comunales tuvieron mucho respeto por los transgéneros. Por medio de una campaña sangrienta, las nuevas clases dominantes declararon, a algo que antes se consideraba natural, ser lo opuesto. Este prejuicio, impuesto sobre la sociedad por las clases dominantes, perdura hoy.

LESLIE FEINBERG, *Liberación Transgénica*, sin fecha, p. 2

Trabajo me costó llegar a vivir en el Barrio Chino. Supongo que muchas de las que habitan en él sueñan con irse a Pedralbes. A mí me había ocurrido lo contrario. También otras tendrán frecuentemente la fantasía de ser personajes poderosos. Mi fantasía más persistente era ser una puta callejera. Lo mío es llevar la contraria, dice Noemí, que ha tenido que soportarlo en muchas de nuestras conversaciones. Pero lo hago sin proponérmelo, espontáneamente.

Llegué a Barcelona en 1968 para vivir con mi familia —mi madre, mi hermana y mi sobrina—, que ya estaba instalada aquí, en la parte alta de la ciudad, todavía a medio construir. Era muy bonito aquello. Y muy aburrido. Todos los días bajaba a las Ramblas, a comprar *Le Monde*, que llevaba muchos años leyendo cotidianamente. La prensa española me parecía ilegible bajo el franquismo. A veces llevaba una cámara fotográfica y me dedicaba a hacer fotos de los barrios bajos, de la miseria. Lo sórdido me fascinaba hasta que, muchos años después, se convirtió en mi habitat (ahora simplemente lo encuentro natural). También buscaba, sin encontrarlas, transexuales. Las había en salas de espectáculos nocturnos, pero no era eso lo que me interesaba. En París, siendo estudiante, había vivido cerca de un grupo de ellas. Normalmente, no formaba parte del grupo, aunque con frecuen-

cia sí. Durante la semana, era un alumno formal y aplicado, y los fines de semana, una loca desmadrada. Mi *anima* y mi *animus* iban cada uno por su cuenta. Las trans se burlaban de mi doble personalidad y a veces se enfadaban conmigo y me insultaban a causa de ella. Yo les explicaba que, si no estudiaba, mi familia no me enviaría el dinero que necesitaba para sobrevivir, lo que era falso porque vivía de gastarme la herencia de mi padre. Quizás algunas veces me hice clientes (eso, al menos, me contaron, pero siempre me quedó la duda), supongo que sin cobrar. ¡Llevaba unas borracheras! Me inyectaba hormonas femeninas (compradas en farmacia y sin receta) desde los diecinueve años, como he contado en el capítulo 3, y pronto tuve unos pechos que me hacían sufrir cuando me interesaba ocultarlos.

Pero en Barcelona sólo tenía dos recursos: escaparme, cuando podía, a París, lamentando haberme ido de allí, y hundirme lentamente (o, quizá, rápidamente: es difícil saberlo a estas alturas) en el alcoholismo. Incluso casi dejé de ir a las Ramblas y de fotografiar la miseria, a lo que contribuyó el haber descubierto que cerca de casa podía conseguir *Le Monde* y que, también muy cerca, había un bar grande y barato, lleno de chicas jóvenes, muchas de ellas hermosas. Igualmente había chicos, claro, pero no eran desagradables. Se trataba del bar de la Facultad de Derecho, del que se decía que era un bar con una facultad al lado (Noemí me comenta que lo mismo se decía de otros bares y de otras facultades, pero yo sólo frecuenté éste). Así, a fuerza de pasar muchas horas en el bar de su facultad y escuchar fragmentos de conversaciones acerca de temas de derecho, acabé interesándome por él (que era algo por lo que nunca había sentido curiosidad), matriculándome como alumno y, al cabo de muchos años de bar (y no sólo de bar: también asistí a bastantes clases), haciéndome abogado y ejerciendo como tal.

Veinte años después, tras muchos avatares, me encontré habiendo en el Barrio Chino y ejerciendo la prostitución en el Arco del Triunfo. Lo que hacía mucho tiempo que deseaba, sin atreverme a hacerlo. Jordi Petit escribió, refiriéndose a mí: «... para ella la prostitución fue la única forma posible de vivir la condición de mujer, no había otro camino» (véase la p. 295). Frase que también sería válida para muchas otras.

Las caras siliconadas de las trans son detectables a un kilómetro (luego descubriría que no siempre para todo el mundo, aunque sí para

las trans). Por ello me pareció que para ser trans debía siliconarme la cara (ya me había puesto muchas hormonas y tenía unos pechos bastante aceptables). Recurrí para ello a la gran siliconadora trans, Mari Luz, a quien conocía desde hacía tiempo y con quien había conversado bastante. Entonces trabajaba mucho. De todas partes de España venían trans a que les pusiera silicona. Contrariamente a lo que malas lenguas decían de ella, no ponía silicona industrial sino silicona quirúrgica, la misma que utilizan los cirujanos. Esto es algo que sé muy bien porque muchas veces la acompañé a comprarla. Tenía una receta médica y con ella le servían la cantidad que quisiera. Litros, que yo a veces le ayudaba a llevar, pues con frecuencia las trans no se limitaban a siliconarse la cara, sino que lo hacían en muchos otros sitios del cuerpo, principalmente las caderas, los pechos y las piernas. Las primeras no las dejaba del tamaño exagerado de las *bundas* brasileñas, pero sí, si le lo pedían, de una dimensión considerable. La silicona casi siempre la ha puesto en la cocina del piso en que vivía, rodeada de sus perritos, lo que representaba un progreso con respecto a la habitación de pensión en la que antes vivía y ponía silicona, que fue donde me la puso a mí. Era, eso sí, muy meticulosa en hervir las grandes agujas y jeringas de veterinario que usaba, y nunca provocó una infección. Me atrevo a afirmarlo con rotundidad pues, si la hubiera provocado, todo el mundo trans se habría enterado, ya que muchas le tenían envidia por la considerable cantidad de dinero que ganaba sin tener ningún conocimiento especial, con una técnica sencilla que parecía que cualquiera podía dominar, gracias simplemente a la receta que le daba acceso a la silicona. Lo que sí les ocurrió a algunas fue que se les bajó la silicona (a mí misma se me bajó parte de la que me puso en una de las cejas, lo que le da al párpado una forma rara, pero que no se nota casi). Y, recientemente, una trans que ronda los cuarenta y a la que cuando tenía veinte le modeló un cuerpo absolutamente escultural, sufrió una embolía, que podría tener alguna relación con la gran cantidad de silicona que tiene distribuida por todas partes y que ya no da a su cuerpo la exuberancia que una vez tuvo. Y a muchas de las que les puso grandes cantidades de silicona en el cuerpo (en la cara se pone mucha menos) se les han presentado serios problemas de salud.

Normalmente, Mari Luz trabajaba de forma relativamente fina. A la Rubia, por ejemplo, le puso silicona en los labios y apenas se

le nota. Pero el día que me la puso a mí estaba particularmente alegre, o le apetecía hacer experimentos estéticos. El caso es que los labios, que tenía bastante finos, me los dejó supergruesos. Y, para empeorar las cosas, esa noche de pronto me entró miedo de que la gran cantidad de silicona que me había puesto en las mejillas llegara a los ojos y me dejara ciega. Para evitarlo, presioné con las palmas de las manos la parte de las mejillas donde estaba la silicona, haciéndola bajar.

Diana fofao ha perdido la cara, ha perdido todo. La oculta al sol y a la vista de los clientes. Sus ojos: dos canicas brillantes hundidas, desaparecidas dentro de una devastación de silicona. Su boca: un corte rojo-asco sobre un balón de goma espuma. Diana fofao se había redondeado la cara y no le quedaba nada. Deforme, repelente. Un error. Los Josés ahora se alejan de ella. Ella espera a los viejos y borrachos ofreciéndose de espaldas. Pero la silicona la ha traicionado. Su cara se ha derrumbado, deformado. Plástico derretido. Él baja la ventanilla, ella entra enseñando los hombros y las nalgas. Él se da cuenta y grita aterrorizado: ¡Vete, monstruo destrepador! Ella le planta una tijera en la garganta: Cabrón, paga igual. La materia ha entrado en el ojo. Diana fofao está acabada, forma estropeada. Si se quita la silicona se queda ciega: ya no verá el mundo que la mira. Sin operación sólo le queda un mundo al que da asco. Es mercancía estropeada. Lava los retretes y hace la limpieza en una pensión. Cara sin luz, entró en una iglesia y se anudó una cuerda al cuello, flor de plástico marchita (Farias de Albuquerque y Janelli, 1994, pp. 69 y 70).

El resultado fue que a la mañana siguiente, en lugar de unas bellas mejillas, tenía unos grandes mofletes, lo que, unido a los gruesos labios, desmejoró mucho, desde el punto de vista estético, mi cara y me dio un aspecto de travestón que se notaba de lejos. Sin embargo, con el tiempo me he dado cuenta de que mucha gente, que de trans no sabe absolutamente nada, piensa simplemente que tengo una cara fea, lo que me ha permitido, cuando las necesidades de supervivencia me han obligado a ello, pasar por un tío «normal», lo que hubiera sido imposible si mi cara hubiera quedado como yo había planeado. Aunque, por otra parte, con una cara bonita probablemente habría ganado mucho más dinero, no habría tenido que dejar la prostitución y continuaría en ella. Del desprecio que la sociedad «normal» ostenta hacia

ella no diré que no me afecta nada, lo que sería una fanfarronada por mi parte, pero, sinceramente, creo que no me afecta mucho, porque es de una monumental hipocresía: no es precisamente desprecio lo que exhiben los rostros ávidos de placer de los respetables padres de familia que gastan una parte considerable de su dinero y de su tiempo paseando por las noches de un sitio a otro, examinando prostitutas (sean trans o genéticas), para terminar yendo con una de ellas. Todas mis amistades o se dedican a la prostitución o, si no lo hacen, son trans no camufladas, que no se hacen pasar por mujeres de nacimiento, motivo por el que su aceptación por la sociedad, cuando la hay, tiene sus límites. Lo que Goffman llama «el ajuste»: «Te aceptamos, pero sólo hasta cierto punto» (Goffman, 1963, p. 103).

Pero entonces no sabía (y tardé mucho en descubrirlo) que su falta de belleza «neutralizaba» mi cara a los ojos de los no iniciados, y pensaba que estaba estigmatizada, en el sentido que le daban los griegos, que «crearon el término *stigma* para referirse a signos corporales con los cuales se intentaba exhibir algo malo» (Goffman, 1963, p. 11). Y ese «algo malo», que, como hemos visto, inhabilita para una plena aceptación social (véase la p. 176) era mi transexualidad, convencida de que mi cara equivalía a llevar una gran etiqueta en la frente que dijese «Soy transexual». Ahora, pensaba, no tenía alternativa a asumir efectiva y totalmente mi transexualidad. De todas formas, ya estaba bastante integrada en el ambiente transexual y no tenía motivos para guardar apariencias de «normalidad» y vivir una doble vida. Mis padres habían muerto, con el resto de mi familia no me trataba, tenía relaciones cordiales con bastante gente pero amistad sólo con transexuales. La noche siguiente, me cambié de ropa y me maquillé en el piso de Mari Luz, que me llevó a un sitio oscuro y lleno de trans. Era el Mercado del Pescado, que al principio me pareció un lugar lúgubre. Mari Luz me indicó dónde ponerme, lo que debía cobrar y adónde debía llevar a los clientes. Me sentía insignificante y desdichada. Afortunadamente, a mi lado se ponía una cordobesa habladora y alegre (que, curiosamente, se hacía llamar por su nombre de chico) cuya cercanía me ayudó a pasar el mal trago.

Como cliente de trans (lo que había sido muchas veces: cuando una trans me atraía, lo que ocurría con frecuencia, era la forma más rápida, sencilla y segura, además de quizá la única, de estar con ella,

por lo que es probable que la prostitución transexual me haya, en definitiva, costado más dinero del que me ha aportado) yo había sido de lo más inocente. Nunca pedía nada raro, por lo que nunca me fue negado nada y me hice a la idea de que el trabajo de la trans consistía en hacer todo lo que el cliente le pidiera. Cuando, al cabo de un tiempo, le conté a Mari Luz todo lo que había hecho con clientes con los que había ido (los muy listos inmediatamente se habían dado cuenta de que, a pesar de mis años, era o una novata o una tonta), se enfadó. Me soltó todos los insultos de su amplio repertorio. No se podía hacer todo lo que el cliente pidiera. Había que trazar unos límites que en ningún momento podían ser traspasados. Por ejemplo, establecer un máximo de tiempo, no desnudarte completamente si no te pagaban más, no dejarte besar en la boca, etc.

Un día, Mari Luz decidió ponerse grandes tetas y me pidió que la ayudara. Preparó una buena comilona, como para darme fuerzas, y cargo de silicona sus jeringas. Se clavó una aguja al lado de un pezón, le conectó la jeringa y me pidió que empujara. Lo hice con todas mis fuerzas, pero la silicona era tan densa que llegó a parecerme sólida, y no salía. Al final ella misma tuvo que inyectarse. Entonces comprendí que, a pesar de ser pequeña, tenía una gran fuerza. Por eso nadie se había metido conmigo ni en el Pescado ni en el Arco, en ninguno de los cuales se solía admitir fácilmente nuevas, porque se me consideraba su protegida. Y, de hecho, lo era.

Aunque cada vez me veía menos con Mari Luz, que casi dejó de ir al Pescado sin dar ninguna explicación (supongo que con lo que ganaba con la silicona ya tenía más que suficiente), se me siguió considerando (y yo me continué sintiendo) su protegida, lo que creo que me evitó problemas.

Un día, Mari Luz me dijo, lo que me sorprendió mucho, que ella y yo habíamos hecho el amor varias veces y que aunque se notaba que había bebido, no pensaba que hasta el punto de no recordar después nada. Con frecuencia, los sábados y los domingos sólo recordaba el principio de lo que había hecho la noche anterior. Me pregunto qué locuras habré hecho, con quién habré hecho el amor (o con quién no lo habré hecho).

Mi nueva vida transcurría entre putas y transexuales, muchas de ellas yonquis. A pesar de los celos y de las envidias, de la costumbre de hablar mal las unas de las otras, de que ganaba poco dinero (había

empezado la prostitución a una edad, cuarenta y cinco, más apropiada para retirarse), pero suficiente para vivir, mi vida habría sido agradable si no hubiese sido por el acoso policial, unas veces directo y otras a través de los vecinos, a los que el respaldo de policías urbanos y nacionales daba una audacia que no habrían tenido sin él. Hay que decir que esta guerra, que duró muchos años, la inició una de las nuestras, una yonqui pequeñita a quien sus «monos» volvían ciega a todo lo que no fuese la necesidad de curarse de ellos. Empezó a ir a la zona del Pescado (que era adonde todas íbamos a primera hora, para subir más tarde al Arco) antes de las cinco de la tarde, y no encontró mejor sitio para ocuparse que frente a la salida de un colegio, de forma que, cuando los niños salían de clase, se encontraban con el espectáculo. Los vecinos, que hasta entonces habían permanecido tranquilos, se alborotaron y organizaron manifestaciones en contra de nosotras; los policías urbanos desviaban los vehículos para que no les estorbaran. Los mayores se limitaban a portar pancartas y exhibir actitudes amenazadoras, pero los chavales nos arrojaban piedras.

Al lado había un depósito de coches vigilado por policías nacionales desde una cabina. Fuimos a pedirles ayuda y protección, lo que pensábamos que era su deber darnos (era el año noventa y nos parecía que ellos, más que nadie, debían estar impregnados de los artículos de la Constitución según los cuales todas las personas tienen derecho a la integridad física y a la seguridad), y nos contestaron que lo sentían pero no podían dejarnos entrar. Así que tuvimos que quedarnos en la calle, aguantando la lluvia de piedras. Afortunadamente no hubo ninguna contusión grave, lo que atribuyo a que los niños también nos tenían miedo, quizá más que nosotras a ellos, por lo que no se atrevían a acercársenos y las piedras que nos llegaban eran pequeñas y arrojadas con poca puntería. El miedo de los niños pienso que se debía menos al hecho de que algunas de nosotras eran grandes y fuertes que a la mala imagen que debían tener de nosotras. Después de todo, éramos «el mal», «el hampa», «la delincuencia», «la perversión». Y la violencia. Debían haber oído la historia de que las trans habían —yo no estaba— echado a la fuerza a las prostitutas y sus macarras de la parte alta de la Rambla de Cataluña.

Pronto se cansaron los vecinos de sus falsas exhibiciones de fuerza (que probablemente intentaban impresionar más a los políticos y a la prensa que a nosotras, y que sólo les servían para perderse pro-

gramas de televisión) y dejaron sus desfiles. Entonces decidieron los policías urbanos hacerse cargo directamente de la situación. Al lado de cada una se colocaba un coche patrulla, y la seguía adondequiera que fuese, lo que evidentemente le impedía trabajar pues ningún coche podía parar cerca de ella. Pero nosotras contábamos con el arma que siempre nos ha permitido ganar esas guerras contra el acoso de los policías: los horarios. Si las madrugadoras llegábamos a las seis en invierno y a las diez en verano y veíamos que los coches patrullas nos esperaban, pues desaparecíamos y no volvíamos hasta las tres o las cuatro de la mañana, cuando los policías urbanos se habían ido, por aburrimiento o porque había terminado su turno de servicio, lo que para ellos, como funcionarios que son, es sagrado.

En medio de las persecuciones, de las subidas y bajadas, descubrí a Consuelo, antes con el oído que con la vista. Tenía una voz tan diáfana que me recordaba a los niños bien dotados vocalmente que cantaban en los coros de las iglesias. Llevaba el pelo corto teñido de rubio, pero su tez era tan blanca que el color de su cabellera parecía natural. Tenía treinta y cinco años pero aparentaba muchos menos. Compensaba su corta estatura con grandes tacones. Su especialidad era timar a los clientes, y luego disfrutaba contándolo. Recientemente se había ocupado en un mueblé con tres compañeras y cuatro clientes, y se las había arreglado para que cada uno de los cuatro pagara la totalidad. A las compañeras les había dado lo que les habría correspondido si hubiera pagado uno solo y se había quedado con el resto. Y casi todas las noches le decía a algún cliente que le pagara más y que cuando terminara se iría con él y pasarían el resto de la noche juntos. Al último cliente que hacía le pedía que no la dejara en el Arco, cogía un taxi y se iba a casa, mientras el que pensaba que pasaría el resto de la noche con ella se quedaba esperando hasta el amanecer. Esos eran timos pequeños, pero también los hacía grandes. A un cliente le contó que esperaba un hijo de él y que tenía que abortar. Con la complicidad de una compañera entró en un edificio y un rato después salió con manchas de yodo, que presentó al presunto padre de la criatura como sangre del supuesto aborto. En total, entre una cosa y otra, al presunto padre le sacó algo así como un millón de pesetas de 1989, aproximadamente la misma cantidad que obtuvo de un conductor de grúa al que le aseguró que su mayor deseo era vivir con él. Con varios se comprometió a casarse y fue presentada a sus res-

pectivas familias. Las inocentes criaturas (pues eran muy jóvenes, al menos los que yo conocí) estaban locas de entusiasmo con la idea de la boda. Ni me atrevo a pensar en las cantidades que les sacaría. Todo ese dinero iba a parar a sus venas y a las de su marido, porque tenía un marido que sabía ser discreto y al que ante terceros hacía pasar por su hermano. Lo curioso era la facilidad y la naturalidad con que convertía a las demás en cómplices de sus timos. A mí me utilizó varias veces, ante clientes a los que quería timar, como testigo de que las mentiras que les decía eran ciertas (no decía nada, pero mi presencia silenciosa parecía avalar las historias que les contaba). Y no sólo a mí, naturalmente.

Un día me dijo que su marido tenía que ingresar próximamente para cumplir una pena de prisión que tenía pendiente y quería que, mientras él estuviera en la cárcel, yo fuera a vivir con ella, con lo que su marido estaba de acuerdo. Pero, claro, el sitio en el que vivían por entonces no era apropiado y teníamos que buscar algo mejor. Contándome historias durante semanas, acabó sacándome más de cien mil pesetas. Y más me habría sacado si varias compañeras (una de ellas trans) no me hubiesen hecho caer en cuenta de que, sencillamente, me estaba robando. Hablando con ella, traté de recuperar al menos una parte, pero sólo conseguí más mentiras y nuevos intentos de sacarme más dinero. Como tampoco podía cobrarle a las malas, tuve que tragarme mi rabia y fingir que no daba mayor importancia al asunto.

Sin embargo, el asunto tuvo su consecuencia positiva (o quizá negativa, no lo sé). Como durante algún tiempo siempre había estado al lado de ella, quien, por su parte, fingía que ello le agradaba, me acostumbré a ponerme en los lugares en los que se ponían las mujeres, con varias de las cuales trabé amistad, de forma que cuando el timo fue evidente no volví al lado de las trans. Muchas veces me preguntaron por qué me ponía con las mujeres cuando si me hubiera puesto con las trans seguramente hubiera trabajado más, e intenté encontrar respuestas. Ya he dicho las tres que aducía. También decía que las mujeres eran menos exhibicionistas e imitarlas me iba muy bien pues era muy friolera. Hasta en verano llevaba medias, y en invierno, dos pares. A pesar de que al Pescado íbamos temprano, pasé mucho frío durante la época en que, imitando a otras trans, solamente llevaba un abrigo de pieles y, debajo de él, unas bragas o nada.

Normalmente manteníamos el abrigo cerrado con las manos en los bolsillos, y, en cuanto pasaba un coche, lo abríamos.

Además, lo que callaba, las trans tienen generalmente como principal, y casi único, tema de conversación su continua búsqueda de la feminidad, lo que convertía a cada una de ellas, a sus propios ojos, en el centro del universo. Las mujeres, en cambio, tenían más temas de conversación: sus hijos, sus problemas familiares, su mundo.

El segundo de los motivos que argumentaba era que me había hecho íntima amiga de una pelirroja muy agradable con la cual pasaba buenos ratos. Tenía cinco hijos y dos nietas, una de las cuales, de cinco años, era absolutamente maravillosa. Inteligente, bonita, graciosa, original, cariñosa.

Me acostumbré a ir con frecuencia a casa de mi amiga pelirroja (porque ella me invitaba, claro). Comía con ellos, veíamos televisión, íbamos al cine o a pasear, jugaba con la niña (¡que me daba cada paliza en los videojuegos!), sacaba a pasear a la perra (Reina, una coccker grande). Volví, en cierta forma, a tener un hogar, pues el mío se había terminado, primero por mi pelea con mi hermana y mi sobrina, y luego con la muerte de mi madre.

También había en el Arco una rubia de gafas, de aspecto intelectual e inocente. De vez en cuando conversaba con ella, al igual que lo hacía con todas. Así, una noche descubrí que tenía inquietudes religiosas. Y nos acostumbramos a hablar de temas religiosos mientras dábamos vueltas alrededor del Arco. Los fuimos mezclando con otros temas y la relación se fue haciendo más estrecha. Llegamos a formar un trío, la Rubia, la pelirroja y yo. Nos poníamos juntas e incluso hacíamos programas con las nietas de la pelirroja y el hijo, de diez años, de la Rubia, con el cual yo tenía una relación muy cordial.

Ellas trabajaban mucho y yo poco. Para pasar el tiempo y porque estaba entusiasmada con un reloj de pulsera que compré, que tenía despertador y cronómetro, durante unas noches me dediqué a cronometrar el tiempo que tardaba cada una con sus clientes. La pelirroja era siempre mucho más rápida. Era lógico y se veía a simple vista, sin necesidad de cronometrar. La pelirroja era todo nervio y la Rubia toda placidez. Más tarde me enteré de que se comentaba que yo era la macarra de ambas y que por eso les controlaba el tiempo que pasaban con los clientes. También se había rumoreado en su momento que yo era un abogado que se había hecho transexual y lo había dejado todo

para estar cerca de Consuelo. Todos los elementos eran ciertos, pero no la relación entre ellos. Por una parte, sí que estuve una temporada poniéndome siempre al lado de Consuelo. Por otra parte, el ejercicio del derecho lo había dejado hacía ya mucho tiempo. Y no por Consuelo, sino por mi madre que, invadida por un cáncer, había tenido el capricho, después de veinte años de ausencia, de ir a morir a Bogotá. Como sus facultades mentales estaban mermadas por la enfermedad, no podía permitir que fuera sola. Lo dejé todo, en un momento en que la situación se presentaba esperanzadora, y me fui con ella.

Entre la enfermedad de mi madre y los trámites de la sucesión, tuve que quedarme dos años y medio en Bogotá. Como tenía buenas relaciones, ocupé cargos de cierta importancia, que en España siempre han estado completamente fuera de mi alcance. Y la ciudad sin trans, en la cual yo me había criado y en la cual había pasado noches enteras paseando por sus enormes barrios bajos, buscando *una* trans, una cualquiera, sin encontrarla, se había convertido en una ciudad llena de trans, de muchas de las cuales fui cliente. No eran muy observadoras (no se es observador normalmente con los clientes: lo único que se desea es terminar rápido) pero algunas se daban cuenta de que tenía pechos y un cuerpo feminoide. Les contaba que se debía a que había ejercido la prostitución en Barcelona, lo cual terminaría siendo verdad. Y no es la única vez que me ha ocurrido. Quizás haya algo en mi inconsciente que me empuja a intentar convertir en realidad las mentiras que me invento. O mis mentiras son deseos que intento convertir en realidad, lo que alguna vez logro.

De las muchas que frecuenté, hubo una a la cual fui fiel bastante tiempo. El suficiente para que se me llegara a considerar su marido, que era como ella me llamaba, lo que no me gustaba, pero dejaba que lo dijera porque pensaba que probablemente era su manera de demostrarme cierto aprecio. ¡Lo decía con una voz tan suave! Decía que tenía dieciocho años, pero yo sospechaba que no llegaba a ellos. Sabía bien que si era menor podía meterme en problemas por estar con ella. Lo que me preocupaba eran menos las posibles consecuencias penales que el hecho de que mis relaciones sociales (todas, hasta donde yo sabía, muy *comme il faut*) se enteraran de que iba con travestis. Y es que, de repente, yo, acostumbrada a vivir al margen de la sociedad, incluso mucho antes de ser una marginada, me encontraba convertida en lo que se llama «un buen partido». No un gran partido,

pero si un partido aceptable e incluso apetecible para muchas. Tenía un pequeño capital (la herencia de mi madre), había estudiado en un colegio que pasaba por ser de ricos (en realidad no todos lo eran, pero ello no afectaba a su fama), tenía buenas relaciones y, por tanto, magníficas perspectivas de futuro. Incluso el haber vivido veinte años en Europa y haber hecho estudios allí (cine, letras y derecho) daba lustre a mi imagen. Me presentaron chicas bonitas y agradables que sentía que se interesaban por mí y que estaban al alcance de mi mano. Casarme, prosperar, tener hijos, una bonita mujer y un lujoso piso, sin por ello dejar mis juergas nocturnas con trans (los pretextos de trabajo nunca faltan) era una posibilidad real. Era consciente de ella, pero nunca la consideré seriamente. No quería convertirme en un hipócrita, respetable y libertino, como muchos de los que luego serían clientes míos. En todo caso, entre ello y ser una puta (todavía no lo había sido, pero ya pensaba en ello) prefería ser una puta. Soy una persona demasiado distraída para poder llevar una doble vida. Incluso para mentir de forma consistente. Por ello no digo mentiras importantes, porque sé que acabaré poniéndome en evidencia.

La joven trans que frecuentaba asiduamente carecía casi completamente de características masculinas, pero no por ser una «verdadera transexual», sino por motivos raciales: era una indiecita, con el pelo negro liso y muy largo, el rostro completamente imberbe, la voz suave y ausencia total de nuez y de pelos en el cuerpo. Sus caderas no eran anchas, pero era cariñosa y dulce. Yo usaba gomas, y ella, no. No me atrevía a pedirle que se pusiera una por miedo de que se molestara y se cohibiera.

Pero en ese momento (en que, por un motivo del que a continuación hablo, tenía un impulso sexual muy fuerte) había en Bogotá unas trans tan espléndidas, y con dinero por medio todo es tan fácil, que no resistí la tentación de serle infiel. Hay que decir que en esa época, estando bastante integrado en la sociedad, a pesar de mis escapadas nocturnas, deseaba que desaparecieran mis teticas («ya que el hecho de ser considerado normal trae grandes gratificaciones, casi todas las personas que tienen algo que encubrir intentarán hacerlo en alguna ocasión» [Goffman, 1963, p. 93].) Para ello, me inyecté testosterona, con lo cual se me cayó bastante pelo y mi apetito sexual creció desmesuradamente, pero no logré que me desaparecieran las teticas. Un médico me dijo que la única forma en que lo conseguiría

era con una mastectomía, que me creaba más problemas de los que resolvía. ¿Cómo explicarlo a mis relaciones? Mejor seguir con las vendas y las vestimentas anchas.

Fui infiel a la indiecita, con un poco de mala conciencia. ¡Era una criatura tan inocente! Iba en horas y a sitios donde, conociendo sus costumbres, sabía que no la encontraría. Un día su prima Janet (que tenía unos pechos enormes, que no sé como conseguiría pues no tenía silicona) me vio de lejos y me hizo señas para que me acercara. Cuando lo hice, me contó que la indiecita había muerto. Un resfriado rápidamente convertido en neumonía, ingreso en el hospital y fallecimiento casi inmediato. Pensé que no podía tratarse más que de sida. Y si ella lo había tenido, me parecía inevitable que me lo hubiese contagiado. Durante años tuve el convencimiento de tener anticuerpos.

Cuando, a finales del 85, solucionados mis problemas sucesorios, me disponía a regresar a España, empezaron a asesinar trans a tiros en Bogotá, de a cinco en cinco, como narro en la página 65 de este libro.

Una noche, en el Arco, le conté a la Rubia mi convencimiento de que tenía anticuerpos. Mis relaciones con ella iban por tan buen camino que me sentí en el deber de decírselo. A la mañana siguiente me llevó a que me sacaran sangre para analizarla (conocía muy bien el sistema sanitario, por buenos motivos) y varios días después me acompañó a buscar los resultados: no tenía anticuerpos. La noticia me alegró, pero también me desconcertó. ¡Durante tanto tiempo había tenido la absoluta seguridad de que los tenía! Desde entonces, como he pasado por muchas de las llamadas «situaciones de alto riesgo» (un preservativo que se rompe, un cliente que se lo quita sin que te des cuenta, unas gotas de semen que te caen sobre la piel, que no sabes si los virus podrán atravesar) me he hecho hacer muchos análisis y sigo sin tener anticuerpos, lo cual, por otra parte, hoy en día no es algo tan terrible como lo era entonces.

A veces se formaba en el Arco un grupito de mujeres, entre las que estaban la Rubia y la pelirroja, al que me unía, que se dedicaban a charlar y a inventar chistes, burlándose de todo. La principal animadora era Eli, una alcohólica muy graciosa, que tenía el defecto de que pronto empezaba a repetirse, y a repetirse, y a repetirse, hasta que el grupo se disolvía y cada cual iba a su sitio (normalmente se hacen más clientes sola que en grupo). Una noche hablamos de edades, de las ventajas e inconvenientes de cada una, y todas dijimos las nues-

tras. La Rubia estaba a punto de cumplir los cuarenta (había nacido en 1950, seis años después que yo y tres después que la pelirroja). «¿Y la cosa sentimental, cómo la llevas?», le preguntó Eli. Ella alzó los hombros, quitándole importancia al asunto. «En mi país dicen —comentó con su acento extranjero— que los grandes amores vienen después de los cuarenta».

El caso es que poco después tuve un romance apasionado, loco, con ella. Nos abrazábamos y nos dábamos largos besos en cualquier rincón o en plena calle. Decidimos casarnos. Las dos estábamos en contra del matrimonio, pero supongo que las películas habían marcado nuestra sensibilidad cursi (durante mucho tiempo fui sola al cine porque lloraba mucho y me daba vergüenza que me vieran) más que por cualquier razonamiento libertario. Además, y probablemente esto fue lo que realmente nos decidió, había un motivo práctico: yo tenía la nacionalidad española desde hacía casi veinte años (me la dieron muy fácilmente: en aquel entonces éramos pocos los que la pedíamos), mientras que ella tenía unas dificultades enormes para renovar cada dos años su permiso de residencia. Y nadie sospechaba que su país, Finlandia, acabaría entrando en la Unión Europea, como efectivamente hizo. Pero no fue simplemente un matrimonio de conveniencia. Nos amábamos locamente, a lo cual contribuía probablemente el que, al provenir las dos de familias tradicionalistas para las cuales el matrimonio es lo más importante de la vida, el saber que nos íbamos a casar nos excitaba.

Me fui a vivir con ella y entonces empezaron los problemas con su hijo, que, mientras había pensado que entre su madre y yo sólo había amistad, se había llevado muy bien conmigo, pero cuando vio que se trataba de otra cosa, dejó de hablarnos. Se comunicaba con nosotras mediante notas, amenazaba con largarse y un día intentó tirarse por la ventana y tuve que agarrarlo por la cintura para impedirselo. Vivíamos en un continuo psicodrama. Supongo que a muy pocos niños les gustaría encontrarse con un travesti de padrastro.

Yo sabía bien que ella era drogadicta desde los diecisiete años, pero lo llevaba aparentemente tan bien que no pensé que fuese un problema serio. Me equivoqué completamente. Ese fue el gran problema. Por una parte, vendrían sus paranoias, sus enfados, sus celos, sus grandes gritos, sus golpes. Por otra, sus terribles depresiones, que la hundían en el sufrimiento y en el llanto. Pero no siempre sus depresiones

se manifestaban en llanto ni en agresividad. A veces, cuanto más alegre se veía, cuanto más se reía, con una risa que hasta hace poco para mí era la más hermosa del mundo, más sufría interiormente. Tuvimos que ir a un prestigioso psiquiatra de pago (y muy caro, claro) porque en la sanidad pública no podían librarla del sentimiento que ella tenía de que unas llamas interiores la estaban quemando viva, la estaban consumiendo, la estaban haciendo sufrir mucho, con un dolor físico real. Le diagnosticó una depresión endógena (unos años después, el mismo psiquiatra le diagnosticaría trastorno bipolar, o sea maniaco-depresivo, lo que se prestaría al chiste fácil mío de que era nuestra cultura la que tenía un trastorno bipolar, de género). Un día tomamos la decisión de suicidarnos juntas, con una sobredosis, decisión de la que no volvimos a hablar. Yo la he tomado varias veces, las otras sola, pero todavía no la he llevado a cabo («al menos, eso es lo que me parece», o algo así, añadiría el maestro Borges). Ella lo había intentado una vez, con Optalidon. El resultado (aparte de que casi se muere), fue una epilepsia *de petit mal*; para tratarla tenía que tomar todos los días una pastilla, Depakine (un fuerte tranquilizante), a la que llamábamos, por su forma, «platillo volante». Una agresión más, y continua, contra sus ya frágiles nervios. No salía del círculo vicioso más depresión-más droga-más medicamentos. Los síndromes premenstruales la afectaban a veces de forma muy fuerte. Se abrazaba a mí y permanecía un buen rato llorando. Narro todo esto porque, como ya he dicho y contrariamente a lo que parece creerse, el lesbianismo es muy frecuente entre las trans, trátese de lesbianismo trans-trans o trans-mujer. También abundan las parejas trans femenina-trans masculino.

El día de nuestra boda fue uno de los más felices de nuestra vida, para ambas. No hicimos nada especial. Una ceremonia sencilla, con una juez muy maja, comida, las dos solas, en un buen restaurante, y, por la tarde, cine. No recuerdo qué película daban, pero sí que la sala estaba casi vacía. En un momento dado, me puse de rodillas delante de ella y le besé las piernas, en acto de adoración. Y aunque luego tendríamos muchas y a veces largas peleas, el matrimonio creó entre nosotras un sentimiento de unión, de solidaridad frente a terceros, que, aun después de decidir, varias veces, divorciarnos, sin hacerlo, no se extinguió y sigue vivo.

Una vez celebrado el matrimonio, estuvimos de acuerdo en que la tensión nerviosa continua en que nos mantenía el niño no era so-

portable, y que era mejor que yo me fuese a vivir a una pensión. Dicho y hecho. Pero nuestras relaciones continuaban siendo iguales. Nos encontrábamos a mediodía, comíamos juntas en un restaurante, dábamos, cogidas de la mano, un paseo, durante el cual solíamos reírnos mucho. Esas risas compartidas, ese relajamiento, el continuo regreso a la infancia, y también nuestra pasión común por las gatas callejeras (llegamos a adoptar cinco), nos mantuvieron unidas, a pesar de que nuestras peleas a veces duraran años.

Después del paseo, dormíamos una larga siesta (el niño comía en el colegio y luego iba a un casal, de forma que no regresaba hasta la noche, y en verano iba a colonias). A veces, sobre todo al principio, no dormíamos nada a mediodía, pero nos lo pasábamos bien. Después de la siesta, nos separábamos, yo iba a cambiarme y a leer un poco, y por la noche nos volvíamos a encontrar en el Arco, a donde ella llegaba tarde y de donde se iba temprano. Si hubiera pasado allí las horas que pasaba yo (que tampoco eran muchas: cuatro o cinco diariamente y ocho o diez los viernes y los sábados), habría ganado mucho dinero. No creo que éste no le interesara (era más bien avara: nunca, por principio, gastaba ni un duro más que yo, y ganaba varias veces más), sino que sus nervios no resistían más.

Aunque el sentimiento que tenía cada una de que la otra era propiedad exclusiva suya duró mucho tiempo (y aún dura), nuestras relaciones sexuales lo hicieron poco. Unos meses apenas. Yo tenía el sentimiento de que era una mujer que hacía el amor con otra mujer, y prefería las largas, larguísimas, excitaciones al orgasmo. Para ella, en cambio, nuestra relación era heterosexual, lo que, junto con su fragilidad, que me obligaba a hacerme fuerte para poder ayudarla, me des-feminizaba. Después de operarme, las cosas han cambiado entre nosotras para bien. Ahora nos consideramos dos lesbianas que se adoran mutuamente y el hecho de que no tengamos orgasmos, ella por la metadona y yo por la operación, no quita ardor a nuestra pasión. Además, cuando estamos juntas, yo mantengo una erección casi continua, y pienso que es sólo el no tener nada a que echarle mano (mi clítoris es muy pequeño) lo que me impide llegar a la eyaculación. O sea, que para mí las cosas siguen igual, con largas excitaciones y sin orgasmos.

Con el tiempo, las que trabajábamos en el Arco y en el Pescado fuimos perdiendo esa unidad itinerante (que nunca fue total, solo parcial) en virtud de la cual íbamos a primera hora al Pescado y unas ho-

ras después, todas juntas, como borregos, al Arco. Unas empezaron a quedarse toda la noche en el Pescado y otras en el Arco. Yo escogí este último porque era más animado, tenía mejor iluminación y, sobre todo, porque era a donde iba la Rubia, que nunca había ido al Pescado sino que había llegado directamente, más tarde, al Arco.

En las horas punta de los días punta, en el Arco podíamos trabajar unas ochenta personas, cincuenta mujeres y treinta transexuales. Quien más, quien menos, la mayoría teníamos noches en que no nos estrenábamos. Y, muy de vez en cuando, hubo noches en las que misteriosamente, sin que nadie encontrase ninguna posible explicación, prácticamente nadie trabajaba, como si todos los clientes se hubiesen puesto de acuerdo en no ir. En cambio, que se trabajase poco cuando el Barça jugaba y perdía nos parecía perfectamente lógico y natural. Pero, en general, se trabajaba bastante. Recuerdo a una compañera que solía contarme las veces que se había «estrenado» esa noche. Alguna vez quise explicarle que estrenarse sólo se hace una vez, y las siguientes son repeticiones, pero me hacía gracia oírle decir frases como: «Hoy me he estrenado cinco veces».

Muchas fueron las trans que pasaron por el Arco. Centenares. Pero fijas, lo que se dice fijas, a lo largo de los años solo fuimos tres: Isabel, Bárbara y yo. De Isabel ya he contado (pp. 145-146) cómo terminó su relación con el Arco. Bárbara estaba ya ahí cuando yo llegué. Entonces era delgada, tenía el pelo bastante largo teñido de un color marrón claro y cantaba muy bien. Muy joven, todavía no había terminado su desarrollo, que resultó, de un punto de vista trans, bastante negativo. Lentamente fue engordando, recortándose el pelo, que llegó a ser corto como el de un chico y completamente negro, y perdiendo voz y sentido de la música. Sin hormonas ni maquillaje, se convirtió en un homosexual que se vestía de mujer para atraer hombres. Hijo de una prostituta, desde muy niño se ocultaba para observar lo que hacía su madre con sus clientes. Y su *voyeurismo* continuó en el Arco. A veces se metía en el parque que teníamos al lado y en el que nos ocupábamos con los clientes que iban a pie, se ocultaba detrás de los árboles y espiaba a las parejas que hacían el amor. Una chica le armó una vez un escándalo, pues el cliente con el que estaba se había dado cuenta de que alguien los observaba y se había asustado. No por ello perdió Bárbara su costumbre, aunque probablemente se hizo más cauta, pues no la volvieron a sorprender. Su pasión por los

hombres era voraz. Bastaba con que uno que no le pareciera mal la mirara para que, tranquilamente, se fuera detrás de él. Hacía muchos polvos gratis y no se molestaba en ocultarlo. Tenía sida y, antes del descubrimiento de los retrovirales, vivía quejándose de no tenerlo más avanzado, lo que le hubiera dado derecho a una subvención mayor de la que recibía. Durante un tiempo tuvo una relación con su padre, al que le hacía felaciones a cambio de la promesa de dejarle una pequeña herencia, pero la terminó porque dejó de creerle. Abandonó el Arco poco tiempo antes que yo, por un trabajo de portero diurno en un edificio de viviendas. En muchas cosas era muy convencional, probablemente como consecuencia de los años que pasó en un seminario. Cuando se casó la hija mayor de los reyes, por ejemplo, les envió una carta de felicitación.

Durante muchísimos años, una señora muy mayor, Fina, estuvo vendiendo en el Arco bebidas y bocadillos, ayudada por otra mujer de aproximadamente su edad. A su alrededor se formaba un gran grupo, que contrastaba con los pequeños que se creaban en un bar grande, el Jordi, que permanecía abierto hasta muy tarde, lleno de mujeres y de trans hasta las tres de la mañana, cuando todas salían en estampida a colocarse en su sitio, pues era la hora de salida de los bingos. Las calles se llenaban de coches y había gran actividad.

En el grupo que se formaba alrededor de Fina con frecuencia estaba Lulú, jovencísima, muy grande y muy bella, con una belleza salvaje que se reflejaba en su forma un tanto descuidada de vestir y en su desgreñado cabello castaño oscuro, además de que le faltaba un diente delantero superior. Reía mucho y fuerte y, a pesar de su juventud, cuando crecía la tensión dentro del grupo, tenía una forma maternal y bondadosa de hablar, con su vozarrón de colocada continua, que reflejaba su forma de ser, un tanto pasota pero bienintencionada, y que, unida a su físico imponente, suavizaba la crispación ambiental. Cerca de ella solía estar Elena, delgada, seca de físico y de temperamento, cuyo cuerpo flaco y plano contrastaba con el escultural de Lulú.

En aquel entonces yo tenía una libido muy fuerte. Me inyectaba grandes cantidades de hormonas sin que ello me impidiera tener actividad sexual, aunque, evidentemente, la disminuía. Pero, por otra parte, me proporcionaba unos pechos que, para no tener silicona, eran bastante grandes y, a partir de unos pocos días después de inyectarme, muy sensibles durante un tiempo. Me encantaba, de día, sin sostén

(por la noche sí llevaba), bajar escaleras corriendo, lo que me hacía saltar los pechos y sentir una especie de caricia fuerte en los pezones (mi amiga norteamericana, Acacia, hace lo mismo). Una noche exclamó Elena, sin mirarme pero sin duda refiriéndose a mí: «¡Cuánto más hombre se es, más efecto hacen las hormonas!». No me molesté en darme por aludida.

Muchos años después, un día de reunión del colectivo, estaba yo sola (muchas veces soy la primera en llegar), cuando entró una mujer entre joven y madura, distinguida y hermosa, discreta y correctamente vestida, acompañada por otra, mayor que ella, que parecía una familiar que la acompañaba. A pesar de su feminidad, estaba segura de que la menor era trans. Querían informarse acerca del colectivo y estuve un buen rato dándoles explicaciones. Les pareció interesante, lo consultaron entre ellas y quedaron en que irían todas las semanas. La mayor, a pesar de que sonreía mucho, parecía ser la que mandaba. De pronto reconocí a la más joven y no pude evitar gritar. «¡Pero si eres Lulú!». «Ahora me llamo Montse», me contestó, sonriendo (el hueco de su dentadura había sido tapado), pero no soltó una de las risotadas que soltaba la joven alocada a la que yo disfrutaba mirando, con la que siempre quise conversar, para descubrir que no era persona de conversaciones sino sólo de breves comentarios y de réplicas ingeniosas, y al lado de la cual intenté en más de una ocasión ponerme a trabajar, para darme cuenta de que sólo permanecía quieta un rato cuando estaba al lado de Fina (y de Elena). Era de las que iba a trabajar a todos los sitios conocidos (y quizás a algunos desconocidos).

Montse, por su parte, me dijo que pensaba que la había reconocido desde el primer momento, pero como estaba en plan serio (debía pensar que ahora yo era funcionaria del ayuntamiento o algo así), lo había disimulado. Le contesté que no dijera tonterías, que con la alegría que me producía el verla, si de entrada la hubiera reconocido, me habría arrojado sobre ella a darle besos. Pensaba que, como casi todas las que se drogaban, había muerto y que para mí acababa de regresar a la vida.

Desgraciadamente, esa noche asistieron bastantes trans, casi todas vinculadas a la prostitución y con ganas de hablar y de contar anécdotas picantes, por lo que la reunión consistió en una charla subida de tono. Digo desgraciadamente porque al final llegué a la conclusión de que la mujer que acompañaba a Lulú, que debía de estar

encerrada en algún sitio, era su vigilante, o algo por el estilo, y la conversación debió gustarle tan poco que no volvieron. El consuelo que me quedó fue saber que Lulú seguía viva. Durante unos días, a veces me descubría, a solas, sonriendo y pensando en ella. Era una de esas personas que, sin proponérselo y sin darse cuenta, embellece la vida de otras.

Lulú había tenido un marido, un camarero gordinflón y desagradable llamado Federico. Una noche se me acercó y me dijo que quería que pasáramos toda la noche juntos.

—¿Y Lulú? —pregunté.

—No te preocupes, está fuera de Barcelona.

Yo sabía bien (porque se lo había oído decir a ella misma) que Lulú no lo quería, y que si seguía a su lado era por interés, ya que tenía un piso confortable cerca. Se burlaba de él, y de todo. A veces, sentada al lado de Fina, se quitaba las bragas y se ponía a jugar con ellas. Era una salvaje, la Lulú. En cambio, Montse, salvo algún momento de euforia, cuando asomaba la que había sido, era una señora fina y delicada.

En todo caso, como pensaba que Lulú, aunque se enterara de que yo había ido con Federico, no se enfadaría, y la cantidad que me ofrecía era tentadora, acepté. Todavía era temprano, así que quedamos en que de momento iríamos un rato al parque de la Ciudadela, y luego él pasaría por mí e iríamos a su piso. Cuando fuimos al parque me dijo que no llevaba dinero encima y que ya me pagaría todo en el piso. Que lo esperara, pues pasaría hacia las dos de la mañana. Ni a las dos, ni a las tres, ni en toda la noche. Me dejó plantada. Después, cuando lo veía (creo que Lulú no volvió a aparecer) le decía que al menos me pagara lo del parque de la Ciudadela, pero él me contestaba con evasivas. Hasta que me cansé y, sencillamente, dejamos de hablar.

El otro que se burló de mí fue un policía de civil. Vestía con cierta elegancia y se veía muy correcto. Me juró que venía de visitar a una compañera donde se había dejado la cartera y que al día siguiente me pagaría. Me mostró su placa y su revólver, que puso en la guantera, que cerraba mal. El revólver me obsesionaba. De niño adoraba los revólveres de juguete. Tenía tanto deseo de tenerlo entre mis manos como el que, según el estereotipo, puede tener una niña de tener entre sus brazos una muñeca. Un amigo de mi infancia tenía una

magnífica colección, la mayoría de los cuales parecían de verdad. En vacaciones nos matábamos mutuamente muchas veces al día.

—¿Lo puedo coger? —le pregunté señalando el revólver

—No —contestó secamente, y lo puso fuera de mi alcance.

No me pagó nunca, lo que no me sorprendió mucho. Una noche lo vi en un vehículo de la policía, de uniforme, junto con otros policías. Un semáforo en rojo los hizo detenerse junto a mí. Él, molesto, fingía mirar a otra parte, y yo no dije nada.

Cuando realmente tuve la intención de cargarme a alguien, fue en otra ocasión. Por celos. Durante uno de nuestros períodos de distanciamiento, la Rubia tuvo un amante, en cuyo coche pasaban con frecuencia frente a donde yo me ponía, los dos muertos de risa, lo que me ponía negra de rabia. Cuando mi paciencia llegó a su límite, le escribí una carta diciéndole que si quería tener un amante, no tenía que tenerlo precisamente delante de mis narices, pues había otros mil sitios donde podían ir. Noches después de que, según mis cálculos, hubiese recibido la carta, llegué al Arco y me los encontré en el coche, frente a mi sitio. Parecían divertirse mucho. La rabia me dominó completamente. Fui hacia ellos con una ira y una decisión que llamó la atención de todas las presentes, que intuían, por mi actitud, que algo grave pasaba. Mientras avanzaba, pensaba, con absoluta convicción: «A este me lo cargo, me pase lo que me pase». Pero antes de llegar, él arrancó el coche a toda velocidad y se me escaparon. Unas horas después ella apareció y hablamos, por primera vez en muchos meses. Llegamos al acuerdo de que sería discreta. Tan discreta que, una semana después, su gran idilio, que duraba desde hacía algún tiempo, había terminado, y volvimos al *statu quo ante bellum* (la situación anterior a la guerra) en la reconciliación más larga que hemos tenido. El ex amante de la Rubia resultó ser un gran aficionado a las trans. De mí le había dicho a ella que parecía una verdadera mujer. Y en varias ocasiones, después de que ella se hubiera marchado, me hizo, muy sonriente y muy amable, avances. Pero yo lo odiaba demasiado para no mandarlo a paseo. Amablemente, al principio. Después, menos.

Lo curioso es que normalmente la celosa era ella. Cinco veces me pegó, siempre por ese motivo, y yo a ella ninguna. La droga estimulaba su paranoia. Y su perspicacia. Una noche, dando una vuelta por el Arco, descubrimos a dos chicas nuevas, a las que nunca antes

habíamos visto, que decían que eran hermanas. Cuando terminamos la vuelta, la Rubia me hizo una escena, acusándome, con sus gritos agudos que se oían desde lejos, de ir detrás de una de las hermanas. «¡Pero si nunca las había visto!», dije. «¡Sí, seguro!», contestó, despreciativa, como diciendo: «¡Qué mentirosa tan cínica eres!». Varias semanas después tuve que confesarme que realmente me había enamorado de la chica que decía la Rubia, quien se dio cuenta cuando yo misma ni siquiera lo sospechaba. Es verdad que a los paranoicos también los persiguen. Las dos chicas desaparecieron de pronto tal como habían venido.

Me sorprendía que la gran pasión que sentía antes por las trans desapareciera en cuanto yo misma me dediqué a la prostitución callejera. «Es que perro no come perro», me comentó una mujer cuando se lo conté. No es cierto. Repito que muchas trans forman pareja con otras trans o, con menos frecuencia, con una mujer. «Transhomosexualidad» es el nombre científico de esta tendencia, nombre acuñado y hecho público por primera vez, en 1984, en la Conferencia Anual de la Sociedad Británica de Psicología por una joven investigadora, Dorothy Clare, que moriría joven, y que la definió como «a special “penchant” for, identification with, or attraction to homosexual persons of the opposite sex» (Tully, 1992, p. 21). («Una especial “inclinación” por, identificación con, o atracción por personas homosexuales del otro sexo.»)

... los componentes que la integran, según Clare y Tully, sí quedan suficientemente delimitados: *inclinación, empatía, deseo e identificación*.

La inclinación por la homosexualidad del sexo opuesto responde a una atracción irreprimible, que idealmente presentan como «poesía de la vida». La empatía se relaciona con los sentimientos individuales, alimentados en forma de fantasías, que perciben la relación de manera que sus motivaciones y roles quedan expresados perfectamente en ella. El deseo de participar en actividades homosexuales del sexo opuesto resulta en la práctica muy difícil. No obstante, la ingenuidad y cierto «grado de bisexualidad» en algunos homosexuales hace posible lo improbable. La identificación con homosexuales del sexo opuesto puede también ser considerada como transexualidad. De hecho, cuando la identificación es irreprimible se contempla el deseo de cambio de sexo (Nieto, 2002, p. 182).

No estoy de acuerdo con Nieto en que «El deseo de participar en actividades homosexuales del sexo opuesto resulta en la práctica muy difícil». Para much@s (quizá para tod@s) el elemento más importante de la actividad sexual es la fantasía. Freud decía que no sabemos mucho acerca de la vida sexual de las personas porque no suelen contar esas fantasías, las que acompañan al clímax. Antes de operarme, teniendo pene y penetrando, generalmente sólo alcanzaba el orgasmo cuando lograba sentir que tenía vagina y era penetrada por ella (aunque fuera con consolador), o masturbada clitoridialmente, o me hacían el *cunnilingus*. Nada del otro mundo. Simple autoginefilia (en las mujeres, autoandrofilia) a la que también me refiero en las pp. 283 y ss.

La desaparición de mi entusiasmo por las trans mientras yo misma ejercí la prostitución tiene, desde mi punto de vista, varios motivos. El principal, que al haber dejado de ser un cliente para convertirme en una competidora, me veían y las veía de forma diferente. Si antes les aportaba dinero, ahora se lo quitaba porque cada cliente que yo me hacía era un cliente que otra no se hacía. Además, la proximidad prolongada y obligada deterioraba la imagen que tenía de ellas. Antes, cuando me reunía con ellas en plan de pasármelo bien, veía sólo su lado agradable y femenino, que mostraban a los clientes, no su forma de ser espontánea, lo que me permitía idealizarlas. Trabajando a su lado y pasando con ellas largas horas de frío y de aburrimiento, descubrí que toda trans lleva un hombre dentro. Por mucho que intenten disimularlo, y que lo consigan, siempre hay un momento en que queda al descubierto que no son femeninas: son andróginas. Benjamin, en citas de las páginas 132-133 de este libro, da ejemplos del lado viril de las transexuales (en uno, la «lady» a la que intenta estafar un vendedor le da a éste la paliza de su vida).

La consciencia de tener un fuerte lado masculino me había hecho creer durante mucho tiempo que yo no podría ser transexual. Ese temor ha desaparecido: ahora sé que todas lo tienen, aunque muchas menos fuerte que el mío. Y no hablo de la bisexualidad biológica, sino de algo más directo y más rudo, de la huella sutil que una infancia y una adolescencia masculinas dejan incluso en la trans más femenina y que hacen que de pronto tengas el sentimiento de que, ante ella, estás delante de un hombre. Y no hablo de agresividad. Nadie ha demostrado tanta hacia mí como la Rubia, que, en pleno Arco, me

pegó y me gritó tan fuertemente (con una voz superaguda, es cierto) que *Mossos de Esquadra* que, a lo lejos, vigilaban el Palacio de Justicia acudieron de prisa a ver qué ocurría. Pero con ella nunca tuve ni la menor sospecha de encontrarme ante alguien viril, quizá porque sabía que antes de mucho tiempo estaría abrazada desesperadamente a mí, llorando y sufriendo. Siendo yo misma muy inestable (lo que con frecuencia se me reprocha), a su lado era una roca. ¡Y Benjamin habla de la inestabilidad emocional de las trans! (Benjamin, 1966, p. 91). Pocas mujeres inestables debió de tratar. Y, sobre todo, pocos hombres, a los que encuentro aún más inestables.

¿Por qué encontraba la fuerte agresividad de la Rubia perfectamente femenina, la expresión del derecho al pataleo de una persona humillada por la vida, y la más leve de una trans una prueba de su masculinidad, de su prepotencia? Quizá contribuyera a ello la habitual pasividad de la Rubia. Casi siempre era yo quien proponía los planes que podíamos hacer, que eran los que, a falta de propuesta alternativa, acabábamos haciendo, para que luego ella me reprochara que la dominaba.

Con las trans, tomaba la menor de sus asperezas por simple machismo, habitualmente reprimido. Es que cuando sabemos que el sexo de origen de una persona no coincide con su sexo actual, la vemos de forma diferente. El mecanismo de los prejuicios y de los estereotipos se pone en marcha. Inevitablemente. Cuenta Pat Califia (Califia, 1997) que, cuando era lesbiana y terapeuta sexual, además de escritora, y todavía no había pasado por el proceso transexualizador de mujer a hombre, para formar pareja con otro trans, durante muchos años fue amiga de una trans cuya condición desconocía, sin que nada la indujese a sospecharla. Solamente el día que se enteró de que había sido hombre se dio cuenta de que tenía las manos muy grandes.

¡Cuántas veces no nos cruzamos con mujeres que tienen una característica decididamente masculina (o más de una), a la que no damos importancia porque, al tener el convencimiento de que son mujeres biológicas, la consideramos un simple defecto! En cambio, si observamos la misma característica en una trans nos parecerá la prueba evidente de que en el fondo sigue siendo un hombre. Por ello, es comprensible que haya trans que deciden que la única solución es el camuflaje a ultranza, el sostener ante todos, incluida su propia pareja, que siempre han sido mujeres. Si tienen la suficiente fuerza psí-

quica para no incurrir en ninguna indiscreción, o contradicción, que las ponga en evidencia, su estrategia puede dar resultado. En todo caso, hay trans de mujer a hombre a quienes se lo ha dado. En 1989 murió el músico blanco de jazz Billy Tipton, y, sólo entonces, el público en general, los miembros de su orquesta, sus hijos adoptivos y sus cinco ex mujeres se enteraron de que era una mujer (Garber, 1992, pp. 67-70).

Entre los mejores recuerdos de mi época de prostitución figuran las parejas. Sólo fui con dos, pero con ambas varias veces. Con una incluso muchas. La otra era una pareja de edad madura, con la que fui tres veces. Él tenía la barba gris y el aire bonachón, y ella era menuda y ágil, con un carácter tan pronto de niña traviesa como de persona seria. Jugueteábamos ella y yo mientras él hacía un poco el papel de observador y de amo, incitándonos a que ella le fuera infiel conmigo. Cuando él se decidía a intervenir, era cosa seria, ya que tenía una sexualidad muy vigorosa, ampliamente suficiente para ella y para mí. Cuando se había desahogado, entraba en una especie de letargo y teníamos el sentimiento de que todo había terminado. El rey se había cansado de sus dos bufones y había que dejarlo descansar en paz.

Varios años después de dejar de verlos, él paró su coche delante de mí. Iba solo y acordamos ir, en el coche, a un lugar cercano. Me contó que se habían divorciado. Esa noche había consumido bastante cocaína y me ofreció una raya, que rechacé. Sin su ex, el asunto no tenía gracia. Todo fue un poco mecánico y triste, y no volvió.

La otra pareja era muy diferente. Yo llegué a sentirme un poco como su madre. No iban con frecuencia conmigo, pero estuvieron haciéndolo durante muchos años. La primera vez, en un coche viejo, parecían un par de adolescentes extraviados. A varios travestis les habían preguntado ya si querían ir con ellos, a lo que los travestis se habían negado. A mí la idea me hizo gracia e inmediatamente acepté. Estuvimos mucho tiempo juntos y lo pasamos, creo que los tres, fabulosamente bien. Nos inventábamos cosas como los besos a tres, los 69 a tres, los sándwiches (cuyo centro era, naturalmente, yo) y otras por el estilo.

Con el tiempo, las relaciones entre ellos variaron. Al principio eran simplemente amigos, hijos de familias amigas. Después, compañeros de trabajo, hasta cuando él se convirtió laboralmente en su jefe. Durante mucho tiempo estuvieron de novios, preparando su piso para

casarse; piso al que fuimos varias veces, al principio sobre colchones puestos directamente sobre el suelo. Él, por su parte, empezó a desarrollar afición por el sadomasoquismo, las ataduras y los vídeos porno. Después de casados, continuamos yendo al piso, muy de vez en cuando, como siempre. La última vez que estuve con ellos, ella estaba embarazada. Quizás, es una posibilidad, acabaron volviéndose demasiado convencionales para ir con travestis.

Estoy completamente de acuerdo con el escritor colombiano Fernando Vallejo cuando afirma: «... el sexo entre tres es más divertido. Introduce la variación en la partitura. Es puro Mozart (*El País*, 20 de octubre de 2004, p. 48)».

Sin embargo, Noemí sostiene que como mejor se hace el amor es entre cinco. No lo sé, nunca lo he probado.

Así como las parejas eran raras, lo que sí era muy frecuente es que dos mujeres, o una mujer y un trans, o dos trans, fueran con uno o dos tíos. Yo fui una vez con la pelirroja y un tío, muchísimas con la Rubia y uno o dos tíos (el hecho de que estuviéramos siempre juntas debía influir en ello), y algunas con ella y un grupo de chavales.

Con la pelirroja fuimos con un camionero que quería vernos hacer el amor. Yo no me sentía nada en forma para ello y no me encontraba a gusto en esa situación. Pero hicimos el paripé. Froté un momento mis genitales sobre los de ella, como si procediera a una penetración (lo que era imposible pues no tenía ni la menor erección) y fingimos que nos corríamos. A juzgar por sus reacciones, el camionero debió de quedar muy contento con el espectáculo.

La Rubia y yo fuimos, muchas veces, con dos tíos que, curiosamente, antes habían sido, ambos, clientes míos. Un par de pesados. Creo que ella los soportaba sobre todo por hacerme el favor a mí, que trabajaba poco. Si no, se habría bajado del coche y los habría dejado ahí, sin correrse, como hacía siempre (ella y muchas otras) cuando un tío tardaba demasiado. Yo, al tener pocos clientes, tenía más paciencia.

Nunca ocurrió lo contrario, que fuéramos con algún cliente de ella. Sí lo hicimos, en cambio, más de una vez, con dos tíos desconocidos, formando dos parejas, una en los asientos de adelante y la otra en el de atrás. Y no sólo con ella, sino también con otras, mujeres y trans. Era parte de la rutina: que dos tíos se fueran de juerga en un coche y necesitaran dos personas, que conseguían como podían.

Con los chavales era diferente. Venían cuatro o cinco en una

gran furgoneta blanca de reparto. Siempre estaban de broma y nos reíamos bastante. Cuando llegábamos al sitio (cualquiera que fuese: con ellos no sentíamos miedo), dos se quedaban con nosotras y el resto esperaba afuera. Una vez, el que estaba conmigo no se corrió pero me rogó que les dijera a los demás que sí lo había hecho, lo que, naturalmente, hice. Al igual que mi parejita joven, los chavales iban de vez en cuando pero lo hicieron durante muchos años.

Tuve clientes asiduos que me duraron bastante. No muchos, pero los tuve. Había uno que todos los sábados aparecía hacia las cuatro de la mañana. Como no quería estar metiéndole prisas al cliente que me hiciera inmediatamente antes (y, menos aún, quedarme sin ir con el de las cuatro), desde la tres y media a todo coche que me parara le decía, antes de que dijera nada, que no podía ir porque estaba esperando a un cliente con el que había quedado. A primera vista mi cliente parecía un hombre rudo porque tenía un gran bigote, pero en cuanto escuchaba su voz suave y veía sus modales delicados, entraba en una especie de país de ensueño. Un Georges Brassens en más fino. Nunca nadie me ha acariciado y besado con la suavidad, con la ternura, con que él lo hacía, lo que hacía sentirme plenamente mujer. Si con los demás clientes, como es lógico, intentaba terminar tan rápidamente como fuera posible, con él era todo lo contrario. Pero era él quien me decía que no podía hacerme perder mucho tiempo pues perdía posibilidades de ganar dinero. Yo le contestaba que no se preocupara, que ya había trabajado bastante esa noche y que de todas formas no pensaba hacerme ningún cliente más, de forma que no había prisa. Así conseguía que el rato que pasábamos juntos durara, aunque no todo lo que yo hubiera deseado. Cuando se iba, quedaba en una especie de arrobamiento, y no sentía deseos de irme a la cama antes de contemplar el amanecer, un amanecer que, si era hermoso (y generalmente lo era), hacía que me sintiera llena de fuerza interior, como si la vida empezara para mí.

Una noche observé que estaba preocupado, lejano. Me había dicho que ese año pensaba irse de vacaciones a Holanda, a Rotterdam, donde tenía amigos, y la fecha de partida ya debía de estar cercana.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. ¿Se te han estropeado las vacaciones a Rotterdam?

—Peor que eso —me contestó, al borde de las lágrimas—. En la empresa donde trabajo me han comunicado que estoy prejubilado.

Esa noche fue triste y no lo volví a ver nunca más. No se puede decir que estuviera enamorada de él porque nunca hablamos, creo, más de dos frases seguidas, y ni yo sabía nada de él (ni lo que hacía, ni siquiera su nombre) ni él de mí más de lo que era visible. Pero nuestros cuerpos se llevaban bien, se comprendían de forma instintiva, sin necesidad de hablar, y yo me encontraba a gusto entre sus brazos.

Quizá me duró más otro cliente que también me gustaba mucho, no por la forma en que me trataba, cordial pero un poco distante, sino por su físico: alto, rubio, delgado, elegante en su vestimenta y en sus coches, que cambiaba con cierta frecuencia, distinguido y delicado. Siempre, a pesar de su correcto español, me dio la impresión de que debía de ser extranjero, hasta que una noche me enteré de que su nombre era, simplemente, José, como llama Princesa a todos los hombres. Operado de la próstata, no podía correrse, por lo que quien tenía que hacerlo era yo, lo cual unas veces me iba bien y otras no, ya que me dejaba fatigada.

A muchos hombres les gusta chupar el pene a los travestis, y a otros meneárselo. Los meneadores, si tardas en correrte, pueden ponerse bruscos, por lo cual al día siguiente puedes despertarte con el prepucio inflado, irritado. A los hombres, como bien demostraron Masters y Johnson, los pezones se les ponen muy sensibles cuando se excitan, por lo que, chupándoselos, mordiéndoselos, acariciárselos con los dedos, o pellizcándoselos, mientras te la menean o te la chupan, puedes ayudar a que se corran rápidamente. Otra zona muy sensible es el ano. Recubriendo el dedo central con un preservativo, se le puede acariciar suavemente. Según sus reacciones, se le puede empezar a penetrar y si se observa que le agrada, meterle completamente el dedo, e incluso dos y moverlos dentro, lo que puede obrar milagros con tíos duros de correrse. Los americanos practican el *fist fucking* (meter el puño por el ano —o por la vagina— hasta la altura de la muñeca, con ayuda de un lubricante). En España, no he sabido de nadie que lo haga, pero no descarto la posibilidad de que los haya.

A algunos clientes les gusta que se les penetre, lo cual es algo que yo nunca pude hacer. En cuanto empezaba, me desaparecía la erección.

Las mujeres tienen más clientes fieles y de una fidelidad más duradera que las trans. La Rubia tuvo uno que le duró como quince

años (ya lo era antes de que yo la conociera), que la telefoneaba por las tardes a su piso y quedaban en un hotel, siempre el mismo. En un trabajo tan irregular, en el que tan pronto casi no das abasto como pasas varias noches sucesivas sin ganar ni un duro, el saber que se puede contar con un ingreso seguro una o varias veces cada semana es una ventaja. Cuando digo fiel quiero decir fiel y asiduo. La fidelidad tiene muy poco valor si no va acompañada de asiduidad.

El mejor cliente que tuve me duró varios años sin faltar ni una semana, salvo cuando estaba de vacaciones. Y ni siquiera entonces. En dos ocasiones las interrumpió y volvió a Barcelona para estar conmigo. Me adoraba, lo que me parecía más bien agradable, aunque no siempre. Pero, en cualquier caso, rentable. Tenía un estudio en una de las calles del Arco, al cual íbamos. En la pared mayor tenía un gran dibujo mío, hecho por él (dibujaba bastante bien) y debajo anotaba las veces que habíamos estado juntos. Conociendo mi afición al cine, siempre alquilaba la película que le pedía (si la encontraba) y la veíamos en su televisor de pantalla grande. Cuando me iba, además de pagarme, me daba para el taxi, que yo rara vez cogía, pues prefería ir a pie. Era cocinero y había trabajado en barcos, con los cuales había viajado mucho, lo que a veces hacía su conversación muy interesante. El motivo por el que me negué a seguir yendo con él fue que en el sitio donde antes se ponía la Rubia (en esa época estábamos peleadas y nos poníamos aparte) se iniciaron unas obras y ella se trasladó casi a la entrada del edificio donde vivía el cocinero. Dedicándonos las dos a la prostitución, encontrábamos natural que cada una fuese con sus clientes y que en ocasiones tardase. Pero lo de las películas no se lo habría creído y habría desatado su paranoia y su agresividad. Que estuviésemos peleadas no le habría impedido armarme un escándalo, como ya había ocurrido en alguna otra ocasión. Así, pues, tuve que renunciar a las películas y a mi pequeño ingreso fijo, que en ocasiones me era de gran ayuda.

El travesti tiene el inconveniente, frente a la mujer, de que no puede simular orgasmos ni excitaciones. Para que parezca que los tiene, ha de tenerlos necesariamente, salvo casos excepcionales, como cuando yo fingí ante un camionero hacer el amor con la pelirroja — con su colaboración, claro — sin tener ni siquiera erección. Pero cada trans es diferente. Algunas dicen que nunca se dejan penetrar por el ano y que se ponen el pene y los testículos hacia atrás, cerrando las piernas,

de forma que parezca que tienen vagina. Se hacen, dicen, pasar por mujeres y meten el pene del cliente entre los muslos, de manera que él sienta que las penetra. Siempre he creído que ese «truco» puede funcionar en alguna ocasión, pero no más del 30 por 100 de las veces, como mucho, y que las que dicen que siempre les funciona, mienten. Como la que contaba que se colocaba el preservativo en el paladar y que, al hacer la felación, con la ayuda de la lengua, se lo ponía al cliente sin que éste se diera cuenta. ¿Y para quitárselo sin que se derramara leche en la boca? Sencillamente, imposible. Los clientes, en su gran mayoría, no son tontos, ni ingenuos, y algunos saben más que las mismas trans, entre las cuales algunas son grandes penetradoras, con miembros de un tamaño más que respetable. Victoria, por ejemplo.

Al que sí recuerdo, porque fue un caso curioso, es a un joven de cara agradable pero con la ropa muy sucia que una noche detuvo su coche a mi lado.

—¿No crees que estás un poco sucio? —le pregunté, sonriendo.

—Mira, yo soy albañil y acabo de salir del trabajo. Me he lavado las manos y la cara. Pero cuando me quite la ropa y me duche será para meterme en la cama, que mañana tengo que madrugar. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Lo tomo.

Estuvimos conversando largo rato. Él era médico cirujano, con la especialización terminada hacía varios años, pero el único trabajo que había encontrado en su profesión eran sustituciones en urgencias los fines de semana. El resto de la semana trabajaba de albañil.

—¿Y no es incompatible la dureza que adquieren las manos de un albañil con la delicadeza que requieren las de un cirujano?

—Teóricamente, sí. Y lo sería en un caso especial, como una operación de ojo. Pero no te creas que la mayoría de las operaciones requiere mucha delicadeza. Eso sí, algún paciente me ha dicho: «Doctor, ¡qué manos tan duras tiene usted!».

Supongo (y espero) que a estas horas esté en Inglaterra, donde faltan los médicos y las enfermeras que aquí nos sobran, después de habernos gastado muchos millones de dinero público formándolos.

A donde nunca fui, y me hubiera gustado probarlo, fue a sitios de intercambio de parejas. La Rubia y sus amigas, sí. Y ninguna trans me ha contado nunca que haya ido. Quizá sean lugares que nos están vedados.

En cuanto tuve que dejar la prostitución (y antes de operarme), renació la atracción que sentía por las trans. Una vez llegó a ser tan intensa que decidí ir, como cliente, con una. Pero no pude, por motivos psicológicos (ahora tampoco podría, por motivos físicos). Algo en mí me lo impedía, una especie de solidaridad, de sentimiento de que no podía tratarla como cualquier burgués trata a una puta, porque yo era ella y sentía que la humillaba y me humillaba. Había pasado al otro lado del espejo y era un paso irreversible. Yo pertenecía, para siempre, al grupo de las putas trans, no al de los clientes. Aunque ya no ejerciera como puta, era algo que estaba ahí, latente, como mi alcoholismo. Tengo muy buenas amigas entre las putas trans.

Se hacían muchos más «franceses» (felaciones) que «completos» (penetraciones), pues en los coches (rara vez de lujo), que era donde trabajábamos casi siempre, los completos solían resultar incómodos. Alguna vez algún cliente tenía la peregrina idea de hacer como en las películas americanas, en las que lo más frecuente es que la persona penetrada se ponga encima y se mueva para provocar el orgasmo de la persona supuestamente activa, que se tiende y se queda inmóvil. Y como los coches no suelen ser altos, la mujer o la trans continuamente se da golpes contra el techo en la cabeza, que tiene que inclinar y bajar todo lo que pueda. Las mujeres hacían proporcionalmente más completos que las trans.

A veces íbamos a mueblés, por lo que se cobraba más del doble. Pero para las que trabajaban bastante aún así podía no ser rentable, pues no había ninguno cerca y al tiempo gastado en los desplazamientos de ida y vuelta había que añadir el que se gastaba buscando un sitio donde aparcar. Al que íbamos generalmente era al Miami, al lado del cine Goya, cerca de la plaza de la Universidad. Una vez estuve en la célebre Casita Blanca y lo que me impresionó no fue la habitación ni el baño, que, sin estar mal, no eran nada del otro mundo, sino, a la entrada y a la salida, un sistema de cortinas negras que formaban pequeños compartimentos con acceso directo a las habitaciones y que impedía ver ninguno de los demás coches que estaban simultáneamente allí.

Desde luego que la Rubia no era la única que consumía droga en el Arco. Hubo épocas en que la mayoría de las mujeres y de las trans lo hacían. Se formaban muchas parejas de mujer y trans a las que unía no el amor sino la droga. Durante meses antes de su muerte, Sonia iba

a todas partes acompañada por una chica a la que la Rubia llamaba Harpo Marx, porque tenía una cabellera rizada y abundante, parecida a la del célebre cómico mudo. Nos sorprendió enterarnos de que la noche de su muerte estaba con Ernestina, otra trans, y no con ella.

Muchas pensaban que la Rubia y yo formábamos una de esas parejas de consumidoras y se sorprendían al enterarse de que yo no era adicta, hasta el punto que les costaba creérselo (supongo que algunas no se lo creyeron nunca). Además, el saberse que era de Colombia aumentaba la sospecha de mi vinculación con la droga. Con frecuencia me preguntaban si tenía para vender. Al principio me lo tomaba a broma y contestaba: «Sí, pero la tengo en casa y hoy no he traído», pero pronto comprendí que no era un tema para hacer bromas.

¿Por qué no era drogadicta teniendo un temperamento adictivo y una pareja que sí lo era? No porque trabajase poco y ganase poco dinero. El adicto se soluciona el problema económico como sea. Por eso tantos acaban en la cárcel. Lo que a mí me salvó de la droga fue... el alcohol. Mi viejo alcoholismo, que, como mi transexualidad, morirá conmigo. Durante años estuve intentando dejar el alcohol, sin poder. Cada mañana me juraba que ese día no bebería y a los pocos minutos estaba haciéndolo, obligada por un temblor de manos y una ansiedad que no podía controlar más que ingiriendo medio litro de vino. Entonces... ¡qué alivio! Es la historia de todas las adicciones. Lo que al final te encadena a ellas es más huir del dolor que buscar el placer. En el Arco probablemente la expresión que más se escuchaba era «quitarse el mono». Yo, para quitarme el mío del alcohol, había ingresado, en 1982, en el Instituto Psiquiátrico Municipal. Y el síndrome de abstinencia fue tan fuerte que caí en coma profundo. A punto estuve de morir. Me tuvieron que llevar, en ambulancia, inconsciente, al Hospital del Mar, donde tenían UCI, de la que carecían en el Psiquiátrico. Después, durante mucho tiempo, tuve el sentimiento de que cada día que vivía era un día que recibía de propina pues el tiempo que me había sido dado para vivir había concluido ya. Y todo me parecía maravilloso. El año que siguió a mi abandono del alcohol ha sido el más feliz de mi vida. Una flor, una gata, cualquier cosa, me deslumbraba, y su existencia me daba la impresión de ser un auténtico milagro.

¿Fue mi transexualidad, entonces reprimida, la causa de mi alcoholismo? Fue una de sus causas, junto con otras, como el cáncer

de mi madre, el hundimiento de mi empresa, el final de la relación de adoración mutua que siempre me había unido a mi sobrina (final del cual el alcoholismo, a su vez, fue el principal motivo). En cualquier caso, el infierno que había vivido con el alcohol me hizo mantener mis distancias con respecto a la droga. Y eso que continuamente me estaban invitando a «una rayita», que rara vez aceptaba. Principalmente, clientes, pero a veces también las compañeras. Y, en alguna rara ocasión, la Rubia, que nunca ha intentado convertirme en adicta. Bastante trabajo tiene ella con intentar dejar la droga, sin conseguirlo.

En todo caso, el dar rienda suelta a la propia transexualidad tampoco es un antídoto contra la droga, sino más bien lo contrario, como lo prueba el hecho de que la gran mayoría de las trans que había a principios de los ochenta hayan muerto víctimas de ella.

Pero, aunque parezca extraño, no se conocen los efectos reales de la droga sobre la población que se dedica a la prostitución, ni sobre los drogadictos en general. Y no se conocen porque lo que consumen no es droga, sino un poquitín de droga con muchas porquerías añadidas. Cada intermediario añade otras sustancias, para aumentar sus beneficios (que generalmente consisten en droga para su propio consumo). Una vez, en Barcelona, durante unos días hubo una enorme cantidad de muertes por droga, varias veces más de la habitual, que ya era elevada. Pronto se descubrió la causa: por algún motivo que nunca se supo, había salido al mercado una partida de cocaína pura. Una dosis de ella equivalía a muchas de la adulterada a la que estaban acostumbrados los consumidores, lo que produjo docenas de muertes por sobredosis.

Durante mucho tiempo, la Rubia perteneció a la especie de «a las que no se les nota». Una vez incluso estuvo cuatro años sin probar nada de droga. Parecía que la había dejado para siempre. Pero volvió a caer. ¿Por qué ella sí y yo no, llevando las dos la misma vida en el mismo medio y teniendo ella una ascendencia familiar mucho más fuerte que la mía? Digo esto último simplemente porque mis padres murieron treinta y veinticinco años más jóvenes que los suyos, y mis abuelos maternos lo hicieron, él a los treinta y, ella, a los veinticinco, todos en la cama, de muerte natural, sin la intervención de ningún tipo de violencia. Como todas las afirmaciones rotundas, la mía, al vincular ascendencia y longevidad, podría ser una falacia, pues habría

que analizar los factores que contribuyen a la segunda, como la alimentación, el clima, la calidad de vida, etc.

Además, la Rubia es una persona espiritual, religiosa, lo que debería ser una ayuda para combatir la droga. Y lo fue, pero de forma limitada. Esos cuatro años de abstinencia fueron posibles gracias a la ayuda de unas monjas. Quizá, si su religión hubiese sido la misma que la de la Rubia (que es protestante luterana)...

Hablando de morir, eso fue lo que le pasó un día a la vieja Fina. En ese medio daba una especie de euforia saber que alguien se había muerto de puro vieja, y no a causa de la droga, el sida o la violencia. Dos de las mujeres del Arco tomaron su relevo, separadas y haciéndose la competencia. Cada una encendía una hoguera para que se formara un grupito de consumidoras alrededor de ellas. Yo misma me encargué de vender preservativos, cosa que también había hecho Fina. Los compraba al por mayor a cincuenta pesetas la caja y los vendía a doscientas cincuenta. Un margen de beneficios normal a esas horas y en ese sitio, similar al de quienes vendían bebidas y alimentos. Me fue bien el negocio hasta cuando a gran cantidad de ONG y de organismos gubernativos se les ocurrió la idea de regalar preservativos a todas las personas que se dedicaran a la prostitución. Una ONG, Àmbit Dona, incluso pasaba semanalmente con una furgoneta dando un grueso paquete a cada una. A la Rubia y a mí (y a todas las que lo pidieran) nos regalaban preservativos en varios sitios. Íbamos juntas y, al tener, por el matrimonio, el mismo apellido, nos tomaban por hermanas. A veces comentábamos que podríamos poner una tienda de preservativos.

Buena parte del personal que trabajaba en el Arco rotaba continuamente, pero las que llegaban eran menos numerosas que las que se iban, de forma que cada año éramos menos. Muchas desaparecían durante una temporada, reaparecían, iban con asiduidad durante algún tiempo, volvían a desaparecer, etc. Era frecuente que nos enteráramos de que una estaba a punto de morir, o de que ya había muerto. Tan frecuente que, salvo a las que habían tenido una relación especial con ella, la noticia impresionaba poco. De algunas se sabía que eran esquizofrénicas que a veces atravesaban crisis tan fuertes que tenían que ser encerradas. Y de otras, que cumplían penas de prisión.

A pesar de que había ejercido hacía varios años como abogado, nunca había comprendido hasta qué punto era estrecha la relación en-

tre transexualidad y delincuencia como una noche en que, habiéndome quedado dormida y habiéndome hecho tarde, iba corriendo por la calle Princesa. Un coche patrulla me vio, se detuvo y uno de los policías que iban en él me hizo seña de que me acercara. Los dos salieron del coche y me esperaron en actitud bastante chula.

—¡Documentación! —Me gritó uno, en cuanto estuve cerca, tendiendo la mano. Se la di.

—¿Cuántas veces ha estado detenido?

—Ninguna.

—¿Nos toma por idiotas, o qué? Un travesti al que hemos visto muchas veces y que no está precisamente empezando, y nos viene con el cuento de que nunca ha sido detenido. O es idiota, o nos toma por idiotas.

Uno de ellos se encerró en el coche con mi documento a pedir información por radioteléfono. Un momento después salió con la cara desencajada.

—¿Qué pasa? —le preguntó el otro.

—Parece que es verdad, que no ha sido detenido nunca.

—¿No será un error de la central?

—No lo creo. Lo verificaron bien.

Los dos se quedaron mirándome incrédulos, sin saber qué decir.

—¿Puedo coger mi documentación y marcharme?

—Sí. —El que la tenía me la entregó y me largué corriendo.

Sin embargo, que los policías pensaran que una transexual como yo necesariamente hubiese tenido que haber estado detenida me hizo pensar que probablemente todas mis compañeras lo habían estado, lo cual podría significar simplemente que muchas vivieron en la calle el tiempo de las redadas, cuando con frecuencia las detenían durante tres días sólo por ser trans.

En aquel entonces, transexualidad era sinónimo de prostitución callejera, con unas pocas excepciones, que se dedicaban al mundo del espectáculo. Y no sólo para mí, que era una persona de fuera y bastante solitaria. Noemí, de quien hablaré en el próximo capítulo, que es de Barcelona y muy sociable, desde la adolescencia había dado muestras de gran curiosidad por todo lo que se relacionara con la transexualidad y con la prostitución, y había merodeado mucho por los sitios donde ésta se practicaba. Con unos amigos se ponía en la calle Tapias a cronometrar el tiempo que pasaba entre el momento en

que una mujer subía con un cliente y el de su regreso, la faena ya hecha. El resultado del cronometraje nos parece hoy imposible: ¡minuto y medio! A pesar de sus tempranas andanzas por los barrios bajos, Noemí sólo llegó a conocer a una transexual que no se dedicase a la prostitución siendo ya bastante mayor. Y la gran mayoría de las transexuales sigue dedicándose a ella. Por eso, para mí la transexualidad «real» es la que se dedica a la prostitución. Los colectivos son sólo grupos de apoyo, a veces efectivos, con pocos militantes y una página web. *Lobbies* que, en principio, no cobran por sus servicios, aunque la mayoría en definitiva sí lo hace, en forma de subvenciones. Y detrás de las actuaciones individuales de las que se expresan públicamente fuera de los colectivos generalmente hay simple exhibicionismo, al cual somos muy dadas las trans. Por eso, cuando miro hacia atrás y recuerdo que fui al colectivo a hacer trabajo de campo antropológico y al Arco simplemente a ejercer la prostitución, tengo la impresión de que las cosas salieron al revés y de que mi verdadero trabajo de campo lo hice en el Arco, y en el colectivo, militancia, casi siempre poco activa. Y no salieron al revés por azar, sino porque *tenían* que salir así, ya que la gran mayoría de las trans, tanto de las no camufladas como mujeres genéticas como de las camufladas, se dedican a la prostitución y no asoman nunca la cara por los colectivos, cuya existencia, como me pasaba a mí, muchas ni siquiera conocen. Y no es lo mismo estar a merced absoluta de un tío agresivo que amenaza con ponerse violento y que te trata de «puta asquerosa» (no sé por qué, pero a algunos les encanta insultar, probablemente para sentirse superiores), que reunirse, muy seria y formalmente, con responsables políticos para plantearles las reivindicaciones de la comunidad genérica. Como no conocen nuestro potencial de votos (y aunque saben que es escaso, ignoran nuestra influencia en ciertos sectores de la sociedad, dada nuestra presencia relativamente importante en los medios) nos escuchan con atención y en ocasiones intentan que nuestra situación mejore un poco. Además, el dialogar con nosotras les da una imagen de progresismo de la cual las dos partes somos conscientes. Y hoy en día ser progre se ha convertido en un estereotipo que hay que adoptar en la mayoría de los ambientes intelectuales y políticos. Un estereotipo tan falso y tan generador de hipocresías como los de género.

A veces había tíos con los que todas las mujeres se negaban a ir.

«Es que por el tufo se nota inmediatamente que va bebido», explicaban cuando habían pasado. Con frecuencia era yo quien terminaba yendo con ellos. Primero, porque tardaba en sentir el olor a alcohol (tengo mal olfato). Segundo, porque los borrachos se me daban bien. Empatía de alcohólica, supongo. Sentía cuando tenía que darles la razón y cuando podía llevarles, diplomáticamente, la contraria. Recuerdo que una vez subí con uno que estaba, además de muy bebido, desesperado por no recuerdo qué problemas. Me puso en el cuello un destornillador muy grande y con la punta afilada, como si quisiera vengarse conmigo de la rabia que sentía. Le di toda la razón del mundo y aparté suavemente el destornillador. Se calmó un poco, pero volvió al ataque, y otra vez la misma historia. Al final se le pasó un poco la borrachera, y la ira, y se fue, calmado y desahogado, y me pagó bien. Por el tiempo y por el desahogo porque, aparte de con la punta del destornillador, ni me tocó.

Con los drogadictos no me iba tan bien como con los borrachos, empezando porque tampoco me daba cuenta de que lo eran. Una noche, muy tarde, y sin haberme estrenado aún, fui con uno al parque que teníamos al lado, y me atracó con una navaja. Cuando le dije que solo tenía quinientas pesetas (lo que era cierto) y se las di, se puso furioso y me amenazó con que me mataría si no le daba más.

—Puedes registrarme y verás que no tengo ni un duro más. Si quieres, me desnudo, para facilitarte el registro. De todas formas, ten en cuenta que estamos al lado de un cuartelillo de la policía urbana (lo que era cierto y evidente: la acumulación de coches policiales a la entrada lo demostraba), que con cámaras de vídeo controla el parque y la zona (se me acababa de ocurrir). Así que si me matas no ganas ni un duro y te metes en un buen lío.

Cuando, después que él, salí del parque, mis compañeras me hicieron reproches.

—¿Pero es que no te diste cuenta de que era un yonqui?

—Pues no.

De todas formas, a esas alturas tenía bastante experiencia en ser atracada, pero en calles generalmente bien iluminadas, donde todo tenía que ocurrir muy rápido. Siempre iba a pie de mi habitación, en las Ramblas, al Arco, y del Arco a mi habitación, lo que a lo largo de los años me valió varios atracos. Seis, según mis cálculos, lo que hace un promedio de un atraco cada dos años. Como nunca, menos una vez,

llevaba nada de valor en el bolso, que era lo que se llevaban, y cuando me había ido bien la mayor parte del dinero lo llevaba escondido en las medias, estos atracos me salieron mucho más baratos de lo que me hubiera salido desplazarme siempre en autobús. Otra cosa es el trauma que los atracos te producen, el sentir la fría hoja de un cuchillo o de una navaja en el cuello y saber que tu vida depende de que te crean que no llevas más dinero.

Los viernes y los sábados, a partir de las tres de la madrugada, era cuando más se trabajaba. Recuerdo ocasiones, numerosas, en que el viernes hacia las tres todavía no me había estrenado en toda la semana, y al final resultaban ser semanas económicamente magníficas.

Sólo tuve que soportar una redada colectiva, de la que sospecho que fui la causa. Yo (que entonces llevaba el cabello rubio) solía ser la primera en llegar al Arco, porque también me gustaba irme temprano, y me ponía en el sitio más visible. Una noche a mi lado se detuvo un coche con un conductor joven y robusto, y a su lado un señor mayor con ínfulas de importante, que me mostró su placa oficial y me dijo que él era uno de los jefes de la policía de Barcelona y que no quería verme más por el Arco. Le contesté que no se preocupara que sólo me quedaría unas horas. «¡Ni unas horas ni nada, fuera inmediatamente!» No me moví y él, con cara de enfado, le hizo al chófer señal de que arrancara. Escenas parecidas se repitieron varias noches, hasta que me dijo, sin ira, en una serena amenaza: «Le advierto que es la última vez que se lo digo. Yo tardo en actuar, pero cuando lo hago...». Yo resistía porque era mi medio de subsistencia y también porque sentía cierta nostalgia del mundo judicial y necesitaba que él diera el primer paso para poder denunciarlo, aún sabiendo que era muy difícil llegar a un juicio. A Cristina, una trans cliente de mi época de abogado, en una comisaría le habían destrozado la prótesis de un pecho a patadas, y, a pesar de tener una orden muy explícita y muy clara del juez, no conseguí que el jefe de la comisaría me facilitara la lista de los agentes que habían estado de servicio la noche en cuestión, para proceder a una rueda de reconocimiento. El juez se limitó a explicarme que, frente a esa situación, él no podía hacer nada. Ante eso...

Como el teñírmelo tanto de rubio me estaba quemando el pelo, un día decidí oscurecerlo. Esa misma noche, o la siguiente, en el Arco se detuvo una furgoneta de la policía y nos metieron dentro (no a la

fuerza, pero sí bajo la amenaza de la fuerza) a todas las que ahí estábamos en ese momento, unas treinta, mujeres y transexuales mezcladas. Nos llevaron a la comisaría de la Vía Layetana y nos dejaron, de pie, en el vestíbulo, durante un momento, al cabo del cual apareció el jefe que quería echarme.

—¿Dónde está la rubia? —preguntó furioso. Se acercó a las dos o tres rubias que había y las examinó de cerca. Era evidente que ninguna de ellas era yo, que permanecía discreta al fondo, detrás de una más alta que yo. El jefe miró fijamente al policía que parecía haber dirigido la redada, quien, a manera de explicación, levantó los hombros y dijo:

—No había más rubias.

El jefe se encerró detrás de una puerta y no lo volvimos a ver durante las horas que nos tuvieron ahí. A todas nos llevaron, de una en una, a los lavabos donde nos desnudaron, examinaron cuidadosamente nuestras pertenencias y nos hicieron hacer largas flexiones, de las que esperaban, supongo, que, si teníamos bolas de cocaína en el ano, las hicieran salir. Pero ninguna fue inculpada de nada y a las tres o cuatro de la madrugada nos encontramos todas de nuevo en la calle. Siempre me he preguntado qué hubiera ocurrido si el jefe que iba por mí me encuentra. En todo caso, para evitar problemas, en adelante llegué más tarde, me puse directamente en un lugar más discreto y no volví a ver nunca al jefe al que tan mal le caía.

Al acoso de la policía se sumó la violencia de los *skinheads*, que se limitó a amenazas y persecuciones hasta cuando, en octubre del 91, ocurrió el terrible asesinato de Sonia. Muy bonita debió de ser en sus mejores tiempos, porque lo era cuando la conocí, y Lola me dijo que lo había sido mucho más. En cualquier caso, yo siempre la vi sonriendo. Ernestina, la que estaba con ella y sobrevivió a la paliza, contó que dormían profundamente bajo el efecto de la droga cuando fueron agredidas por un grupo de *skins* que probablemente las había seguido hasta el parque.

Se tardó aproximadamente un año en descubrir a los autores. La versión que dieron los medios de ese retraso fue la siguiente: el juez que llevaba el caso encargó su investigación a la Policía Nacional, la cual, a medida que pasaban los meses, no le aportaba ningún resultado. Entonces el juez, sin decírselo a la Policía Nacional, encargó simultáneamente la investigación a los Mossos d'Esquadra, los cuales,

a los tres meses, valiéndose sobre todo de escuchas telefónicas, descubrieron a los culpables, que fueron juzgados y condenados.

Durante el tiempo que transcurrió entre el asesinato de Sonia y el descubrimiento de los culpables, vivimos en un estado de miedo rayano en la paranoia, estimulado por *skins*, aspirantes a *skins*, o niños que jugaban a ser *skins* para divertirse asustándonos. La Rubia y yo tuvimos que correr varias veces, perseguidas por grupos agresivos, hasta encontrar un sitio seguro donde refugiarnos. Afortunadamente en la zona del Arco hay, además del cuartelillo de los urbanos, un cuartel grande de los Mossos y el Palacio de Justicia, siempre custodiado, antes por la Guardia Civil y ahora por los Mossos, y en el que hasta hace poco estaba el Juzgado de Guardia.

Una forma que tenían los policías de fastidiarnos consistía en acercarse en el coche patrulla a un grupo y pedir los DNI. Con los documentos en la mano se encerraban en el coche, de cristales opacos, supuestamente para llamar y verificar, y permanecían ahí mucho tiempo, a veces horas, durante las cuales no podíamos ni ocuparnos ni marcharnos. De esa forma, indirecta, nos privaban de libertad el tiempo que quisieran.

Durante muchos años nos ocupábamos principalmente en un gran descampado situado donde habían estado las redes de vías férreas que habían rodeado a la desaparecida Estación del Norte. El espacio era tan grande que en él cabían dos compartimentos: uno, al lado de la entrada, donde se ponían casi todos los coches, y el otro, muy profundo y oscuro, para quienes buscaran mayor intimidad y no temieran un mayor peligro. Allí fue donde le dieron la gran paliza a Antonia, de la que no sabría si decir que casi la mata o que acabó matándola. Subió al coche grande de un hombre que, a pesar de que ella era una trans de mucha experiencia, le inspiró confianza. Tanta que cuando él, que parecía muy entusiasmado con ella, le dijo que prefería un lugar discreto, lo llevó al fondo del descampado. Cuando estuvieron instalados en un sitio bien aislado y bien oscuro, de la parte de atrás del coche salieron dos hombres con palos, que, junto con el conductor, empezaron a darle golpes, para luego dejarla ahí, abandonada, inconsciente y gravemente herida. Hasta el amanecer no fue descubierta.

Cuando yo la conocí era una trans grande de pelo gris que iba de vez en cuando al Arco. Decía cosas a veces graciosas pero desvaria-

ba un poco. Se decía que era consecuencia de la paliza, que había destrozado a la vez su cuerpo (tenía muchos problemas físicos) y su mente. Dejó de ir al Arco y se suponía lo peor.

A Isabel también pretendieron hacerle una encerrona. Subió con un cliente al piso de éste (lo que es arriesgado pero se paga bien) y en cuanto entraron, el hombre cerró la puerta con llave y aparecieron otros dos. Isabel sacó del bolso el gran cuchillo que siempre llevaba encima y la debieron de ver tan decidida a usarlo que la dejaron ir sin hacerle nada. Unos meses después, como ya he contado (pp. 145-146), apareció en medio de un gran charco de sangre.

Una noche la policía empezó a exigir la documentación a la salida del descampado. Lo que ignoraba era que de muchas, quizá de la mayoría, de las parejas que estaban en los coches, ninguno de sus miembros era profesional de la prostitución. Cuando se vieron rodeados de señoras, casi todas de aspecto muy respetable, que, llorando, les suplicaban que no dijeran nada a sus familias, suspendieron la operación.

Entre quienes me compraban preservativos había una mujer nueva —pensaba yo—, alta, muy delgada, lo que le formaba arrugas en la cara, y vestida de forma anticuada. Pronto me enteré de que se llamaba Marisa, era de las más antiguas del Arco y del Pescado, y acababa de salir de la cárcel después de pasar en ella ocho años por haber matado a otra mujer de una puñalada. La Rubia estaba en el bar en el que se refugió la víctima después de ser herida. Apoyaba la mano en el vientre pero no se la veía sangrar: la hemorragia era interna. Alcanzó a decir: «Me voy a morir», y cayó muerta. Las que estaban en el Arco esa noche vieron llegar a una Marisa descompuesta que repetía: «Me he buscado la ruina».

Después de su regreso al Arco, en poco tiempo, Marisa ganó peso, robustez, belleza, elegancia, juventud. Era una mujer sólida pero esbelta, con un carácter fuerte. Demasiado. Si antes sólo se echaba a alguien muy de vez en cuando y por motivos muy graves, como que robara demasiado (a las que robaban moderadamente se les toleraba), en cuanto Marisa se convirtió en la jefa indiscutida del Arco, lo que ocurrió rápidamente, la situación cambió. Casi siempre trabajaba bastante y estaba de buen humor. Pero como trabajara poco y viera una nueva (y casi siempre las había por la continua rotación de parte del personal), la carrera de ésta en el Arco había terminado.

Nadie se atrevía a no colaborar para echarla, aunque no fuera lo que deseara hacer, porque ello hubiera implicado enfrentarse con Marisa. O sea, tener que dejar el Arco junto con la nueva echada.

Marisa y yo manteníamos una relación muy cordial, sólo enturbiada, en lo que a mi concierne, por el mismo motivo por el que otras mujeres, a las que también apreciaba, me exasperaban: su machismo. Como la hemofilia, el machismo es un mal de hombres que transmiten las mujeres. El marido de Marisa, siendo mucho más pequeño y aparentemente más débil que ella, le había roto los dientes superiores, que llevaba postizos. «En mi casa —decía— manda mi marido. Y si él no está, mi hijo de diecisiete años. Y si él tampoco está, mi hijo de siete.» O sea, todos menos ella, que era quien los mantenía. Su actitud, y la de la mayoría de las mujeres, me hacía pensar en las palabras de Janice G. Raynond cuando afirma que las transexuales no poseen la realidad de la mujer porque no han tenido que vivir en un cuerpo de mujer con todas las historias que ello acarrea: menstruación, embarazo o su posibilidad, parto y aborto, ciclos corporales y cambios vitales, y, sobre todo —porque era lo que yo percibía más inmediatamente—, subordinación, en una sociedad dominada por los hombres (Raymond, 1994).

Por su machismo y la buena relación que tenía conmigo, un día que decidió que había que echar a una transexual, vino hacia mí, muy decidida, como siempre en estos casos, y me dijo: «Norma, a ese maricón hay que echarlo, pero como es un hombre, yo no puedo hacerlo, así que tendrás que hacerlo tú, pero no te preocupes que yo y las demás mujeres estaremos detrás de ti, listas a lanzarnos sobre él si intenta tocarte». Yo, desde luego, no tenía ningunas ganas de echarla, pero menos todavía de pelearme con Marisa, así que hice lo que me pidió, y no una sino varias veces. A mí fue a la única trans a la que se lo pidió porque era la única que estaba con las mujeres y me tenía a mano. Además, habiendo conversado mucho más conmigo que con las otras, me tenía más confianza.

Me desagradaba mucho esa función de echadora de trans, no sólo porque no se corresponde con mi forma de ser sino porque además tenía el convencimiento (y los hechos me dieron la razón) de que esa actitud de no dejar que las que se marchaban fueran reemplazadas por otras nuevas haría que cada vez fuéramos menos y atrajéramos menos coches, menos clientes, menos actividad. Una vez incluso me

dolió hacerlo. Se trataba de una trans colombiana joven, bonita, que me caía bien y a veces venía donde yo estaba y se quedaba a charlar largos ratos conmigo, lo que probablemente contribuyó a que Marisa se fijara en ella y se diera cuenta de que trabajaba mucho, bastante más que ella, y eso que fue su perdición. La noche que me acerqué a ella con un grupo de mujeres detrás, ya sabía de qué se trataba, porque yo le había explicado la situación. Me dio un beso (un beso rápido, violento, no sé si lleno de odio o de amargura) y se marchó corriendo. Es la única vez que he visto que se eche a alguien sin mediar ni una palabra.

Las primeras extranjeras que impusieron su presencia, aunque por poco tiempo, fueron cuatro ucranianas, muy jóvenes y bellas. Se instalaron en la esquina que durante mucho tiempo había sido la de los travestis. Frente a ellas, en el chaflán, pero no aparcados, dos coches con seis o siete hombres fornidos y agresivos. Las primeras noches, si alguna intentaba hablar con las ucranianas, de los coches empezaban a salir hombres en actitud agresiva. Las cuatro chicas, además de su físico y de su actitud casi siempre risueña y amable, contaban con la ventaja de ser novedades, lo que normalmente atrae bastante. En este caso tanto, que eran, y de muy lejos, las que más trabajaban. Al poco tiempo, en una operación policial de la que los medios informaron ampliamente, los proxenetas fueron detenidos. Su jefe resultó ser un español. Sin protección, las cuatro guapas estaban condenadas. Marisa me pidió que fuera a hablar con dos trans nuevas, las dos muy grandes, que se colocaban en un lugar discreto y les pidiera que vinieran a apoyarnos para echar a las ucranianas. Las dos trans accedieron con entusiasmo, supongo que porque así tenían la impresión de que se integraban en el grupo y de que éste las aceptaba. Todas las mujeres y todas las trans rodeamos a las ucranianas. Marisa intentó convencerlas de que se fueran a las buenas. Ellas se negaron y se llegó a los golpes. Unos pocos tuvieron la eficacia que no habían tenido las palabras. Las cuatro chicas pararon un taxi, se subieron a él y se fueron. Un momento después las siguió, a pie, una que llevaba bastantes meses en el Arco y que había cometido el error de hacerse amiga de las ucranianas, lo que para Marisa era imperdonable.

Entre las mujeres también había peleas. Más que peleas, gritos, insultos, amenazas, empujones, siempre por motivos de droga.

Así como entre las mujeres la jefa incontestable era Marisa, en-

tre las trans lo era Victoria. Lo que ocurría era que no se dignaba ejercer su jefatura. Pasaba olímpicamente de eso. Mientras las cosas marcharon bien en el Arco, iba casi todas las noches. Trabajaba sin parar, y cuando se cansaba se iba. Vestía con mucha elegancia y vivía en un piso alquilado en la parte alta de la ciudad, por el que pagaba una cantidad impresionante. Era alta, robusta, con el pelo largo teñido de rubio. Su físico me hacía pensar en una brasileña, *vedette* trans del espectáculo, que unos años antes había triunfado en Barcelona, Lorena Capelli, que actuaba con unos enormes adornos de plumas que casi llegaban hasta el techo del teatro Apolo, donde se montaban sus *shows*, y que debían pesar no menos de treinta kilos. Murió muy joven, a causa de su insaciable sed de feminidad. Quería tener reglas y consiguió que un cirujano le hiciera una conexión entre el vientre y la vagina, lo que permitía que ésta sangrara. Murió a consecuencia de la operación. El cirujano fue inhabilitado de por vida para el ejercicio de su profesión y su clínica clausurada definitivamente.

Victoria, en cambio, no estaba operada y en eso basaba su éxito, en su vigorosa sexualidad. Era muy enérgica y, más que huir de las peleas, las buscaba. Era famosa su agresión, a puño limpio, a dos policías, que ella me mencionó una noche y otras me confirmaron. A consecuencia de esa pelea, perdió los dos dientes superiores delanteros, que llevaba postizos, pero no fue a la cárcel. Siempre me quedé con ganas de conocer los detalles de esa pelea.

Pero su fuerza y su valor no le impedían tener también muy desarrollados la perspicacia y el instinto de conservación, como cuando, al lado de las trans, se puso un jovencito delgado, con pantalón a rayas, que me hacía pensar en el *Arlequín* de Picasso. Todas sentimos como una ofensa que en medio de tanta feminidad se instalara una especie de payaso, y teníamos la seguridad de que Victoria lo echaría. En cuanto llegó, le explicamos la situación y fue hacia él.

—Este es un sitio de transexuales. Los chaperos, a otra parte, que también tienen sus sitios.

El Arlequín le explicó tranquilamente que necesitaba una determinada cantidad diariamente para droga, y que su compañera necesitaba otro tanto, y que tenía que conseguir ese dinero todas las noches, al precio que fuera.

Para sorpresa de todas, Victoria dio media vuelta, diciendo:

—Que haga lo que le dé la gana, yo me voy a poner a trabajar.

Victoria también era lúcida respecto a los límites que su constitución robusta imponía a su feminidad, por mucho dinero que gastara en ésta. «¿Para qué me voy a operar —decía— si los clientes lo que buscan en mí es una buena picha, y de todas formas en la calle siempre me gritarán “Maricón”?»

El Arlequín pronto se vistió de mujer, lo que, junto con su delgadez y la delicadeza de sus rasgos, le dio el aspecto femenino de una trans más. Una noche, alrededor de una hoguera, nos contó que cuando Victoria se le acercó, tenía la mano en el bolsillo y en ella una navaja de muelle. Había decidido que en cuanto Victoria llegara a la altura de un árbol que tenía muy cerca, le clavaría la navaja. Como era muy rápida, no le dejaría tiempo de defenderse. Por el tono en que lo contaba daba la impresión de que realmente lo habría hecho. Pero Victoria se detuvo a unos centímetros del árbol, y debió adivinar que la otra se disponía a atacarla y que debía de ser muy peligrosa. Olió el peligro, se dio cuenta de que no tenía nada que ganar enfrentándose a él y se alejó. Una persona intuitiva.

Una noche la vi, de lejos, persiguiendo, cinturón en mano y dándole golpes, a la Morbo, otra rubia alta, con facciones más armoniosas pero con menos estilo. El fondo del asunto era que Victoria acusaba a la Morbo de estropearle clientes, es decir, de ir con ellos por menos dinero del que ella les cobraba y consentir en hacer cosas que Victoria no hacía. El caso es que la Morbo nunca volvió por el Arco. Se montó un negocio de sadomasoquismo en el que parece que le ha ido muy bien.

No sé por qué a la Morbo se le llamaba así, y no tenía importancia pues casi ninguna era conocida por su nombre legal. En el caso de las trans, era lógico, pero con muchas mujeres también ocurría. Cuando los policías devolvían los DNI y empezaban a llamar a cada una por su nombre para que lo recogiese, nos llevábamos cada sorpresa. Pero no duraba y nos seguíamos llamando por el nombre por el que nos conocíamos, de la misma manera que el hecho de que después de su asesinato los medios publicaran el nombre legal de Sonia no nos sirvió para nada, pues siempre nos hemos referido a ella, que es un tema de conversación que no ha desaparecido del todo y vuelve de vez en cuando, por el nombre que se había dado. Muchas trans han sido asesinadas en España, algunas muy bonitas, sin que nunca se hable de ellas, y por alguna extraña conjunción de circunstancias, mien-

tras las demás han pasado al olvido, Sonia se ha convertido en el símbolo de todas ellas.

Marisa y Victoria, a quienes no recuerdo haber visto nunca juntas (lo que puede ser atribuible a que cuando Marisa salió de la cárcel, la época de esplendor del Arco ya había pasado y Victoria iba poco a él), tenían en común una forma enérgica de caminar, como soldados en desfile, lo que, unido a los grandes tacones que utilizaban, permitía oír las llegar desde muy lejos. Victoria, a veces, desde la calle Wellington, donde se ponían las trans, venía hacia mí, que estaba en la calle Nápoles, junto a las mujeres. Viendo su forma de caminar, que parecía que se fuera a devorar el mundo, y oyendo su taconeo, no podía dejar de temer que viniera a darme una paliza. Sin embargo, cuando estaba a mi lado, me daba un par de sonoros besos, me trataba de «cariño» (y con cariño), se interesaba por mis asuntos y me daba consejos. Era evidente que de alguna forma intentaba protegerme, y sin embargo nunca pude perderle el miedo, un miedo totalmente injustificado. Dejé de verla un tiempo y cuando la reencontré la vi bastante desmejorada. Me contó que había tenido una tuberculosis y que había pasado varios meses en el hospital. Luego la vi varias veces de día, convertida en un señor barrigón y casi feo. Siempre me decía que la semana próxima se volvía Madrid, de donde venía, pero nunca lo hacía. Hace unos meses me enteré de que había muerto de sida. No sé a qué edad, pero debía de ser aún bastante joven, quizás unos veinticinco años, que es la edad en la que mueren casi todas las trans. Y había ido a hacerlo a su pueblo natal, Alcalá de Henares.

Si se piensa un poco en Victoria, se llega rápidamente a la conclusión de que estaba condenada a morir joven de sida, por la coincidencia en ella de tres factores cuya unión resulta inevitablemente letal: *a)* el gran tamaño de su pene, que le impedía usar preservativos, *b)* la potencia de su líbido, que la impulsaba al sexo activo y *c)* su despreocupación al respecto, pues cuando murió ya existía, desde hacía años, medicación eficaz contra el sida.

Además de Victoria, había otra trans temida en Barcelona, Uma, que nunca iba al Arco. Era la que mandaba en el campo del Barça, pero ahí nunca la vi porque llegaba tarde y la Rubia y yo, durante el poco tiempo que fuimos, nos íbamos temprano. También trabajaba en las Ramblas, que era por donde yo vivía, pero donde nunca trabajé, así que tampoco la vi allí.

Así como Victoria había sido trans toda la vida (o, al menos, durante la parte de su vida que se conocía), Uma había dado un largo rodeo antes de llegar a serlo. Había tenido mujer e hijos, se decía, y había sido macarra de mujeres.

Durante un tiempo viví en una pensión al lado del callejón de Santa Mónica, que en sus tiempos de esplendor había sido el equivalente barcelonés de la madrileña calle María de Molina, con una enorme cantidad de trans concentradas en poco espacio, muchas de ellas tan esplendorosas que aquello, más que un callejón prostibulario, parecía un concurso de belleza. Muy cerca vivía una trans grande, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, y con quien me había encontrado montones de veces en diferentes bares e incluso una vez a la entrada de la cárcel Modelo, donde yo, como abogado, iba a ver a un cliente y ella a visitar a alguien. Manteníamos una relación cordial, sin llegar a la amistad. Como no sabía su nombre, un día se lo pregunté. «Doris», me contestó.

Al Arco iba algunas noches el joven marido de una chica que trabajaba allí y teníamos breves conversaciones. En una de ellas me contó que era sobrino de la famosa Uma, nombre que en realidad era el de combate, por así decirlo, pues en su vida privada usaba otro: Doris. Así que mi vieja conocida de muchísimos años, quizá veinte, era la famosa Uma, y yo sin enterarme. Nunca tuve ocasión de comentárselo, pues yo ya vivía en otro sitio. Aunque pasaba a veces por las Ramblas, ya no nos veíamos. La volví a ver sólo una vez, tomando el sol en un asiento, con los ojos cerrados. La vi tan terriblemente envejecida, con el rostro lleno de arrugas, que no me atreví a hablarle. Más tarde supe, por otra trans que también trabajaba en el campo del Barça, que tenía un sida bastante avanzado. Recientemente me enteré de que se encuentra muy repuesta, vive en un pueblo y sólo viene a Barcelona de vez en cuando, trabaja lo justo para ganar el dinero que necesita y se marcha. O sea que, por diferentes motivos, el Arco y el Campo se quedaron sin las trans que en ellos habían mandado.

Si yo no despertaba hostilidad (aunque, según varias fuentes, se hablaba bastante mal de mí y de mi costumbre de estar siempre con las mujeres) era porque trabajaba poco, y de la misma forma que las que trabajan mucho despiertan odios y envidias, las que trabajábamos poco suscitábamos más bien simpatías. Con frecuencia las mujeres me regalaban ropa de calidad en buen estado, de la que sólo conser-

vaba la que más me gustaba y tiraba el resto, así como magníficos bolsos, de manera que estos fueron capítulos en los que nunca tuve que invertir ni un duro.

Así como mi miedo a Victoria era totalmente injustificado, no lo era, en cambio, el que sentía hacia los tíos en cuyos coches subía. Se habla mucho del dinero que roban a sus clientes quienes se dedican a la prostitución y muy poco del que los clientes les roban. Las mujeres son víctimas más fáciles, tanto para robar como para violar (las dos cosas a veces van juntas). A mí solamente en una ocasión me robó un presunto cliente, un jovencito con cara de inocente, en un coche pequeño, que me suplicó que lo llevara a un sitio discreto, pues era vecino del barrio y no quería que lo reconocieran. Cuando llegamos al sitio discreto, y oscuro, de la parte de atrás del coche saltó un pequeño con máscara y blandiendo un gran cuchillo. El conductor empezó a blandir otro similar y me hicieron varias heridas en las manos, con las que trataba de protegerme.

—¡Fuera, hijo de puta! —gritó el pequeño, grito completamente inútil pues una patada me arrojó del coche, y de pronto me vi con el culo en el suelo, sin bolso y con las manos sangrando mientras veía alejarse el pequeño coche.

A la Rubia, que es un poco despistada, como yo, le robó (pero no la violó) dos veces un mismo presunto cliente. Y lo hubiera hecho una tercera vez si no hubiese sido porque, cuando estaba a punto de subir a su coche, una compañera le gritó:

—¡Rubia, no subas, que es el ladrón!

La Rubia cayó entonces en cuenta de por qué su rostro le resultaba familiar. A ella y a otras, pues había robado a varias mujeres del Arco y seguía yendo como si nada. Pero a partir de entonces no volvió. Como siempre, aunque teníamos el número de matrícula de su coche, de denuncias, nada. ¿Para qué? La palabra de un señor «respetable» (que es lo que parecía ser) vale más para la policía y para la justicia que la de varias putas y trans.

Una vez, sin embargo, sí hubo denuncia, pero es que en el denunciado se daba la especial circunstancia de ser hermano, recién salido de la cárcel, de una de las mujeres del Arco. O sea, lumpen, como nosotras. Robó y violó a varias, entre ellas a Consuelo, la superlista, que normalmente usaba lentillas, como yo entonces, pues era bastante miope. La primera vez le ocurrió porque, sabiendo de quien

era hermano, no sospechó nada y la pilló de sorpresa. Luego, una noche se dejó las lentillas en casa, por las prisas, o por olvido, o porque tenía los ojos irritados, o por lo que fuera. Y sin lentillas no veía tres en un burro. Así que cuando le paró el hermano de la compañera, subió sin sospechar nada. Cuando se dio cuenta de quien era era demasiado tarde, y volvió a violarla y a robarle. Puso denuncia, por la que el hombre fue detenido (creo que estaba en libertad condicional). Y a partir de ahí empezaron las presiones contra Consuelo. Sin amenazas, pero lloronas. No de la hermana, que se mantuvo aparte, pero sí de la madre, la tía, las otras hermanas, etc. Pero Consuelo se mantuvo firme, hasta el día del juicio. Esa mañana yo estaba allí, no recuerdo si porque ella me pidió que fuera o porque le dije que quería ir y ella me dijo que de acuerdo. Y delante mío fue su propio marido el que, más que pedirle, le ordenó que no entrara a la sala a declarar. Ella normalmente discutía mucho con él y parecía ser quien mandaba. Pero cuando su voz de hombre que había atracado varios bancos se ponía amenazadora, las cosas cambiaban, y ella, que era la única testigo, no entró a declarar, decisión que tomó cuando ya la estaban llamando para hacerlo. Total, el hombre quedó libre después de unos meses de prisión preventiva. Pero no volvió a violar y robar en el Arco.

Una noche que estaba casi sola, un coche se detuvo a mi lado. Me pareció que era él y le dije que no podía pues ya había quedado con un cliente. Pero nunca sabré si realmente era él (sólo lo había visto una vez, brevemente, el día del juicio) o si se trató de una aprehensión mía.

Lo que sí me ocurrió varias veces fue, después de pasar un largo rato con un cliente y no correrse éste, tener que devolverle el dinero que me había pagado por adelantado. Eran honestos y sólo se llevaban lo que me habían dado. Pero también eran grandes y fuertes y detrás de su petición había una amenaza implícita de recurso a la fuerza. Los pequeños y débiles no reclamaban nada y daban por bueno el intercambio de un poco de dinero por un rato de placer, aunque éste no tuviera su culminación. Por eso prefería a los viejitos pequeños. Con ellos, sin ningún temor, me desinhibía completamente y sacaba a relucir mi lado más exhibicionista. Y ellos frecuentemente me lo retribuían bien.

Como devolver el dinero es algo que en principio, se dice, no debe hacerse nunca y nadie confesaba haberlo hecho, yo también me

lo callaba y soportaba con humor que se burlaran de mí por preferir los viejitos gagás a los tíos con pinta de boxeadores por los que otras se volvían locas.

Cuando llegué a Barcelona y hasta bastante avanzado mi ejercicio de la prostitución, las mujeres mayores trabajaban mucho. Y también algunas trans que habían dejado atrás su juventud. En la calle Tapias, frente al «Barcelona de Noche», durante el día había varias señoras mayores a quienes no parecía irles mal. Y se contaba (lo que nunca verifiqué) que en un cine una señora mayor les hacía pajas —cobrando, claro— a quienes se ponían a su lado, que a veces era a sus lados, pues frecuentemente lo hacía con dos al tiempo, uno con cada mano.

En cuanto a las trans propiamente dichas, Isabel, la que recibí la puñalada, durante el día era un señor calvo de muy buen humor, y por la noche, con su peluca y su vestimenta femenina, se convertía en una señora madura muy agresiva que con facilidad insultaba a quienes pasaban a su lado. La Rubia y yo solíamos dar vueltas por el Arco, conversando, y evitábamos siempre el lugar donde se ponía Isabel, pues sabíamos que nos insultaría. Un día decidí que eso no podía continuar y decidí enfrentarme con ella, que era de un físico menudo y de apariencia frágil, pero la Rubia me convenció de no hacerlo pues ella siempre llevaba un gran cuchillo en el bolso y yo ninguna arma, por lo que el enfrenamiento podía salirme caro.

Mayor que Isabel, cuyas pelucas eran oscuras, se veía Antonia, la que había recibido una paliza, con su pelo gris. Pero iba al Arco, mientras fue, muy de vez en cuando, y más a conversar que a trabajar.

El que las mujeres mayores tuvieran bastantes clientes muchas lo atribuían a que cobraban poco y a que chupaban sin goma. Lo primero lo negaban, sin convencer, pues con frecuencia surgían evidencias que lo confirmaban. Lo segundo lo admitían y sostenían que no había nada de malo en ello pues toda la vida lo habían hecho sin haber contraído por ello ninguna enfermedad. El sida, en todo caso, las respetó, a lo que no sé sí contribuyó el que después siempre se enjuagaran la boca con «Oraldine» disuelto en agua.

Una noche le dije a la Rubia:

—¡Cómo me gustaría tener sesenta años.

—¿Para qué?

—Para trabajar bastante.

Pero las cosas han cambiado y las mayores con las que yo trabajé se han retirado (una de ellas se volvió loca). En general, en las calles de Barcelona, se ven muchas menos señoras mayores haciendo la prostitución, aunque todavía quedan algunas. Pero, que yo sepa, ninguna trans mayor.

La Rubia cambió su piso, un sexto bastante grande pero mal distribuido y peor conservado, por un segundo pequeño y varios millones, gracias a los cuales dejó de ir al Arco, igual que hice yo cuando la invasión de las negras no me dejó otra alternativa, de ello hace ya varios años.

De vez en cuando he pasado por el Arco y por el Pescado. No son ni sombra de lo que fueron. Les ocurrió como a la Rambla de Catalunya entre la Diagonal y la Plaza de Cataluña, que durante años tuvo una gran cantidad de trans espléndidas y donde ahora, con suerte, se ven una o dos, y una o dos mujeres. Pero lo de la Rambla tiene una explicación: por presión de los vecinos, la policía les cerró por la noche las calles por las que se accedía a ella y tuvieron que emigrar masivamente al Campo del Barça, donde continúan. En el Arco y en el Pescado, en cambio, durante muchos años hubo una continua y lenta decadencia. Cuando llegó la invasión de las negras ya era muy poco lo que quedaba. Y las negras, a su vez, prácticamente se han ido. Unas noches no hay absolutamente nadie, y otras, dos o tres arriba, dos o tres abajo. Nadie diría que en los noventa estos sitios rebotaban de vida.

Cuando escribí lo que antecede pensé que describía, únicamente y en sentido literal, la decadencia de la zona de prostitución callejera del Arco del Triunfo-Mercado del Pescado, en la cual he trabajado doce años. Amigas más trans me han hecho caer en cuenta de que también había descrito, en sentido figurado, la decadencia de la prostitución callejera que ocurrió simultáneamente en todas las zonas en las que ésta se practica en Barcelona, en Cataluña y en Madrid, por lo que no parece demasiado arriesgar que en todas las zonas de prostitución callejera de España y tal vez, esto no lo puedo afirmar, de algunos países extranjeros. A la autopromoción personal ha sucedido la publicidad en internet y en los pequeños anuncios de los periódicos, y a la práctica en el interior de coches, la que se realiza en pisos particulares y en burdeles.

11. Noemí y Yolanda

Ultimately transexual surgery reinforces social conformity by encouraging the individual to become an agreeable participant in a role-defining society, substituting one sex role stereotype for the other. The medical solution becomes a «social tranquilizer» reinforcing sexism and its foundation of sex-role conformity.*

JANICE G. RAYMOND, 1979-1794, p. XVII

Dos de las asistentes ocasionales más frecuentes a las reuniones y la tertulia eran Noemí y Yolanda. Siempre iban juntas, lo que era natural, porque vivían juntas y formaban una pareja que se consideraba a sí misma (y a la que las demás considerábamos) lesbiana.

Las dos eran muy grandes (más de 1,80) y Yolanda era además robusta. Si, por la noche, un hombre de sus características físicas hubiera parado su coche frente a mí, me habría inspirado miedo. Además, las dos eran profesionales de alto nivel. Noemí era economista, y se había especializado en informática. Fue de las primeras personas que en España se interesó seriamente por Internet, en un momento en que casi nadie creía que tuviese mucho futuro, de forma que cuando en la Facultad de Informática consideraron conveniente que sus alumnos se enteraran de qué se trataba, tuvieron que recurrir a ella para que les diera clases sobre el tema. Antes había sido uno de los mejores ajedrecistas nacionales, maestro internacional que, como tal, representó a España en numerosos torneos en diferentes países y ganó

* En última instancia, la cirugía transexual refuerza la conformidad social alentando al individuo a ser un agradable participante en una sociedad definidora de roles, sustituyendo un estereotipo de rol sexual por el otro. La solución médica se vuelve un «tranquilizador social» pues refuerza el sexismo y su base de conformidad con el rol sexual».

muchos trofeos. Actualmente, operada y con documentación de mujer, si se inscribiera en la Federación como mujer, a lo cual tiene perfectamente derecho, estaría, en el *ranking*, entre las primeras ajedrecistas nacionales. A su reconocida habilidad para jugar simultáneas atribuyo su facilidad para ocuparse de varias cosas a la vez (la he visto, con varios ordenadores, participar activamente en cuatro chats al mismo tiempo). Como continuamente tiene nuevas ideas, llega un momento en que algunas de sus muchas iniciativas se quedan a medio hacer y casi todas sólo en proyectos. Y como le gusta hacer favores, a todos los que se le piden dice que sí, y, con una tranquilidad eficiente, alcanza a hacer buena parte de ellos. Es indudable que en un mundo de pasividad colectiva y egoísmo individual, de pereza y abulia, de falta de iniciativas, de reacciones y no de acciones, de ingeniosos pretextos para no hacer nada, Noemí es una excepción. Aunque ya he dejado clara la amistad que hay entre ella y yo, quisiera explicitar que es mi mejor amiga (motivo por el que el lector ha de tener en cuenta que, aunque quisiera, no podría juzgarla imparcialmente) y que, teniendo muchos recursos, me ayuda mucho en muchas cosas. Ahora bien, creo que aunque no fuera amiga mía, tendría el convencimiento (como lo tienen, a su pesar, trans de otros grupos, a quienes no les cae bien) de que tiene una inteligencia muy superior a la media. Me parece que es algo objetivo, que cualquier observador vería.

El mundillo de los colectivos trans, a pesar de sus proclamadas buenas intenciones, es bastante ruin y mezquino, aunque no tanto como el de la calle. La mayoría de sus componentes tiene delirios de grandeza. Cuando no consiguen que los medios se ocupen de ellas, se dedican a escribir a los foros de las páginas web trans, las cuales, al lado de algunas observaciones interesantes, contienen muchas tonterías. Sus autoras, con tal de figurar, son capaces de expresar cualquier cosa. Y, encima, se creen en posesión del monopolio de la verdad. En las reuniones entre grupos trans ocurre lo mismo. Cuando a ellas acude Noemí, su visión global, su capacidad de análisis y de plantear estrategias de conjunto (que quizá también deba, al menos en parte, a su formación ajedrecística), la convierten, sin que ella se lo proponga, en la líder natural de la reunión. Además, tiene el «defecto» (del que yo soy con frecuencia víctima) de ser muy franca. Cuando alguna dice una idiotez (lo que muchas, con tal de decir algo, hacen) o se in-

venta (lo que está de moda) estadísticas cuya falsedad salta a la vista, a veces Noemí no resiste la tentación de ponerla en evidencia, lo que no le hace ganar precisamente amigas. Como las personas mediocres y pretenciosas son rencorosas, su intento de venganza contra Noemí, a quien no perdonan su superioridad intelectual, alcanza al CTC. Varios grupúsculos han organizado reuniones a las cuales no nos han invitado. Favor que nos hicieron, pues de ellas no salió nada positivo y nos hubieran hecho perder mucho tiempo.

Noemí ahora es muy locuaz y sociable, pero cuenta que ha tenido largos períodos de aislamiento, en la soledad y en el ajedrez. Y es que desde muy joven fue consciente de su transexualismo y temía que si empezaba a hablar acabaría contándolo todo. Cada cual tiene su táctica. Julia Reyes, la actual presidenta de Transexualia, sentía que dentro de ella había algo tan perturbador que no quería ni saber lo que era. Para ocultárselo a sí misma se refugiaba en el alcohol y en las drogas.

Berta es a la vez representativa de la transexualidad real y de la de los colectivos. Durante bastantes meses tuve la idea (que mi director de tesis avaló y parecía que ella también) de hacer de una larguísima entrevista con ella el eje de esta tesis, intercalando en medio de la entrevista explicaciones sobre el acontecer español y transexual del momento al que ella se estaba refiriendo y sobre la transexualidad en general. Habiendo sido su vida más lineal que la mía (y, de momento, bastante más corta), el resultado habría sido más sencillo y probablemente más agradable de leer. Pero en el origen de nuestro acuerdo había un malentendido: ella lo veía como una oportunidad de exponer sus puntos de vista, de hablar de las partes de su vida de las que le gusta hablar y de ponerse en valor. Yo lo veía como un ejercicio de sinceridad total de su parte, al estilo de la entrevista con Lola que se publica en el anexo. Pero a los pocos segundos de entrevista, cuando empecé a hacerle preguntas personales a las que no quería responder, el malentendido se hizo evidente y el proyecto se fue al garete. La entrevista no llegó a los dos minutos. Más tarde me enteré de las posibilidades de la etnografía extrema. La idea de exponer mi intimidad en un escrito que quizá lean más de seis personas (hay pocas posibilidades, pero alguna sí que hay) me chocaba. Sin embargo, la oportunidad de poderme dedicar no a averiguar hechos, que ya conocía, sino a reflexionar acerca de ellos, me resultaba atractiva.

En el verano de 2004, la regidora ponent de Dona i Drets Civils del ayuntamiento de Barcelona convocó un «Consell Municipal de Gais, Lesbianas i homes i dones Transsexuals» al cual fueron invitados todos los grupos afectados, los que, casi sin excepción, enviaron representantes a los primeros *consells plenaris*. Una de las primeras medidas que se decidieron fue elegir dos miembros de los grupos, uno en nombre de los gays y lesbianas y el otro en el de l@s transexuales, para que formasen parte de la mesa directiva. Por l@s trans, la elegida fue nuestra candidata, Berta (que, todo hay que decirlo, cuando quiere es encantadora, y casi siempre quiere) y por más del doble de votos que la suma de los de las otras dos personas que se presentaban. Es evidente que la actitud de pretender aislarnos no tiene éxito y me pregunto si en cierta medida no nos favorece, haciendo del CTC un colectivo especial, diferente de los otros, y dándonos cierta aureola. De momento, el Consell no ha producido, salvo declaraciones, resultados tangibles, pero confío en que llegarán.

Yolanda, por su parte, es una ingeniera técnica lo bastante cotizada en el mercado para que una gran multinacional estuviera intentando localizarla durante años y, cuando lo consiguió, pagara varios millones a la compañía en la que estaba trabajando para que le cediera su contrato. Lo cuento simplemente para poner en relieve la diversidad del mundo transexual. Yolanda, en definitiva, asistió poco tiempo al colectivo (con asiduidad, quizás un par de años, a diferencia de Noemí, que continúa yendo a él y presidiéndolo), casi todo él en la época en que nos reuníamos en los locales de la Coordinadora Gai-Lesbiana (luego lo haríamos en el Casal Lambda), cerca del Arco.

Yolanda nació en 1956, siendo, pues, dos años menor que Noemí, en el seno de una familia salmantina de clase media alta (otra diferencia con la mayoría de las trans, que provienen casi todas de familias humildes, aunque cada vez menos). A los dos años, partió, con su familia (su padre —enólogo—, su madre y su única hermana) a Venezuela, donde cursó la mayor parte de sus estudios.

Muy pronto se dio cuenta de que no era como los demás chicos. A los siete años, muy decidida, le dijo a su padre: «Me siento mujer». La respuesta fue una paliza tal que, según Yolanda, la frenó durante treinta y cinco años.

Muchas transexuales han sufrido palizas parecidas. Entre ellas, Merissa Sheril Lynn, fundadora de IFGE (Internacional Foundation

for Gender Education), que, además de otras actividades, edita la conocida revista *Tapestry*. De Lynn cuenta Gordene Olga Macenzie:

... was caught cross-dressed at age 13 by her parents and severely beaten. Over 30 years later, the scars on her back were still visible. But, Lynn asserts, the biggest scars were not on her back, but «on my very soul». After the incident Lynn began to think of herself as a misfit and a social outcast. Fearful of others, she avoided people for the next 13 years. (MacKenzie, 1994, p. 155.)

(...fue sorprendida por sus padres vestida de mujer cuando tenía trece años y fuertemente apaleada. Más de treinta años más tarde, las cicatrices en su espalda eran todavía visibles. Pero, afirma Lynn, las mayores cicatrices no fueron en mi espalda sino «en mi alma». Después del incidente, Lynn empezó a pensar en ella misma como en una inadaptada y una marginada. Llena de miedo hacia los demás, evitó a la gente durante los siguientes trece años.)

La paliza no traumatizó hasta tal punto a Yolanda, quien socialmente continuó teniendo el rol de un chico normal. Pero tenía claro que no quería ser lo que era, sino una chica, aunque era un sentimiento íntimo que de ninguna manera trascendía al exterior. «Se trataba — me explica — de algo vago que no sabía definir claramente y a lo que desde luego no podía dar nombre, pues no tenía absolutamente ninguna información al respecto.»

Influida por el espíritu del movimiento *hippie* (que perduraba, aunque su momento de esplendor había pasado ya), participó activamente en esa época en la que cogías una guitarra y te ibas a recorrer el mundo. Así viajó por varios países: Colombia, Chile, Argentina y (naturalmente) Estados Unidos, entre otros.

En el 84 volvió a España. Su proyecto era ir a París, pero como, con la preparación de los Juegos Olímpicos, en Barcelona reinaba gran actividad y había tantas y tan interesantes oportunidades, se quedó en ella. Formó pareja con Noemí y decidió operarse.

En una de las primeras reuniones del colectivo a las que asistieron, nos contaron el proceso que habían seguido para escoger al cirujano más apropiado. Como rápidamente se introdujeron en los medios transexuales, pronto supieron quiénes hacían cirugía de reasignación sexual en España y visitaron a algunos de los más conocidos. A uno de ellos le preguntaron cómo daba forma a la vagina y a la vulva, y

les contestó, bonachón: «¡Ah, por eso no te preocupes, apagas la luz y ya está! (*sic*)». Criticamos mucho su frase, que nos parecía un buen ejemplo de lo que un cirujano de CRS no debe decir. Y, sin embargo, años más tarde, una operada del colectivo quiso poner a prueba su neovagina, se fue lejos de Barcelona y consiguió un ligue. Cuando fueron a la cama, apagaron la luz, el hombre tanteó, buscando un agujero, lo encontró... ¡y ya está! Metió en él brutalmente, con todas su fuerzas, su pene hasta el fondo, produciendo un gran dolor a nuestra compañera. Hay, pues, cierta correspondencia entre el primitivismo de los cirujanos españoles y el de quienes disfrutaban sexualmente con sus víctimas. Una trans operada que ejerce la prostitución y se hace pasar por mujer genética nos contaba que así es como ocurren normalmente las cosas. La mayoría de sus clientes en la cama eran unas bestias salvajes.

En vista de las perspectivas, Yolanda y Noemí se dedicaron a buscar en el mercado mundial por Internet. Después de una larga y minuciosa búsqueda, al que encontraron más conveniente fue el prestigioso urólogo inglés Michael Royle, próximo ya a la edad de jubilarse. Viajaron a Inglaterra, hablaron con él (y con otros cirujanos especializados), lo que las ratificó en su primera elección, y concertaron fecha.

Cuando viajaron para la operación de Yolanda, Noemí aprovechó y concertó día y hora para su propia operación, que debía ser la última que realizara Royle (al final realizó dos o tres más), poco menos de un año después.

Fue grande el contraste entre el postoperatorio de las dos. En el de Yolanda, a pesar de su corpulencia, los dolores y las molestias fueron particularmente fuertes. Durante varios meses estuvo medio inválida. Con Noemí ocurrió algo muy diferente. Se había dado de baja en la empresa en la que había estado trabajando. Pero se trataba de una empresa muy especializada con la cual tenía vínculos casi familiares. Nada más llegar de operarse, murió el dueño. Los dos herederos eran un hombre y una mujer, con la que Noemí había vivido muchos años y con la cual, después de separarse, continuaba teniendo magníficas relaciones (Yolanda también había vivido con una chica varios años). La situación era urgente en la empresa pues la persona cualificada que necesitaban no era fácil de encontrar en el mercado. De modo que llamaron a Noemí y le dijeron que se dejara de postoperatorios y de tonterías, y fuera a trabajar al día siguiente, pues la

necesitaban inmediatamente. Noemí lo hizo (eran, además de sus jefes, sus amigos), tuvo pocas molestias y se quedó prácticamente sin postoperatorio, lo que me hace pensar que quizá los postoperatorios tengan más de práctica de nuestra cultura que de necesidad física estrictamente hablando, de la misma forma que los cuidados postparto nos parecen una exigencia del cuerpo de la madre pero en la muy extendida institución de la *couvade* la mujer pare y sigue trabajando como si nada, mientras que el hombre recibe todo tipo de atenciones y cuidados. A primera vista, ello nos puede parecer una prueba de lo pintorescas que son las culturas «exóticas». Pero ocurre que la nuestra no es muy diferente al respecto. «Hay una historia oculta de mujeres que paren a sus hijos y al cabo de una hora están muñendo vacas. De eso no se habla nunca» (Ségolène Royal [importante política francesa], *La Vanguardia*, 26 de enero de 2005, p. 76).

El motivo de las páginas anteriores era menos contar la vida de Noemí y Yolanda, que explicar quiénes fueron las personas que un día decidieron hacerse cargo del colectivo y dinamizarlo. El caso es que un martes llegué normalmente al Colectivo y me encontré con que había elecciones. Éramos siete. Berta no fue; era la primera vez en mucho tiempo que no asistía a una reunión. Todo parecía preparado para que Noemí y Yolanda fueran elegidas presidenta y secretaria. Aunque he intentado averiguarlo, no he podido conseguir que me digan si fue un intento de «golpe de estado» por parte de ellas o si todo estaba previamente concertado con Berta. En cualquier caso, cuando se iba a proceder a la votación, Manuel, de repente, dijo: «Yo me presento a la presidencia». Como todas (él era el único chico presente) sabíamos que era muy antiguo en el colectivo y que había hecho mucho por él, al final no se presentó ninguna otra candidatura, y resultó elegido.

No se crea que los cargos (sólo hay tres: la presidencia, la secretaría y la tesorería) son objeto de muchas ambiciones. Más bien lo contrario. Me contaba María Julia, que fue presidenta (y parece que muy activa) de Transexualia, cómo fue elegida. Hacía muy poco tiempo que había entrado en el colectivo cuando se produjo un vacío en la presidencia (la titular había tenido que irse de la ciudad). Nadie quería el cargo. Entonces las presentes decidieron que la primera que pasara por la puerta sería la presidenta. Y la primera que pasó fue María Julia. «Pero no te creas, se le coge gusto», me comentaba con sorna. El caso es que se instaló en el sillón presidencial durante varios años.

A Manuel le coincidió la elección a la presidencia con el comienzo de una tragedia personal que le impidió ejercerla. Se procedió, unas semanas después, a una nueva elección, de la que salió Yolanda presidenta y Noemí secretaria.

He de decir que Yolanda y Noemí querían hacerse cargo del colectivo porque tenían varios proyectos en los cuales habían pensado mucho y deseaban convertirlos en realidad. El colectivo no tiene ningún poder real, sólo, algunas veces, a fuerza de insistencia, cierta influencia en quienes sí lo tienen. Y en cuando a dinero, únicamente un par de veces hemos tenido pequeñas subvenciones, pero no pedimos que nos las renovaran. No cambiamos nuestra independencia por una limosna. Creo que somos el único colectivo trans de España que no busca subvenciones.

Empezaré hablando de la revista, no porque fuese el primer proyecto que realizaron (con la colaboración, en general poco entusiasta, todo hay que decirlo, de las demás) sino porque por ella pasaron, de una u otra forma, la mayoría de los otros, así como buena parte de la vida del colectivo.

Antes de la revista, el colectivo había realizado numerosas hojas informativas en forma de pequeños boletines con noticias y comentarios. Luego, una modesta revista cuatrimestral, *Transgénero*, cuyo tercer número, ya influido por Yolanda (que lo dirigió y diseñó) y Noemí, apareció en mayo-agosto de 1999, sin ninguna publicidad.

La idea de Yolanda y Noemí era hacer una gran revista dedicada a la transexualidad (no hay ninguna en España), de distribución gratuita y financiada por publicidad, fórmula que ha dado buenos resultados en muchos campos (en la universidad, por ejemplo, al entrar se ven grandes pilas de varios periódicos bastante buenos, a disposición de quien quiera cogerlos). Según sus cálculos, en pocos meses tendríamos una facturación importante, lo cual nos permitiría ampliar (en número de páginas y en tirada) la revista, lo que, a su vez, atraería más publicidad, en una espiral ascendente. El cálculo de la leche-
ra. El nombre elegido para la revista fue *BSTc*, cuyo significado explico en las páginas 42 y 43.

Se trataba de una revista de contenido serio y compaginación moderna, con fotos en blanco y negro, una extensión de 34 páginas de papel grueso y brillante, y portada de cartulina lacada. Dada la escasez de información y de reflexión impresa sobre el tema en lengua

castellana, creíamos, y seguimos creyendo, que llenaba un vacío importante.

En el primer número de la revista (de finales de 1999) publicamos la conocida proposición de ley socialista sobre el derecho a la identidad sexual, tema que nos obsesionaba, no sólo por sus posibles consecuencias (enormes), sino porque tenía unas extrañas características que le daban el aspecto de haber sido hecho para otro país o para otra época. No se entiende cómo un partido político serio y con muchos votos presentó en el Parlamento del Estado semejante proposición. Pero como es un partido al que nunca le ha faltado una cuota importante de poder (o sea, de posibles prebendas), algunas veces a nivel nacional y siempre a nivel autonómico y municipal, transexuales conocidas, que admitían en privado que era muy difícil hacer una ley peor, la apoyaron en público. La explicación que yo encuentro a ese proyecto de ley es que se pensó que parecía muy progresar hacer algo al respecto, pero el tema no interesaba a ninguno de los de la primera fila del partido, ni a los de la segunda, ni a los de la tercera... y al final lo garabateó uno de la última fila, sin entender muy bien lo que escribía. Durante el tiempo que el PSOE estuvo en la oposición, el tema cobró, a sus ojos, importancia, fue tomado en serio y el partido dio un giro de 180 grados a su orientación al respecto. Aunque no lo digan, su comportamiento actual y las características que han prometido que tendrá el proyecto de ley que presentarán al Parlamento demuestran que comprendieron que habían cometido un error.

En el mismo primer número en el que publicamos el proyecto socialista (de ocho artículos), publicamos nuestro propio proyecto de ley sobre cambio de sexo legal y derecho a la identidad de género (de cuarenta y cuatro artículos). La diferencia de longitud se explica principalmente porque el primero sólo se ocupaba de la rectificación registral de sexo y nombre, con excepción del artículo 6 («Firme la sentencia, el transexual gozará de todos los derechos inherentes a su nueva condición»), mientras que el nuestro cubre una temática más amplia que comprende: la función pública, el deporte, la privación de libertad, el campo laboral, la medicina, hijos y adopción de menores, contratos, herencias y donaciones, el matrimonio, el tratamiento transexualizador y la identidad de género. No exige, para la rectificación registral de sexo, la operación de genitales (artículo 21: «Una persona podrá solicitar y obtener su cambio de sexo legal cuando cumpla,

al menos, uno de los siguientes requisitos: Demostrar la adopción continuada, en un período no menor a dos años, de la identidad del sexo demandado»). En ello fuimos precursoras de la ley inglesa del 8 de junio de 2004 y de la futura ley española, aunque sería infantil colgarnos medallas pues, como hemos visto, la idea ya fue expresada en Francia en 1984, lo que indica que estaba en el ambiente desde mucho antes. Y, además, las ideas no son propiedad de nadie.

Nuestro proyecto, legalmente no de ley puesto que lo presentaba la oposición (concretamente, Esquerra Republicana de Catalunya), estuvo a punto de ser aprobado por el Parlamento catalán (le faltó un voto).

A propósito de la no exigencia de operación genital para el cambio registral del sexo, es de notar que en el seno de la comunidad genérica española a lo largo de los últimos años se ha producido un cambio bastante notable. Antes, sólo el CTC levantaba su voz para defenderla, voz que casi no se podía oír a causa de los gritos de las llamadas «clínicas», que eran la gran mayoría, para quienes transexualidad equivalía a operación de genitales. Las que no nos habíamos sometido a ella y no teníamos intención de hacerlo, éramos «otra cosa». Ahora, en cambio, sin necesidad de levantar la voz, la mayoría (o al menos, las más conocidas) discretamente se han puesto a nuestro lado y se muestran adversarias de la operación. Y eso que algunas de ellas están operadas, como lo estamos Noemí y yo, enemigas acérrimas de la exigencia (no de la opción) de la operación como exigencia para el cambio legal de sexo. Es un fenómeno curioso, al que Gordene Olga MacKenzie llama «la vis atractiva de la transexualidad» (MacKenzie, 1994, p. 155), en virtud del cual muchas que se declaran en contra de la operación, se operan. Mi impresión es que algunas de las que que nos operamos estando en contra de la operación lo hacemos, al menos en parte, para compensar el hecho de que nuestro físico no es muy femenino. Berta, para poner un ejemplo *a contrario*, que es muy femenina, no tiene, a juzgar por lo que dice, ni la menor intención de operarse. Es cierto que también lo decía yo (y creía que lo pensaba), pero es que no tenía dinero, lo que me privaba de libertad de elección, mientras que ella sí lo tiene.

En el segundo número de la revista publicamos el artículo «Carta abierta a la profesión médica» de Sara Seton, M. D., en el que afirma:

Hace veinte años (el *copyright* es de 1991), siguiendo al descubrimiento de los cambios de sexo y de las inversiones de sexo en el dominio animal, se encontraron hombres y mujeres con el sexo cromosómico opuesto, p. ej., hombres XX y mujeres XY. Esto ocurre en 1:20.000 nacimientos. Estos individuos han sido estudiados con investigación genética. Esta búsqueda ha revelado que el sexo de uno es determinado por una cascada de genes iniciada por un gen llamado Factor Testicular Determinante [TDF-Testicular Determining Factor]. Es la presencia del gen TDF, solamente, la que determina el sexo de uno y el desarrollo gonadal en el feto. Este gen puede hallarse en el cromosoma X o en el Y, convirtiendo la técnica de identificar el sexo por los cromosomas X e Y en irrelevante. De hecho, los investigadores han recientemente tenido éxito cambiando el sexo de un ratón simplemente alterando este gen bioquímicamente.

Por el hecho de que, a pesar de ser un tema teóricamente muy importante, no se haya vuelto a mencionar me da la impresión de que la investigación genética aludida no debió de ser ni muy rigurosa ni muy convincente.

También en este segundo número se comenta la cuarta convocatoria estatal de la FAT (Federación de Asociaciones de Transexuales), que había sido creada unos años antes con el objetivo de que los diversos grupos dispersos por el Estado coordinaran sus políticas y presentaran un frente unificado de reivindicaciones. Pero después de esta cuarta reunión (el 11 de diciembre de 1999, en Valencia) la FAT no volvió a reunirse hasta el 17 de abril de 2005, en Soria; reunión a la que asistieron diecisiete trans (en realidad dieciocho, pero uno tuvo que volverse tan pronto como llegó pues su padre acababa de sufrir una embolía); cifra que pienso que es un récord para una reunión que no ha sido convocada desde el poder, y en la cual l@s asistentes tenían que pagarse su desplazamiento y su comida. A las convocatorias hechas desde el poder, en cambio, todo el que puede asiste, porque todos esperan conseguir algo, aunque sólo sea relacionarse con quienes mandan. En Soria (donde no pude ir pues siempre trabajo los fines de semana), en cambio, se iba a reflexionar y a tomar decisiones. La primera: ¿continuaba la FAT o se suprimía? Se decidió continuar. La segunda: ¿continuaba por su cuenta o se vinculaba a uno de los grandes grupos de gays y lesbianas, como la Coordinadora o la Federación Española (FELG)? Se optó por la independencia. Aparte de estas dos

decisiones importantes, todo queda por hacer, empezando por la redacción de nuevos estatutos, que se hará por Internet. Mejor dicho, si alguien la hace, la hará Noemí. Siempre ocurre lo mismo. Lo que no redacta ella, no se redacta. Hay pues voluntad de cohesión y de independencia, lo que no se refleja en los cinco años y medio de total inactividad. ¿Cuál había sido la causa de ese largo letargo? Mi impresión es que el saber que desde el gobierno central de la derecha se haría todo lo posible para hacer que todas nuestras iniciativas a nivel nacional fracasaran fue la principal causa. Ahora, en cambio, tenemos la convicción de que no sólo se nos escuchará, sino que, además, si nuestras peticiones son razonables, y su financiación viable, tienen buenas posibilidades de convertirse en realidad. Vivimos, sin los excesos de finales de los setenta, un momento de sereno optimismo, alentado por actuaciones como la elaboración del proyecto de ley de matrimonio de parejas del mismo sexo y su derecho a adoptar (derecho que no estaba en el programa electoral, luego no sólo se intenta cumplir éste —lo que es raro— sino incluso ir más lejos), la del de la facilitación del divorcio, la de ampliación de los supuestos del aborto (siendo los actuales a todas luces insuficientes) y otras por el estilo que nos esperan. Entre ellas, la nuestra, que nos permitirá el cambio legal de sexo sin necesidad de amputarnos los genitales. Y el 19 de mayo de 2005, la consejera de Sanidad catalana se reunió con varios grupos trans (entre ellos el CTC) y nos prometió que pronto será creada una Unidad de Identidad de Género, que no existe actualmente en Catalunya. Y no se descarta la financiación por parte de la comunidad autónoma de operaciones de cambio de sexo.

A esas alturas, era evidente, por testimonios que nos llegaban a través de diferentes canales, que la revista tenía un gran éxito de estima. Pero no ocurría lo mismo en el terreno económico. Si las cosas no mejoraban rápidamente, no tendríamos otra solución que cerrarla, pues no disponíamos de reservas que nos permitieran resistir mucho tiempo.

En el número 3 apareció nuestro «Protocolo de tratamiento médico de la sexualidad». Pero así como nuestro proyecto de ley resultaba enormemente valorizado por la existencia del proyecto socialista, lo contrario le ocurría a nuestro protocolo con respecto a los *standards of care* (que no publicamos, pero que lo han sido en muchos sitios) de la Asociación Internacional de Disforia de Género

Harry Benjamín, formada por algunos de los más destacados especialistas a nivel mundial, que cada vez que lo juzgan oportuno revisan sus *standards*; la última versión, la sexta, data de 2001. La terapia que aconseja, una vez establecido el diagnóstico, consta de tres elementos (la llamada triada): *a*) experiencia de la vida real en el rol deseado, *b*) terapia hormonal y *c*) cirugía para cambiar los genitales y otras características sexuales. Pero se trata de un protocolo muy flexible, que aconseja que se tomen en consideración varias opciones terapéuticas, de las cuales la triada es sólo una de ellas.

Otra de las iniciativas de Noemí y Yolanda fue la creación de AISIOS (Asociación de Investigación y Soporte de la Identidad y Orientación Sexual), cuya presidencia confiaron al valenciano Vicent Bataller y Perelló, doctor en Medicina y Cirugía y sexólogo psicoterapeuta. Alrededor de él lograron reunir un brillante grupo de variados especialistas relacionados con la identidad y la orientación sexual. Sin embargo, AISIOS nunca dio de sí lo que de ella se esperaba, lo que atribuyo a un problema de tiempo y de alejamiento físico (viven en diferentes ciudades) de sus miembros. Pero tampoco ha desaparecido. Se encuentra en estado de latencia, inactiva pero preparada para volver a ponerse en marcha. Igual que la misma revista, que dejamos de publicar después de cinco números, pero que estamos pensando seriamente en volver a lanzar.

La Coordinadora Gai-Lesbiana, donde nos reuníamos, tuvo que abandonar los locales que ocupaba e irse cerca de la estación de Sants. Como no queríamos ir a ese sitio, pedimos a los del Casal Lambda que nos dejaran reunirnos en su sede, casa antigua con un hermoso jardín, a lo que accedieron. Pero no duramos mucho allí, ya que el casal a su vez tuvo que trasladarse a las que hasta hacía poco habían sido instalaciones de un restaurante, cerca del Palau de la Música, adonde lo seguimos.

Yolanda dejó la presidencia y empezó a ir cada vez menos, hasta abandonar totalmente el colectivo. Mi impresión es que la exasperó que la mayoría no mostrásemos todo el entusiasmo que ella hubiese deseado, por lo que en la «Memoria del año 99», que presentó al final de su mandato, denominó «una justa e importante causa: la de la defensa y normalización de la transexualidad». Y, más adelante, escribe:

Quizás antes creíamos que éramos más personas, pero somos sencillamente quienes somos, hombres y mujeres que hemos asumido como propios los objetivos del Colectivo y que estamos dispuestos a un compromiso que, por mínimo, no deja de serlo.

En una entrevista que le hice, me decía:

Somos un poco egoístas. O sea, queremos mucho «La sociedad nos...», pero somos la mayor castaña pilonguera que hay. Entre nosotras mismas no nos nucleamos demasiado para sacar esto adelante... Que nos financien la operación, que nos den dinero mientras estamos en los procesos, que nuestros padres nos quieran mucho y nos acepten, que de los trabajos no nos echen, que nos den esto, que nos pongan un coche, que nos pongan una torre, que nos den un chalet, que nos paguen esto... ¿Y nosotras, qué aportamos? ¡Absolutamente nada! ¡Estamos peleadas o anda cada una por su lado? Estamos peleadas y todas dándonos tortazos las unas con las otras. Pedimos mucho pero damos muy poco.

Durante un tiempo militó en colectivos de lesbianas, pero luego también lo dejó. De las cosas que me dijo, hay una que es hoy todavía más vigente que entonces: «Estamos peleadas y todas dándonos tortazos las unas con las otras». Pero lo que impera es menos el egoísmo individual que el de pequeños grupos. Noemí, Berta y yo, por ejemplo, formamos un trío cohesionado. Siendo muy diferentes, nos sentimos muy solidarias frente a las de los demás colectivos trans femeninos, que nos quieren tan poco como nosotras a ellas. Noemí, siempre conciliadora y llena de buenas intenciones, ha intentado mejorar la situación y ha convocado reuniones con los otros grupos, con los cuales adoptó una actitud cándida y acogedora, y les contó nuestros proyectos y nuestra visión de las cosas, a lo que obtuvo la llamada por respuesta, de forma que el resultado de su buena voluntad es que las demás saben todo sobre nosotras y nosotras nada sobre ellas, suponiendo que haya algo que saber, porque es muy probable que hayan creado sus colectivos de la misma forma que un grupo de adolescentes sin oficio ni beneficio crea una pandilla, sin ninguna idea y sin ningún proyecto, simplemente para darse importancia. Y para pedir subvenciones, que obtienen fácilmente, me pregunto si utilizando para ello nuestros proyectos. Por eso decidimos no entrar en el jue-

guito de las subvenciones, con el que la administración pretende mantener tranquilos a los grupos marginados (en otras palabras, «comprarlos», como «compra» a los sindicatos, que sobreviven, y muy bien, gracias a las subvenciones).

Desde hacía algún tiempo Noemí venía diciendo que debíamos tener nuestro propio local, lo que no producía mucho entusiasmo en las demás. Pero entre tanto traslado y el hecho de que encontró una oficina de buen tamaño y reducido precio en un hotel de entidades que abrigaba a muchas otras ONG, acabamos haciendo lo que ella deseaba y teniendo nuestro propio local. El problema que tenía era que estaba situado bastante lejos del centro, mientras que todos los sitios donde nos habíamos reunido antes estaban cerca de él. La pereza que produce el desplazamiento y la dificultad para encontrar el sitio hicieron que nuestras reuniones fueran menos concurridas que antes.

En el Arco, las cosas iban de mal en peor. Cada vez éramos menos y había menos actividad. Y de pronto nos invadió un ejército de negras (a las que la prensa llamaba subsaharianas, lo que rara vez era cierto), jóvenes y ágiles, que hablaban a gritos y eran muy agresivas. Si un coche se detenía a causa de un semáforo, bastaba con que la ventana estuviera abierta para que le metiesen mano al conductor, estuviese solo o acompañado. Marisa, desesperada, se limitaba a observar y maldecir. La desproporción numérica impedía hacer nada: nosotras, las antiguas, no llegábamos a diez y ellas pasaban de treinta. Muchas mañanas, después de haber estado toda la noche pasando frío, me iba a casa sin haber ganado ni para un café. No había forma de competir con las jovencísimas gacelas de ébano, que tranquilamente podían permanecer catorce horas diarias al pie del cañón y tener energías para correr detrás de un coche al que un semáforo hacía detener a cien metros. La prensa comentaba que estaban controladas por mafias que, valiéndose del vudú, y no de la fuerza física, las dominaban. Pero ningún miembro de esas mafias se hizo visible nunca. Lo que ellas sí utilizaban continuamente (a gritos, como siempre que hablaban) eran teléfonos móviles, sin duda para comunicarse con quienes las explotaban.

Para intentar sobrevivir, acepté un trabajo, con la mala suerte de que fui a parar a una empresa de timadores que nunca me pagaron lo convenido y nunca en las fechas convenidas, de forma que cobrar, aunque fuera una parte de lo que me debían, que cada día era más, me

absorbía el tiempo que me dejaba libre el trabajo mismo, situación que se prolongó diez meses, durante los cuales no pude ocuparme de la tesis y sólo muy de cuando en cuando asistir al colectivo.

En cuanto pude conseguir otro trabajo y regularizar aceptablemente mi vida, me reintegré al colectivo, donde habían ocurrido cosas. Juliana y otra asidua, Sofía, habían formado pareja y se habían ido a vivir juntas. Sofía llevaba bastante tiempo en el colectivo. Cuando llegó a él, era un señor bajito, gordo, un poco calvo y que cojeaba ligeramente. Había estudiado para delineante, pero siempre había trabajado como camarero y encargado de bares y restaurantes, oficios en los que le iba bien económicamente. Había estado casado y tenido un hijo, con la ayuda de inyecciones de hormonas masculinas. Luego se había separado de su esposa, que había tenido, con otra pareja, una hija. De esta segunda pareja también se había separado y Sofía tenía el proyecto de reconocer, como padre, a la niña. Siempre la veía sonriendo, con una sonrisa levemente irónica y me resultaba bastante simpática. Lo último que había sabido de ella era que había invitado a Juliana a pasar un mes en su casa, fuera de Barcelona.

Después de formar pareja con Juliana, las relaciones de las dos con el colectivo habían ido de mal en peor, hasta que se habían escindido y formado su propio colectivo, que se reunía en un bar de gays céntricamente situado, sencillo detalle geográfico que lo hacía más atractivo que el CTC. Por ello, a partir de ese momento, en Barcelona hay dos colectivos legalizados de transexuales (tres con el de chicos, que también formaron su propio grupo), aparte de una fundación y los no legalizados, que nadie sabe cuántos son (hay que tener en cuenta que hay colectivos unipersonales y que una sola persona puede crear los que quiera), situación de la que no se sabe si durará o no, ni si será positiva o negativa.

Por otra parte, Noemí deseaba que el CTC tuviera su propio servicio legal. Ella misma trabajaba en un entorno jurídico. El director de su empresa es abogado y ella con frecuencia interviene en juicios en calidad de perita, lo que la ha familiarizado con el mundo judicial. Pero no es abogada. Mi regreso al colectivo le fue muy bien, pues yo sí lo soy, y, habiendo ya ejercido, para volverlo a hacer sólo tenía que pagar las correspondiente tasas (¡elevadísimas!). Al principio la idea no me agradó, pero acabó convenciéndome e incluso entusiasmándome, de forma que yo, que siempre me había negado a asumir ninguna

responsabilidad en el colectivo, con el pretexto de que si estaba allí era para hacer una tesis, de pronto me encontré con el área jurídica del CTC entre mis manos, después de más de veinte años sin ejercer. Menos mal que cuento con el apoyo de Noemí y sus numerosas relaciones vinculadas al mundo jurídico, porque, aparte de algunas leyes, todo ha cambiado, hasta las fórmulas de cortesía.

12. La decisión

Fueron las investigaciones de los sociólogos las que permitieron entrever el significado primero de la androginia. Posteriormente, el psicoanálisis vino a profundizarlo. C. G. Jung mostró su papel en el universo de los alquimistas, el cual reproduce a grandes líneas el ensueño por el que el consciente se une al inconsciente, en el que animus se une con anima para recomponer con ella una psiqué en equilibrio.

Marie Delcourt, 1970, p. 11

Varias veces había tenido, en mis largas y frías noches callejeras, el proyecto de operarme. Sin creer en la transexualidad real, no aparente, en la especie humana (pero sí en el transgenerismo). El motivo ya lo he dicho: intentar compensar de alguna forma, aunque fuera física, mi poca feminidad. Eso, al menos, creía, pues después me han entrado dudas. Para empezar, si me lo propusiera seguramente podría ser mucho más femenina (a veces lo soy), pero no me apetece intentarlo. Si mi forma de ser es andrógina y fluida, ¿qué sentido tenía encorsetarme en uno de los estereotipos que, *a priori*, rechazo? Digamos que ignoraba el motivo (y lo sigo ignorando), pero me apetece operarme.

Después de días y noches llenos de cálculos pecuniarios, al final abandonaba el proyecto ante la imposibilidad económica de llevarlo a cabo. Mientras me dediqué a la prostitución, nunca hubiera podido reunir el dinero necesario. Los pocos excedentes que tenía me los gastaba, de cara a la tesis, en libros sobre la transexualidad (en inglés, naturalmente, porque los disponibles en castellano se podían contar con los dedos de una mano), relativamente caros, pero a otra escala (un libro caro costaba unas cinco mil pesetas, y una operación barata, millón y medio). Así llegué a tener la que consideraba que probablemente era la segunda mejor biblioteca sobre el tema (ignorado por las

bibliotecas públicas y las universitarias) que había en España, después de la de mi maestro Nieto, que no conozco, pero que deduzco por sus artículos y sus cartas.

Durante la época en que dejé de ir al colectivo, y en un momento en que pensaba que no volvería (lo veía todo negro, y por buenos motivos), tuve que cambiar de vivienda. Durante diez años había estado habitando en un gran cuarto de un viejo piso de la calle San Pablo, al lado del Liceo, que llené de libros y de ropa femenina, a cambio de un alquiler módico que no me aumentaron durante todo ese tiempo. Pero de repente, por un problema de reparto de herencia, el piso salió a subasta y los inquilinos tuvimos que irnos. Lo único que encontré cerca, pues no quería alejarme ni del barrio ni de la Rubia, fue una habitación mucho más cara y pequeña. En esa época deprimente, al haber tenido que dejar la prostitución, me parecía que también tenía que dejar la transexualidad (como he dicho, siempre he vinculado las dos cosas). Aunque en el pasado siempre que lo había intentado había fracasado, pensé que esta vez sí podría, pues había entrado en una espiral descendente, en un círculo vicioso negativo. Se unieron problemas económicos y de salud, me bajó la potencia sexual, por lo que, para que no desapareciera del todo, rebajé las elevadas dosis de hormonas femeninas que me inyectaba, lo que redujo notablemente el tamaño de mis pechos, disminuyendo mi *sex appeal* y, con él, mis ingresos, a lo que contribuyó la invasión de inmigrantes. Todo ello repercutía en el estado de ánimo y no me sentía ni capaz ni con ganas de trabajar en una tesis, por lo que decidí abandonarla. De todas formas, aunque había leído mucho, no había escrito ni una línea. Soy de quienes prefieren ser estudiante a titulada. En Derecho, después de ocho años, creo que si me aprobaron la única asignatura que tenía pendiente desde hacía varios fue más debido a que el profesor estaba harto de mí (en esa época bebía mucho) que a mis méritos. Y, de todas formas, en Derecho siempre existe la posibilidad de ganar dinero, posibilidad que nunca (ni siquiera antes de empezar) he pensado que existiera para mí en antropología.

En definitiva, el único panorama que ahora veía delante de mí era intentar sobrevivir. Por ello, sin alegría, resignadamente, tiré en *containers* mis prendas femeninas y mis libros y, con cuatro trapos, me trasladé a mi nueva vivienda. Era un cadáver vivo sin ilusiones ni proyectos, intentando seguir adelante por simple inercia. Para una

transexual como yo, de sexo más que de género, la transexualidad sin la prostitución —a pesar de sus excesos, sus envidias, sus largas horas sin hacer nada y pasando frío, su acoso policial, sus peligros y, por si fuera poco, mi miedo a los hombres— no tiene sentido. Ser, por ejemplo, cajera de un supermercado o mujer de limpieza, que son trabajos que realizan algunas trans, no me dice nada. Si tuviera que empezar de nuevo y pudiera elegir, no lo dudaría: puta, aunque, si fuese posible, con un físico más sexy. «... other transsexuals find prostitution a useful profession for emotional as well as practical reasons» (Benjamin, 1966, p. 39). («... otras transexuales encuentran la prostitución una profesión útil por razones tanto emocionales como prácticas.») De todos los trabajos que he tenido, y han sido relativamente bastantes, es el que más se ha correspondido con mi forma de ser. No sólo en lo mental, sino también en lo físico. El que fuese relativamente poco exhibicionista en relación con otras trans (algunas de las cuales suelen mostrar el pene, o, si son operadas, la vagina, a los coches que pasan) no quiere decir que no fuese exhibicionista, sino que lo era moderadamente. De todas maneras, mi físico andrógino no da para más (salvo, claro, que le metiera sus buenos millones en cirugía estética). Como hombre, resulto demasiado femenino y, como mujer normal, «paso» poco (sobre todo si se sabe que soy trans). Por lo que más se me toma es por una lesbiana viril, por una camionera. Pero, en Barcelona al menos, entre las lesbianas, las camioneras, las *butches*, están tan desfasadas como las *femmes*, las femeninas. El rechazo ideológico de los roles de género por parte de las lesbianas las ha hecho adoptar, casi unánimemente, una estética unisex viriloide, andrógina, que a algunas las haría pasar por hombres si sus fuertes rasgos sexuales secundarios femeninos no las delataran. Sería una lástima que, en la sociedad en general, la feminidad, esa sofisticada mezcla de incomodidad y belleza, quedara relegada a las trans. Y a las ricas y famosas cuyas fotos salen en las revistas femeninas, que me encantan.

Mucho antes de dedicarme a la prostitución, sí hubiera podido operarme. Por una parte, tenía ingresos superiores, y, por otra, tenía que gastar poco en lo que Oscar Wilde hubiera llamado lo «estrictamente necesario», pues vivía con mi familia, aunque sí gastaba bastante en lo «superfluo» («Dadme lo superfluo y viviré sin estrictamente necesario», decía Wilde). Además, tardé muchos años en

agotar la herencia de mi padre. Gracias a ello, durante mucho tiempo tuve mis buenas reservas, que una vez, hacia finales de los setenta o principios de los ochenta, destiné a operarme. Se trataba de un viaje colectivo a Casablanca, a la clínica del doctor Burou, que tan famoso había sido en los sesenta (y antes: en el 58 operó a Coccinelle, según cuenta la página web de ésta) y continuaba siendo el más conocido. Lo organizaba Gina, una trans joven, bonita, lista, y, por lo que parecía, muy bien informada. La preparación parecía ir sobre ruedas. Gina, que, al parecer, tenía algún contacto en Casablanca, nos comunicó cuáles serían las fechas y lo que tendría que pagar cada una. Yo, por mi parte, disponía del dinero y las demás o lo tenían o lo estaban reuniendo. Parecía que sólo era cuestión de esperar unos meses. Un fin de semana voy, como siempre hacía entonces, a las Ramblas y me encuentro con lo que nunca había visto: a Gina colocada. A la semana siguiente estaba peor. En poco tiempo cayó en una degradación absoluta (la encantadora reina se convirtió en mendiga haraposa), hasta que desapareció y no se volvió a saber nada de ella. Sin nadie que la reemplazara, el proyecto de Casablanca se fue al garete.

El caso es que no volví a tener una oportunidad como esa. La herencia de mi madre se me fue volando, menos por efecto de mis juergas (ya había dejado el alcohol) que de la galopante inflación colombiana, que convirtió prácticamente en humo el producto de la venta de la casa, grande y pretenciosa, a pesar del desgaste que en ella habían producido veinte años de alquiler, que me había quedado, y que los compradores me pagaban a plazos y en pesos colombianos cada día más devaluados.

Por otra parte, nunca había recurrido directamente a ningún tipo de crédito. Digo directamente porque alguna vez le había regalado electrodomésticos a mi madre, pagándolos con un crédito que figuraba a nombre de ella y cuyo importe yo le daba en efectivo mensualmente. O sea que nunca había pedido un crédito y ni siquiera utilizando tarjetas de crédito.

Un día, conversando con Noemí, le conté que en la empresa donde trabajaba me habían hecho, después de un año de contratos de obra y servicios, un contrato fijo, lo que no tenía la importancia que habría tenido en otro tiempo, pues en el momento de despedirte, te despiden igual. La única ventaja es que la indemnización es un poco más elevada si el despido es improcedente.

—Sí, pero con un contrato fijo puedes obtener un crédito —dijo Noemí.

—¡Entonces me voy a operar! —contesté inmediatamente, sin pensármelo ni un instante. O sea, que por mucho que hablara, como hacía, a favor del transgenerismo y en contra de la operación, inconscientemente deseaba operarme y no lo hacía por falta de dinero. Las uvas estaban verdes... Ahí mismo empezamos, con Noemí, a hacer los preparativos de la operación.

Había que empezar por la elección del cirujano. Tenía que ser bueno, mejor que todos los españoles, lo que no es difícil, pero no muy caro, pues como ganaba poco no podía contraer una deuda elevada. Después de hacer muchas preguntas y examinar muchos genitales operados, llegé a la conclusión de que el que mejor relación calidad-precio ofrecía era el doctor Sanguan Kunaporn, de Phuket, en el sur de Tailandia, que no hacía mucho había operado a una compañera del colectivo, Eulalia. Hablé con ella, me mostró cómo había quedado y me indicó la profundidad que tenía. Me gustó bastante lo que vi, a pesar (o a causa) de que no tenía labios, ni menores ni mayores, pues su construcción la deja el cirujano para una segunda operación (que, naturalmente, cobra aparte). Si algún día tengo el dinero, veré si me la hago, pero lo dudo, pues me gustaron bastante esos genitales completamente planos. El que no parecieran del todo naturales no me preocupaba. Eran un ejemplo de los «genitales de diseño», de los que en un tiempo se habló bastante. Sí me preocupaba, en cambio, la cuestión de los orgasmos. Como era un tema del que había hablado mucho con trans operadas, ya tenía mi opinión formada al respecto. Las que realmente pueden alcanzar un alto grado de satisfacción son las que nunca conocieron el orgasmo como hombres. Las que sí lo hicieron (entre las que me contaba) a lo más que pueden aspirar es a un miniorgasmo, de una intensidad mucho menor que los que precedieron a la operación.

Nos pusimos en contacto, por e-mail, con el doctor S. K., y la operación quedó apalabrada para principios de noviembre de 2004, o sea, casi nueve meses después, pues estábamos a mediados de febrero. ¿Por qué esperar tanto tiempo? El principal motivo eran las vacaciones en mi empresa. Si las pedía para julio, agosto e incluso septiembre, no era seguro que accedieran a mi petición. En cambio, si las pedía en noviembre, ya podía contar con ellas. Además, estaba la cuestión del crédito, que era la gran incógnita.

Para empezar, el banco exigía «un proyecto». No podía, evidentemente, decirles que el proyecto era una operación de cambio de sexo. Noemí sí lo hizo, unos cinco años antes, con el director de su banco, pero es que ella ha pedido muchos préstamos y los ha pagado todos, además de que tiene propiedades, un buen sueldo y los peritajes judiciales que realiza, que la respaldan. Si ella pide un crédito, para lo que sea, se lo conceden, pues están seguros de que no perderán el dinero. De todas maneras, el director, para curarse en salud, le pidió que en lugar de un proyecto tan insólito, que habría llamado la atención, pusiera algo más usual, como «reparaciones en el piso», o algo así, lo que Noemí hizo.

Pero como yo nunca había pedido un préstamo, ni tenía, salvo mi contrato fijo, nada que me respaldara, debía presentar un proyecto serio. Después de examinar varias posibilidades (comprar un coche, instalar un bufete de abogado), llegamos a la conclusión de que el proyecto que más me convenía era... ¡la tesis! Convertimos el viaje a Tailandia en un trabajo de campo sobre las *kathoey*, o trans tailandesas, nos inventamos la necesidad de dos meses sabáticos y otros gastos, hasta que resultó la cantidad de un millón de pesetas, que era lo que necesitaba (en realidad necesitaba millón y medio, pero tenía el medio). Como es natural, escribí, para contárselo, a José Antonio Nieto, con quien hacía más de un año que no había tenido contacto alguno y que había estado intentando localizarme, sin conseguirlo. Traté de convencerme de que volviera a la tesis y me expresó su creencia de que no me darían el crédito para ella. Quizá para otro tipo de tema, sí, pero para este, no (no sabía que a los de mi banco el tema no les interesa nada en absoluto: para ellos todos son equivalentes). Bueno, pues al final me dieron el préstamo, y, para pagarlo, cada mes me descuentan una pequeña cantidad de mi nómina, que mi empresa me ingresa en ese mismo banco.

Fui a dar un paseo por la universidad, a donde hacía tiempo que no iba, y me llevé el enorme disgusto de enterarme de que si antes las tesis no tenían un límite de tiempo para su terminación, las que se iniciaron en el año en que yo empecé la mía tenían que terminar en aquel mismo año, o no serían aceptadas. A pesar de que no lo veía fácil, pues en ese año se me acumulaban varias cosas, todas muy absorbentes (la operación misma, el regreso al mundo del derecho después de veinte años de ausencia) decidí intentarlo. Quizás en parte por or-

gullo, pero en todo caso porque sentía que se lo debía a Nieto, que me ha ayudado mucho y siempre me ha respaldado, hasta para obtener el crédito, así como a mi tutor, Joan Bestard Camps. No veo otro motivo, pues me parece evidente que no tengo ningún porvenir universitario delante de mí y nada indica que porque tenga un doctorado en antropología vaya a ganar ni un duro más.

Respecto a la operación, Nieto me comentó simplemente que yo sabía bien lo que él opinaba al respecto. En efecto, él y yo siempre nos hemos declarado en contra de esa operación. A fuerza de haberlos repetido muchas veces, conocía bien los argumentos en contra. Sabía muy bien que nunca sería una mujer (ni siquiera una trans bella y femenina), que las vaginas y los clítoris hechos a mano, por muy bueno que sea el cirujano, no son comparables con los elaborados por la naturaleza y que perdería buena parte, si no toda, la sensibilidad genital. Además, pensaba que corría grandes riesgos de sufrir serias complicaciones pues tendría sesenta años y tres meses el día de la operación y, lo que no le dije al cirujano, las vías urinarias delicadas, desde hace muchísimo tiempo, además de otros problemas físicos, como que las glándulas sebáceas de mi piel no generan cebo, lo que hace que mi piel sea muy sensible, muy irritable. Como cuento en otros sitios, hay hormonas femeninas que me hacen orinar sangre, y no sé de ninguna otra trans a la que le ocurra lo mismo. Conocía los muchos cuidados que, aunque no haya complicaciones, requieren estas operaciones (principal, pero no únicamente, las dilataciones) para los que tengo poco tiempo y, en donde vivo, condiciones poco adecuadas.

Pero es que, habiendo dejado la prostitución y no siendo siquiera travesti ocasional, sentía que me estaba convirtiendo, a pesar de mi cara siliconada, en un tío, lo que me parecía horrible. Si me operaba, aunque tuviera que seguir viviendo como un tío para poder sobrevivir, por lo menos unas cuantas y yo sabríamos que no lo era.

Respecto a la tesis, me he encontrado con el problema, ya mencionado, de que en todas las bibliotecas públicas y universitarias de Barcelona apenas hay algún libro sobre la identidad de género, la madre de todas las identidades. He tenido que limitarme a los libros y folletos que tenemos en el colectivo, pocos, pero más numerosos que los de todas las bibliotecas de Barcelona juntas. Y a la documentación que Noemí conserva en sus ordenadores. Ignorando olímpica-

mente la gran atención que la legislación y la jurisprudencia europea conceden al tema y que lo convierten en muy importante, la mayoría de los bibliotecarios y bibliotecarias, mientras acumulan libros y más libros sobre la identidad catalana, no pueden orientar a los lectores sobre la de género, pues la mayoría ignora completamente el significado de la expresión. Y cuando lo conozcan, probablemente será demasiado tarde. Ya empiezan a surgir, y probablemente serán dominantes en el futuro, las identidades de género ajenas al binomio hombre/mujer. Las lesbianas han avanzado bastante en esa dirección: abandonado, la mayoría de ellas, los roles de *butch* y *femme*, de dominante y dominada, para intentar ser, sencillamente, iguales. Y también muchos homosexuales. En la página 60 de este libro describo un diálogo entre el pensamiento binario y el no binario: Los policías detienen a dos jóvenes rumanos de diecisiete años bajo la acusación de «escándalo público». Los golpean y les preguntan: «¿Quién es el varón y quién la mujer?». «Los dos somos varones», responde uno, y le siguen pegando. No entendían los policías que entre dos varones, pudiera existir una relación sexual que no fuese la de dominante y dominado, la de varón y mujer.

Pero l@s transexuales tenemos más tendencia a aferrarnos a los estereotipos que las lesbianas y los homosexuales. Y no sólo por la presión médica. Que hayamos vivido parte de nuestra vida en un sexo que no considerábamos el nuestro tiene sin duda que ver con ello. De alguna forma, intentamos recuperar todos los años de feminidad, o de masculinidad, que sentimos que nos fueron injustamente arrebatados. Hemos tenido que luchar duramente y pagar un alto precio, económico y emocional, para ser nosotr@s mism@s, para vivir nuestro sexo. Por ello, todos los excesos de feminidad/masculinidad nos parecen pocos, especialmente al principio. Pero el exhibicionismo físico, estereotipado de una forma primaria, de las trans, implica un gran conservadurismo. Por ello también somos el sector más reaccionario de la comunidad genérica. Las trans, con nuestro exhibicionismo. Los trans, con su discreción.

Hemos aceptado que los seres humanos, como los ordenadores, sólo tienen dos posibilidades: hombre o mujer, 0 o 1. Y no nos hemos dado cuenta de que los ordenadores están empezando a dejar de compartir con nosotros esa visión. En un artículo sobre una investigadora española que trabaja en los laboratorios americanos de Microsoft,

leo: «El salto metodológico que han dado Oliver y sus colegas es abandonar la drástica lógica binaria del sí y el no, que está en la base de todo lo digital, para contemplar la incertidumbre gracias a modelos estadísticos» (*El País*, 24 de septiembre de 2002, p. 80). ¿Abandonará, como empiezan a hacer los ordenadores, nuestra sociedad esa drástica lógica binaria?

13. Transgenerismo y transexualidad

Transgender behaviour, gender dysphoria, cross-dressing, transvestism, transsexualism (both preoperative and postoperative), and numerous other terms are now used to describe *a phenomenon that is perhaps inherent to the human condition*. At its simplest it is a desire to fantasize how it would be to have been born a member of the opposite sex, and at its most complex its is a desire to become a member of the opposite sex, and there are all sorts of variations in between.*

BULLOUGH, 1994, p. XV

Ante todo, quisiera añadir, a las mencionadas por Vern L. Bullough, otra categoría: la del transexualismo que no es ni preoperatorio ni postoperatorio, sino simplemente no operatorio, actualmente quizá la más importante numéricamente. En todo caso, es la que parece destinada a producir más cambios legislativos.

La ley de reconocimiento de género que aprobó el Parlamento británico permitirá que los transexuales cambien sus datos del registro (nombre y sexo) sin necesidad de someterse a la cirugía de reasignación de sexo. Los solicitantes tendrán que aportar pruebas (cartas, documentos) que demuestren que llevan dos años viviendo con la identidad elegida ... (*El País*, 23 de agosto de 2004, p. 22).

* Comportamiento transgénérico, disforia de género, cross-dressing, travestismo, transexualismo (tanto preoperatorio como postoperatorio) y numerosos otros términos son usados para describir *un fenómeno que es quizás inherente a la condición humana*. En su forma más simple, es un deseo de fantasear acerca de cómo sería haber nacido miembro del sexo opuesto, y en la más compleja, es un deseo de volverse miembro del sexo opuesto, y hay toda clase de variaciones en medio O sea: (la cursiva es mía).

Y en España, el ministro de Justicia, Juan Fernando López Aguilar, prometió, en el mes de junio de 2004, la próxima elaboración de una Ley de identidad sexual de características similares a la británica. En el momento en que esto escribo (abril de 2005) se comenta en medios trans afines al Partido Socialista que la redacción del proyecto de ley está muy avanzada y que estará terminada en el verano.

Como pedir no cuesta nada, y siempre se quiere el oro y el moro, representantes de transexuales español@s tuvieron una reunión con el subsecretario general de Sanidad para pedirle que, además de conceder el cambio de sexo sin necesidad de operación, la Seguridad Social financiara las operaciones de cambio de sexo, y salieron de la reunión muy eufóric@s, diciendo que lo habían conseguido. Poco después, la ministra, Elena Salgado, puso las cosas en su sitio diciendo que serán las comunidades las que decidan, pues los presupuestos del Estado no disponen de fondos que puedan destinar a ello. O sea, remitió al Real Decreto 63/1995, de 20 de enero, que establece las prestaciones financiadas con cargo a la Seguridad Social o a fondos estatales y que excluye explícitamente la cirugía de cambio de sexo, pero permite que las comunidades autónomas puedan adscribir fondos para financiar otras actividades o prestaciones asistenciales no comprendidas en el catálogo financiado por el Estado.

Durante muchos años, en España, el CTC fue el único colectivo que defendió que la operación no debía ser requisito indispensable para el cambio legal de sexo, puesto que es más importante el sexo social que una manipulación quirúrgica de los genitales. Después de años de discusiones, los demás colectivos (en los que muchas pensaban como nosotras, pero no conseguían imponer su criterio) acabaron adhiriéndose a nuestra postura. Y si la cirugía de reasignación sexual no es necesaria legalmente, y quizá tampoco aconsejable desde un punto de vista médico (el mucho dinero en juego y el fuerte sentimiento corporativo de los galenos impide que su opinión sea fiable), ¿por qué ha de pagarla la Seguridad Social? Y de las operaciones, gratuitas, realizadas en Andalucía, que han estado rodeadas de secretismo, aseguran quienes han visto el resultado que son unas chapuzas. No he oído a ninguna defenderlas y sí a muchas atacarlas, y no hay motivos para dudar de su imparcialidad.

A las transexuales no operadas también se las podría llamar

transgénicas, como se hace en muchos sitios, pero esta palabra es ignorada por la sociedad, y en nuestra comunidad ha adquirido connotaciones negativas. Cuando digo «nuestra comunidad», puede parecer que reina gran unión entre nosotras. Nada más inexacto.

I have also met transvestites who dislike (or pretend to dislike) transsexualisme ... There are also transsexuals who dislike transvestites as well as homosexuals. Intolerance can be found in strange quarters (Benjamin, 1966, p. 66).

(También he encontrado travestis a quienes les disgusta (o aparentan que les disgusta) el transexualismo ... Igualmente hay transexuales a quienes les disgustan los travestis tanto como los homosexuales. La intolerancia puede encontrarse en extraños lugares.)

«¿Sabes —le pregunta una transexual a otra en *In Search of Eve*— como notas que la última persona que ha estado en el servicio es un travesti? Porque la tapa queda levantada.» En España hay transexuales no operadas que orinan sentadas en el servicio y acucilladas en la calle. Como las mujeres no transexuales.

Es lógico que a personas tan centradas en sí mismas como las travestis y las transexuales, para quienes el conflicto que viven entre su mundo interior y la sociedad representa una fuente de tensión y, con frecuencia, cuando son sensibles a los valores sociales, un continuo sentimiento de culpa, les cueste sentir empatía hacia quienes no son como ellas. Pero el transgenerismo, con el que se pueden identificar tanto transexuales como travestis, a pesar de su poco prestigio aquí y ahora, ha representado un fuerte lazo de unión entre estos dos grupos. Es «un terreno medio», «una opción viable entre el *cross-dresser* y el transexual, que resulta tener, además, una base firme en la antigua tradición de la androginia (Boswell, 1991)».

[Los transgeneristas] han sido definidos como personas con una posición intermedia, que viven con los rasgos físicos de ambos géneros. Los transgeneristas pueden alterar su anatomía con hormonas o con cirugía, pero pueden conservar deliberadamente muchas de las características del género al que estaban asignados originariamente. Muchos llevan, a tiempo parcial, una vida en ambos géneros; la mayoría cultiva una apariencia andrógina (Denny, 1990).

En definitiva, representan la negación viva del bipolarismo, mientras que la transexualidad, como hemos visto, tiende a reafirmarlo. Denny afirma:

Incluso muchos de aquellos que han optado por alterar sus cuerpos con hormonas y cirugía, como quien escribe, llevamos con orgullo una identidad transgénerica en vez de tratar de ser asimilados por la cultura general (Denny, 1995).

Objetiva (y subjetivamente) hablando, creo que mi situación actual puede ser calificada de transgénerica.

Puede parecer que a través del transgenerismo he vuelto a la androginia por la que había empezado, pero se trata de dos cosas diferentes. En los setenta se buscaba simplemente tener flexibilidad con vistas a la eficacia, sobre todo en el trabajo. Por ejemplo, que una mujer, para dar órdenes, adoptara el rudo autoritarismo de un sargento, pero continuando en lo demás siendo la misma persona. El transgenerismo, en cambio, puede afectar a la totalidad, o a una parte importante, de la persona, desde su intimidad más recóndita hasta su forma de vestir, pasando por su visión de los otros seres humanos.

Cuando se habla de sexo, normalmente se hace alusión a los genitales, o gónadas. Pero el ser humano tiene varios sexos, de los cuales el genético, que se forma cuando el espermatozoide se une al óvulo, es sólo uno de ellos, si bien el principal, pues, en principio, los demás derivan de él, y es el único que, siendo los genes hereditarios, no puede ser cambiado (Benjamin, 1966, p. 8).

Las gónadas son los testículos y los ovarios, que tienen, cada uno, una doble función. Por una parte producen las células germinales (espermatozoides y óvulos, respectivamente) y, por otra parte, producen hormonas sexuales que contribuyen, junto con muchas otras hormonas, producidas por otras glándulas, a regular el funcionamiento del cuerpo. Pero no son las únicas glándulas que producen hormonas sexuales. El estrógeno, por ejemplo, que es, al igual que la progesterona, una hormona sexual femenina, es producido, naturalmente, por el ovario, pero también por la corteza suprarrenal e incluso por los testículos, que a su vez son los principales productores de testosterona, u hormona sexual masculina. La diferencia entre hombres y mujeres no está en el tipo de hormonas que se encuentran en su

sangre (en los dos se encuentran las de los dos sexos) sino en su proporción. «El hombre produce seis veces más testosterona que la mujer» (Badinter, 1993, p. 58).

Todo cuerpo humano, desde el del embrión hasta el del anciano, está compuesto por células (los organismos vivos más primitivos que existen). Y cada célula tiene 23 parejas de cromosomas (o cariotipo), de las que 22 son siempre iguales, compuestas por dos cromosomas X o femeninos. Y la pareja número 23, o sexual, también *siempre* tiene un cromosoma X. El otro cromosoma, que es la aportación del padre, puede ser X, en cuyo caso el desarrollo será femenino, o Y, lo que condenará al feto a la masculinidad. También puede, lo que es raro, no existir, en cuyo caso:

La fórmula cromosómica del cariotipo es X0. Aquí estamos ante la presencia de pechos y genitales de mujer (aunque poco desarrollados) y desde luego no hay anatomía peneana ni testicular. Desde el punto de vista de la morfología, nos encontramos ante una mujer (al menos anatómicamente considerada) que al no presentar una segunda X, cromosómicamente no puede ser considerada como tal (Nieto, 2003).

Esta variante cromosómica recibe el nombre de síndrome de Turner y, como hemos visto, sus portadoras son mujeres que no son del todo tales.

Pero el síndrome de Turner no es la única variante. También es muy conocido el síndrome de Klinefelter, en el cual «los marcadores cromosómicos indican ser del tipo XXY (*ibid.*)». Y se dan composiciones cromosómicas como XXXY, XXXXY, XXYY o XYY, para no hablar del mosaicismo, en el cual, en una misma persona, diferentes células tienen diferentes fórmulas cromosómicas, o incluso diferente número de cromosomas (por ejemplo, en unas células, cuarenta y cinco, y en otras cuarenta y siete).

Una de las autoridades mundiales en el campo de la genética, el profesor Bryan Sykes, ha llegado a la conclusión de que el cromosoma Y se encuentra «en vías de extinción», al igual que, lenta pero inexorablemente, los hombres (Sykes, 2003). Un mundo sólo de mujeres... Con frecuencia he soñado con él, siendo yo, naturalmente, una de ellas.

Durante las primeras seis semanas de desarrollo, los embriones de los dos sexos son anatómicamente parecidos. Sin embargo: «En el

feto macho la diferenciación empieza hacia el cuadragésimo día, mientras que en el feto hembra no lo hace hasta superado el segundo mes» (Badinter, 1993, p. 58). ¿Por qué? Porque el sexo femenino es el sexo base de todos los mamíferos. En otras palabras, si no se le añade al feto *algo* que lo impida, se convertirá en hembra, que es su tendencia natural, y el femenino su sexo primigenio. Y ese algo, evidentemente, es la hormona masculina, que a cada instante debe luchar para alejar al feto de esa tendencia y ese sexo. Basta el menor fallo hormonal para que el feto se feminice. La famosa frase de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, según la cual la mujer no nace sino se hace, en realidad es aplicable al hombre desde el momento mismo de su concepción. La lucha para conquistar la virilidad empieza antes del nacimiento. Su fragilidad impone la necesidad de su continua reafirmación. El hombre continuamente ha de probar que es un «verdadero hombre». En cambio la expresión «verdadera mujer» ni siquiera se suele utilizar. La mujer no necesita probar nada. «Es precisamente gracias a que las mujeres aceptan su feminidad primaria e incontestada, que su identidad de género se ve más sólidamente anclada que la de los hombres» (*ibid.*, p. 68). ¿Vale la pena la lucha contra su feminidad primaria que mantienen los hombres? Desde un punto de vista práctico, desgraciadamente hay que decir que sí, por el maltrato que la sociedad dispensa a las mujeres: el doble de tasa de paro (14,39 por 100 vs. 7,55 por 100 a finales de 2004, según el Instituto de la Mujer), casi un tercio (un 28,9 por 100) menos de salario por hacer lo mismo, cuatro de cada cinco contratos temporales (292.900 masculinos y 1.185.600 femeninos en 2004, según la EPA), un 87 por 100 de los anuncios de empleo publicados en la prensa de Madrid de carácter sexista (según un estudio reciente de CCOO), menos posibilidades de promoción, la famosa «doble jornada» que las obliga a, después de hacer una jornada de trabajo, hacer otra como ama de casa, y ello sin hablar de los frecuentes malos tratos (de los que sólo se conoce una pequeña parte), que son la negación de la condición humana a un ser humano. Recuerdan, con el añadido de la violencia, los tiempos en que los teólogos se preguntaban, muy seriamente, si las mujeres tenían un alma. Y eso que la situación de la mujer en la sociedad ha mejorado... Por ello, ante el descubrimiento reciente de que en el pasado vivieron como hombres muchas más mujeres de las que se pensaba, cabe preguntarse si eran transexuales o si intentaban huir de la vida

que les esperaba si no cambiaban su sexo social. Y si el hombre intenta vivir su «feminidad primaria» psíquica, se encuentra con el problema de que generalmente no va acompañada por una feminidad física, lo cual plantea la temática de la condición transexual, aún peor tratada por la sociedad que la femenina.

La importancia de los cromosomas se deriva en buena parte de que el Comité Olímpico Internacional, con la mirada puesta en los Juegos Olímpicos, decidió que una mujer es una persona cuyo vigésimo tercer par de cromosomas es XX, y un hombre, una en la que es XY. ¿Y los demás qué? Son, sencillamente, posibilidades que no se contemplan, como tampoco el hecho de que el cromosómico es sólo uno de los varios sexos que tiene el ser humano, y que el hombre y la mujer «puros», incontaminados por el sexo contrario, no existen.

En lo físico, «it can well be said that, actually, we are all “intersexed”, anatomically as well as endocrinologically» (Benjamin, 1966, p. 8). («bien puede decirse que, realmente, todos somos “intersexuados”, tanto anatómicamente como endocrinológicamente.»)

En cuanto al sexo psíquico, o sea, a los géneros, la antropología, a cada paso que damos por sus múltiples senderos, nos enseña su carácter relativo y, por tanto, múltiple, tema sobre el que volveremos.

En lo que quiero insistir ahora es en que todo el sistema de valores patriarcal en el que vivimos y que consideramos natural se basa en la idea de que sólo existen dos sexos, sobre los cuales se asientan los únicos dos géneros que, según él, son posibles. Kessler y McKenna le dieron la vuelta a la construcción y sostuvieron que lo que existe originariamente son los dos géneros. A toda persona que vemos, la clasificamos en uno de los dos, basándonos principalmente en su apariencia y en su conducta, que es lo que percibimos de ella, y, una vez que lo hemos hecho, le atribuimos el sexo correspondiente, suponándole unos cromosomas, unas hormonas y unos genitales que no hemos visto. Primero construimos una dicotomía de género y luego imponemos esa dicotomía al *continuum* biológico (Kessler y McKenna, 1978).

Ahora bien, científicamente está demostrado que existen más de dos sexos (o, si se prefiere, de variantes de sexo). Y, sin embargo, el sistema bipolar de dos sexos/géneros opuestos (o, si se prefiere, de dos géneros apoyados en dos sexos fisiológicos) subsiste, ignorando las evidencias que lo contradicen. Es como si continuáramos creyendo que

el Sol gira alrededor de la Tierra. Con una diferencia: ésta última creencia no tiene casi ninguna consecuencia práctica, mientras que la de los dos sexos/géneros opuestos, el uno dominando al otro, afecta a casi todos nuestros actos cotidianos. Vivimos en una tierra de ciegos en la cual la gente no ve, no porque tenga alguna afección en los ojos, sino porque, simplemente, se niega a abrirlos. Si hiciera el pequeño esfuerzo de abrirlos, vería normalmente la realidad. Y la realidad es que no existen dos sexos y dos géneros, sino más. Tantos que potencialmente el número de géneros posibles no tiene límite. «There are five billion people in the world and five billion unique sexual identities» (Rothblatt, 1995, p. XIII). («Hay cinco mil millones de personas en el mundo y cinco mil millones de identidades sexuales únicas.») Yo diría que muchas más, pues cada persona tiene más de una identidad sexual.

A propósito de la identidad sexual, se puede decir lo que dice Goffman con respecto a las biografías:

... esta unidad totalizadora de la línea vital está en marcado contraste con la multiplicidad de yoes que se descubren en el individuo cuando se le observa desde la perspectiva del rol social, donde —si maneja adecuadamente la segregación de la audiencia y del rol— puede sustentar con bastante habilidad yoes diferentes (Goffman, 1963, p. 80).

It is understood that each culture assigns different groupings of traits to each anatomical sex and leaves some in a neutral category. No trait is intrinsically masculine or feminine, though a few are more commonly attributable ... But imagine a nonpolarized culture without this linkage, where each person would be free to explore and express their own unique set of traits (Boswell, 1988, pp. 56-57).

(Se entiende que cada cultura asigna diferentes agrupaciones de rasgos a cada sexo anatómico y deja algunos en una categoría neutral. Ningún rasgo es intrínsecamente masculino o femenino, aunque algunos sean más frecuentemente atribuibles ... Pero imaginemos una cultura no polarizada sin estas ataduras, en la cual cada persona pueda ser libre de explorar y expresar su propia y única combinación de rasgos.)

Volviendo a los sexos, si los testículos y los ovarios constituyen sus caracteres primarios, los secundarios son, para el hombre: el pene, el escroto, la próstata, una distribución del pelo masculina y una voz profunda; para la mujer: el clítoris, la vulva, el útero (con su función mens-

trual), la vagina, los senos, una pelvis ancha y una voz y una distribución del pelo femeninas. En cuanto a la menor altura y la menor fuerza física, simplemente hay que considerarlas (al igual que la peor salud —que no impide tener una esperanza de vida superior— y la mayor inestabilidad emocional) características más frecuentes en la mujer que en el hombre, pero cada vez menos. Como el sistema machista en que vivimos se basa, en última instancia, en la mayor fuerza bruta del hombre, que es lo que le permite dominar a la mujer, el día en que los dos tengan tamaño y fuerza en promedio equivalentes, cambiarán totalmente las relaciones entre los dos. Ya lo han hecho bastante con la desaparición de servidumbres biológicas en la mujer (como la falta de control de su fecundidad y el tener que amamantar al recién nacido).

El conjunto de los caracteres primarios y secundarios forman el sexo anatómico, o morfológico, también llamado fenotipo.

Es a partir de la forma externa de los genitales que se atribuye al recién nacido su sexo legal, que condicionará la idea que de él se hacen los demás, o sexo social. Hay dos experimentos clásicos al respecto, que han sido narrados en muchos libros. En el primero, llamado «Baby X revisitado», se les «dice a un grupo de observadores que el bebé de tres meses con el que iban a jugar era un varón, y a otro que una niña, y se les pide a los dos grupos que observen el comportamiento de los niños. Todos los observadores atribuyeron comportamientos de género estereotipados a los niños. Uno, por ejemplo, describiendo lo que creía que era una niña (aunque realmente era un niño) dijo: «Es amistoso y las niñas sonrían más», mientras que a otro le pareció que una supuesta niña era más «satisfecha y acogedora» de lo que un niño habría sido» (Fausto-Sterling, 1985, p. 137; Badinter, 1993, p. 60...).

El segundo experimento, titulado «Diferencias sexuales: un estudio del ojo del observador», se refiere a observaciones de diferencias sexuales respecto a la agresión en niños pequeños. En este caso, estudiantes universitarios de ambos sexos observaron una grabación de un bebé reaccionando a diferentes estímulos. La mitad de los observadores pensaba que el bebé era una niña, y la otra mitad que era un niño. La secuencia clave es la reacción del bebé ante una de esas cajas de las que salta una cabeza de payaso (o *jack-in-the-box*). La primera vez, el/ella parece sorprendido/a. La segunda vez que la cabeza salta de la caja, el/ella se agita bastante y empieza a llorar incluso antes de que la caja se abra por tercera vez. Los estudiantes que

pensaban que el bebé era un niño describieron sus lágrimas y sus gritos como rabia. Por el contrario, los que pensaban que el bebé era una niña dijeron que «ella» había respondido con miedo. En otras palabras, la misma reacción, llorar, tenía el sentido emocional de rabia o de miedo dependiendo únicamente del sexo al que el observador creía que pertenecía el bebé (Fausto-Sterling, 1985, pp. 150-151).

De estos dos experimentos se deduce que no vemos de la misma forma a una persona si la creemos hombre que si la creemos mujer. Ello es debido simplemente a la idea que nuestra cultura tiene de lo que son (y, sobre todo, de lo que deberían ser) el hombre y la mujer. O sea, a los estereotipos de género, la mayoría de cuyos rasgos, como veremos, atribuyen al hombre una cualidad y a la mujer la ausencia de ella (por ejemplo, hombre dominante, mujer sumisa; hombre lógico, mujer ilógica; hombre tranquilo, mujer histérica, etc.). Son un poco el poema de Kipling «If...» (Si...) aplicado a todo el mundo. «Si...» Si estás por encima de todo, serás un hombre. La alternativa no merece ni que se la mencione.

Si puedes mantener la cabeza cuando todo a tu alrededor
pierde la suya y por ello te culpan...
o ser mentido, no pagues con mentiras,
o ser odiado, no des lugar al odio...

Si puedes encontrarte con el Triunfo y el Desastre
y tratar de la misma manera a los dos farsantes;
si puedes admitir la verdad que has dicho
engañado por bribones que hacen trampas para tontos...

Si puedes arrinconar todas tus victorias
y arriesgarlas por un golpe de suerte,
y perder, y empezar de nuevo desde el principio
y nunca decir nada de lo que has perdido...

Si los enemigos y los amigos no pueden herirte,
si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado;
si puedes llenar el minuto inolvidable
con los sesenta segundos que lo recorren.

Tuya es la Tierra y todo lo que en ella habita,
y —lo que es más—, *serás Hombre, hijo.*

Nunca he sabido de ningún poema semejante dedicado a la mujer. No *serás Mujer, hija*, porque ya lo eres, por el simple hecho de existir, sin necesidad de todas las poses teatrales que Kipling considera indispensables para ser *Hombre*. Y ni siquiera se requieren tantas palabras como las que él usa. Sólo tres. «... los valores masculinos, resumibles en tres palabras: guerra, competencia y dominación» (Badinter, 1993, p. 186). Varios escritores lúcidos se niegan a aceptar esta concepción que tiene nuestra cultura de la masculinidad.

Sean o no los postreros defensores de esta causa, determinados hombres son los primeros en reclamar que se acabe de una vez por todas con el «género» masculino [Marc Chabot y John Stoltenberg], que se renuncie a toda agresividad y que se escoja (momentáneamente) la pasividad para acabar con la «masculinidad hegemónica» [Robert W. Connell] y poder educar así a los chicos como si fueran chicas [Cooper Thompson], naturalmente más tiernas y cooperantes (*ibid.*).

Si una solución de este tipo, por pocas posibilidades que parezca tener actualmente, llegase a imponerse, ¿qué sería de la transexualidad? En mi opinión, desaparecería, pues se basa en la oposición hombre/mujer y la necesidad de optar por uno de los dos. O, vistas las cosas desde el punto de vista contrario, todo el mundo sería transexual. Pero el final de la «masculinidad hegemónica» es sólo una hipótesis. La realidad suele ser la contraria: «la mujer renuncia casi siempre a su feminidad para hacer valer mejor sus cualidades masculinas. Ha habido asimilación de los sexos y ambos se han hundido en el mundo masculino» (*ibid.*, pp. 199-200).

Quienes hemos vivido más de una generación hemos podido observar no sólo cómo los hombres y las mujeres han cambiado (me refiero a los jóvenes con respecto a la generación anterior) sino, sobre todo, cómo sus modelos se han diversificado. En las culturas tradicionales (como explicó muchas veces Mircea Eliade), cuando alguien hacía algo, lo hacía con el convencimiento de que estaba repitiendo, o intentando repetir, lo que en otro tiempo (*In illo tempore...*) habían hecho los primeros seres humanos, que les había sido enseñado por la figura mítica que inició su cultura. Hoy, de modelo único, nada. Entre la superejecutiva enérgica y la pasota (para, por variar, referirnos a las mujeres) cabe un número indefinido de opciones. Adrian Kane, direc-

tor del Outreach Institute personifica, en un esquema transgénico, esa variedad de opciones adoptando tan pronto el aspecto de un ejecutivo convencional como el de una mujer madura y atractiva. El *continuum* del género es una línea que va no desde el hombre, que, en pureza, tal como lo definen los estereotipos, no existe, sino desde el punto que más se le aproxima (de la misma forma que el polo norte es el punto de la Tierra que más se aproxima al norte, sin ser el norte) hasta el punto que más se aproxima a la mujer, la cual tampoco existe (es como el polo sur respecto al sur). Y una línea, como se sabe, es la continuidad de un número *infinito* de puntos, el mismo número que de géneros posibles hay. Los prejuicios acumulados en nuestra cultura a lo largo de gran cantidad de generaciones nos impiden asimilar esta verdad elemental. El día que logremos vencerlos seremos más libres.

El esquema del género sería:

HOMBRE
(que no existe)

MUJER
(que tampoco existe)

continuum

Todos nos encontramos en la raya del continuum y todos nos desplazamos a lo largo de ella, unos mucho y con frecuencia, otros poco y de vez en cuando.

Pero no seguimos una trayectoria lineal, sino que somos *retro-progresivos*, para utilizar una palabra acuñada por Salvador Pániker. Al mismo tiempo que avanzamos, intentando alejarnos de los estereotipos de nuestra cultura, como no sabemos lo que hay delante y tenemos miedo al vacío, retrocedemos y nos aferramos a ellos. Nunca la violencia doméstica había sido, no me atrevería a decir que tan generalizada, pues antes se tapaban muchas cosas a las que hoy se les da publicidad, pero sí tan espectacular como hoy. Violencia que no es sino una forma extrema y brutal de afirmar la superioridad del hombre sobre la mujer, afirmación que necesita ser hecha precisamente porque todo la pone en duda. Las alumnas universitarias son, por primera vez, más numerosas que los alumnos. «El 59 por 100 de los licenciados españoles en la universidad pública española son mujeres,

pero el porcentaje de catedráticas se hunde hasta el 12,81 por 100» (*El País*, 6 de febrero de 2005, p. 28). Y, al llegar a los rectorados, se descubría, hasta hace poco, que en ellos... ¡no había ni una! La doctora Juliano, en uno de sus seminarios, nos comentó que había asistido a una reunión de rectores de universidades públicas españolas, cuando sólo eran cincuenta, y se había llevado la sorpresa de descubrir que entre ellos no había ni una sola mujer. La explicación que le dieron fue la de los hijos: las universitarias tenían que suspender sus carreras durante años decisivos para cuidarlos. ¡Como si los hombres no pudieran participar en ese cuidado! Ségolène Royal, a quien ya he citado, institucionalizó el cuidado por parte de los padres inventándose y legalizando, siendo ministra, el permiso de paternidad. A lo que, según la narración de la doctora Juliano, no se atrevieron (¡siendo tan distinguidos!), a hacer alusión (aunque supongo que pensaban en ello) fue a la inestabilidad emocional producida por las reglas. Actualmente las cosas han cambiado algo: hay 72 universidades en España, de las cuales cuatro tienen rectora.

En el Consejo de Ministros actual tenemos, por primera vez en nuestra historia, paridad entre hombres y mujeres, pero es una paridad ficticia, pues las mujeres, siendo iguales en número, controlan sólo una fracción del dinero que controlan los hombres. Y el dinero, se diga lo que se diga, normalmente es lo que da el poder real. Y, hablando de dinero, con el nombramiento de Ana Patricia Botín al frente de Banesto, por primera vez en España una mujer preside un gran banco

Según Françoise Héritier, a pesar de que Bachofen se refiere a una sociedad matriarcal primigenia y Engels sitúa en el patriarcado el origen de la propiedad privada de los medios de producción y el de la opresión de una parte de la sociedad por otra, históricamente no se ha probado la existencia de ningún matriarcado.

Sin embargo:

Ancient Goddess religions, and other spiritual world-views, respected men and women as equals, regarded Nature as divine, revered diversity, and loved all manifestations of life. But since the replacement of Mother Nature with God the Father (about 5000 years ago), the constructs of gender have been defined more narrowly and rigidly to suit the purposes of those in control of each particular society (Stone, 1976).

(Las antiguas religiones de Diosas, y otras visiones del mundo espirituales, respetaban a las mujeres y a los hombres como iguales, revere-
nenciaban la diversidad y amaban todas las manifestaciones de la vida. Pero desde que la Madre Naturaleza fue reemplazada por Dios Padre (hace aproximadamente 5.000 años), las construcciones del género han sido definidas de una manera más estrecha y más rígida para adaptarse a los objetivos de quienes mandaban en cada sociedad particular.)

Las palabras de Stone, que no he resistido la tentación de citar por su belleza y su interés intrínsecos, ¿contienen una descripción del pasado o su idealización? Me parece evidente que lo segundo. Y es que hemos pasado de un extremo al otro. Si antes veíamos en los pueblos tradicionalistas a una horda de brutos salvajes (como consta en las películas de indios y vaqueros y en las de Tarzán), ahora los consideramos unos ecologistas espirituales. Ni tanto ni tan poco.

Pero hay quienes consideran que no es imposible que las sociedades no siempre hayan sido como consideramos natural que sean: dominadas por los hombres.

Merlin Stone, autor of *When God Was a Woman*, cites several scholars' work to buttress her claim that most early human communities «were originally matrilineal, matriarchal and even polyandrous (one woman with several husbands)». The vast majority of prehistoric stone carvings (so-called Venus figurines), which date from around 25.000 B.C.E. to about 3.000 B.C.E. are indeed of goddesses. Such specific authority structures and religious carvings presuppose the existence of female gender behavior that is activist and leadership oriented, traits mostly associated with men today (Rothblatt, 1955, pp. 31 y 32).

(Merlin Stone, autor de *Cuando Dios era una mujer*, cita el trabajo de varios investigadores para apoyar su pretensión de que la mayoría de las primeras comunidades humanas “eran originalmente matrilineales, matriarcales e incluso poliándricas (una mujer con varios esposos)». La gran mayoría de las estatuillas de piedra prehistóricas (las llamadas estatuillas de Venus), que datan desde aproximadamente de 25.000 hasta cerca del 3.000 antes de nuestra era, eran de Diosas. Estas específicas estructuras de autoridad y las tallas de piedra presuponen la existencia de un comportamiento de género femenino activista y orientado hacia el liderazgo, rasgos mayoritariamente asociados con los hombres hoy.)

Una sociedad que con frecuencia se cita como ejemplo de matriarcado o, por lo menos, de igualdad entre los sexos, es la de los iroqueses. Equivocadamente. Las mujeres simplemente tenían un representante, varón, en el Gran Consejo. El mayor poder de las mujeres residía en que, una vez declarada una guerra, decisión en la que ellas no intervenían, podían negarse a aportar los suministros necesarios para llevarla a cabo.

Que el patriarcado se haya impuesto de forma prácticamente universal es debido a motivos biológicos, presentes en la definición que hemos dado (citando a Money y Erhardt, pero dejando claro que muchos otros autores, además de ellos, la han utilizado) de la mujer como las personas que menstrúan, gestan, paren y amamantan. Cuatro servidumbres, de las cuales ya se han liberado de dos. Gracias a los anticonceptivos y a los biberones, gestan cuando quieren y amamantan si les da la gana. En cuanto al inconveniente que se supone que acarrea la menstruación, la inestabilidad emocional, si se deja de lado a las transexuales, respecto a las cuales Benjamin insiste repetidamente en su inestabilidad emocional, cabe preguntarse si los hombres son realmente estables emocionalmente o si, simplemente, su inestabilidad, al no ser cíclica, no es previsible y por tanto es más fácilmente disimulable. Yo me inclino por la segunda solución. He trabajado con jefas y con jefes, y las primeras me han parecido siempre más estables. Y no he leído nada que me convenza de lo contrario. Lo que sí ocurre es que la sociedad, al ser organizada por ellos, les deja más válvulas de escape. La primera (de la que, por lo visto, no hay muchos que se priven) es simplemente pegar a su mujer. Luego, tienen amantes, incluso (o principalmente) entre sus subordinadas en el trabajo, aprovechándose casi siempre para ello de su superioridad jerárquica. Además, con el pretexto de las reuniones de trabajo o de lo pesado que es un cliente al que tienen que soportar, se emborrachan impunemente, y/o se van de putas y/o de trans. Mi impresión, y creo que la de todas, es que la mayoría de los clientes de la prostitución son señores casados, respetables y modélicos ciudadanos ¡Cuántas veces he subido a coches con asientos de niños en la parte de atrás y adelante fotos de sonrientes caras infantiles con la leyenda: «Papi, no corras!»! Y cuántas, estando en plena faena, ha sonado el móvil: era la esposa a la que, jovialmente, en tono de falsa confianza, le ha dado las explicaciones laborales que he mencionado antes, para continuar luego tranquilamente conmigo.

En cuanto a la superior fuerza bruta de los hombres, hoy en día sólo es necesaria en algunos trabajos, y no precisamente en los mejor cotizados. Su aportación al proceso productivo, en la época de la automatización, es muy reducida. Su principal utilidad reside en que es la *ultima ratio* de muchas discusiones, sobre todo de las que se mantienen con personas de constitución más débil, como las mujeres. En definitiva, la superioridad que en nuestra sociedad (globalmente hablando, pues hay zonas de ella en la que no es así) mantienen los hombres sobre las mujeres se basa ante todo en la costumbre ancestral de que así sea, costumbre que, a su vez, se mantiene por la utilización de la violencia más primaria o la amenaza de utilizarla.

Martin y Voorhies, en *Female of the species* estudian la relación entre la forma de subsistencia de una sociedad, es decir, su modo de producción, y la situación que en ella ocupa cada uno de los géneros (Martin y Voorhies, 1975). La caza, por las habilidades que requiere, ha sido siempre más valorada que la recolección, a pesar de que esta última generalmente ha aportado la mayoría de las calorías consumidas por la comunidad. Y el paso a la agricultura, con sus aradas, sus canales y sus regadíos, y la fuerza que se necesitaba para realizarlos, mejoró notablemente el estatus del hombre en la sociedad.

Pero no todas las culturas tienen la misma concepción de los géneros que la nuestra. Levy, en *Los tahitianos*, nos describe la relativa androginia que reina entre el pueblo al que dedica su libro (Levy, 1973) y Margaret Mead nos habla de «la prescripción toda según la cual la mayor parte del trabajo doméstico es demasiado sagrado para las mujeres» (Mead, 1935, p. 15). Bogoras nos comenta los seis sexos/géneros entre los que se divide la población chukchi (Bogoras, 1907), lo que, siendo insuficiente, es mucho más racional y realista que los sólo dos que tenemos nosotros. Rothblatt cita la observación de Herodoto de que «in Egypt, women go to the marketplace, transact affairs, and occupy themselves with business, while men stay at home and weave» (Rothblatt, 1995, p. 32). («en Egipto, las mujeres van al mercado, negocian los asuntos y se ocupan ellas mismas de los negocios mientras que los hombres permanecen en casa y tejen.»)

En 1964, la socióloga francesa Rocheblave-Spenlé (en Badinter, 1986) realizó una investigación sobre la forma en que los hombres y las mujeres veían las características psicológicas de su sexo, o sea, sobre los rasgos de los estereotipos de género masculinos y femeni-

nos. Para la gente joven «liberada» de prejuicios, por su carácter rebelde y/o su independencia económica, tales estereotipos han quedado totalmente desfasados. Pero no es el caso de buena parte de la población. La violencia doméstica (que se da en todas las clase sociales, pero más en las menos pudientes) nos lo recuerda cada día.

CUADRO 1. Rasgos de los estereotipos masculino y femenino, según una encuesta realizada en Francia

RASGOS	
ESTEREOTIPO MASCULINO	ESTEREOTIPO FEMENINO
<i>Estabilidad emocional</i>	
Decidido, firme tranquilo, calmado	Caprichoso, histérico, sensible miedoso, emotivo, pueril, frívolo
<i>Mecanismos de control</i>	
Disciplinado, metódico, organizado rígido, franco, discreto	Hablador, incoherente, amanerado atontado, astuto, secreto
<i>Autonomía, dependencia</i>	
Patriota, gusto por el riesgo, independiente	Necesidad de confiarse, necesidad de agradar, coqueto, sumiso
<i>Dominación, afirmación de sí mismo</i>	
Necesidad de poder, necesidad de celebridad, ambicioso, gusto por el mando, dominador, suficiente, seguro de sí mismo, necesidad de prestigio, arribista, necesidad de afirmarse.	Débil
<i>Agresividad</i>	
Combativo, cínico, gusto por la lucha	Astuto
<i>Nivel de actividad</i>	
Impetuoso	Pasivo
<i>Adquisición</i>	
Egoísta, materialista	Curioso

Cualidades intelectuales, creatividad

Creador, lúcido, objetivo, gusto por las ideas teóricas, aptitudes para las ciencias, para las matemáticas, escéptico, razonador. Intuitivo

Orientación afectiva, sexualidad

Obsceno Acariciante, compasivo, dulce, púdico, gusto por la toilette, necesidad de tener hijos, necesidad de amor.

FUENTE: Badinter, *L'un est l'autre*, p. 159.

Como se ve en el cuadro 1, la idea que el conjunto de la población entre el que se hizo la encuesta tiene de los hombres es muy superior a la que tiene de las mujeres. Incluso la obscenidad, si se vincula a los hombres, observa Elisabeth Badinter, pierde el carácter negativo que tenía antes, cuando se asociaba a las mujeres.

En 1990 el Departamento de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos publicó los resultados de una encuesta realizada en 1972 entre 74 estudiantes universitarios y 80 estudiantes universitarias, cuyo tema eran los rasgos descriptivos de los estereotipos de los roles sexuales. Los resultados se muestran en el cuadro 2.

CUADRO 2. Rasgos de estereotipos masculinos y femeninos
(Departamento de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos)

Grupo de competencia: el polo masculino es más deseable

Femenino

Nada agresiva
Nada independiente
Muy emocional
No oculta en absoluto las emociones
Muy subjetiva
Fácil de influenciar
Muy sumisa
Le desagradan mucho las matemáticas

Masculino

Muy agresivo
Muy independiente
Nada emocional
Usualmente las oculta
Muy objetivo
Nada fácil de influenciar
Muy dominante
Le agradan mucho las matemáticas y las ciencias

Muy excitable a la menor crisis	Nada en absoluto excitable
Muy pasiva	Muy activo
Nada competitiva	Muy competitivo
Muy ilógica	Muy lógico
Hogareña	Muy mundano
Nada hábil para los negocios	Muy hábil para los negocios
Muy retorcida	Muy directo
No conoce el camino del mundo	Conoce el camino del mundo
Se siente fácilmente herida	No se siente fácilmente herido
Nada aventurera	Muy aventurero
Le cuesta tomar decisiones	Toma decisiones fácilmente
Llora con facilidad	Nunca llora
Casi nunca actúa como líder	Casi siempre actúa como líder
Sin ninguna confianza en sí misma	Con mucha confianza en sí mismo
Le molesta ser agresiva	No le molesta ser agresivo
Nada ambiciosa	Muy ambicioso
Incapaz de separar los sentimientos de las ideas	Fácilmente capaz de separar los sentimientos de las ideas
Muy dependiente	Nada dependiente
Muy engreída acerca de su apariencia	Nada engreído acerca de su apariencia
Piensa que las mujeres son siempre superiores a los hombres	Piensa que los hombres son superiores a las mujeres
No habla libremente de sexo con los hombres	Habla libremente de sexo con los hombres

Grupo cálido-expresivo: el polo femenino es más deseable

No usa en absoluto lenguaje duro	Usa lenguaje muy duro
Muy habladora, llena de tacto, gentil	Silencioso, torpe y rudo
Muy consciente de los sentimientos de los demás	Nada consciente de los sentimientos de los demás
Muy religiosa	Nada religioso
Muy interesada en su apariencia	Nada interesado en su apariencia
Muy pulcra en sus costumbres	Muy abandonado en sus costumbres
Muy silenciosa	Muy ruidoso
Gran necesidad de seguridad	Poca necesidad de seguridad
Disfruta con el arte y la literatura	No disfruta en absoluto con el arte y la literatura
Fácilmente expresa sentimientos tiernos	No expresa fácilmente sentimientos tiernos

La encuesta para los rasgos de estereotipos cuyos resultados se exponen en el cuadro 2 se realizó entre mujeres y hombres angloamericanos. Para otros grupos los rasgos estereotípicos difieren. Por ejemplo, entre los afroamericanos los rasgos estereotípicos de hombres y mujeres son más parecidos entre sí. Y es que para la mujer blanca la condición de mujer crea más solidaridad que el color de la piel, mientras que la negra no lo ve de la misma forma. Ello se deduce del dialogo entre una mujer blanca y una negra, tal como lo transcriben Kimmel y Messner; transcripción que es citada por Elisabeth Badinter (Badinter, 1993, pp. 24-25). Dice la mujer negra:

- Cuando, por la mañana, te miras al espejo, ¿qué ves?
- Veo una mujer —respondió la mujer blanca.
- Ahí esta precisamente el problema —replicó la mujer negra—. Yo veo una negra. Para mí la raza es visible a diario, porque es la causa de mi handicap en esta sociedad. La raza es invisible para vosotras, razón por la cual nuestra alianza me parecerá siempre un poco artificial.

La característica más destacada, en mi opinión, de los rasgos de los estereotipos es que son profecías que se autorrealizan. Originariamente no son verdad, pero a fuerza de repetirlos, acaban siéndolo. La táctica del doctor Goebbels de que una mentira muchas veces repetida se convierte en verdad no fue invento suyo. Un ejemplo claro son las matemáticas. Al contrario de lo que observó directamente Herodoto entre los egipcios, tanto la encuesta francesa como la norteamericana postulan que, en ellas, los hombres superan a las mujeres. Y, en efecto, en los exámenes de ingreso a las universidades norteamericanas, la nota media de las mujeres en matemáticas era inferior a la de los hombres. Pero, analizando el tema, se cayó en la cuenta de que, como ya se esperaba que las mujeres fueran inferiores a los hombres en matemáticas, durante el bachillerato recibían muchas menos clases de la materia que ellos, con lo cual se conseguía que, efectivamente, lo fuesen.

The most common and reliable finding in this area is that females tend to take fewer math courses than males as soon as such courses become optional, usually in high school (Basow, 1992, p. 44). (El más común y fiable descubrimiento en esta área es que las mujeres tienden a seguir menos cursos de matemáticas que los hombres en la medida en que esos cursos se vuelven optativos, generalmente en el bachillerato.)

Según Basow, de todas las investigaciones que se han realizado sobre las diferencias entre los géneros, las dos más consistentes que se han encontrado han sido: en la agresividad de la conducta y en la superior habilidad espacio-visual del hombre (Basow, 1992, p. 46). Anne Fausto-Sterling da explicaciones convincentes sobre cómo se adquiere la segunda (que, por consiguiente, no es congénita): lo más probable es que mientras la madre repita o imite vocalizaciones para distraer a la niña, al niño lo entretenga haciendo balancearse algún objeto delante de él; los chicos usualmente exploran más y permanecen más tiempo lejos de sus padres (porque son estimulados a ello) que las chicas; ellas con frecuencia usan prendas de vestir que limitan sus movimientos (y, con ellos, su exploración del espacio que las rodea) como vestidos almidonados con volantes y adornos y zapatos de charol (Fausto-Sterling, 1985, p. 36).

Las explicaciones de Fausto-Sterling me parecen muy ricas en contenido. Si el niño explora más y permanece más tiempo lejos de sus padres y la niña usa prendas de vestir que limitan sus movimientos, él hace más ejercicio. Y el desarrollo físico normalmente es directamente proporcional al ejercicio físico que se hace cuando el cuerpo aún se está formando. El hijo de la Rubia perteneció a la penúltima quinta que hizo el servicio militar, y durante él creció cinco centímetros, cuando parecía que ya no crecería más. Por consiguiente, si las chicas hubieran hecho el servicio militar en iguales condiciones, muchas de ellas, si no todas, hubieran crecido más. Pero es que al «explorar más», el varón en cierta forma ha estado haciendo desde la infancia un miniservicio militar, mientras las niñas «limitan sus movimientos». Según eso, el mayor tamaño y la superior fuerza física del hombre son, como el resto de los rasgos estereotípicos de género, profecías que se autorrealizan, aunque en este caso concreto no completamente, pues existe una base real: la testosterona, que el varón genera desde que está en el vientre materno, contribuye poderosamente al desarrollo de la fuerza muscular.

In every known society, the male's need for achievement can be recognized. Men may cook, or weave, or dress dolls or hunt hummingbirds, but if such activities are appropriate occupation for men, then the whole society, men and women alike, votes them as important. When the same occupations are performed by women, they are regarded as less important (Mead, 1949).

(En todas las sociedades conocidas, se puede reconocer la necesidad de logros por parte del hombre. Los hombres pueden cocinar, o tejer, o vestir muñecas, o cazar castores, pero si estas actividades son ocupaciones apropiadas para los hombres, entonces toda la sociedad, hombres y mujeres por igual, las reconoce como importantes. Cuando las mismas ocupaciones son realizadas por mujeres, son vistas como menos importantes.)

Un problema con que se tropieza toda investigación que trate de probar la igualdad entre los sexos/géneros es que como ésta va contra el sistema, contra el poder establecido, contra la dominación de las mujeres por los hombres, contra las instituciones, encuentra toda clase de tropiezos burocráticos y financieros, y, si a pesar de todo, logra hacerse, no recibirá ninguna difusión y se intentará «enterrarla». Si, en cambio, se planea una investigación para demostrar que los hombres y las mujeres son muy diferentes (recurriendo, por ejemplo, a experimentos con primates entre los cuales los machos son muy diferentes de las hembras, aunque no son, globalmente, los que más similitudes tienen con los seres humanos) entonces, como objetivamente se está trabajando para ayudar a los que controlan el poder, por no decir todos los poderes, es factible conseguir toda clase de ayudas, de becas, de subvenciones, y, una vez realizada la investigación, de facilidades para su difusión y de estímulos académicos. Pero ni aun así se impide que los hombres se estén batiendo continuamente en retirada en todos los frentes de su supuesta superioridad (en el que menos: en el de la fuerza bruta y en el de la brutalidad) y vivan una continua crisis de identidad existencial, cuestionándose (y siendo cuestionados) su papel en la familia, en la sociedad, en la vida. Como todo ha ido muy rápido, aún tienen ante sus ojos el ejemplo de sus padres, que eran el centro de todo.

¿Qué repercusiones tiene el avance de la igualdad de los sexos para las transexuales? De momento, como ya escribí comparando a las brasileñas de los años ochenta con las de hoy, una mayor naturalidad, una desaparición de la uniformidad en la búsqueda de la perfección física, una mayor diversidad (que en las trans españolas también deben darse pero no las he observado porque las veo todos días, mientras que hacía mucho tiempo que no veía a un grupo de brasileñas). Hemos visto que los más importantes investigadores en el cam-

po de la transexualidad han previsto que un día las CRS estarán desfasadas. Pues, con la ley inglesa y la futura ley española, ese desfase (que ya se da, y no en el hecho de que menos transexuales se operen —probablemente lo hacen más—, sino en el de que menos aspiren a hacerlo, sin que ello les impida vivir como mujeres) avanzará mucho. Las trans podremos ser legalmente mujeres sin necesidad de enriquecer a los cirujanos. Y si un día futuras generaciones llegasen a tener tan incrustada en el inconsciente la igualdad de los sexos como la nuestra tiene su desigualdad, la transexualidad podría desaparecer. Teniendo en cuenta que sólo tiene, propiamente hablado, medio siglo de existencia (con anterioridad es indistinguible de la homosexualidad), habrá sido un episodio breve en la historia de la humanidad.

Si para las trans el problema fundamental es «pasar» o «ser leídas», para los trans, que generalmente «pasan», lo es tener penes de buen tamaño que sean estéticos, funcionales y sensibles. Desde hace muchos años se habla de la posibilidad de trasplantes. Conversando con un cirujano al respecto, me explicó que, desde un punto de vista técnico-quirúrgico, esa posibilidad existe ya, pero los gobiernos (que son los propietarios de todos los órganos trasplantables, para evitar su tráfico) no les dan luz verde. Otra cosa es que, en caso de ser posible realizarlos, tengan éxito o no. Técnica y psicológicamente. Recientemente a un señor que había perdido un brazo le trasplantaron el de otro, recién muerto. No se produjo rechazo y, sin embargo, al poco tiempo pidió que se lo quitaran. Prefería ser manco a vivir con el brazo de otro. Pero no todo el mundo reacciona igual.

Recordemos que la precursora Lili Elbe, para cambiar de sexo se hizo hacer trasplantes de ovarios. Murió probablemente a consecuencia de la operación, pero es que en los años treinta la lucha contra los rechazos estaba en pañales. Desde entonces ha avanzado mucho y en España tenemos una chica, bonita y aún joven, que lleva más de diez años con los pulmones trasplantados, por no hablar de los múltiples trasplantes de corazón, de riñones y de otros órganos que se efectúan continuamente.

Supongamos (lo que no es inverosímil) que un día se alcancen avances significativos en la lucha contra los rechazos de los trasplantes. Ello abriría nuevas y actualmente insospechadas perspectivas a la transexualidad. Un hombre biológico podría recibir trasplantes de senos, de ovarios, de útero, de clítoris, de vagina. La definición de mu-

jer como persona capaz de menstruar, concebir, gestar, parir y amamantar, le sería aplicable. Sin embargo, la mayoría de sus células serían XY, aunque las de los órganos trasplantados continuarían siendo XX. Sería un mosaico, o sea, una especie de hermafrodita cromosómico, lo cual prácticamente no tendría importancia al lado del hecho de que sus ovarios lógicamente producirían óvulos que podrían ser fecundados y el feto se desarrollaría en el útero antes de salir por la vagina, salvo que la estrechez de las caderas lo impidiera, en cuyo caso se recurriría a la cesárea. Pero, en realidad la criatura no sería hija suya sino de la fallecida cuyos ovarios le habían implantado, pues serían los genes de ella los que heredaría. Algo parecido a lo que ocurre actualmente con los «vientres de alquiler», con la diferencia de los trasplantes y de que la madre biológica estaría muerta.

Sobre las clasificaciones

En 2003 fue publicado el libro *The Man Who Would be Queen*, de J. Michael Bailey, que causó mucha polémica, tanto por circunstancias personales del autor, que considero sin interés, como por la teoría principal en él expuesta, que no es suya sino de su amigo y colega Ray Blanchard, lo que Bailey en todo momento deja muy claro. Probablemente ningún otro libro sobre transexualidad ha hecho correr tanta tinta en los últimos años. Aun admitiendo que contiene observaciones perspicaces y enfoques simplificadores que pueden ser de cierta utilidad, no estoy en el fondo de acuerdo con él, pero no puedo dejar de aludir a él, simplemente por su candente actualidad, a pesar de mi convencimiento de que no es un libro importante y de que dentro de pocos años casi no se mencionará.

La teoría de Blanchard (director del programa de sexología clínica del Instituto Clark de Psiquiatría, de Toronto) no es reciente. La expuso en una serie de artículos que empezó en 1985 y continuó durante una década. En ellos dividió a las transexuales en dos clases, que describió con bastante detalle, lo que, según Bailey, convirtió en dos patrones clínicamente comprensibles lo que antes era una extraña y caótica colección de fenómenos (transexuales homosexuales, heterosexuales, bisexuales y asexuales, además de los travestis fetichis-

tas y las *drag queens*). En resumen (según la versión que Bailey da de las teorías de Blanchard, que no ha sido desmentida por éste):

The two types of transsexuals who begin life as males are called *homosexual* and *autogynephilic*. One understood, these names are appropriate. Succintly put, homosexual male-to-female transsexual are extremely feminine gay men, and autogynephilic transsexuals are men obsessed with the image of themselves as women. When most people hear «transsexual» they think of the homosexual transsexual, who fits the classic pattern. From soon after birth, the homosexual male-to-female transsexual behaves and feels like a girl (Bailey, 2003, p. 146).

(Los dos tipos de transexuales que empiezan la vida como hombres son llamados *homosexual* y *autoginefílico*. Una vez que se entienden, estos nombres son apropiados. Sintetizando, los transexuales homosexuales de hombre a mujer son gays extremadamente femeninos, y los transexuales autoginefílicos son hombres obsesionados eróticamente con la imagen de ellos mismos en tanto que mujeres. Cuando la mayoría de la gente oye «transexual» piensa en el tipo homosexual, que se ajusta al patrón clásico. Desde poco después de nacer, el transexual homosexual de hombre a mujer siente y se comporta como una niña.)

Para hablar de mi círculo inmediato, Berta (bonita, delicada, femenina, siempre socialmente una mujer desde los dieciséis años) encajaría dentro de esta última categoría. Yolanda, Noemí y yo, en cambio, entraríamos dentro de la categoría de las autoginefílicas. No fuimos niños afeminados y nos han atraído sexualmente las mujeres. A Noemí, me dice, cada vez le atraen más los hombres, evolución bastante frecuente entre las operadas, y quizás algún día a mi me ocurra lo mismo. En muchas cosas acabo haciendo lo mismo que ella, pero no por imitarla (pienso) sino por evolución natural. A pesar de que le llevo once años, es mucho más madura que yo, que no estoy segura de haber terminado de salir de la adolescencia. A propósito del aumento del gusto por los hombres, alguna vez hemos contemplado la posibilidad de que, en el fondo, seamos homosexuales homófobos, que es una de las explicaciones más negativas que se han dado de la transexualidad: una forma de escapar de la homosexualidad a la vez que se practica. Y llegamos a la conclusión de que ninguna de las dos entra en esa categoría, pues nunca hemos podido penetrar analmente a un hombre. Yo lo he inten-

tado varias veces (por dinero, pues a muchos respetables señores les encanta que los penetren) sin conseguirlo. En ocasiones, con clientes «inocentes», de esos que empiezan a acariciar y de pronto exclaman, fingiendo sorpresa, como si hubieran estado convencidos de estar con una mujer genética: «¡Uy, pero qué es esto!», cuando «esto» lo conocen muy bien y les gusta, lo chupan, lo menean, piden que se les introduzca y, si ello no resulta posible, siguen chupando hasta que sale la leche, que muchas veces devoran con fruición. Otros aficionados a ser penetrados son más directos. En cuanto detienen el coche preguntan si sería posible, y si se les responde que no, arrancan, en busca de una que les diga que sí. Pero no todo el monte es orégano y una vez — sólo una — fui con un cliente que realmente era un inocente.

Si se tiene una actitud abierta (y a veces incluso si no se tiene) la sexualidad es algo bastante fluido, como lo prueba, por ejemplo, que varias pacientes de Benjamin hayan evolucionado de travestis fetichistas a transexuales (Benjamin, 1966, p. 28). Es posible que ello me haya ocurrido a mí. Maquillarse y vestirse de mujer de vez en cuando puede ser excitante, pero tener que hacerlo todas las noches, como me ocurría cuando ejercía la prostitución, no, salvo que estuviese estrenando algo que me gustase mucho. Me agrada definirme como «perverso polimorfo», que es como Freud llama a los niños en la etapa de su vida en que sus gustos sexuales no se han definido y estabilizado, y están aún abiertos a todas las posibilidades, pero como lo de «perverso» produce mala impresión, no lo hago con frecuencia.

Las homosexuales blanchardianos coinciden bastante con las que antes se llamaban primarias o precoces y las autoginéfilas con las secundarias o tardías, siendo normalmente las primeras más femeninas por haber empezado antes. Pero hay un factor que para mí es esencial y que no se ha tenido en cuenta, o no lo suficiente, y es el origen socioeconómico y cultural de la persona. Cuanto más bajo es el estatus de la persona durante su infancia, menos perspectivas y menos posibilidades de elección tiene. Los pocos caminos que se le presentan pueden ser tan estrechos, tan poco atractivos, que el de la transexualidad (y la prostitución) parezca el mejor. En cambio, un joven de «buena familia» puede ver tan accesibles las vías de lo que habitualmente se considera el éxito, con las satisfacciones que comporta, que el sendero de la transexualidad le parezca demasiado arduo para pasar su vida recorriéndolo.

Berta, muy dotada artística e intelectualmente, a los quince años tuvo que dejar los estudios y ponerse a trabajar, y desde los dieciséis lleva vida de mujer. Aunque ha adquirido una cultura bastante amplia y es una magnífica pintora y dibujante, creo que abriga ese sentimiento de faltarle algo importante que con frecuencia tienen quienes recibieron poca educación formal y no pudieron ir a la universidad. Se magnifica lo que no se conoce. Es algo evidente en las memorias de Terenci Moix, a quien obsesiona su falta de una formación universitaria, que sí posee su hermana, Ana María.

Berta tiene toda la razón del mundo en molestarse cuando le digo que es una trans homosexual, pues Blanchard escogió mal la palabra, con lo que mostró la misma falta de sensibilidad que Bailey, a quien como cubierta de su libro no se le ocurrió poner otra cosa que un pie desagradable y exageradamente masculino, convirtiéndolo en símbolo de un grupo humano para el cual lo más importante, y con lo que más se identifica, es con la feminidad y la delicadeza. Las que Blanchard denomina trans homosexuales, lo son desde el punto de vista biológico, pero desde el del género son heterosexuales (aunque heterogénicas sería más exacto), que es como habría debido denominarlas, tanto porque se trata más de una cuestión de género que de sexo biológico como porque para ellas (como para tod@ trans) resulta humillante y deprimente que se las trate de acuerdo con su sexo de origen y no con su género adquirido. Sin que ello sea un argumento en contra de las teorías que defienden, hay que reconocer que no cuidan las formas e hieren a quienes pretenden estudiar. Es lo que hizo Dorothy Clare, que no podía ignorar que en la comunidad genérica a las trans que se sienten atraídas por otras trans o por mujeres (como me ocurre a mí) se nos denomina lesbianas. O, si se quiere especificar más, trans lesbianas. Pero la señora Clare quiso innovar y se inventó el horrible término «transhomosexual», que creo que irritaría, si les fuera aplicado, a todas las personas que encajan en él (a mí me irrita). Por ello espero que no tenga ningún futuro y que caiga en esa clase de olvido que son los libros de historia.

Noemí y Yolanda, en cambio, antes de vivir una transexualidad que sentían desde una edad temprana, estudiaron carrera (gracias a que sus familias se las costearon) y se convirtieron en profesionales de éxito. O sea, que la vida les ofreció unas posibilidades que no le ofreció a Berta. Y son transexuales tardías.

Ken Zucker llegó a la conclusión, tras un minucioso trabajo de investigación, de que los niños con desorden de identidad de género (GID) se convertían en adolescentes con el mismo desorden (lo que los colocaba cerca de la transexualidad) cuando en su vida intervenían factores negativos lo suficientemente numerosos y fuertes para poder ser incluidos en el término «temprana adversidad» (Bailey, 2003, pp. 178-179). Vistas las cosas desde el otro lado, cuantos más factores positivos intervienen en la vida de un niño con aparente tendencia a la transexualidad, menos posibilidades hay de que esa tendencia se desarrolle.

El dinero y la buena posición social normalmente hacen la vida más agradable, y al niño y al adolescente le abren las posibilidades de un futuro brillante. A ello atribuyo (más que a unas supuestas homosexualidades y autoginefilias) que las trans de clases altas suelen ser más tardías. Incluso los dos casos escogidos por Bailey como ejemplos de cada una de las clases blanchardianas lo demuestra. La autoginéfila Cher (de nacimiento Chuck Mondavi) es italoamericana. Aunque sus padres son calificados por Bailey de clase media baja, puede pasarse años sin trabajar, viviendo en un estudio y entregada a sus fantasías sexuales. A los cuarenta años se sometió a la CRS.

La homosexual Terese (de nacimiento, en México, José García) muy joven empezó a trabajar en una oficina del gobierno, donde tenía que vestirse de forma muy virilmente conservadora, lo que lo deprimió y lo estresó hasta tal punto que empezó a caérsele el pelo. A los diecinueve años empezó a vivir *full time* como mujer, y a los veinticinco, cuando, después de años de ahorro, consiguió reunir el dinero, se sometió a la CRS.

En general, los hispanos no disfrutan de prestigio en Estados Unidos. Son más apreciados que los negros pero menos que los europeos e incluso que los asiáticos. Es mi impresión y la de todas las personas con las que he hablado al respecto, algunas con muchos años de residencia en el país, al cual he ido tres veces. La primera, a los dieciséis años, con mi madre y mi hermana, fue muy cultural y turística. Atravesamos el país por la costa Este desde Miami hasta Nueva York. En esta última ciudad, una noche me escapé y me fui al Greenwich Village a buscar trans (había leído bastante sobre ellas, pero todavía no había visto ni una sola). Entonces pude cruzar

un par de frases con la primera trans que veía en mi vida y con la única aparentemente norteamericana que he visto nunca (a las que vinieron de crucero a Barcelona no las pude ver personalmente, y lo que sé de ellas me lo contó Noemí, que sí las pudo visitar), aparte de Acacia.

Los otros dos viajes los hice sola, en el 79 y en el 81, únicamente a Nueva York, en busca de trans (también consumí mucho alcohol, pero igualmente lo hubiera hecho en Barcelona) y encontré muchas, todas ellas, absolutamente todas, latinas, de origen humilde y dedicadas a la prostitución. Buena parte de ellas eran colombianas. ¿Coincidencia, o es que esa era la composición de la población trans de la ciudad en ese momento? No lo sé, pero más recientemente Bailey hizo en Chicago un estudio sobre los «homosexual transsexuals and drag queens», y aproximadamente el 60 por 100 de las que estudió eran latinas o negras. O sea, pertenecían a los grupos étnicos menos valorados.

Una transexual no es un varón que tiene impulsos transexuales, sino uno que, teniéndolos, no los reprime. No veo factible hacer una encuesta fiable al respecto, aun disponiendo de medios, porque no creo que sean muchos los transexuales reprimidos dispuestos a confesar que lo son, y muchos incluso lo ignoran. Y la autorrepresión aumenta a medida que se sube en la escala social, porque se tiene más que perder asumiendo la transexualidad. Casi todas las personas que asumen su transexualidad siendo aún muy jóvenes tienen muy poco o nada que perder.

No hace muchos años se publicó la noticia de que el cirujano de la reina madre de Inglaterra había cambiado de sexo. La discreción con que se difundió la noticia, sin fotografías, ni biografía, contrastaba con el gran despliegue publicitario que hacía poco tiempo se le había dado a un sargento del ejército inglés que había hecho lo mismo. En los dos casos, como en los de un guardia civil y un mecánico de aviación que se dieron aquí en España hace poco, no se trata de que se hayan «vuelto» transexuales. No. Simplemente asumieron una transexualidad de la cual eran conscientes y contra la cual habían luchado. Es seguro que ha habido transexuales que han muerto sin asumir su transexualidad. Bastaría, por ejemplo, con que el cirujano o el sargento (que también tenía sus buenos años) hubiesen muerto jóvenes, o que mi coma etílico hubiese sido fatal, para que formásemos

parte del grupo. Lo interesante sería saber qué tan grande ha sido éste, y si la mayoría (o incluso la gran mayoría) de transexuales murió sin que se conociese su condición. Es más: teniendo en cuenta que, si la represión es muy fuerte, lo reprimido no llega a la conciencia y se queda en el inconsciente, muchos transexuales han vivido y han muerto sin saber que lo eran. La transexualidad que no se manifiesta directamente lo hace por caminos retorcidos. La literatura es uno de ellos. Y pienso menos en Flaubert con su célebre «Madame Bovary, c'est moi», que en Henry James, para no hablar de Hemingway, en quien se dan clarísimamente los elementos que Stoller, en *Sex and Gender*, considera definidores del transexual: una madre bisexual, un padre emotivamente ausente y un contacto físico prolongado con la madre. Al chocar la transexualidad con su sistema de valores, escogió la huida hacia delante, en este caso, el machismo. Lo primero era alejarse de la madre, y no solo físicamente. John Dos Passos comentaba que nunca hubiese creído que alguien hablase tan mal de su madre como lo hacía Hemingway. Y hay pequeños rasgos en su prosa que lo delatan, como cuando escribe en su diario que Mary, su esposa, lo trata como si fuese su mejor amiga, lo cual le produce una alegría inmensa. Además, está *The Garden of Eden*, esa novela río que se le escapó de las manos, en la cual trabajó muchos años sin llegarla a terminar y de la que se publicó póstumamente una versión abreviada. Narra la vida cotidiana de una joven pareja (él, un joven escritor; ella, una rica heredera) decididamente andrógina, que visten igual, se peinan igual e intercambian sus nombres.

La clasificación de Blanchard aporta elementos valiosos de análisis (concretamente, la autoginefilia) pero peca de maniquea, de verlo todo blanco o negro, ignorando los grises. Toda «homosexual» blanchardiana quiere ser bella para atraer a los hombres, sí, pero también por el placer de sentirse bella (lo que sería un placer autoginefílico). Y a toda autoginefila le excita imaginarse mujer atractiva, pero ello no puede obsesionarla hasta el punto de serle indiferente el atractivo físico o la simpatía y la sabiduría sexual de la persona con la que haga el amor (lo que, si se trata de un hombre, introduciría elementos homosexuales en su autoginefilia).

El activista trans Jamison Green opina (en la revista *Tapestry*, 2001) que la autoginefilia puede ser mucho ruido y pocas nueces.

Cuando le pregunté si pensaba que la autoandrofilia era un factor en el transexualismo de mujer a hombre, me contestó que podría serlo para algunos, teniendo en cuenta que muchos trans se ven como hombres cuando hacen el amor, incluso antes de su cambio, y obtenían satisfacción erótica viendo sus cuerpos en plena transición. Pero, afirma Jamison, estas experiencias eróticas no constituyen el principal motivo para la transición sino que son características de un sentido total de la identidad de género (Tobin, 2003, pp. 7-8).

Pienso que también hay hombres no transexuales que se excitan contemplando sus cuerpos masculinos... Mujeres no transexuales se contemplan a sí mismas también y pueden gastar mucho tiempo frente al espejo haciéndolo, y, ¿quien se atrevería a decir que ellas no se excitan con la idea de sus propios cuerpos? No sé de nadie que haya estudiado esto en mujeres no transexuales. Y creo que este deseo puede ser visto como saludable ... Quienes hemos trabajado duro para quitarle el estigma al transexualismo no debemos negar ni el poder del deseo erótico ni el miedo a él, que desea hacerlo desaparecer. Si aislamos la autoandrofilia o la autoandrofilia como si se dieran sólo en el mundo trans, volveríamos a victimizarnos, perpetuando la anulación que much@s de nosotr@s experimentamos durante buena parte de nuestras vidas. Si vamos a hablar de la inflamable mezcla de género y deseo, tenemos que reconocer que no es del dominio exclusivo de l@s transexuales (Green, 2001, pp. 1-2).

En medio de una sociedad descaradamente dedicada al narcisismo, afirmar que éste es privilegio de l@s trans es un honor que no nos merecemos. De las 300.000 operaciones de cirugía estética que se están realizando anualmente en España (*El Mundo*, Salud, 14 de abril de 2005, p. 54), la mayoría no tienen como pacientes a trans, que también representan sólo una pequeña fracción del gran mercado de la cosmética (femenina y masculina). O éste es un país de trans, o la autoandrofilia no es exclusiva de l@s trans. Es un intento más de marginar a l@s trans el limitar la autoginefilia y la autoandrofilia a nosotr@s. Las revistas de belleza y moda, por una parte, y las de desarrollo muscular, por la otra, no están destinadas al mundo trans.

Transexualidad y sida

Dice la activista transexual Rikki Anne Wilchins:

Usted quiere ser aceptada y el sexo se parece a la aceptación... incluso por una noche, incluso por quince minutos... muchas personas trans aceptarán tener sexo inseguro para sentirse deseables, para sentirse amadas, para sentirse convalidadas como mujer o como hombre (Warren, 2001, p. 145).

Debido al masivo ejercicio de la prostitución por parte de las transexuales, su tasa de HIV es muy superior a la de los transexuales (en una proporción de aproximadamente 17 a 1, según Clements-Nolle *et al.*, 2001), a pesar de la fuerza del deseo sexual que el consumo de hormonas masculinas proporciona a los transexuales. Estudios realizados en Italia, Brasil, Israel y Estados Unidos muestran que la tasa entre las trans que ejercen la prostitución es más elevada que la de los hombres y las mujeres no trans que lo hacen (Nemoto *et al.*, 1999, p. 298).

Pero el riesgo elevado de sida en la comunidad trans no se limita a las que se prostituyen. El Departamento de Salud de Minnesota dirigió grupos de estudio que se centraron en el problema. Citándolos, Bocking y Kirk escribieron:

La invisibilidad, la pobreza, la vergüenza, la poca autoestima, la soledad y el compartir jeringuillas para inyectarse hormonas o silicona (son todos factores de riesgo que afectan a la comunidad trans) ... La crónica carencia de campañas de prevención cuyo objeto fuera la comunidad trans se veía como un apoyo a la negación del riesgo ya ampliamente extendido en la comunidad. Mitos acerca del HIV que predominan en el conjunto de la sociedad se reflejan en la comunidad transgénerica en formas sin iguales. Por ejemplo, algun@s transexuales creen que un cambio de gay o lesbiana a un rol heterosexual, o un cambio de hombre a mujer, los protegería del HIV, sin necesidad de un cambio concomitante de conducta (Bocking y Kirk, 2001).

El hecho de que las vaginas de las trans operadas no se autolubriquen puede situar a estas mujeres ante un mayor riesgo de transmisión vaginal a causa de la abrasión de las paredes vaginales, y por ello los

educadores de HIV les aconsejan usar lubricación extra para el coito vaginal (Modan *et al.*, 1992).

Estrategias contra la divergencia género-génitales

Aunque Tobin (2003, p. 27) se refiere al tema con otros términos («la separación entre el autoentendimiento y el sexo físico experimentado por las personas trans en proceso de transición») las diversas estrategias para tratarlo que, según él, se ven en la literatura, son utilizables por todas las trans no operadas, estén o no en proceso de transición. Las estrategias que propone son:

- 1) *Evitar toda actividad sexual.*
- 2) *Limitar la actividad sexual* de forma que se eviten o se minimicen las experiencias de discordancia, lo que puede implicar centrar la actividad sexual en el cuerpo de la pareja, evitando prestar atención al de la trans, o simplemente evitar cualquier forma de estimulación genital.
- 3) *Rehacer el mapa del cuerpo* de forma que concuerde con la identidad de género ... las partes del cuerpo —especialmente los genitales— que no concuerdan con la identidad de género según los estándares tradicionales son redefinidas. La persona se concibe a sí misma como teniendo rasgos físicos convencionales para su género, sólo que con configuraciones más o menos poco convencionales (por ejemplo, un gran clítoris o un pequeño pene). De esta forma puede disfrutar de la sexualidad genital con poca o ninguna ansiedad.
- 4) *Reconcebir las categorías binarias de género* ... los rasgos del cuerpo —especialmente los genitales— convencionalmente definidos como pertenecientes a un género pueden ser aceptados como rasgos de miembros del género «opuesto» (por ejemplo, pene en una mujer, vulva y vagina en un hombre). Esta estrategia es mencionada muy ocasionalmente en la literatura clínica y aparece frecuentemente en la literatura autobiográfica y popular reciente.
- 5) *Rechazar completamente las categorías binarias de género* [las personas en proceso de transición que escogen esta estrategia] no

ven en la transición, como hace la mayoría, un pasar de vivir en un género para vivir en el otro, sino más bien como una búsqueda de cambios físicos específicos que les aporten mayor comodidad personal y la articulación de una identidad de género que desafíe las categorías binarias.

En mi opinión, a las estrategias descritas por Tobin habría que añadir la de las fantasías autoginéfilas, en virtud de las cuales las trans no operadas, con testículos y pene, tienen la fantasía de que en realidad se trata de vagina y clítoris, fantasía que llega a ser tan intensa que cuando penetran con su pene sienten que son penetradas en su imaginaria vagina.

14. La mirada de otros

For us, the experience comes first, then our conceptual explanation of it —unlike the academic approach of postulating a hypothesis which must then be proven. Many of us have become living proof of transgender reality.*

BOSWELL, 1988, p. 56

Trans, las más apaleadas

El título de la primera parte de este capítulo es el de uno de los de *Vidas del arco iris*, el libro de Jordi Petit publicado en junio de 2004. Y no es, desde luego, casualidad. El capítulo del libro de Petit observa la transexualidad a través de tres trans concretas: Noemí, Berta y yo. Me parece interesante mostrar cómo nos ve otra persona, perspicaz y sensible, y con un buen conocimiento del tema de la marginación. No se puede decir que la suya sea una visión *etic*, por cuanto los gays también pertenecen a la comunidad genérica. Es una visión a la vez próxima y exterior a nosotras, que tiene la ventaja añadida de no ser convencional. Omitiendo el primer párrafo, que trata de la transexualidad en general, reproduzco el resto de este corto capítulo.

Tras la imagen tópica de las lentejuelas y el *music hall*, travestis y transexuales, que sufrieron bajo el franquismo una dura represión, eran y siguen siendo los y las más visibles dentro de la disidencia sexual. Noemí, Berta y Norma, del CTC (Col·lectiu de Transsexuals de Catalunya), las

* Para nosotr@s, la experiencia viene antes, luego nuestra explicación conceptual de ella —a diferencia del enfoque académico de postular una hipótesis que debe entonces ser probada. Much@s de nosotr@s nos hemos convertido en prueba viviente de la realidad transgénero.

tres bien distintas, me explican en torno a un café qué fue y qué es de las vidas transgénero. Son transexuales que llevaron adelante la recuperación o afirmación de su identidad femenina por encima de su cuerpo de hombre. Noemí, con aire de estudiante «progre» y ropa indefinible, ni masculina ni femenina; Berta, para nada responde a la tópica imagen de mujer objeto, y aun dedicándose al espectáculo, podría ser la hermana o la prima moderna de cualquiera; Norma, la mayor, tiene esa sabiduría que da haberse dedicado a la prostitución y haber llegado a abogada.

A finales del franquismo, el Gambrinus, pequeño local de la calle Lancaster de Barcelona, reunía a la comunidad trans-travesti, entonces muy mezclada. Allí actuaban Coccinelle y Peki de Oslo. El Molino, entre otros templos de la revista, fue también refugio de trans y homosexuales, siempre que la policía lo permitiera, porque, si no, «ibas a la cárcel por vestirse de mujer».

El Barcelona de Noche fue luego el local más frecuentado por la bohemia y por muchas trans que ahí se hicieron famosas actuando, como Dolly van Doll, Capucine o Bambi. En los primeros años ochenta, Norma recuerda los bares de la calle Rull, tapizados de verde por dentro. De ese período evocan a Candy, quien apareció y triunfó en el programa *Aplauso*, de TVE, y hasta realizó un spot de TV imitando a Marilyn Monroe para anunciar una crema de afeitar.

Estamos hablando pues de un colectivo que al inicio de la democracia salía de un largo túnel, para ser al menos aceptadas en el mundillo alternativo, y poco más. El resto seguía rechazándolas. Habían emigrado de los pueblos, como tantos gays, y en las ciudades encontraron aquellas manifestaciones del Orgullo Gay, muy inclusivas y que protagonizaron para ser portada de toda la prensa.

Hormonarse, operarse o no, fue y es un reto personal, e integrarse, un reto social. La euforia de la transición duró poco, la ilusión con que se lanzaron a la calle chocó enseguida con el mayor desencanto y frustración. Algunas encontraron su pareja, pudieron realizar una vida normal con su nueva identidad, pero fue y es una minoría. Como antes bajo el franquismo, aunque sin Ley de Peligrosidad Social, casi no había más trabajo que la prostitución o el espectáculo. Al desarraigo familiar se sumaron además los estragos que causaron primero la droga y luego el sida. Norma recuerda que las prostitutas trans, en un callejón ahora desierto cerca de la rambla Santa Mónica y luego en la rambla Cataluña, siempre fueron menos sumisas a los proxenetas, pero ésa sería ya otra historia. Curiosamente, me cuentan que los clientes, señores muy normales, las preferían sin operar, todo un indicio de una heterosexualidad muy pero que muy versátil.

Me cuentan un poco más de cada una. Berta empezó trabajando como ayudante de cocina en su pueblo de origen a los quince años y, sin dejar ese empleo, pasa a adoptar su identidad femenina. No sucedió nada, no hubo despido quizá por ser un lugar pequeño y conocerse todo el mundo. Su familia siempre la aceptó. «Yo pensaba en ese momento que a veces, por más difícil que sea el entorno, cuando alguien se respeta a sí mismo o misma, por ejemplo no escondiéndose, puede surgir una especie de tolerancia.» En su caso tenía el apoyo de sus allegados, y eso tampoco pasó desapercibido para los demás. De todas maneras, Berta sería la excepción que confirma la regla del rechazo total. Norma, que ahora trabaja de noche en la custodia de una portería, explica que para ella la prostitución fue la única forma posible de vivir la condición de mujer, no había otro camino. Ciertamente es que hay casos puntuales de transexuales que conocen a un chico, se emparejan y se pierden en el anonimato, pero son escasos. Esos varones se sienten normales, es decir, heterosexuales, aunque su pareja sea transexual, operada o no. Me detallan el caso de una pareja de ese tipo en que él se molesta cuando le llaman «gay» por estar con una transexual; se enfada, y afirma que no es homosexual. Las tres corroboran que para una transexual, más que el sexo y la genitalidad, lo fundamental es el género, sentirse libres y cómodas en su identidad. Tanto es así, que hay trans masculinos que se enrollan con gays y trans femeninas que ligan entre ellas o con lesbianas. La transexualidad es independiente de la orientación sexual.

Las personas transexuales quieren estar donde ellas decidan, no donde marquen sus genitales.

Los DNI se cambiaron en España con relativa facilidad, se trata de reconocer a la persona basándose en su condición psíquica y de género, no de una operación de cirugía, que ahora pide el Tribunal Supremo para el cambio de documentación. Exigen el respeto a que a uno la o le llamen como quiera hacerse llamar y sin hacerle pasar por el quirófano como condición *sine qua non*, tal como se ha logrado en el Reino Unido. De hecho la transexualidad apunta directamente a una disolución de las categorías hombre-mujer como compartimentos estancos y opuestos por el género atribuido según los genitales de nacimiento.

Me recuerdan el caso de uno de los gemelos de Money, médico que se hizo famoso por cómo resolvió un caso de transexualidad. Habiendo nacido dos varones, uno sufrió una tan desgraciada operación de circuncisión que prefirieron hacerle un cambio de sexo. El que no tuvo complicaciones fue un varón como los demás, el que fue educado como niña así se comportó, recibió hormonas y de hecho fue como una

transexualidad al revés, desde la infancia y sin pedir permiso. Durante bastantes años el caso fue presentado como una demostración del peso del aprendizaje en la personalidad. Pero hay más cosas que el género atribuido y aprendido (que obviamente siempre deja rastro aun cuando se rechace *a posteriori*). Esta mujer, que había nacido varón y que fue educado como fémina por causa del cambio accidental de genitales, de mayor ha hecho público que se ha sentido estafado o engañado, que se siente hombre a pesar de todo.

Hace unos cuantos años, tras una reunión de grupos LGTB, y comiendo con mucha gente en el restaurante El Armario de Madrid (Chueca, naturalmente), uno de los comensales vino a saludarme y no dejaba de sonreír. Me preguntó si no le recordaba de la escuela y yo no caía, tenía ante mí a una transexual arreglada y simpática, que manejaba los mismos conceptos reivindicativos y formas de cualquier mujer feminista de los noventa, pero seguía sin identificarla.

Por fin me reveló su apellido, e inmediatamente le/la reconocí, a pesar de los cambios habidos, pelo largo color aleña, fulard lila, discreto collar y pulsera, casi nada de maquillaje. Me chocó el descubrimiento, sobre todo porque la transexualidad, siendo la última diferencia sexual en incorporarse al movimiento reivindicativo, todavía crea sorpresa por inesperada. Fuimos juntos al colegio de los salesianos de la calle Rocafort de Barcelona, nos reímos recordando cómo en las sesiones de cine para los alumnos, según qué pasaba en la película, una mano se interponía ante el proyector para no dejar ver la escena en cuestión.

He vuelto a hablar muchas más veces con Noemí, y se queja de la mentalidad machista y genitalista tan acusada en nuestro país, que empuja a las transexuales hacia la necesaria operación quirúrgica de cambio de sexo como algo casi obligado. Para ella sería más lógico una identidad menos basada en el sexo y más asentada en lo social, en cómo quiere definirse y actuar cada cual, al margen de lo que lleve entre las piernas o no. No aspira tanto a la integración como mujer «normal y corriente», sino a ser ella misma, simplemente una transexual. Le cansa tener que esforzarse en borrar los restos del aprendizaje de género masculino y tampoco puede disimular su estatura y otros factores varoniles, siempre habrá que estar haciendo esfuerzos femeninos. Al final ya le da lo mismo, tiene su DNI como mujer desde 1999 y se operó en 1997, se viste como le da la gana, con mayor o menor masculinidad, feminidad o neutralidad. Esa imagen ambigua, entre «despistada» y «excéntrica» a la vez, dice que quizá le evitó sorpresas e incomprensiones a la hora de encontrar trabajo en ámbitos profesionales.

A veces, cuando sale a pasear con los hijos de su ex novia, con quien mantiene una excelente amistad, nota las miradas incrédulas de los vecinos. No da la imagen típica de la trans dedicada a la prostitución que todos esperan ver, y eso rompe esquemas e inquieta a más de uno. Lo más fácil es clasificar lo «diferente» en el escalafón más distante e inaccesible. Noemí no se obsesiona por presentar una imagen extremadamente femenina al uso, le molesta sentirse obligada por esa polarización tan latina de los géneros. No le importa ser algo «dejada» si le sale algo de barriga, como a cualquier otro ser humano; cuando se le antoja ya mira de ponerse «guapa» y arreglada, pero sin neurosis. Me confiesa que le agota estar bregando siempre con esta cuestión y dejar de lado los proyectos y problemas habituales en toda persona, como los referidos al trabajo o a la familia. En la vida hay otras cosas importantes; no todo es ser trans.

Observaciones sobre «Trans, las más apaleadas»

Es evidente que al ver las cosas Petit y yo desde ángulos muy diferentes, no vemos lo mismo. Simplemente, él ha puesto su cámara en un sitio y yo en otro muy alejado, por lo que las instantáneas que hagamos, así sea al mismo tiempo y sobre el mismo tema, serán diferentes. Pero ello no implica divergencia.

Dos pequeñas aclaraciones fácticas. La primera: yo fui abogado (e incluso dejé de serlo) mucho antes de dedicarme a la prostitución, y no lo contrario, como da a entender Petit, sin duda porque yo se lo expliqué mal (y lo de mi «sabiduría» me hace sonreír).

Segunda: el gemelo «transexualizado», que luego volvió a su sexo original masculino, se suicidó hace poco. Pero es que su hermano gemelo monozigótico, que siempre fue hombre y sufría de esquizofrenia, lo había hecho unos años antes. Money siempre ha guardado silencio respecto al caso, permitiendo, y probablemente alentando, durante muchos años que se presentara como un éxito su tratamiento transexualizador, que es mencionado en varios libros, hasta cuando se descubrió la verdad (Colapinto, 2000; Diamond y Sigmundson, 1997).

Respecto a Noemí (de quien Petit fue compañero de colegio nada menos que durante diez años), una vez se me ocurrió el término «transexual andrógina» para aplicárselo no sólo a ella, sino también a

mí y a muchas otras, a quienes el físico (el fenotipo, para ser más exactas) no nos ayuda a «pasar», pero no intentamos forzar las cosas y procuramos ser naturales. Somos a la vez masculinas y femeninas, y lo asumimos, lo que a veces desconcierta.

«Homo Proteico u Homo Prometeico.
Reflexiones sobre antropología de la sexualidad
desde una experiencia académica»

Este título es el del capítulo que firma José Antonio Nieto (Nieto, 2001) en el libro «*La mirada cruzada en la península Ibérica*», capítulo que trata de la autoetnografía, que para el autor es «autorreflexiva, biográfica, contextual, multisituada y axial» (p. 144), o sea, que puede ser interpretada, en cierto sentido, por su formulación, como próxima a lo que en estas páginas se viene presentando y defendiendo como etnografía extrema.

Husserl decía, en la que posiblemente sea su más célebre frase: «La rosa es la suma de todos los puntos de vista posibles acerca de la rosa». Por ello reproduciré otro punto de vista, el de Nieto, acerca de mí:

Expondré, ahora, un ejemplo transgenérico. Pero antes diré que en la investigación sobre transgenerismo/transexualidad que vengo realizando, percibo cómo, entre los transgeneristas/transexuales, a medida que lo sociocultural toma mayor dimensión, en detrimento de lo clínico, lo que pudiera llamarse «biografía integral» aporta mucha más información y en consecuencia ayuda a comprender al individuo y su cuerpo, de forma más completa que la estricta y reducida anamnesis médica. La aportación sociológica a través de la llamada *teoría razonada* es, en este sentido, paradigmática. (...)

En el último tercio de la singladura del master en sexualidad conocí a Jorge (nombre ficticio). Jorge me llamó, dijo que quería conocerme. Fijamos una cita. Desde aquel primer encuentro, en 1997, nos hemos visto varias veces, hemos hablado por teléfono muchas más y hemos intercambiado bastantes cartas (las suyas mucho más extensas que las mías). Jorge firma artículos sobre transgenerismo con el nombre de Luisa (nombre también ficticio). No procede aquí escribir la «biografía integral» de Jorge/Luisa. Sólo reflejaré algunos retazos biográficos

extraídos de la memoria de nuestras conversaciones o de las cartas intercambiadas entre nosotros. La intención es concretar lo apuntado anteriormente, en lo que respecta a la biografía como parte integrante del proceso autoetnográfico.

Jorge/Luisa es una persona en la cincuentena, culto, con una licenciatura y preparando una tesis doctoral, se desenvuelve muy bien en francés, es diplomado por la Escuela Oficial de Cine de París, y en inglés. Lee en este idioma la literatura sobre transgenerismo/transsexualidad no traducida —es decir, casi toda— al castellano. Vive de un salario social que no llega a las cuarenta mil pesetas mensuales y de ejercer la prostitución callejera. Dice Jorge/Luisa: «Desde noviembre (1999) la cuestión de trabajo se ha puesto tan, tan mal (para todos y yo he sido siempre la que menos trabaja) que si encontrase un trabajo, aunque fuera muy mal pagado (pero preferiblemente “negro” lo que me permitiría conservar el salario social) lo cogería (...)».

Jorge/Luisa duda de sí mismo, en cuanto a su condición personal de ser «trans». «Antes de ser trans (suponiendo que realmente, es decir, subjetivamente, lo sea, pues ahora que tengo la libido bajísima, casi a cero, no me siento muy trans que digamos), era muy aficionado a las “trans”.» Ante estos comentarios me pregunto: ¿Es o no es trans? La respuesta es *emic*. «Creo que la respuesta es no, pues falta el elemento fundamental, que yo tenga el convencimiento de serlo. Pero algunas veces sí que lo he tenido durante períodos de una duración máxima de (calculo) unos tres meses. Y desde un punto de vista práctico (y visible) sólo he hecho *full time* en Murcia (la ciudad a la que se refiere Jorge/Luisa es otra).»

También reconoce la idea sesgada que tenía de lo trans en cuanto condición objetiva. «Yo tenía una visión muy primaria del mundo trans, que para mí consistía en la prostitución, el espectáculo, la pornografía y los dos primeros se confundían un poco; he ido a la cama (pagando, pero también algunas veces sin pagar) con travestis del Carrousel de París, y a algunas travestis-putas de Pigalle las he visto hacer números musicales en “Chez Madame Arthur”. Solamente en el colectivo* me di cuenta de que las trans pueden ser personas relativamente normales, y no únicamente objetos eróticos. Quiero decir personas de nivel intelectual alto con quienes se puede discutir de todos los temas: política, literatura, cine.»

Aunque parte de la duda, quiere afirmarse en lo que siente como persona trans. «En cuanto me hice trans, dejaron de gustarme los trans.

* Se refiere al colectivo de transexuales al que pertenece.

Y no sólo eso, sino que incluso llegué a cogerles cierta manía, cierta aversión, de forma que en los dos sitios callejeros (bastante cercanos entre sí) en que he trabajado, siempre que he podido (no siempre era posible) me he puesto “con las mujeres”. El hacer, en definitiva, lo mismo que ellas, creaba entre ellas y yo una complicidad que me agradaba mucho (...).»

Finalmente decir que Jorge/Luisa es muy consciente de su situación: «A mí sí me está llegando el futuro y me está pillando completamente en bragas... Lo que en el fondo me preocupa no es que esté viviendo un momento malo (ya he pasado otros), sino que los momentos relativamente buenos (me refiero sobre todo a la cuestión económica) no volverán». Cuando el relato autobiográfico se recoge y transcribe por el antropólogo se transmuta en etnobiografía, al tiempo que lo narrado se reconvierte en autoetnología. Para Lejeune, una forma de evitar las fisuras etnológicas.

Observación sobre «Homo Proteico u Homo Prometeico»

Considero que la imagen que ofrece Nieto de mí, a pesar de que para construirla utiliza citas mías, es una «mirada de otro» porque le he escrito muchas cartas, algunas de ellas muy largas, de las cuales es posible extraer otros conjuntos de citas que den como resultado otras imágenes diferentes.

Después de operarme, mi actitud respecto a mi feminidad ha cambiado y ya no dudo de ella. Hace poco le escribí a Nieto que hace ya diecinueve meses que decidí lo de la operación y que desde entonces sólo un día triste me ha parecido una mala idea. Le decía también que mi inestabilidad pasó a la historia y ahora hasta me parece que me la inventé. Añadía que la operación, contra la que tanto hemos luchado él y yo, bien pudiera ser el gran acierto de mi vida. Tuve la gran ventaja de que a ella fui con muy pocas expectativas, por lo que las sorpresas no podían ser más que buenas.

15.
Lorena y Lilí

—Lorena, ¿tú crees que la transexualidad es un trastorno irreversible?

—¡Qué trastorno ni qué hostias! Es, sencillamente, una jodida realidad.

Mejía, 2004, p. 107

La literatura que se ha publicado acerca de la sexualidad de las personas trans que están relizando su cambio ha sido históricamente dominada por las obras de psiquiatras, psicólogos y cirujanos. Estas obras han sido y continúan siendo notables por sus asunciones de patología entre las personas trans, su falta de atención a la diversidad sexual de esta población y sus serias limitaciones metodológicas. Las pocas obras publicadas por personas trans —autobiografías destinadas a ganar la aceptación de las audiencias convencionales respecto al género— generalmente se conforman a los estereotipos promulgados por la literatura clínica. Tan recientemente como a mediados de los ochenta, las personas trans eran descritas como generalmente asexuales e incluso sexofóbicas, heterosexuales en la medida en que eran sexuales y dirigiendo sus prácticas sexuales hacia la afirmación de la identidad de género que habían elegido.

En décadas recientes, epidemiólogos, sociólogos e historiadores han aumentado la literatura profesional disponible acerca de la experiencia trans y la sexualidad en particular. Más notable, sin embargo, ha sido el florecimiento de literatura popular que aborda la experiencia trans, especialmente literatura producida por y dirigida a las personas trans mismas, incluyendo escritos autobiográficos, cartas y revistas, y páginas web, así como producciones tan artísticas como novelas, historias eróticas y películas. Particularmente desde principios de los noventa, esta literatura ha empezado a prestar significativa atención a los temas y las experiencias sexuales, y ha jugado el más importante papel en la articulación de una visión mucho más complicada de la sexualidad trans.

Aunque aún no existe investigación realmente representativa en esta área, la sexualidad entre las personas trans parece ser en aspectos clave tan diversa como en cualquier otro grupo. Contrariamente a la afirmación de los primeros investigadores, hay evidencia creciente de que hay gran variación en la orientación sexual de las personas trans, y alguna investigación incluso señala que las personas trans bi u homosexuales incluso son más numerosas que las heterosexuales (Tobin, 2003, p. 26).

Los párrafos anteriores más o menos los intuía cuando, hace unos años, escribí una novela trans lesbiana a la que le puse por título *Lorena, mi amor*, no sé si impulsada por el deseo de expresarme o por el de ganar dinero. Supongo que por los dos. En cuanto la terminé, hice, en fotocopias, una gran cantidad de ejemplares y se los envié a todos los agentes literarios de España, según la lista que me proporcionó el Gremio de Libreros de Barcelona. Ninguno me devolvió el ejemplar y pocos se dignaron contestarme. Uno de ellos me escribió para decirme que había profesionalizado la elaboración de informes literarios y que si le pagaba una determinada cantidad me haría uno sobre mi novela. Quizá si la propuesta la hubiese hecho un crítico o un escritor conocido, habría valido la pena estudiarla, pero el autor era un perfecto desconocido cuya carta no tenía ningún elemento para hacer atractiva su oferta.

Un día Noemí me comentó que había leído en Internet que había sido convocado un concurso, el Terenci Moix, de narración gay y lesbica, y que podía enviar a él mi novela. Le dije que yo en ella no pensaba gastarme ni un duro más y ella me contestó que no me preocupara, que ella se ocuparía de hacer las copias y el disquete que exigían. Y, como tenía la novela en su ordenador, un día me dio la sorpresa de que, efectivamente, lo había hecho.

Un tiempo después me llamaron para decirme que mi novela estaba entre las tres finalistas y que la entrega tendría lugar en un gran banquete al cual, naturalmente, me invitaban. La cena fue realmente deliciosa, y la compañía, muy agradable. Lo que no lo resultó tanto fue que en definitiva solo quedé finalista. Varios miembros del jurado me dijeron, quizá por cortesía, que su favorita era la mía, pero que como era un concurso financiado con «peseta rosa», tenía que ser ganado por una novela gay. Su autor es una magnífica persona, un ex

sacerdote gay que cuida enfermos terminales en una fundación privada en Mallorca y con el cual quizás algún día vaya a vivir y a ayudarlo. No por amor al prójimo ni por espíritu de sacrificio, sino porque con lo que cobraré de pensión no contributiva no me alcanzará ni para pagar el cuchitril que ocupo actualmente.

La novela fue presentada ante un público reducido pocos días antes de mi viaje a Tailandia. El problema es que mis relaciones con el editor son, más que malas, inexistentes. No nos hablamos ni mantenemos ningún tipo de contacto, por lo que no sé si se ha vendido bastante o no, ni si ha sido objeto de alguna crítica. No creo que se haya distribuido ampliamente, pues sé de personas que querían comprarla y a las que les costó mucho trabajo encontrarla. A pesar de que el editor —por llamarlo de alguna forma— me prometió que durante mi ausencia me ingresaría la mitad del adelanto pactado en nuestro contrato, y yo ya contaba con ese dinero, al regresar descubrí que no me había ingresado nada. Además, era imposible de contactar con él. Siempre que lo llamaba o no estaba, o se encontraba «en una reunión» y nunca devolvía mis llamadas. Al final no me quedó otra solución que interponerle un demanda judicial, que está pendiente de juicio, simplemente para exigir el adelanto, pues no tengo ninguna forma de verificar los ejemplares vendidos (ni los impresos) y no me fío de las cifras que él me dé, que desde luego serán bajísimas, para tener que pagarme poco. Luego me he enterado de que debe dinero a muchas personas. Me pregunto la suerte que habría corrido mi novela de haber sido publicada por un editor «de verdad», formal y eficiente.

Después de una entrevista que me hicieron para una televisión local, el entrevistador me dijo que conocía varios casos parecidos y que parece que entre los editores se está poniendo de moda no dar ni un duro a los autores. Me prometió que me llamaría cuando se fuese a emitir la entrevista, pero me robaron el móvil y no tenía su número de teléfono, así que me quedé sin enterarme y sin poder verla. La Rubia, por casualidad, haciendo zapping, la vio. Una noche iba caminando por la calle y desde un coche aparcado me llamó una joven vieja amiga mía (que debe de tener unos treinta y ser amiga mía desde hace unos diez). A su lado, un joven de aspecto discreto. En medio de la conversación salió a relucir que había sido travesti y chaperero, y que había escrito una novela, que no tenía a quien enseñar. Por eso le iría bien que yo, que había publicado una y tenía una formación universi-

taria, la leyese y le diese mi opinión. Quedamos en que durante el mes de julio, terminada ya la tesis, nos llamaríamos y me la daría a leer. Me gustaría que me gustase y poder ayudarle a publicarla, pero tengo cierto escepticismo sobre los proyectos literarios de la comunidad genérica. Y. B., brasileña, una de la primeras trans famosas en España y figura destacada de la época del destape, me dijo un día que yo era la persona que necesitaba para ayudarla a escribir su autobiografía. La idea me entusiasmó, pues en los ochenta la había admirado mucho. La llamé varias veces y mantuvimos conversaciones animadas sin llegar a concretar nada. La última vez quedamos en que ella me llamaría en cuanto dispusiera de tiempo para dedicar al proyecto. Pasaron muchos meses sin que me llamara antes de que me robaran el móvil, y ahora no me animo a comunicarle mi nuevo número porque me parece que no serviría para nada.

Lorena, mi amor narra, en primera persona, la vida de una trans. Los miembros del jurado me comentaban que su escritura era «de martillo», supongo que queriendo decir seca, dura, áspera, sin ninguna floritura literaria, que es lo que pretendía. Tiene elementos autobiográficos (la narradora-protagonista es alcohólica, lesbiana y andrófoba) y otros sacados de la vida de trans a las que he tratado. Por ello hay partes que también se encuentran en esta tesis, escrita varios años después. Pero, además, en la novela hay episodios totalmente inventados. Su tema central es el idilio entre dos trans no operadas, una de las cuales tarda bastante en aparecer. Todos los días, al empezar a escribir, me decía: «Hoy aparecerá Lorena», y cuando terminaba constataba que no lo había hecho. Hasta que hacia las dos terceras partes de la narración se dignó hacer acto de presencia. Lo hizo cuando le dio la gana, no cuando yo quise. Es cierto que las novelas, al menos algunas, no son escritas sino que se escriben solas. Las viscerales, diría. Se encuentran ocultas en algún lugar del inconsciente y de pronto deciden salir a la luz.

¿Es la primera novela trans publicada por una trans en España? Creo que sí, pero no pondría mi mano en el fuego. Noemí me contó que una vez había leído una, aunque no recordaba quién era el autor. La noche de la presentación, conversando con Lluís María Todó, que había sido el presentador, y también el presidente del jurado, éste nos aclaró que la novela a que se refería Noemí había sido escrita por un gay valenciano de apellido Fernández y que uno de sus principales

personajes era un travesti, pero que no era propiamente hablando una novela trans. En la mía, en cambio, los principales personajes eran lesbianas y trans, características que eran presentadas como las formas de ser normales. La protagonista había sido un niño enfermizo al que volvían loco las rubias y que adoraba a su madre, la cual, durante muchos años, no correspondió a sus sentimientos. Se marcha pronto de casa y se va a Barcelona, adonde llega el día que muere Franco. Disponiendo, durante un tiempo, de dinero (ha robado a su padre parte del producto de una operación ilegal), frecuenta la comunidad trans sin integrarse plenamente en ella. Se convierte en una trans que va por libre. Se alcoholiza siendo aún muy joven, pero logra vencer su adicción con relativa facilidad. Cuando se queda sin fondos intenta ganarse la vida en trabajos convencionales, y durante algún tiempo lo consigue.

La presentación de *Todó* me reveló aspectos de la novela de los que no había sido consciente y le dio ante mis ojos una riqueza que no sabía que tenía. Incluso el ambiente íntimo que reinaba hizo de la sesión un diálogo abierto. Más que una presentación solemne fue una animada tertulia.

Probablemente, novela de aprendizaje en un doble sentido. En *Lorena, mi amor*, la protagonista aprende a ser trans y quizás (el tiempo lo dirá) yo he aprendido algo de mis posibilidades y mis limitaciones como novelista.

Berta, como ya he dicho, pinta y dibuja muy bien. Uno de sus cuadros decora el salón del pequeño piso de la Rubia, y ha publicado numerosas tiras cómicas en revistas gays. Una noche estábamos en el VIP'S mirando cómics y a ella se le escapó un sincero: «Lo que me haría falta es un guión». Ya era tarde y esa noche estuve pensando un poco en el guión para Berta, y al día siguiente dediqué toda la noche a hacerlo, con dibujos rudimentarios destinados a mostrar las situaciones sin recurrir a explicaciones relativamente largas con palabras. Cuando lo estaba terminando, llamé a Berta, que tiene coche, para que pasara a recogerlo. Esa noche no podía, pues participaba en un programa de radio, pero pasó la siguiente, a las cuatro de la mañana. Le gustó y pronto empezó a desarrollarlo, con dibujos bien hechos y los recursos cromáticos que le da el ordenador.

Lilí, la protagonista, es una niña trans (biológicamente varón, para evitar malentendidos) muy lista. No es traviesa y ni siquiera in-

solente, simplemente desenvuelta. Se comporta con toda la naturalidad del mundo, como si fuera una niña común y corriente, lo que no le impide, cuando la ocasión lo requiere (o cuando le da la gana) sacar a relucir su lado andrógino y batir a sus compañeros de colegio en su propio terreno. Y como la libertad y la alegría de vivir son contagiosas (al menos en esta historia) todo el pueblo al que llega con su familia, que se moría de aburrimiento, acaba apuntándose a ellas. En lo que a Lilí no le salen las cosas como desearía es en el amor: está locamente enamorada de una chica (¡naturalmente!) que no da señales de corresponderle.

Lo que hagamos con *Lilí* cuando esté terminado, todavía no lo sabemos. Después de la experiencia de *Lorena* no nos fiamos mucho de los editores. Además, los de cómics parecen atravesar un fuerte bache en España, como lo prueba que la editorial que publicó el célebre comic de Nazario *Anarcoma, la trans de los suburbios*, haya cerrado sus puertas. Por eso no sabemos si la editaremos nosotras mismas o la daremos a conocer a través de nuestra página web.

No menciono *Lorena, mi amor* y *Lilí* por hablar de mí ni por hacerles una aquí imposible publicidad. Lo hago porque intento demostrar que las transexuales somos personas normales, con sus inquietudes artísticas e intelectuales.

16. Juan y Elvira

La personalidad transexual suele ser descrita como excéntrica: entre otras cosas, frecuentemente aparecen tendencias a la hipersensibilidad, depresiones, conductas autodestructivas, incapacidad para establecer relaciones de proximidad y de intimidad así como abusos de drogas y alcohol. No está claro si se trata de verdaderos trastornos de la personalidad o reacciones frente a los problemas sociales.

Informe de la Comisión de Peticiones
del Parlamento Europeo sobre la
discriminación de los transexuales,
de 19 de julio de 1989

Elvira nació en la Andalucía profunda y machista, en la que los hombres pasan todo su tiempo libre en los bares y las mujeres casi no salen de casa, la Andalucía en la que un tendero catalán, por preferir estar en casa con su mujer y sus hijas, en lugar de ir a los bares, y tener afición a cocinar, se ganó una sólida reputación de homosexual, lo que tenía connotaciones tan denigrantes que sus hijas tuvieron que buscar marido en otro pueblo (Gilmore, 1990).

Cuando Elvira tenía doce años su madre decidió unir el destino de su hija al de un hombre bastante mayor que ella. Como prácticamente no había tenido padre, este hombre mayor ocupó un poco su lugar. O sea, que estaba doblemente destinado a ser su amo: como marido y como padre.

A los diecisiete años se le presentó la oportunidad de ir una temporada a Barcelona. Muy pronto conoció a una chica de vestimenta unisex y temperamento inconformista, más masculina que femenina. Entre las dos fue el flechazo: en cuanto se vieron se amaron. «La chica» le confió a Elvira su gran secreto: siempre se había sentido hom-

bre. Por consiguiente, era un hombre con cuerpo de mujer, que virilizaría en cuanto pudiera. Se había informado al respecto y sabía que hoy es posible cambiar de sexo. Estaba seguro de que si se lo proponía, lo conseguiría. El camino era largo y difícil, lleno de sacrificios personales y económicos, pero él estaba decidido a seguirlo. A Elvira, todo aquello, de lo que nunca había oído hablar, le parecía sorprendente pero muy real, más que su «novio» de Andalucía. Y es que Juan, que era el nombre de hombre que había escogido su nueva relación, era la persona con quien siempre había soñado, a la vez viril y tierno, lleno de ideas y receptivo a las de los demás, tan animado hablando como atento escuchando. Pero en su camino surgió un obstáculo: su madre la hizo volver a Andalucía.

En el pueblo, todo cambió. Su madre se encargó de que no pudiese comunicarse con Juan, por más que los dos lo intentaran, por lo que tanto él como Barcelona se convirtieron en un especie de sueño lejano e irreal. Siguió, pues, la vía que le había sido destinada desde que nació. Se unió a su «novio» de toda la vida y tuvieron un hijo, al que le pusieron por nombre Enrique. Elvira se había resignado a que la suya sería la aburrida vida de un ama de casa de provincias cuando se le presentó la ocasión, que no desaprovechó, de volver a Barcelona con su hijo.

Trece años llevan ya viviendo juntos Elvira, Enrique y Juan. Para Juan, Enrique es su hijo, y, para Enrique, Juan su segundo padre. Viéndolo y tratándolo, nadie pondría en duda la condición de hombre de Juan.

Ante todo, para dejar las cosas claras, conviene que especifique la naturaleza de la relación que me une a Juan: yo fui su abogada, como letrada del CTC, en el juicio que concluyó con el cambio de nombre y de sexo en el Registro Civil. Durante muchos meses nuestra relación fue simplemente de abogada a cliente. Si hubiera sido una trans, hubiera deseado conocer hasta el menor detalle de su vida, pero, tratándose de un trans, me bastaba con la información que necesitaba para mi trabajo. Fue mi director de tesis quien me abrió los ojos al interés que para mi estudio podía presentar un caso como el de Juan.

Desde que Enrique empezó a ir al colegio, se hizo amigos, y éstos tenían padres que a su vez se hicieron amigos entre sí. De esta forma, Elvira y Juan se vieron formando parte de un grupo social al que no podían pertenecer del todo pues continuamente surgían programas

en los cuales era necesario mostrar la documentación, lo que Juan no podía hacer, ya que todo el mundo le tenía por hombre biológico. Revelar que no lo era habría significado una humillación y un ostracismo definitivo no solo para él, sino también para Elvira y Enrique. Por ello no pudieron inscribirse en un gimnasio, como los demás miembros del grupo, ni hacer viajes al extranjero, ni pasar unos días en una casa que tenía una familia amiga en Francia, a la que los habían invitado varias veces. Ni siquiera podían ir al bingo. Siempre tenían que estar inventando excusas para no poder hacer esto o lo otro, lo cual pensaban que debía de empezar a parecer extraño a sus amigos. Pero desde luego que sus problemas no acababan en la vida social. Muy buen diseñador gráfico, había conseguido trabajo en una empresa en la que sólo los jefes y la persona encargada de los ingresos de las nóminas conocían su condición, mientras que para los demás era un compañero de trabajo más. A poco de conocerme, no resistió la tentación de hablarme con entusiasmo de un proyecto de publicación de distribución gratuita, financiada con publicidad, que tenía con unos amigos. Un tiempo después le pregunté cómo iba el proyecto y me contestó que no podía llevarse a cabo, pues tendrían que constituir una sociedad, para lo que, evidentemente, se les exigía la documentación. Elvira no conducía por un problema de vértigo, lo que les impedía tener coche por divergencia entre la documentación de Juan y su aspecto; divergencia que también ponía fuera de su alcance todo tipo de compras a crédito, en las que, además de su tarjeta bancaria, habría tenido que exhibir su DNI. Enrique se había perdido una excursión de cinco días esquiendo porque había olvidado pedir antes la firma a su madre, que en el momento de la salida estaba trabajando, y Juan, evidentemente, no podía dársela. Los problemas de este tipo eran continuos y amargaban bastante la vida a una pareja joven y llena de vitalidad.

Juan había seguido tratamiento con hormonas masculinas, mucho más eficaces que las femeninas, por lo que los transexuales normalmente pasan desapercibidos y las trans no. También se había sometido a mamoplastia, que le había dejado el pecho plano, y a histerectomía, siéndole extraídos los ovarios y el útero. En cambio, no había castigado a su cuerpo con la faloplastia, que es una operación que normalmente sólo interesa a los cirujanos (y no a todos, pues a algunos les preocupa más el bienestar de sus pacientes que el de su

cuenta bancaria), ya que por ella cobran 30.000 euros. La operación consiste en arrancar un buen pedazo de piel, con el tejido subcutáneo, y enrollarlo para hacer con él una especie de salchicha que se coloca en el lugar que correspondería al pene. Con un poco de suerte se consigue irrigación sanguínea, con lo que se evita la necrosis o que, simplemente, se caiga, pero en cualquier caso no será más que un colgajo (que es precisamente el nombre con el que se le conoce, añadiéndosele a veces «de Shangai») poco estético, que generalmente no sirve ni para orinar, es totalmente incapaz de proporcionar el menor placer sexual e insensible hasta el punto de que, si llega a sufrir una quemadura, su dueño se enterará por el olor a carne quemada. Por ello los libros y artículos que mencionan la faloplastia comentan que se encuentra en un estado experimental. Pero la testosterona aumenta el tamaño del clítoris, aunque no hasta el punto de permitir la penetración, y aumenta la libido. Una solución de compromiso es la metaidoplastia, que consiste en ponerle relleno al clítoris para hacer de él un micropene, no un pene.

Por todo ello, los tribunales españoles tradicionalmente no exigían la faloplastia para acceder al cambio registral de mujer a varón, y ningún caso había llegado hasta el Tribunal Supremo, mientras varios de desestimación en primera y segunda instancia del cambio de varón a mujer sí lo habían hecho, y habían sido resueltos siempre favorablemente para la demandante. Pero en una sentencia del 6 de septiembre de 2002, el Supremo negaba un cambio registral de mujer a hombre, en el primer caso de ese tipo que llegaba hasta él. Es cierto que la demandante conservaba intactos sus ovarios y su útero, por lo que habría podido quedar embarazada, pero lo inquietante de la sentencia es que utilizaba como argumento un informe del Instituto Carlos III, al que la defensa no había tenido acceso y la fiscalía sí (o sea, que se trataba de un flagrante caso de indefensión), informe elaborado por un supuesto «panel de expertos sobre identidad de género», cuyos nombres, naturalmente, no se daban a conocer. Digo «naturalmente», pues necesariamente se trataba de expertos reconocidos únicamente a nivel familiar o vecinal, ya que el único científico español que, según numerosas bibliografías consultadas, ha aportado algo al conocimiento de la identidad de género a nivel internacional ha sido, en sus estudios sobre la ambigüedad sexual a propósito de don Juan, don Gregorio Marañón. Desde entonces ha corrido agua y ningún

otro español ha aportado nada a la investigación sobre identidad de género. ¿Dónde están, pues, los «expertos»? ¡Cómo no los importen!

En un tiempo se decía que si se reunían tres mexicanos, uno de ellos se convertía en general. Con el informe del Carlos III daba la impresión de que si se reunía un grupo de españoles afines al poder de turno, el que fuese, que supiesen algo de transexualidad, el resultado era «un panel de expertos» cuyos nombres se mantenían en secreto, al igual que sus informes, lo que no impedía que el Supremo utilizase fragmentos de ellos, aislados de su desconocido contexto, para dictar sentencias contra l@s transexuales. Ya he contado que una ex presidenta del CTC solicitó judicialmente copia de dicho informe y le fue negada. Una situación kafkiana. Para empezar: ¿existió el panel? Y si existió, ¿había en él algún experto, aunque fuese de segunda o tercera fila, ya que en España no existe ninguno de primera? ¿Y realmente se redactó el informe o solamente unas frases *ad hoc* para justificar la sentencia denegatoria? Y si el informe se redactó, ¿por qué no se hizo público, ya que fue financiado con dinero que los detentadores del poder nos quitan a los pobres?

Cuando Elvira y Juan nos confiaron el caso, de lo único de lo que estábamos absolutamente seguras era de que el Tribunal Europeo de Derechos Humanos nos daría la razón. Pero hasta llegar a él, el camino era largo y caro, y no sabíamos si podrían costearlo. Además, nos indignaba que no pudiesen vivir plenamente los mejores años de su vida a causa de un pequeño obstáculo legal que, por una vía u otra, estaba condenado a desaparecer. Y éramos pesimistas acerca de cuándo los socialistas cumplirían su promesa de una ley que permitiese el cambio legal de sexo sin operación. ¡Las y los transexuales significan tan pocos votos y la Iglesia Católica combate con tanta virulencia toda iniciativa progresista! Nuestro pesimismo se vio contrarrestado por una serie de sorpresas agradables. La primera fue que en la vista previa (en la cual, entre otras cosas, se proponen las pruebas) el Ministerio Fiscal no propuso como prueba documental fragmentos del famoso informe. A partir de entonces ya no podía introducirlos en el juicio. La jueza rechazó todos los testigos que propusimos, salvo uno, el principal: Elvira, que conocía tan bien todas las circunstancias que a través de su voz podía hacer hablar a los testigos que nos habían sido vetados. Luego, el informe del forense, que era la única prueba que solicitaba el Ministerio Fiscal, nos fue bastante favorable, y la

jueza, a juzgar por lo que me dijo Juan (yo no pude asistir pues estaba en Tailandia, viviendo mi propio proceso), estaba bastante de acuerdo con él.

Tres días antes del juicio, la procuradora nos comunicó que la jueza había sido reemplazada por otra. Inmediatamente decidí no pensar en ello y no buscarle ninguna interpretación. Ya se vería.

Un momento antes de iniciarse el juicio tuve la certeza de algo que ya sospechaba: que tendría lugar a puerta cerrada. *Huis Clos*, como la pieza de Sartre. ¿Me llevarían las circunstancias a decir, como su protagonista: «El infierno son los otros»? Al sentarme en el sitio que me correspondía, descubrí que tenía ante mí (por lo menos, sentada y desde donde yo la veía) a la más hermosa jueza que he visto nunca. Parecía una maniobra del diablo destinada a distraerme, pero no lo consiguió. Logré no mirar a la jueza más de lo estrictamente necesario y concentrarme totalmente en el juicio, al final del cual la jueza manifestó que la sentencia estimaría íntegramente nuestra demanda de cambio de sexo y de nombre y su correspondiente inscripción en el Registro, y el Ministerio Fiscal añadió que no presentaría ningún recurso. Luego, de hecho, aunque aún no redactada, la sentencia podía considerarse firme. ¡Habíamos ganado! Aunque en mis tiempos de penalista había conseguido la libertad de algunos reclusos, ésta ha sido la satisfacción más grande que me ha deparado el ejercicio de la abogacía.

El caso, no mencionando los nombres, tuvo relativamente amplia repercusión por Internet, y alguna en la prensa escrita. Un día me llevé la sorpresa de recibir una llamada de una emisora para hacerme una entrevista telefónica en directo. Naturalmente, accedí. El presentador, en contra de lo que yo temía y creía, no me interrumpió y dejó que expusiera mis puntos de vista, dentro de los evidentes límites del tiempo de que disponía. La necesidad de sintetizar probablemente tuvo como consecuencia que a muchos oyentes poco familiarizados con el tema les costara seguir mis razonamientos. Pero para mí tuvo la ventaja de obligarme a hacer un resumen muy breve de mis puntos de vista, que más o menos es el siguiente:

1. La atribución de las características más valoradas por la sociedad a los hombres y su contrapartida, la atribución de las menos menos valoradas a las mujeres, ha sido impuesta por los primeros a las se-

- gundas por medio de la fuerza bruta. Cada uno de los dos conjuntos de características es conocido como «estereotipo de género».
2. La superior fuerza bruta del hombre es en parte innata, por las hormonas masculinas que sus gónadas producen ya en el vientre materno. Pero, sobre todo, es, como todas las demás características de los estereotipos de género, una profecía que se autorrealiza. A fuerza de insistir continuamente en atribuir a una persona, desde que nace, determinadas características, y hacer todo lo posible (desde sonrisas aprobatorias y ceños fruncidos hasta grandes castigos y recompensas) para que las adquiera, muchas veces acaba consiguiéndose. Al niño le llegan sin cesar estímulos, tanto positivos como negativos, para desarrollar mayor fuerza física que la mujer.
 3. Lo que sí es cierto es que hasta hace poco la mujer ha tenido que soportar las consecuencias negativas que para «el libre desarrollo de su personalidad» (para usar el término constitucional) han tenido la falta de control de su capacidad reproductora así como la necesidad de dar de mamar al recién nacido. Pero son problemas que se han solucionado hace ya mucho tiempo.
 4. La tan cacareada mayor inestabilidad emocional de la mujer es, en mi opinión, un mito. Yo tengo el convencimiento de que una investigación rigurosa daría como resultado que el hombre no es más estable que la mujer. Lo que ocurre es que la inestabilidad de la mujer, al seguir ciclos biológicos, es relativamente más previsible, lo que convierte a la del hombre una doble inestabilidad: en cuanto al momento en que tendrá lugar y en cuanto a la inestabilidad en sí.
 5. Si bien es cierto que se evoluciona hacia la igualdad, esta evolución es demasiado lenta y no siempre tiene lugar. A veces incluso hay retrocesos. Por ejemplo: en 2004 aumentó el número de mujeres muertas a causa de la llamada «violencia doméstica» con respecto a 2003. La expresión misma es un eufemismo, que le quita parte de la repugnancia que debería inspirar. ¿Por qué llamarla «doméstica», si en casi todos los casos se trata de «violencia machista»?
 6. La sociedad, con una crueldad inaudita, castiga a quienes no se adaptan a los estereotipos de género, a quienes presentan «variantes de género» (principalmente, a las transgénicas y las transexuales), a quienes, no encajando completamente en ninguno de los

dos únicos modelos que la sociedad les ofrece, pretenden ser ellas mismas, vivir espontáneamente de acuerdo con su forma de ser y no con la que la sociedad quiere imponerles.

7. El problema de fondo actualmente no tiene solución porque ésta pasa por el reconocimiento de que el paradigma en el que vivimos (que postula que sólo hay dos sexos/géneros) es falso; reconocimiento para el cual nuestra sociedad no está preparada. Pero podría estarlo un día no muy lejano.
8. Lo que sí se puede hacer actualmente, y es incluso fácil, es solucionar la situación desesperada de quienes, a partir de la obligada aceptación de que sólo hay dos sexos/géneros, sienten que pertenecen a uno y se ven forzados a vivir en el otro, por coincidir su físico, y en particular sus genitales, con los que se consideran propios de este último. La solución es sencilla: permitir a cada persona vivir en el sexo/género del que se siente más próxima. Y ello sin obligarla a pagar una fortuna a un cirujano para que remodele sus genitales intentando que se parezcan a los del género afín, remodelación que cambia muy poco la realidad.

17. Viaje al otro sexo en el país de las «kathoeys»

Sexual identities are «neither innate nor simply acquired, but dynamically (re)structured by forms of fantasy both private and public, conscious and unconscious, which are culturally available and historically specific».*

Teresa de Lauretis, 1994, p. XIX

Como no hay plazo que no se venza, los largos nueve meses con que empecé a preparar el viaje a Tailandia acabaron convirtiéndose en los pocos segundos que quedaban para que despegara el avión rumbo a Londres, la primera etapa. Era la noche del 2 de noviembre. Dos días antes, el 31 de octubre, España, en sincronía con la Unión Europea, había adelantado los relojes una hora.

Los pocos segundos que quedaba para el despegue se fueron alargando, hasta convertirse en unos 65 minutos. El problema era que entre la llegada a Londres y la salida del vuelo que debía coger a continuación, con destino Bangkok, no había mucho tiempo. Cuando al fin despegó el avión calculé que no había nada que hacer: ya había perdido el avión a Bangkok. Aterrizábamos cuando me di cuenta de que el reloj de mi vecino tenía una hora de retraso respecto al mío. Se lo hice notar y me explicó que en Inglaterra no habían adelantado los relojes y por tanto tenían una hora de retraso respecto a la hora continental. Sin esa hora de diferencia, hubiera perdido el siguiente avión, si hubiese salido a tiempo, pero su retraso fue aún mayor que el del primero, algo así como dos horas.

Entre Londres y Bangkok hay 9.500 kilómetros y, normalmente,

* Las identidades sexuales no son «ni innatas ni simplemente adquiridas, sino dinámicamente [re]estructuradas por formas de fantasía tanto privadas como públicas conscientes e inconscientes, que son culturalmente disponibles e históricamente específicas».

más de doce horas de vuelo. Digo normalmente, porque ese día lo hicimos en menos de once, para recuperar parte del tiempo perdido. «Si llego a saber que íbamos tan rápido, me bajo», le comenté después a Noemí en un e-mail.

En Bangkok tuve que recoger la maleta de la terminal internacional, llevarla en autobús a la terminal doméstica (en Londres también había tenido que tomar un autobús para cambiar de terminal), y registrarla con destino a Phuket, mi punto de llegada. Para no variar, el avión de Bangkok a Phuket también salió con retraso.

Aparte de los retrasos en las salidas, hubo una constante en este viaje de ida: todo el mundo me trataba, a veces ostentosamente, de mujer. Me había ocurrido en muchas ocasiones, pero nunca de manera tan sistemática. «Señora», «madame», «lady», me llamaban, y la vez que pasaron por encima de mí una barra detectora de metales, me pusieron en la fila de mujeres y el registro lo hizo una mujer. Supongo que algo en mí (no mi vestimenta, unisex, como de costumbre) delataba el propósito de mi viaje y las fantasías que me invadían.

Llegué a Phuket el miércoles 3, por la noche. Me esperaba, sonriente, el conductor del doctor Kunaporn. Viéndolo, pensé que Tailandia se tiene bien merecido el apelativo de «país de las mil sonrisas». Me llevó directamente al hospital. Contrariamente a lo que pensaba, no se trata de una «clínica de sexo». Es un hospital general con muchas especialidades. Detrás de la recepción hay un gran panel con los nombres de los médicos (unos cincuenta) y sus especialidades. En uno de los cuadraditos del panel, sin destacar particularmente, se puede leer «Dr. Sanguan Kunaporn. Plastic Surgery».

Como la operación tendría lugar el viernes 5 por la mañana, disponía de un día para descansar y para que me hicieran diversos tests. También fue a examinarme, y a conocerme, el Dr. Kunaporn. Muy jovial, con aspecto de estudiante un poco mayor, no aparenta más de unos veintisiete años. «Es usted muy joven», le digo. «¿Quizá demasiado joven?», me pregunta. «No, una edad ideal», le contesto. Me pregunta por mi compañera Eulalia, y conversamos sobre diversos temas.

Esa noche me dieron un laxante, para que el intestino estuviese limpio durante la operación. Me hizo tanto efecto que me pase la noche sin dormir, yendo continuamente al servicio. E hice lo que pensaba que no haría. *To turn the turtle's neck* («Retorcer el cuello al

pavo») llaman los americanos a la última, y usual, masturbación peeneana antes de la CRS. Por una vez, respeté la tradición.

La mañana de la operación, desde muy temprano mi habitación fue continuamente invadida por enfermeras, casi todas muy jóvenes. Varias de ellas afeitaron mi zona pélvica con sus suaves y delicadas manos, tan suaves y tan delicadas que no pude evitar una gran erección. Detrás de las máscaras, se oían sus comentarios, que debían de ser burlones, y yo oscilaba entre sentir vergüenza o réírme. Me llevaron al quirófono y me durmieron.

El doctor me comentaría luego que mi operación duró cuatro horas y media, «el promedio». De pronto oí una voz femenina, chillona e imperiosa. «Abra los ojos», gritaba. Los abrí con dificultad. Estaba en la sala de recuperación, separada de los otros pacientes por grandes cortinas. No podía hablar ni mover ni los brazos ni las piernas. Me pusieron en la boca un aparato para ayudarme a respirar, que me hacía daño. Afortunadamente, sí podía mover la lengua y con ella maniobré lentamente el aparato hasta ponerlo de forma que no me hiciese daño, y volví a dormirme.

Cuando desperté estaba de nuevo en mi habitación y era de noche (en la sala de recuperación sólo había, por lo que vi, luz artificial, así que no supe si era día o noche). Sentí ganas de orinar y, medio dormida, me levanté de la cama para ir al servicio. A mitad de camino me di cuenta de que había arrancado los tres tubos que me unían a la cama: el que llevaba la orina a una bolsa de plástico, el tradicional que llevaba suero (o lo que fuese) a una aguja insertada en una vena del brazo y un extractor que sacaba sangre y otros líquidos de la neovagina. Del trozo del de suero que había quedado pegado al brazo salía una gran cantidad de sangre. Toco el timbre de llamada a las enfermeras, vienen varias y no recuerdo muy bien cómo me volvieron a mi sitio en la cama y me reinstalaron, pero sí que yo insistía en que quería ir al baño a orinar, hasta que una enfermera mayor me hizo entender que ni necesitaba ni podía hacerlo pues la orina ya salía directamente por un tubo a una bolsa que estaba al lado de la cama. Al día siguiente tuve que volver al quirófono, pues una vena de la uretra no paraba de sangrar y fue necesario cerrarla. De las cinco veces que estuve en este sitio, ésta fue la única no prevista, aunque tampoco infrecuente. A muchas pacientes les ocurre lo mismo.

En cuanto pasó el efecto de la anestesia, volvió el del laxante

con una diarrea bastante fuerte, bastante humillante para mí, pues como casi no podía moverme, las enfermeras tenían que colocarme un pato debajo, esperar a que terminara y luego limpiarme. Y para ellas supongo que debía de resultar muy molesto.

La CRS del doctor Sanguan tiene lugar en dos fases. Durante la primera se realizan casi todas las intervenciones delicadas. Durante la segunda, una semana después, únicamente el injerto del escroto, debidamente conservado y limpiado, en la neovagina. En mi caso hubiera debido tener lugar el viernes 12 a primera hora de la mañana, pero ello hubiera implicado darme un laxante la noche anterior. No se atrevieron por miedo al retorno de la diarrea, así que prefirieron darme un ligero desayuno, prohibirme la ingestión de cualquier alimento líquido o sólido durante todo el día y operarme por la tarde.

Durante once días, la parte del cuerpo operada estuvo recubierta por un triángulo de esparadrapos y vendas del que salían los tubos destinados a la evacuación de la orina y a la extracción, por un succionador, del líquido que desprendía la neovagina. Una enfermera joven y juguetona, que por las noches pasaba revista a todas las habitaciones, movía los dedos en dirección al triángulo y decía «Hola», saludando lo que había debajo.

El doctor Kunaporn, aunque nunca se prestó a que le hiciera una entrevista formal, contestaba a las preguntas sueltas que le hacía. Por ellas me enteré de que:

No tenía veintisiete años, como había supuesto, sino cuarenta y cuatro.

Había estudiado en una de las más antiguas de las cinco escuelas de medicina de Bangkok.

Desde hacía catorce años se dedicaba a la CRS y había efectuado 600 intervenciones, cifra elevada pero muy por debajo de las 2.000 de un cirujano de Bangkok y de las 3.000 de uno de Estados Unidos.

Poder ejercer la cirugía le había tomado, después del bachillerato, doce años: seis de estudio de medicina, tres de servicio en los suburbios y tres de especialización.

En las habitaciones contiguas a la mía había una trans japonesa y otra norteamericana, pero nunca vi a ninguna de las dos mientras estuve en el hospital. Luego estuve una semana en un hotel, lo que forma parte del proceso.

Cuando se me autorizó a dar pequeños paseos por el recinto hospitalario, me dispuse a dar una buena caminata. Sólo entonces comprendí hasta qué punto estaba débil. Nunca me había sometido a una operación de cirugía mayor e ignoraba cómo puede afectar a todo el cuerpo. Siempre había sido una gran caminadora, podía caminar horas enteras sin cansarme, y ahora me bastaba con hacer un par de centenares de metros para sentirme agotada y desear volver a esa cama que hasta ahora había considerado una prisión y que pasó a convertirse en un refugio. Empezó a preocuparme que si tenía que recoger, como a la ida, la maleta en Bangkok y llevarla en autobús de una terminal a otra, no iba a tener fuerzas para hacerlo.

En el hospital recibí una larguísima llamada de Eulalia y dos normales de Berta que me proporcionaron grandes alegrías. Noemí no pudo llamarme porque, a causa de la diferencia de seis horas, cuando a mí me iba mejor, por la tarde, ella estaba trabajando. Y por la mañana era la noche barcelonesa y ella dormía. Eulalia y Berta, en cambio, tenían mayor disponibilidad de horario. Pero en cuanto salí del hospital, Noemí y yo nos enviamos largos e-mails. Recuerdo una de sus frases: «Convendrás en que nuestras vaginas no están para fiestas». Tenía razón.

Podía escoger un hotel del centro o uno de la playa. Escogí uno del centro. Mientras me llevaba, el conductor me contó que en el mismo hotel estaba Johnny, la trans norteamericana que en el hospital había estado en la habitación vecina a la mía y a la que entonces no había conocido. A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, la reconocí por la descripción que de ella me había hecho el conductor: «¡Enorme!».

«¿Eres Johnny?», le pregunté. «¿Y tú eres Jaime?», me contestó. Evidentemente, el conductor también me había descrito a mí. Desayunamos juntas, casi media mañana (era bufet libre), y lo mismo hicimos el día siguiente, el de su partida. Además, mientras ella esperaba al conductor que la llevaría al aeropuerto, estuvimos conversando un largo rato.

«Una de las ventajas de pertenecer a una minoría estigmatizada es que si en el otro extremo del mundo te ves con una colega, has encontrado una hermana», recuerdo que le escribí a Noemí. Johnny al principio asustaba un poco por su tamaño y su gordura, que hacían pensar en una ballena. Pero en cuanto se la trataba se descubría a una

persona encantadora. Divertida y cariñosa, su franqueza iba de par con su sentido del humor, siendo el principal tema de sus burlas ella misma. Y lo de «hermana» no era solamente una forma de hablar, pues, aunque éramos muy diferentes, también teníamos muchas cosas en común. Ninguna de las dos tenía hermanos y únicamente una hermana, con la que no nos llevábamos bien. De niña le había dicho a su padre que se sentía mujer, lo que le había valido una buena paliza, como a Yolanda o a Marissa Merrill Lynch. Era de una ciudad muy de derechas, al norte de Idaho, con profusión de pandillas de neonazis. Como, entre lo que tenía para escoger, con quienes sentía más afinidades era con los grupos gays, se dedicó a frecuentarlos, aunque siempre se escabullía en el momento de entrar en el terreno de las relaciones sexuales.

Cuando tenía unos veintiséis años, un grupo de matones la esperó a la salida de una sala de fiestas y le dieron una paliza que la mandó al hospital durante varios meses. No volvió a su ciudad natal y se estableció en Portland, en el sur, cerca de California (tampoco será muy cerca porque en los e-mails que me envía me habla de un frío que congela). Se hizo experta en un sistema de diagnóstico médico basado en fotografías y rayos X, con la ayuda de diversos aditamentos según la anomalía que se trate de localizar. Debe ganarse bien la vida, pero tampoco demasiado porque me habló de un cirujano muy prestigioso en Estados Unidos que cobra 22.000 dólares por intervención (Kunaporn cobra 7.000), que, me decía, ella no habría podido pagar. Gran aficionada a la música, posee la que probablemente, según ella, sea la mejor colección de Portland. Su última afición en este campo es tocar una flauta japonesa de tipo muy especial. Milita en un *support group* (grupo de apoyo), cuyos militantes son transexuales. Debe de ser numeroso, pues le hicieron un recibimiento apoteósico y pensaba que en un futuro no muy lejano varios de sus miembros irían en peregrinación a Phuket, y ella ya se ha ofrecido a ir de acompañante de viaje. Se marchó de esta turística isla el 22 de noviembre, y yo, el 26, exactamente un mes antes de que el *tsunami* afectara a siete países (entre ellos, Tailandia) y causara unos 300.000 muertos.

«Nuestro paraíso se ha convertido en un infierno», decía... Moira Lee, una turista estadounidense de veintiocho años, que tomaba un café en la playa de Phuket cuando llegó la primera de las tres olas gigantes que

arrasaron el domingo esta isla del sur de Tailandia, uno de los destinos turísticos más populares de Asia, visitado cada año por tres millones de extranjeros ... En la isla de Phuket, al menos 130 turistas extranjeros perdieron la vida, ... Las calles de Patong, la capital de Phuket, estaban ayer cubiertas de escombros y de coches destrozados (*El País*, martes 28 de diciembre de 2004, p. 5).

Como yo, como muchas, Johnny no aceptó fácilmente su transexualidad. Para intentar «curarse» de ella estuvo en tratamiento con un psicólogo, que la sometió a electroshocks. «No sé qué parte de mí se quedó en ellos», me comentó. A una trans de Barcelona, a la que conozco desde hace más de veinte años, su familia la obligó a someterse a electroshocks. Tartamudea de forma que a veces hace sufrir a quien la escucha (al menos, si siente simpatía hacia ella), pero nunca me he atrevido a preguntarle si ello puede ser consecuencia de los tratamientos a los que la sometió su familia.

Hace dos años, mi amiga americana tuvo una fuerte depresión e intentó suicidarse. Entonces tuvo claro el camino que tenía que seguir. Se la llama Johnny, pero en realidad sí tiene un nombre femenino, que escuchó en un viaje a África y que inmediatamente le encantó: Acacia. Lo que ocurre es que no lo usa de *first name* sino de *middle name* (como el «Fitzgerald» de John Kennedy). Y da la casualidad, le expliqué (ella no lo sabía) que la acacia es un árbol grande y hermoso, precisamente el que más abunda en las calles de mi ciudad natal, Bogotá.

Acacia tiene el vago proyecto de venir un día a Barcelona, de la misma forma que yo tengo el vago proyecto de ir un día a Portland. Mientras tanto, nos cruzamos frecuentes e-mails. Actualmente es una de mis mejores amigas. La Rubia y yo nos morimos de ganas de conocer a sus siete gatos blancos. Nosotras hemos llegado a tener hasta cinco gatas callejeras, todas hembras. La Rubia... cuando todo entre nosotras parecía terminado y habíamos decidido divorciarnos, de repente descubrimos que estamos más compenetradas que nunca, y que nos amamos más que nunca.

Físicamente, Acacia y yo formábamos una pareja parecida a la del gordo y el flaco en trans, y con un gordo más alto y un flaco más pequeño. Cuando nos despedimos, nos dimos un largo, largo, abrazo (ella tuvo que agacharse mucho). Al separarnos, ella rumbo al coche,

observé que los empleados del hotel nos miraban sonriendo, y sonreí con ellos.

El budismo, religión de la mayoría de los tailandeses, tiene una explicación para la existencia de las *kathoey*, que es la palabra con la que designan a las transexuales.

... en el tradicional sistema de creencias budistas se encuentra una explicación de cómo una persona llega a ser *kathoey*. De acuerdo con ella, que una persona se vuelva *kathoey* está predeterminado desde su nacimiento y es el resultado directo de la deuda kármica acumulada a lo largo de las malas acciones realizadas en una vida anterior ... Esas malas acciones incluyen adulterio, ser una prostituta, abusar sexualmente de los hijos o no cumplir con el papel que se tiene atribuido en el proceso reproductivo, como el hombre que no cuida de la mujer a la que ha dejado embarazada (Totman, 2003, p. 68).

De ahí la ambivalencia de los tailandeses respecto a las *kathoey*. Se las acepta, puesto que no eligieron ser lo que son y no pueden ser otra cosa. Pero no se las aprecia, pues su condición es la consecuencia de malas acciones realizadas en una vida anterior. Su aceptación es una antigua tradición que no ha tenido ruptura de continuidad, pues Tailandia, o Siam, como se le denominaba antes, nunca ha sido colonizada por otros países que le hayan impuesto sus propios sistemas de valores, como hizo el cristianismo con los pueblos que conquistó, en muchos de los cuales las transexuales habían sido no sólo aceptadas sino incluso veneradas. Para los conquistadores españoles de América Central y del Sur, en el siglo XVI, las transgénicas eran obra del diablo. Una crónica de la época cuenta que el comandante Núñez de Balboa arrojó un grupo de ellas a los perros para que las despedazaran (*ibid.*, pp. 136-137).

El principal libro sagrado de los budistas es el *Tipikapa*. En él, además de los hombres y las mujeres, existen otros dos géneros que, según una interpretación, pueden a su vez subdividirse en masculinos y femeninos, lo cual da entre cuatro y seis géneros, que contrastan con los sólo dos a los que se refiere el Antiguo Testamento cristiano (*ibid.*, pp. 62 y 63).

Actualmente las *kathoey* son principalmente una atracción turística, tanto en los espectáculos de cabaret que protagonizan como

en la prostitución. A mí, desde luego que me hubiera gustado conversar con *kathoey*s. En la calle vi algunas personas femeninas que me pareció que lo eran, pero no me atreví a preguntárselo, ya que si no lo eran probablemente se habrían sentido ofendidas. La única manera segura habría sido ir por la noche a lugares de diversión e invitarlas a tomar algo, pero mi cuerpo no estaba para eso. Prefería acostarme temprano.

La verdad es que me aburría monumentalmente en Phuket. Aunque se anunciaban muchos *tours* a precios interesantes, no tenía el menor deseo de conocer islas exóticas.

Me preocupaba todo lo que tenía que hacer en Barcelona y la posibilidad de que no tuviera fuerzas para hacerlo. Eulalia, a su regreso, se había tomado dos meses de baja, y Acacia lo había preparado todo para no volver al trabajo hasta el 10 de enero. Yo tenía planeado regresar un sábado y empezar a trabajar el lunes siguiente, si el cuerpo me respondía, que era la gran incógnita.

El viaje de regreso resultó una seda comparado con el de ida. Todos los aviones arrancaron a la hora prevista. Y la maleta me la facturaron directamente de Phuket a Barcelona, de forma que no tuve que recogerla en Bangkok y desplazarme kilómetros con ella en autobús y a pie para volverla a facturar. Lo único desagradable fue que perdí la tarjeta de embarque en Bangkok y tuve que correr de un lado a otro para que me expidieran otra cuando faltaba poco para el despegue. No me preocupaba por mí, porque sabía bien (una vez me dejó un avión en Londres) que aunque tuviese que esperar unas horas (en Londres esperé unas doce), me llevarían a mi destino. Me preocupaba por Noemí, que había prometido ir a esperarme al aeropuerto. Pero llegué al avión con mi nueva tarjeta de embarque un par de minutos antes de que despegáramos y aterrizamos a tiempo en Barcelona.

Me llevé la sorpresa de no ver a Noemí por ninguna parte. La llamé a su móvil. Estaba en Girona, convencida de que el día de mi llegada era el siguiente y me prometió que tan pronto llegara a Barcelona iría a verme. Cuando llegué a mi solitaria habitación dejé la maleta encima de la cama y me fui a dar una vuelta. Camino unos pasos y me encuentro con la Rubia —que no sabía nada de mi operación—, toda sonriente, que me da un gran abrazo, como no me lo daba desde hacía muchos años. No dejó de emocionarme que me dijera que se alegraba mucho de verme, porque ella es incapaz de fin-

gir. Es uno de los peores problemas con ella. Si algo le disgusta, aunque no diga nada, lo manifiesta de forma inequívoca, esté quien esté delante, lo que me ha hecho pasar muy malos ratos. Por la tarde vino Noemí y estuvimos en mi cuchitril hablando horas y horas.

Al día siguiente, domingo, volvió Noemí con las del colectivo. Revivieron una vieja costumbre que hacía tanto tiempo que no practicábamos que casi la habíamos olvidado: a la que se opera se le regala un conejo de peluche. Pero el mío superó todos los precedentes: además de ser muy peludo y de aspecto muy serio, camina y canta una canción en inglés cuya letra nadie comprende pero cuya música es muy pegajosa. La Rubia le pondría «Normita» y de momento (y quién sabe si para siempre) está encima de su cama, donde luce mucho más que en cualquier sitio de mi cuchitril. ¿Y ahora qué? El haberme operado me produce una satisfacción íntima, pero no genera ningún cambio exterior espectacular, aunque creo que sí algunos discretos, que no llego a percibir, pues me tratan de «señora» con más frecuencia. Sigo con mi vestimenta unisex de adolescente retrasado. No he empezado los trámites legales para el cambio registral de nombre y sexo, y quizá no los comience, pues creo que si tuviera documentación de mujer mi situación en el mercado laboral, ya mala, empeoraría notablemente. Sigo con mi trabajo de portero nocturno (lo de nocturno lo pedí yo, para poder trabajar tranquilamente en «mis cosas», como esta tesis y mis asuntos jurídicos) en un edificio de oficinas, trabajo que más que de portero es de vigilante, pues por las noches, salvo casos muy excepcionales, no entra ni sale nadie, y la justificación de mi presencia es ahuyentar posibles ladrones. Trabajo de espantapájaros. Y, más que trabajo, simple acto de presencia, de presencia sin género, pues el género es relacional y mis noches laborales son completamente solitarias. Me he acostumbrado a llevar un uniforme paramilitar, que el uso ha convertido en unisex, ya que las mujeres que trabajan de vigilantes en empresas de seguridad llevan el mismo uniforme que los hombres, por el estilo del mío. En la que yo trabajo sólo hay mujeres en las oficinas, y las recepcionistas, jóvenes y sexis, llevan un uniforme igual que el mío, que a mis ojos, gracias a ellas, se ha convertido en uniforme de mujer joven y sexi.

Fuera del trabajo, llevo la misma vestimenta unisex que siempre he llevado. Vivo en el Paralelo, al lado de El Molino, ahora cerrado, la zona de Barcelona donde, que yo sepa, viven más trans. Casi todas

visten de día de forma parecida a mí, y casi todas llevan el pelo recogido en coleta, como yo (porque es más cómodo, más fácil de peinar y oculta que no tengo una abundante cabellera). Saludo a la mayoría y de algunas soy amiga, incluso desde hace más de veinte años. Como ni soy muy femenina ni afecto serlo, sigo siendo la misma trans andrógina de antes. Comparto piso con cuatro hombres y una mujer aparentemente convencionales que tienen horarios diferentes del mío y con los cuales me trato poco. La mujer me decía que cuando me conoció durante un tiempo tuvo la duda de si yo era hombre o mujer. Busqué habitación en un piso de trans, pero como esas habitaciones suelen ser utilizadas, además de para vivir, para llevar clientes y ocuparse con ellos, sus precios son más caros que los destinados a personas convencionales, y es muy raro que haya una libre (yo no he encontrado ninguna). Mi vida, pues, sigue siendo prácticamente la misma que antes de operarme. Sigo con mis jornadas nocturnas de doce horas y durmiendo mal durante el día. Asisto puntualmente a las reuniones del colectivo, reuniones que hemos vuelto a celebrar en la zona céntrica de la ciudad, a unos doscientos metros de donde vivo, en salones alquilados por horas, a precio muy reducido, por el Centro Cívico del Raval. Volvemos a tener más asistencia, de momento poca, pero tenemos la seguridad de que en el futuro vendrán más, ya que estamos en el corazón de la Barcelona trans. Muchas me decían que querían asistir a las reuniones del colectivo pero les daba pereza desplazarse hasta el lugar lejano, difícil de localizar e inhóspito, donde estábamos antes. Volveremos a tener que soportar a las que van sólo a que les solucionemos sus problemas de cualquier tipo y dejan de ir cuando ven que no podemos hacerlo, que es lo que ocurre casi siempre, así como a las curiosas que sólo van a buscar información y en cuanto la obtienen no vuelven. Pero también hemos vuelto a prestar ayuda las trans que quieren empezar y no saben cómo hacerlo, sabiendo que cuando hayan avanzado lo suficiente para sentirse seguras de sí mismas y capaces de continuar solas, probablemente tampoco volverán.

Las personas con las que convivo y con las que trabajo (incluyendo los directivos de la empresa) no saben nada de mi operación. Y es que no he tenido la posibilidad de alejarme de unas y otras, que es a lo que aspiro, y vivir con mayor libertad y más de acuerdo con lo que soy, con lo que he luchado por llegar a ser. «She may now assu-

me female gender» («Puede ahora asumir el género femenino»), dice de mí el doctor Kunaporn en el certificado que se puede leer al final del anexo que cierra esta tesis. No sé si lo conseguiría si tuviera tiempo, porque lo que sí sé es que actualmente no lo tengo. La redacción de esta tesis me absorbe bastante, y mi poca habilidad con el ordenador no me ayuda mucho (hace poco borré accidentalmente toda la tesis y tuve que reconstruirla, no sé si completa, a partir de las partes de las que Noemí había hecho copias electrónicas). Y a los asuntos que tengo como abogada en ejercicio no me puedo dedicar lo que debería, lo que hace que se vayan atrasando. Cuando entregue la tesis, sea cual sea el resultado final de su evaluación, habré ganado una cosa actualmente muy preciosa para mí: tiempo.

Curiosamente, lo que la operación me ha aportado de más positivo es una gran mejora de mis relaciones con la Rubia, con la que llevábamos casi dos años limitándonos a conversar brevemente cuando nos encontrábamos en la calle. Nunca nos habíamos comprendido tanto. Menos mal que no vivo con ella, porque no creo que pudiera cuidar todo el tiempo su hipersensibilidad. ¡Es tan frágil! Si las cosas me van bien y puedo empezar los trámites de cambio de sexo, no tenemos ni que divorciarnos, pues, salvo imprevistos, el matrimonio entre lesbianas estará permitido y alguna forma existirá de convertir un matrimonio heterosexual en uno homosexual. A ella nunca le habían atraído las mujeres ni había tenido ninguna relación sentimental con ninguna. Pero sé de casos de mujeres que, tras un largo historial heterosexual, se hacen lesbianas.

Pienso, y no soy la única (véase, por ejemplo, Frosser, 1998), que las transiciones son, en sí, identidades. Se es transexual o transgénic@, no alguien que, nacido en el sexo biológico contrario, se está convirtiendo (o se ha convertido, o se va a convertir) en hombre o en mujer, su sexo real. La transexualidad y el transgenerismo no son lugares de paso, son puntos de llegada. Le moleste a quien le moleste (y molestará a mucha gente) ni los transexuales y los transgénicos son hombres, ni las transexuales y las transgénicas somos mujeres. Somos, simplemente, transexuales y transgénic@s, lo cual no implica ninguna uniformidad.

18. Conclusiones

Much@s de nosotr@s tenemos identidades para las que no tenemos lenguaje.

Leslie Feinberg, 2005

Habiendo escrito este libro desde la sensibilidad de la etnografía extrema, en la que el sujeto se confunde con el objeto y a la vez que se vive se analiza una condición, he narrado cómo, a los ocho años, me sorprendió, a través de los medios, la noticia del nacimiento «oficial» de la transexualidad, con el regreso de Christine Jorgensen a Nueva York, después de su «operación de cambio de sexo» (aún por terminar, pero eso no se dijo entonces) en Dinamarca. Ya entonces sospechaba vagamente que tenía afinidades profundas con ella, que los años confirmarían. Mi ciudad, Bogotá, estaba muy americanizada y en las tiendas de los barrios residenciales en que se vendían revistas se encontraban muchas procedentes de Estados Unidos, en las que frecuentemente se trataba del tema, y en ellas tenían un lugar preferente «the transvestites» del Carrousel de París, principalmente Coccinelle y Bambi. Pero trans de carne y hueso, a pesar de que busqué mucho, en Bogotá no encontré ni una.

A los dieciséis años fui, con mi familia, a Nueva York y conversé muy brevemente (apenas unas frases nerviosas) con la única trans norteamericana con quien lo había hecho antes de conocer, a finales de 2004 y en Tailandia, a mi amiga Acacia.

A los diecinueve me trasladé a vivir, solo, a París, y durante cinco años frecuenté asiduamente Montmartre, donde se practicaba abierta y alegremente la prostitución trans callejera. Sin dejar mis estudios (primero de letras —el equivalente de filología— y luego de cine) empecé a hormonarme y a dejarme el pelo medianamente largo. Me hice trans de fines de semana, una trans que sólo hacía el amor, a veces pagando, con otras trans, especialmente con una. Me hubiera

ido a la cama con clientes, lo que me habría resultado muy fácil, si no hubiese sido porque temía que si la policía me pillaba con ellos me echara del país. Y lo habría hecho por dinero, pues los hombres nunca me han atraído. Incluso diría que tengo androfobia, lo que no dejó de resultar molesto cuando, muchos años más tarde, me dediqué de lleno a la prostitución.

A finales de 1968 fui a vivir a Barcelona, donde tenía mi familia. De un punto de vista trans, la ciudad era tan desierta como Bogotá. Había, eso sí, salas de fiesta con espectáculos trans, pero el ambiente que había en ellas no me iba. De vez en cuando viajaba a París, donde pude observar cómo las autóctonas eran desplazadas casi totalmente por un ejército de mulatas brasileñas que parecían todas fabricadas (y operadas) con el mismo molde. También las había de otras nacionalidades.

Con la muerte del dictador, las cosas no parecieron cambiar, al menos durante los primeros años, por lo que llegué a la conclusión de que Barcelona siempre sería una ciudad sin trans. Casi nunca iba al centro y un domingo que lo hice de repente me encontré con que la parte baja de la Ciutat Vella estaba invadida por trans, llegadas principalmente de Andalucía y de Canarias, de una juventud, de una belleza, de una gracia, de una alegría, como nunca había visto ni he vuelto a ver. No sé si el alcohol —al que me había hecho adicta— me hizo disfrutar más o menos con ellas de lo que lo habría hecho sin él. Probablemente más, pero de muchas cosas que hacía me enteraba sólo si luego me las contaban. Mi alcoholismo era algo serio, aunque, curiosamente, no me impedía tener un trabajo normal (redactor y redactor jefe de revistas especializadas) e incluso ser bastante bien apreciada en él. Quizá la vieja asociación bohemia entre alcoholismo y creatividad funcionara en mí. En todo caso, el vivir con mi familia y mi vida laboral me impedían llevar la doble vida que había llevado en París y que ahora considero un transgenerismo *avant la lettre*.

Si mi adicción era el alcohol, la heroína se convirtió en la de muchas trans. Y a ella se le unió pronto el sida, transmitido principalmente (en un 66 por 100 de los casos durante muchos años) por compartir jeringuillas. Entre una cosa y otra (más algún asesinato), la mortandad fue enorme. De un 60 por 100, según las estimaciones más optimistas. De un 80 por 100 según la mayoría (me refiero a Barcelona: parece que en Madrid fue inferior).

El vivir al lado de la Facultad de Derecho hizo que me interesara por el tema. Acabé haciendo la carrera y ejerciéndola cuando la editorial en la que trabajaba quebró. Deseaba dejar el alcohol, que cada vez iba a más, pero no podía: en eso consiste la adicción. Hasta que un compañero de facultad, que había pasado por las mismas, me llevó al Instituto Psiquiátrico Municipal. El síndrome de abstinencia me dio tan fuerte que caí en coma profundo y a punto estuve de morir.

A mi madre le descubrieron un cáncer avanzado que no sólo le afectó el cuerpo sino también la mente. Le dio el capricho de ir a morir a Bogotá, después de veinte años de ausencia. En la situación en que estaba, no podía dejar que fuera sola, y me fui con ella. Tuve que permanecer dos años y medio en Bogotá. Como tenía, desde la infancia, buenas relaciones, ocupé cargos importantes, que en España no podría ni oler de lejos.

Por otra parte, Bogotá, ese desierto trans, se había convertido, como Barcelona unos años antes, en una ciudad llena de ellas, lo que me valió muchas juergas nocturnas. Entre el trabajo y, asociada con él y con mis viejas relaciones, una vida social «distinguida», mis juergas trans y mis relaciones con chicas de la oligarquía, aún tuve tiempo para hacer el segundo año de economía en una muy buena universidad privada (el primero lo había hecho veinte años antes). Tanta energía la atribuyo a que, como en España había seguido consumiendo hormonas femeninas, tenía los pechos bastante grandes, lo que me resultaba muy molesto y difícil de disimular, y me puse hormonas masculinas para hacerlos desaparecer. Disminuyeron de tamaño pero no desaparecieron, y las hormonas masculinas me dieron una sexualidad y una vitalidad notables.

A pesar de que era consciente de que en España me iría peor que en Colombia, siempre tuve el proyecto de regresar en cuanto pudiera. Lo tenía tan claro que nunca me detuve a examinar los motivos. Supongo que tienen que ver con la libertad. Allí, mi buena posición social y laboral, además de mi enorme familia, tejían a mi alrededor un entramado que me asfixiaba. Aquí, siendo extranjera y no teniendo prácticamente familia (con mi hermana y con mi sobrina me había peleado) era completamente libre. Marginada y libre. Como traía algún dinero, estuve dos años y medio en Madrid, estudiando, en la Biblioteca Nacional y por mi cuenta, religiones orientales. Sin la ayuda de ningún estimulante llegué a alcanzar estados alterados de conciencia

e incluso momentos de misticismo. Pero el dinero se terminaba y tenía que ocuparme de ganar. Así fue como volví a Barcelona, que conocía mejor que Madrid. Me hice trans y me dediqué, durante doce años, a la prostitución callejera, que era lo que en el fondo siempre había deseado hacer («Todo lo que el hombre ha hecho, lo ha soñado antes», decía María Zambrano), en el antiguo Mercado del Pescado y en el Arco del Triunfo. Las mujeres (con una de las cuales me casé y con la que continuo teniendo largas peleas seguidas de reconciliaciones) y las trans llegaban y se iban con una facilidad sorprendente. Raras eran las que duraban más de dos o tres años, y la mayoría solo semanas o meses, de forma que durante mucho tiempo estuvimos diez o veinte antiguas y un ejército de transeúntes. Cuando Marisa, una de las más antiguas, que había pasado ocho años en la cárcel, volvió y rápidamente se convirtió en la jefa incontestada, se dedicó a echar las nuevas, con el obligado apoyo de las demás, y el número de trabajadoras del sexo fue disminuyendo lenta y constantemente, hasta que sólo quedamos un grupo pequeño. Por ello, cuando llegó una multitud de negras, con formas agresivas de captar clientes, que prácticamente nos dejaban sin trabajo a las demás, nos fue imposible echarlas. Eran mucho más numerosas que nosotras. En vista de que no ganaba lo suficiente para sobrevivir, no me quedó otra solución que buscarme un trabajo modesto, de conserje nocturno. Durante los años en que me había dedicado a la prostitución había empezado un doctorado en antropología, y las tranquilas noches de portero solitario me dejaban tiempo para trabajar en la tesis.

Continuaba asistiendo a las reuniones del Colectivo de Transexuales de Catalunya, al que había empezado a ir para realizar en él el trabajo de campo de la tesis. Un día le comenté a una compañera que en mi trabajo me habían hecho un contrato fijo, pero que eso ahora tiene muy poca importancia pues te echan igual. «Sí, pero te puede servir para obtener un crédito bancario», me contestó. «Entonces me voy a operar», me escuché a mí misma decir, lo que me sorprendió pues llevaba mucho tiempo defendiendo las tesis transgeneristas, contrarias a la operación.

Nueve meses después, efectivamente, me operé en Tailandia. De regreso en Barcelona, las cosas siguen exactamente igual que antes. Continué con la portería nocturna y mi «cambio» de momento se ha reducido a la operación. Si hace unos tres años la prostitución no me

daba para comer, ahora menos, pues la situación ha empeorado y yo tengo tres años más. Y el futuro lo veo negro, pues cuando me jubile sólo tendré derecho a la pensión no contributiva, que no me alcanza ni para pagar el cuchitril en que vivo. Ya veremos...

Parece, según medios trans próximos al Partido Socialista, que está muy avanzada la redacción de la ley, que el gobierno ha prometido promulgar este año, que permitirá el cambio registral de sexo sin necesidad de operarse los genitales. Mi colectivo llevaba muchos años luchando por la promulgación de una ley de esas características, que será de gran ayuda para las trans no operadas (por el motivo que sea), a las que la falta de una documentación de acuerdo con su aspecto cerraba las puertas del mundo del trabajo. Mientras veíamos esa ley como una utopía sólo realizable, si acaso, en un futuro lejano, no le encontrábamos más que ventajas, pero ahora que la vemos cerca, tengo la impresión de que también generará situaciones personales conflictivas. Descubrir en la cama que la mujer a todos los efectos de la cual se ha enamorado tiene genitales masculinos puede provocar reacciones muy negativas en un hombre, por ejemplo.

Cuando, como ya he contado (véase la p. 111), Charles Ihlenfeld, antiguo socio de Harry Benjamin, decidió, en enero de 1977, no tratar más transexuales, declaró: «Estamos intentando tratar superficialmente algo que es mucho más profundo». No sé a qué se refería con lo de «algo que es mucho más profundo», pero si lo hacía al binarismo sexo/genérico imperante en nuestra cultura, desde luego que tenía razón. Y mientras subsista ese binarismo, todas las soluciones serán malas. Unas más que otras, pero todas malas. Lo de «mujeres con pene» y «hombres con vagina» es simple demagogia para agradar a las personas afectadas. Tomemos un caso como el mío. Tengo clítoris y vagina (de quirófano, es cierto), sin por ello considerarme una mujer. Ni, menos aún, un hombre. No sé todavía por cuál de las dos alternativas optaré en el futuro, en estilo de vida y en documentación. Pero por cualquiera que lo haga, será un engaño, un timo. Como el del resto de las personas. El problema es que hemos confundido unas construcciones abstractas diseñadas para favorecer a quienes ostentan el poder con la realidad. No es que exista un tercer sexo/género. Es que entre los seres humanos, para los cuales lo imaginario es más real que la realidad, sólo existen terceros sexos/géneros. El primero y el segundo son puras fantasías colectivas.

Bibliografía

- Abu-Lughod, Lila (1991), «Writings against Culture», en *Recapturing Anthropology: Working in the Present*, R. Fox, ed., School of American Research Press, Santa Fe, NM., pp. 137-162.
- Ackroyd, P. (1979), *Dressing up. Transvestism and drag: The history of an obsession*, Simon and Schuster, Nueva York.
- Allen, M. P. (1989), *Transformations: Cross-dressers and Those Who Love Them*, Dutton, Nueva York.
- Alpert, G., *The Queens*, Da Capo, Nueva York.
- American Medical Association Committee on Human Sexuality (1972), *Human Sexuality*, American Medical Association.
- American Psychiatric Association (1987), *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, DSM*, 3.^a edición revisada, American Psychiatric Association, Washington D. C.
- Amnistía Internacional (2001), *Crímenes de odio, conspiración de silencio. Tortura y malos tratos basados en la identidad sexual*, Madrid.
- Anderson, B. F. (1998), «Therapeutic Issues in Working with Transgendered Clients», en *Current Concepts in Transgender Identity*, Denny, Dallas, ed., Garland Publishing Inc., Nueva York y Londres, pp. 215-226.
- Armstrong, C. N., y A. Marshall, eds. (1964), *Intersexuality in Vertebrates Including Man*, Academic Press, Londres.
- Ashley, A., y D. Fallowfiel (1983), *April Ashley's Odyssey*, Jonathan Cape, Londres.
- Atkins, J. A. (1970), *Sex in Literature*, Calder and Boyers, Londres.
- Badinter, E. (1986), *L'un est l'autre. Des relations entre hommes et femmes*, Odile Jacob, París (trad. cast.: *El uno es el otro*, Planeta, Barcelona, 1987).
- (1993), *XY. La identidad masculina*, Alianza, Madrid.
- Bailey, J. M. (2003), *The Man Who Would Be Queen. The Science of Gender Bending and Transsexualism*, Joseph Henry Press, Washington D.C.

- Basow, S. A. (1992), *Gender Stereotypes and Roles*, Brooks/Cole Publishing Company, Pacific Grove, California.
- Bazin, N. T. (1973), *Virginia Woolf and the Androgynous Vision*, Rutgers University Press, New Brunswick, NJ.
- Beach, F. A. *Human Sexuality in Four Perspectives*, The John Hopkins University Press, Baltimore.
- Behar, R. (1994), «Dare We Say “I”? Bringing the Personal into Scholarship», *Chronicle of Higher Education* XL (43), pp. B1-B2.
- Bem, S. Lipsitz (1981), *Bem Sex Role Inventory: A Professional Manual*, Consulting Psychology Press, Palo Alto, California.
- (1993), *The Lenses of Gender*, Yale University Press, New Haven y Londres.
- Berger, J. C., et al., *Standards of Care: the Hormonal and Surgical Sex Reassignment of Gender Dysphoric Persons*, American Educational Gender Information Service, Decatur, GA.
- Bettelheim, B. (1962), *Symbolic Wounds, Puberty Rites and the Envious Male*, Collier, Nueva York (trad. cast.: *Heridas simbólicas, los ritos de la pubertad y el macho envidioso*, Barral, Barcelona, 1974).
- Blanchard, R., y B. Steiner, eds. (1990), *Clinical Management of Gender Identity Disorders in Children and Adults*, American Psychiatric Press, Washington D. C.
- Bland, J. (1991), *What it Means to be a Transvestite*, Derby TV/TS Group. Derby, Reino Unido.
- Bogoras, W. (1907), *The Chukchee Religion, Memoirs of the American Museum of Natural History*, E. J. Brill, Leiden.
- Bolin, A. (1988), *In Search of Eve: Transsexual Rites of Passage*, Bergin y Garvey Publishers, South Hadley, MA.
- (2003), «La transversalidad de género. Contexto cultural y prácticas de género», en *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*, J. A. Nieto, ed., Talasa, Madrid, pp. 231-259.
- (1998), «Transcending and Transgendering: Male-to-Female Transsexuals, Dichotomy and Diversity», *Current Concepts in Transgender Identity*, Denny, Dallas, ed., Garland Publishing Inc., Nueva York y Londres, pp. 63-97.
- Boswell, H. (1991), «The Transgender Alternative», *Chrystalis Quarterly*, vol. 1, n.º 22, pp. 29-31.
- (1998), «The Transgender Paradigm Shift Toward Free Expresión», *Current Concepts in Transgender Identity*, Denny, Dallas, ed., Garland Publishing, Inc. Nueva York y Londres, pp. 56-58.
- (n. d.) «Reviving the Tradition of Alternative Gender», *Aegis*, Decatur, Georgia, pp. 1-2.

- Bullough, V. L. (1976), *Sexual Variance in Society and History*, University of Chicago Press, Chicago, IL.
- Bullough, V. L., y B. Bullough (1993), *Cross-dressing, Sex and Gender*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia.
- Butler, J. (1990), *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, Nueva York (trad. cast.: *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, México, 2 vols.).
- Choisy, A. de (1966), *Adventures de l'Abbé de Choisy habillée en femme* (1735), Mercure de France, París.
- Conn, C. (1974), *Canary: The Story of a Transsexual*, Nash Publishing Company, Los Angeles.
- Califia, P. (1997), *Sex Changes: The Politics of Transgenderism*, San Francisco, Cleis Press.
- Clements-Nolle, K., R. Marx, R. Guzmán y M. Katz (2001), «HIV prevalence, risk behaviors, health care use, and mental health status of transgender persons: implications for public health intervention», *American Journal of Public Health*, n.º 91, pp. 915-921.
- Coblett, A. (2000), «SECPRE, Jornada simposium sobre cirugía del transexualismo», *BSTc*, n.º 3, Barcelona, p. 23.
- Colapinto, J. (2000), *As Nature Made him. The Boy who was Raised as a Girl*, Harper Collins Publishers, Inc, Nueva York.
- Coordinadora de Col·lectius per L'Alliberament Gai (CCAG) (1978), «Editorial: la autonomía del movimiento homosexual», p. 3. «Contando la MANIFESTACIÓN..., y más...», pp. 4 y 5. *La Pluma*, n.º 2. julio-agosto.
- Cromwell, J. (1999), *Transmen and FTMs: Identities, Bodies, Genders and Sexualities*, University of Illinois Press, Chicago.
- Cossey, C. (1991), *My Story*, Faber and Faber, Boston.
- Costa, M. (1960) *Reverse Sex: The Story of Jacqueline Charlotte DuFresnoy*, Challenge Publications, Londres.
- Cowell, R. (1954), *Roberta Cowell's Store*, W. Heinemann, Ltd., Londres.
- Darling, C. (1992), *Candy Darling*, Hanuman Books, Nueva York.
- Delcourt, M. (1970), *Hermafrodita*, Biblioteca Breve de Bolsillo, n.º 54, Seix-Barral, Barcelona.
- Denny, D. (1990), «Deciding What to do About Your Gender Dysphoria», *AEGIS Transition Booklet Series*, AEGIS, Decatur, Georgia, p. 6.
- (1995), «Letter to the Editor», *Society of Lesbian and Gay Anthropologists Newsletter*, vol. 17, n.º 1, p. 1.
- (1998), *Current Concepts in Transgender Identity*, Garland Publishing, Inc., Nueva York y Londres, p. XVII.
- Devor, H. (1989), *Gender Blending: Confronting the Limits of Duality*, Indiana University Press, Bloomington.

- Diamond, M., y K. Sigmundson H. (1997), «Sex Reassignment at Birth: a Long Term Review and Clinical Implications», *Archives of Pediatric and Adolescent Medicine*, vol. 151, pp. 298-304.
- Díaz Prieto, M. (2004), «La cárcel destruye a los drogadictos (entrevista con Carmen Avendaño)», *Magazine de La Vanguardia*, 29 de agosto de 2004 (Barcelona), pp. 22-25.
- Epstein, J., y K. Straub, eds. (1992), *Bodyguard: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*, Chapman and Hall, Nueva York.
- Fariás de Alburquerque, F., y M. Jannelli (1996), *Princesa*, Anagrama, Barcelona.
- Fausto-Sterling, A. (1985), *Myths of Gender. Biological Theories About Women and Men*, Basic Books, Nueva York.
- Feinbloom, D. H. (1976), *Transvestites y Transsexuals: Mixed Views*, Dell, Nueva York.
- Feinberg, L. (2005), «¿Eres un tipo o qué?», *Cuadernos de Debate Transsexual*, Recopilación de artículos a cargo de Natalia Parés Vives, n.º 2, Barcelona, pp. 68-71.
- Ford, C. S., y F. A. Beach (1951), *Patterns of Sexual Behaviour*, W.W. Norton, Nueva York.
- Foucault, M. (1979), *The Story of Sexuality*, Allen Lane, Londres (trad. cast.: *Historia de la sexualidad*, Siglo XXI, Madrid, 2005).
- , ed. (1980), *Herculine Barbin: Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteen Century Hermaphrodite*, Colophon Books, Nueva York.
- Gagnon, J. H., y W. Simon, eds. (1969), *Sexual Deviance*, Harper and Row, Nueva York.
- Garaizábal, C. (1998), «La transgresión del género. Transexualidades, un reto apasionante», en *Transexualidad, transgenerismo y cultura*, Nieto, J. A., ed., Talasa, Madrid, pp. 39-62.
- Garber, M. (1991), *Vested Interests: Cross-dressing and Cultural Anxiety*, Routledge, Nueva York.
- Garfinkel, H. (1967), *Studies in Ethnomethodology*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.
- Gilmore, D. D. (1990), *Manhood in the Making. Cultural Concepts of Masculinity*, Yale University Press, New Haven y Londres.
- GLHS (Gay and Lesbian Historical Society of Northern California) (1998), «MTF Transgender Activism in the Tenderloin and Beyond, 1966-1975», en *GLQ. A Journal of Lesbian and Gay Studies*, vol. 4, n.º 2, Duke University Press, Durham, pp. 349-372.
- Godelier, M. (1982), *La production des Grands Hommes*, Fayard, París (trad. cast.: *La producción de grandes hombres*, Akal, Madrid, 1986).

- Goffman, E. (1959), *The Presentation of Self in Everyday Life*, Doubleday, Garden City, Nueva York.
- (1963), *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1976), *Gender Advertisements*, Harper Colophon, Nueva York.
- Green, J. (2001), «Autoandrophilia? The Journal», *Transgender Tapestry*, 93, pp. 1-2.
- Green, R. (1969), «Change of Sex», *Medical Aspects of Human Sexuality*, 3, 10, octubre, p. 112.
- (1974), *Sexual Identity Conflict in Children and Adults*, Basic Books, Nueva York.
- (1987), *The «Sissy Boy» Syndrome and the development of homosexuality*, Yale University Press, New Haven, CT.
- (2000), «Reflexiones sobre “Transexualismo y Reasignación Sexual”, 1969-1999», *BSTc*, n.º 2, pp. 17-19.
- Green, R., y J. Money, eds. (1969), *Transsexualism and Sex Reassignment*, The John Hopkins University Press, Baltimore.
- Greer, G. (1971), *The Female Eunuch*, Bantan Books, Nueva York.
- Hansen, Rev. (1966), «Rev. Hansen Speaks on Redevelopment», *Vector*, 2, abril, p. 8.
- Heilbrun, C. G. (1973), *Toward a Recognition of Androgyny*, Alfred Knopf, Nueva York.
- Herd, G. H. (1981), *Guadians of the Flutes*, McGraw Hill, Nueva York.
- Herman, P. G. (2001), *The American Prison System*, H. W. Wilson Company, Nueva York.
- Hirshfel, M. (1936), *Sexual Anomalies and Perversions*, Alder, Londres.
- (1991), *Transvestites*, Prometheus Books, Buffalo, Nueva York.
- Horney, K. (1967), *Feminine Psychology*, Norton, Nueva York (trad. cast.: *Psicología femenina*, Alianza, Madrid, 1982).
- Ihlenfeld, C. (1977), «Doctor No Longer Treats Transsexuals», *Transsexual folder*, ONE, New York Gay Scene, 7, p. 8, enero.
- Jorgensen, C. (1967), *Christine Jorgensen: A Personal Autobiography*, P. S. Erickson, Nueva York.
- Kando, T. (1973), *Sex Change: The Achievement of Gender Identity among Feminized Transsexuals*, C. C. Thomas, Springfield, Ill.
- Katz, J. (1976), *Gay American History: Lesbians and Gay Men in the U.S.A.*, C. Y. Crowell, Nueva York.
- Kessler, S. J., y W. McKenna (1978), *Gender: An Ethnomethodological Approach*, John Wiley and Sons, Nueva York.
- Krafft-Ebing, R. von (1951), *Aberrations in Sexual Life*, Panther, Londres-Nueva York.
- Knacke, W. H. (1994), «Reflections on the Savage Self: Introduction, Em-

- pathy, and Anthropology», en *The Making of Psychological Anthropology* (II, M. Suárez-Orozco y G. y L., Spindler, eds.), Harcourt Brace College, Font Worth, Texas, pp. 196-222.
- Lauretis, T. de (1994), *The practice of Love: Lesbian Sexuality and Perverse Desire*, Indiana University Press, Bloomington.
- Lawrence, A. (1997) «Life After Surgery: Questions and Answers from the 1966 New Woman Conference», comunicación presentada al II International Congress on Sex and Gender, junio, pp. 19-22.
- Levy, R. (1973), *Tahitians: Mind and Experience in the Society Islands*, University of Chicago Press, Chicago, Illinois.
- Lowie, R. H. (1935), *The Crow Indians*, Farrar and Rinehart, Nueva York.
- Lucas, M. J., *Let me die a Woman: The why and how of Sex-change Operations*, Reagard Productions, Nueva York.
- Maccoby, E., y C. Jacklin (1966), *The Development of Sex Differences*, Stanford University Press, Palo Alto, California.
- MacCormack, C., y M. Stranten, eds. (1980), *Nature, Culture and Gender*, Cambridge University Press, Cambridge.
- MacKenzie, G. O. (1994), *Transgender Nation*, Bowling Green State University Popular Press, Ohio.
- Maddock, L. (1984), *Sex Life of a Transvestite*, K. D. S. Publishing, Hollywood.
- Malinowski, B. (1932), *The Sexual Life of Savages*, Routledge, Londres (trad. cast.: *La vida sexual de los salvajes*, Morata, Madrid, 1975).
- Marcuse, H. (1965), *Eros and Civilisation*, Beacon, Boston (trad. cast.: *Eros y civilización*, Ariel, Barcelona, 2002).
- Martin, M. K., y B. Voorhies (1975), *Female of the Species*, Columbia University Press, Nueva York.
- Martino, M. (1977), *Emergence, a Transsexual Autobiography*, Crown, Nueva York.
- Masters, W. H., y V. E. Johnson (1966), *Human Sexual Response*, Little, Brown, Boston (trad. cast.: *Respuesta sexual humana*, Intermédica, Buenos Aires, 1981).
- (1970), *Human Sexual Inadequacy*, Little, Brown, Boston (trad. cast.: *Incompatibilidad sexual humana*, Intermédica, Buenos Aires, 1970).
- Mead, M. (1961), *Sexo y temperamento*, Pairós, Buenos Aires.
- (1949), *Male and Female: A Study of Sexes in a Changing World*, William Morrow and Company, Nueva York (trad. cast.: *Masculino y femenino*, Minerva, Madrid, 1994).
- Mejía, N. (2000), «Nara Cárdenas», *BSTc*, n.º 3, pp. 24 y 25.
- (2004), *Lorena, mi amor*, La Tempestad, Barcelona.
- Meyer, J. K., y J. E. Hoopes (1974), «Gender Dysphoria Syndromes: a Posi-

- tion Statement on So-Called “Transsexualisme”», en *Plastic and Reconstructive Surgery*, 54-4, octubre, pp. 450-451.
- Meyer, J. K., y D. J. Reter (1979), «Sex Reassignment: Follow-up», *Archives of General Psychiatry*, 36, agosto, pp. 1.011-1.015.
- Meyerowitz, J. (2002), *How Sex Changes: A History of Transsexuality in the United States*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Millet, K. (1970), *Sexual Politics*, Double Day, Nueva York.
- Minter, S., y C. Daley (2003), «TRANS REALITIES: A Legal Needs Assessment of San Francisco Transgender Communities, A joint publication of NCLR (National Center for Lesbian Rights) and Transgender Law Center», agosto (<http://www.nclrights.org/publications/pubs/trans-realities0803.pdf>).
- Modan B., y R. Goldschmidt, *et al.* (1992), «Prevalence of HIV Antibodies in Transsexual and Female Prostitutes», *American Journal of Public Health*, 82 (4), pp. 590-592.
- Moir, A., y D. Jessel (1991), *Brain Sex: The Real Difference Between Men and Women*, Lyle Stuart, Secaucus, NJ.
- Money, J., y A. Ehrhardt (1972), *Desarrollo de la sexualidad humana. (Diferenciación y dimorfismo de la identidad de género)*, Morata, Madrid.
- Money, J., y P. Tucker (1975), *Sexual Signatures: On Being a Man or a Woman*, Little, Brown Boston.
- Morris, J. (1987), *Conundrum*, Henry Holt, Nueva York.
- Nandas, S. (1989), *Neither Man nor Woman: The Hijras of India*, Wadsworth Publishing, Belmont, California.
- Nestle, J. (1992), *A Femme/Butch Reader*, Alyson Publications, Boston, MA.
- Namaste, V. K. (2001), *Invisible Lives: The Erasure of Transsexual and Transgendered People*, University of Chicago Press, Chicago.
- Nemoto, T., *et al.* (1999), «HIV Risk Behaviours Among Male-to-Female Transgenders in Comparison with Homosexual or Bisexual Males and Heterosexual Females», *AIDS Care*, 11 (3), pp. 297-313.
- Newton, E. (1979), *Mother Camp: Female Impersonators in America*, University of Chicago Press, Chicago.
- Nieto, J. A. (1998), «Transgénero/Transsexualidad: de la crisis a la reafirmación del deseo», en *Transsexualidad, transgenerismo y cultura*, J. A. Nieto, ed., Talasa, Madrid, pp. 11-37.
- (1999), «(Des)centrando los genitales: los Transgeneristas», en *El Viejo Topo*, F. Vázquez (coord.), n.º 135, diciembre, pp. 40-44.
- (2001), «¿Homo Proteico u Homo Prometeico? Reflexiones sobre antropología de la sexualidad desde una experiencia académica», en *La mirada cruzada en la península Ibérica*, Catarata, Madrid, pp. 137-158.

- (2002), «Transhomosexualidad. Sobre pluralidad de personas, términos y actos», *Orientaciones*, n.º 3, primer semestre, pp. 173-188.
- (2003), «La intersexualidad y los límites del modelo “dos sexos/dos géneros”», en *Sexualidades. Diversidad y control social*, O. Guasch y O. Vinyuales, eds., Bellaterra, Barcelona, pp. 69-104.
- O’Flaherty, W. D. (1980), *Women, Androgynes and other Mythical Beasts*, University of Chicago Press, Chicago.
- Ortner, S. B., y J. Witehead (1981), *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Sexuality*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Otero, J. (2004), «En televisión todo se quiere picadito y con mucho ritmo», 15 de agosto de 2004, entrevista concedida a Arcadi Espada, *El País*, sección «Domingo», pp. 6-7.
- Parés Vives, N. (2005), «Luchando por aceptar su identidad», en *Cuadernos de Debate Transexual*, n.º 2, Barcelona, pp. 20-27.
- Pérez, K. (2004), «Manifiesto de acción trans», en *El Hecho Transexual. Quaderns sobre transsexualitat*, n.º 1, recopilación de artículos a cargo de N. Parés Vives (Col·lectiu de Transsexuals de Catalunya, Barcelona), p. 4.
- Petersen, M. E., y R. Dickey (1955), «Surgical Sex Reassignment: a Comparative Survey in International Centers», *Archives of Sex Behaviour*, 24, pp. 135-156.
- Petit, J. (2004), *Vidas del Arco Iris*, Mondadori, Barcelona.
- Piel Cook, E. (1985), *Psychological Androgygy*, Pergamon Press, Nueva York.
- Plummer, K. (1981), *The Making of the Modern Homosexual*, Hutchinson, Londres.
- Prince, V. (1967), *The Transvestite and his Wife*, Chevalier, Los Angeles.
- (1971), *How to be a Woman Though Male*, Chevalier, Tulare, CA 93275.
- (1976), *Understanding Cross Dressing*, Chevalier, Los Ángeles, CA 90036.
- Rae, I. (1958), *The Strange Story of Dr. James Barry, Army Surgeon*, Longman Green, Londres.
- Raymond, J. G. (1979), *The Transsexual Empire*, Beacon Press, Boston.
- Reichard, G. (1928), *Social Life of the Navajo Indians*, Columbia University Press, Nueva York.
- Reiter, R. R., ed., *Toward an Anthropology of Women*, Monthly Review Press, Nueva York.
- Rich, A. (1973), «The Stranger», en Bem, Sandra Lipstz, *The Lenses of Gender*, Yale University Press, New Haven y Londres, p. 19.
- Richards, R., y J. Ames (1983), *Second Serve: The Renée Richards Story*, Stein and Day, Nueva York.

- Rosaldo, M. Zimbalist, y L. Lamphere (1974), *Woman, Culture and Society*, Stanford University Press, Stanford, California.
- Roscoe, W. (1990), *The Zuni Man-Woman*, University of New Mexico Press.
- Sagarin, E. (1975), *Deviants and Deviance*, Praeger, Nueva York.
- Seton, S. (2000), «Carta abierta a la profesión médica», *BSTc*, n.º 2, enero-febrero, p. 4.
- Schaefer, L. C., y T. Wheeler (1994), «The Non-Surgical True Transsexual», en *Gender Dysphoria. A Guide to Research*, Denny, Dallas, Garland, Nueva York y Londres, p. 442.
- Shapiro, J. (1991), «Transsexualisme: Reflections on the Persistence of Gender and the Mutability of Sex», en *Body Guards, The Cultural Politics of Gender Ambiguity*, J. Epstein y K. Straub, eds., Routledge, Nueva York, pp. 248-279.
- Skomal, S. (1994), «Lessons for the Field: Ethics in Fieldwork», *Anthropology Newsletter*, 35, pp. 1-4.
- Starr, P. (1982), *The Social Transformation of American Medicine*, Basic Books, Nueva York.
- Steiner, B., ed. (1985), *Gender Dysphoria: Development, Research, Management*, Plenum Press, Nueva York.
- Stoller, R. J. (1968), *Sex and Gender: On the Development of Masculinity and Femininity*, vol. I, Science House, Nueva York.
- (1975), *Sex and Gender: The Transsexual Experiment*, vol. II, Science House.
- (1985), *Presentation of Gender*, Yale University Press, New Heaven.
- Sykes, B. (2005), *La maldición de Adán. El futuro de la humanidad masculina*, Debate, Barcelona.
- Szasz, T. (1980), *Sex by Prescription*, Penguin, Nueva York.
- Tobin, Harper J. (2003), *Sexuality in Transsexual and Transgender Individuals*, tesis doctoral, Oberlin College.
- Totman, R. (2003), *The Third Sex, Kathoey - Thailand's Ladyboys*, Silkworm Books, Chiang Mai, Tailandia.
- Tully, B. (1992), *Accounting for Transsexualism and Transhomosexuality*, Whiting and Birch, Londres.
- Vázquez, G. F. (1999), «Los límites del discurso “progresista”», *El Viejo Topo*, n.º 135, pp. 35-39.
- Vázquez Arango, J. (1999), «Transgénero. Una minoría en la minoría de las minorías», *Transgénero*, n.º 3, mayo-agosto, pp. 5-10.
- Walters, W. A. W., y M. W. Ross, eds. (1986), *Transsexualism and Sex Reassignment*, Oxford University Press, Nueva York.
- Walinder, J., y I. Thuwe (1974), *A Social-Psychiatric Follow-up Study of 24*

Reassigned Transsexuals, Scandinavian University Books, U. Gotemburgo, Suecia.

Warren, B. E. (2001), «Sex, Truth and Videotape: HIV Prevention at the Gender Identity Project in New York City», en *Transgender and HIV: Risks, Prevention and Care*, Bocking y Kirk, eds., Haworth Press, Nueva York.

Wood, J. (1999), *When Men are Women. Manhood Among Gabra Nomads of East Africa*, The University of Wisconsin Press.

ANEXOS

Entrevista

Lola, una superviviente

—Yo siempre he sentido una unión muy profunda con mi madre. A veces era como si fuéramos una sola persona, y he llegado a pensar muchas veces que esto tuvo que ver con mi transexualidad. El amor que le tenía a mi madre no se lo tenía a mi padre. Por mi madre hubiese dado la vida. Sin embargo, por mi padre no sentía el mismo amor que por ella, y eso no es lógico, tienes que sentir el mismo amor por tu padre que por tu madre. A mí, mi padre incluso como que me desagradaba, mientras que la imagen de mi madre para mí lo era todo. Me sentía a salvo con ella, me sentía resguardada, protegida, amada.

—*¿Dónde y en que año naciste?*

—En Barcelona, en 1965, en la zona del Paralelo, al lado del Barrio Chino. Toda mi familia vive por ahí. Ahí vive mi padre, que ahora me acepta, pero cuando más falta me hacía que me aceptara no lo hizo, y me vi en la calle, con catorce años, emancipada y con muchos peligros acechándome.

—*¿Tu familia es originaria de Barcelona?*

—No. De Zaragoza. Por los cuatro costados.

—*¿Y con tu madre siempre te has llevado bien?*

—Sí... Las madres son muy protectoras. Lo que pasaba era que mi padre, al ser tan machista, siempre era duro conmigo.

—*¿Te pegaba?*

—En alguna ocasión. Un vez hasta con una correa.

—*¿Qué te dolía más, el orgullo o el cuerpo?*

—A mí me dolía mi situación más que nada, porque en esos momentos, los golpes te dan igual. Bueno, no es que te den igual, porque te duele, pero es que tú estás con tu problema.

— *¿Hizo algún intento por volverte como él?*

— No, porque él pensaba que todo esto era imposible, que cómo iba a ser. Él mismo se asombraba de ver cómo, día a día, el chico que se suponía que yo era no aparecía por ninguna parte. Su actitud me ayudó a comprender muy rápidamente que yo era diferente. Desde que adquirí uso de razón, muy chiquitita. Pasó una cosa muy extraña: se puede decir que empecé a desarrollarme casi como una mujer. No he necesitado hacerme depilación eléctrica, nunca me ha salido nuez, siempre he tenido un físico más o menos femenino. Entonces, a medida que ello empezó a notarse, las madres iban al colegio a quejarse de mi aspecto, a decir que yo no era un compañero conveniente para sus hijos. Y a mí lo único que me ocurría era que tenía una imagen diferente a todos los demás niños. Y, por supuesto, unos sentimientos diferentes, de los cuales yo no podía hacer partícipes ni a los maestros, ni a mis padres, ni a mis amigos, porque creía que era algo horrible.

— *¿Tú misma creías que era algo horrible?*

— Sí, porque es lo que me habían inculcado durante muchos años, que en esta sociedad o se es hombre o se es mujer, y todo lo que se sale de la norma es algo malo, y el que lo hace un bicho raro. Pensaba que a lo mejor yo tenía la culpa de ser diferente, pero con el tiempo me di cuenta de que yo no tenía ninguna culpa. Recuerdo que un día vino un conferenciante a dar una charla de educación sexual.

— *¿Qué edad tenías?*

— Sobre los doce. Hice una pregunta, no recuerdo ahora exactamente cuál, y salió a relucir el jabón neutro para el cutis. El conferenciante dijo que a una chica como yo le iría muy bien, y todo el salón rompió a reír, porque me había confundido con una chica. Entonces lo pasé fatal.

— *¿Cuáles son tus primeros recuerdos?*

— Pues lo típico: empecé a jugar con muñecas que me fabricaba yo misma porque nadie me las regalaba.

— *¿Cómo te las fabricabas?*

— Pues cogía un trozo de cartón, hacía siluetas y les pegaba pechos hechos con conos. Luego cogía un cordón de ese de las cortinas, de pasamanería, y con un rotulador lo teñía. Cogí un hiperman y lo hice mujer, con una peluca muy larga.

— *¿Eras una niña solitaria?*

— Claro. Yo no tenía juguetes. Sí, los tenía, pero no eran los

que me correspondían. A veces jugaba con los juguetes de mis hermanas. Recuerdo que mi hermana pequeña tenía una cocina con depósito de agua y todo, y yo me iba a jugar con ella a la cocina. Y al final no sé qué pasó, que me dijeron que no podía jugar, o que dejara la cocina tranquila, y me dio una rabieta y la rompí. Y si cogía un fuerte de indios, me imaginaba que era la casa de las chicas del salón.

—¿Tenías fantasías femeninas?

—No es que tuviera fantasías femeninas, yo no soñaba con ser mujer, era más bien como si lo llevara dentro. No fantaseaba con vestirme de mujer ni con nada, es que me veía mujer, yo pensaba que era una mujer.

—¿Y te ponías la ropa de ellas?

—Ya de más mayor, sí.

—¿A partir de qué edad?

—Siempre me gustaba, cuando iba al lavabo, coger las barras de labios de mi madre y pintarme. Una vez mi madre me cogió haciéndolo y me dio un hostión, que ni dar vueltas, guapa, anda que no. Y a veces pasaba apuros porque me quería quitar la barra muy de prisa, y se quedaba, y tocaban a la puerta.

—¿Siempre te sentías niña?

—Me veía muy diferente de la demás gente. Era consciente del problema, lo cual me llevaba a una soledad absoluta, a estar siempre llorando, con intentos de suicidio...

—¿A qué edad?

—Pues con seis, siete, ocho, diez años.

—¿Intentaste suicidarte con seis años?

—Me pasaba por la cabeza. Una vez tomé pastillas. Y otra estuve a punto de cortar mis genitales, porque yo sabía que todo el problema venía de ahí. Pero empecé a asumir un poco que era diferente. Yo creo que el propio deseo que tenía de ser mujer hizo que mi cuerpo cambiara en una dirección femenina. Y cuando me fui de casa, con catorce años, empecé a hormonarme. Mejor dicho, ya había empezado.

—¿Cómo está compuesta tu familia?

—Tengo un padre muy machista, una madre que me ha dado siempre bastante calor, y dos hermanas mayores que yo, una me lleva diez y la otra cinco años.

— *Eras, pues, el pequeño y el único varón...*

— Mi padre estaba satisfecho, después de dos hembras, de tener un hijo macho al que inculcar sus ideas. Pero, claro, eso no fue lo que ocurrió, y para él resultó bastante frustrante. No lo ocultaba, y yo no sentía ningún amor hacia él. Últimamente, sí, porque he visto que al fin y al cabo es una persona como otra cualquiera. Los años lo han ablandado y ahora, pues, bueno, las relaciones han cambiado.

— *¿Cuál era la actitud de tus hermanas hacia ti?*

— Siempre hubo cariño, pero tenían demasiados problemas propios como para fijarse en el mío. Una es madre soltera y la otra se fue de casa joven, como yo. Además, aunque lo hubieran intentado, no habrían podido entender mi tema, porque es un tema que sólo lo entienden las personas que lo están viviendo y nadie más, por mucho que se lo expliques.

— *¿Cómo eras, física y psíquicamente?*

— Bastante débil. Y tímida, claro, porque estaba encerrada en mí misma. No tenía amigos en el colegio, porque los niños juegan al fútbol, hacen sus juegos, y yo no colaboraba en ninguno de esos juegos. Me quedaba en un rincón, con una sensación de frustración.

— *¿Qué materias te gustaban?*

— El dibujo. Me gustaban las artes plásticas. Todo lo demás era una tortura, porque no podía concentrarme en los estudios con mi problema.

— *¿Y te siguen gustando?*

— De vez en cuando hago un dibujo, pero tampoco es que sea...

— *Ahora quizá podrías hacerlo de forma más sistemática.*

— Sí, acabé ése el otro día, y aquí en el caballete tengo otro. Pero, bueno, es en plan *hobby*.

— *Pero supongo que te debe llenar mucho.*

— Sí, me entretiene bastante. También me gusta modelar barro. En cuanto tenga la documentación, me gustaría hacer algo.

— *¿En qué has sentido más la cuestión de la documentación?*

— Pues, de repente, en un aeropuerto; de repente, en una comisaría; de repente, que vayas por la calle con unos amigos, gente normal, y te paren y te pidan la documentación. Aunque el policía ya sepa, como tú sabes que sabe cosas equivocadas, le das las explicaciones para intentar rectificar, pero no sirve de nada.

— *Además, no pudiste seguir estudiando.*

— De todas formas, yo le tenía terror al colegio, porque sabía

que ahí iba a haber burlas. Prefería quedarme en casa con bronquitis asmática que me ahogaba, a tener que ir al colegio. No me dejaban en paz. No sé, venía cualquier niño y me pintaba una cosa en el libro y a lo mejor la cosa que me pintaba era una polla. Y si me quejaba al profesor, a quien castigaba era a mí. Imagínate la frustración y la rabia. Los niños son muy crueles y muy malos.

—*Lo sé. Yo alguna vez fui niño cruel para hacerme el macho.*

—¡Ahh! Pues, imagínate, el que me pintó la polla a lo mejor era peor que yo.

—*¿Alguien intentó alguna vez explicarte lo que te ocurría?*

—Los mayores se limitaban a rechazarme. Nadie intentó explicarme nunca nada.

—*¿Tu huida de casa tuvo que ver con lo del conferenciante y la risa general?*

—Esa sólo fue una de muchas cosas. Otra vez vino un maestro nuevo y yo tenía la blusa desabrochada. Él empezó a decirme que me la abrochara, y los demás niños a reír. No me dio tiempo de dar explicaciones: me castigó fuera de la clase. Luego, cuando pasó lista se dio cuenta de que se había equivocado y que yo era un chico. Y continuamente me pasaban cosas parecidas. Entonces yo a escondidas empecé a conocer transexuales.

—*Donde vivías era fácil, porque es un sitio donde hay muchas transexuales.*

—Sí, sí. Yo llevaba una vestimenta ambigua y me trataban de mujer por la calle. Un día iba mi padre con un compañero de trabajo, y yo pasaba de espaldas. No me conocieron y mi propio padre me dijo «¡Guapa!», porque se creía que era una chica que pasaba por ahí, y cuando me giré, pues, imagínate, ¡se quedó muerto! Y el compañero, pues más todavía. Otro día fui a una discoteca a bailar, pagué, sin decir nada, y me dieron directamente una entrada de chica. Luego hubo que hacerse carné de socio. Le pedí la documentación a una amiga que se llamaba Lola, y desde entonces soy Lola, porque di su DNI para poder entrar. Fue por esa época cuando empecé a hormonarme.

—*¿Con qué hormonas?*

—Progynon-dépot y Ovocycline.

—*Yo pensaba que aquí nunca se había vendido Ovocycline, porque yo empecé en Francia con ella y aquí no la encontré.*

—No era fácil encontrarla, pero la había. La traían de Suiza. Ve-

getales. Muy buenas, las mejores que he probado. Van muy bien. Me empezaron a salir pechos. Debajo de mis ropas usaba ropa interior femenina. Incluso me ponía compresas pensando que me iba a bajar una especie de período. No me preguntes qué es lo que ocurría porque no lo sé, pero el caso es que me ponía esa compresa. Una noche se me olvidó quitarme la ropa interior y me puse la bata con el sostén y la braguita debajo, y me senté a cenar. Total, que de repente se me entreabrió la bata, dejando ver el canal del pecho. Mi madre lo vio, dio un codazo a mi padre, que se quedó petrificado y exclamó: «¡Dios mío, hasta con pechos!». Me levantó la mano, pero no me pegó. Lo que remató la jugada fue que una amiga de mi hermana vino a dormir con ella, y yo me sentí muy mal porque me echaban de la habitación, como en plan: «Tú eres un chico, no puedes estar con nosotras». Me hirió tanto que me puse a discutir con mi hermana. Vino mi padre y evidentemente se puso de su parte. Me levantó la mano y yo le planté cara, le hice frente, me peleé con él, o sea, nos dimos. «Hasta aquí hemos llegado», dije, y me fui.

— *¿Con lo puesto?*

— Sin maleta, sin nada, con lo puesto. Me daría tiempo de ponerme un pantalón y un jersey o una camisa. Lo que sí cogí fue una barra de labios y un lápiz de ojos, y empecé a recorrer la ciudad. Fui a parar a un espejo, donde me pinté los labios por primera vez en la vía pública. Y, para que veas lo que es el destino y las paradojas que tiene, al cabo de los años esa sería la esquina donde ejercería la prostitución.

— *Si mis cálculos no fallan, aquí, en esa época, ya había empezado fuerte la movida.*

— Sí. Yo ya había conocido a varias compañeras. Lo que pasa es que en aquel tiempo no había la información que hay ahora. Porque ahora, por ejemplo, en el colectivo te dicen que tienes que ir al endocrino, o aquí, o allá. Entonces no. Entonces era ponerse las hormonas a la loca.

— *Lo que yo he hecho siempre. Todavía no he ido a ningún endocrino.*

— Ni yo. Pero quiero ir ahora. Con la operación, tengo que vigilar mucho el tema de la osteoporosis y demás.

— *¿Y después de irte de casa, qué hiciste?*

— Mi madre, que me ha apoyado siempre, me pagó, a escondi-

das de mi padre, un cursillo de peluquería. Me dijo: «Hija mía, tienes que hacer algo en la vida. Por lo menos, una profesión, algo». Pero yo empecé a trabajar en un cabaret. Estaba metida en una urna con trajes de papeles que me iban quitando, y hacía *shows*, y hacía cosas, y no podía combinar el trabajo de noche con los estudios de día.

— *¿Y no tenías ningún problema para trabajar?*

— No, porque tenía una imagen muy femenina. El único problema que tenía era el ser menor. Pero tú sabes que los dueños de las discotecas y toda esta gente son unos usureros. A ellos les importa muy poco tu edad, si puedes aparentar que eres mayor. Yo con catorce años tenía prácticamente el mismo cuerpo que tengo ahora. Con mucho maquillaje y bien arreglada, nadie pensaba que tenía la edad que tenía. Y, además, estaba emancipada. Por mis padres, que me dieron la mayoría de edad en un juzgado.

— *Volvamos a la noche en que te marchaste de tu casa. ¿Adónde fuiste?*

— Me encontré a una compañera, una amiga transexual, y me fui a vivir con ella. Quedamos en que le pagaría a mitad de la mensualidad del piso. Poco después establecí una relación con el *disk-jockey* de la discoteca. Estaba muy enamorada de él, éramos novios. Pero tu sabes que la mayoría de las discotecas son de temporada. En la que trabajábamos empezó a ir mal, y tuvo que cerrar. Me quedé sin trabajo y sin novio. Y, para colmo, voy a meter la llave en la cerradura del piso donde vivía, y estaba cambiada, por impago, por desahucio. Mi amiga me decía que pagaba y lo que hacía era gastarse el dinero. Me fui a una pensión en la parte baja de las Ramblas, de la que me echaban a la calle en cuanto había algún servicio, porque era donde se ocupaban las prostitutas. Me encontré muy mal, sin apoyo de nadie y con catorce años. Empecé a prostituirme, porque no tenía ningún otro medio de subsistencia.

— *¿Dónde empezaste?*

— Por el paseo de Colón. Una noche estoy trabajando ahí y viene una transexual y me dice que yo ahí no me podía poner, que me pusiera con las mujeres. De repente viene la policía y se la llevaron a ella. Yo me pude escapar porque a mí se me notaba mucho menos. Al cabo de unos días, a ella se la vuelven a llevar y me empezó a reprochar que era por culpa mía. En fin, empecé a tener muchos problemas así, de ese tipo. Y también de vivienda, hasta que me fui a vivir con

una compañera de colegio, con su madre y con su hermana. Siempre me he llevado muy bien con las chicas, no con todas, pero con muchas. Con el resto de la gente tenía problemas, porque yo no me dejaba pisar. Un día iba con un vestido blanco, muy arreglada, y dos hermanos de dieciséis o diecisiete años, mayores que yo y temidos en todo el barrio, empezaron a meterse conmigo y a decir barbaridades. Yo me defendí como pude, me puse a pelear con uno y el otro por la espalda me empezó a golpear. Me patearon en el suelo hasta hacerme salir sangre por los oídos, me rompieron el tabique nasal y me dieron una gran paliza en una calle llena de gente que no hacía nada. Había muchas peleas. Afortunadamente la compañera de colegio con la que vivía me ayudó mucho.

— *¿Cómo?*

— Ella bailaba de go-go de discoteca y a veces me metía. Y también participábamos en concursos de misses de discotecas de la costa, en los que todo estaba amañado.

— *¿Y seguías con la prostitución?*

— Sí, pero tomándomela más en serio. Al principio me repugnaba porque, al verme tan joven, los hombres hacían conmigo lo que querían. Pero empecé a tomar las riendas, a capitanear, a decir: «Yo soy la que manda». Una noche dos tipos querían que montara en su coche, haciéndose pasar por policías. Una compañera les dijo que se identificaran, y vinieron todas las compañeras y no me dejaron montar en el coche hasta que pasara un coche de policía. Pues resulta que eran unos falsos policías y vete a saber lo que querían hacerme. Y cosas como ésta te podría contar mil. Pero siempre que podía intentaba salir un poco de ese ambiente. Si iba a una discoteca, no iba a una de transexuales, sino a una de gente digamos que normal, entre comillas. Conocí a un chico drogodependiente y le dije el cuento de «Yo te ayudaré a curarte», cuando a la que tenían que ayudar era a mí. Probé la heroína y me mantuve como cuatro años consumiendo de vez en cuando. Con dieciocho me operé de los pechos. No me hacía falta otra cosa, y fue cuando mejor estaba. La relación con el drogadicto se acabó y me creé mi propio hábito. Por todos los problemas que había tenido caí en una depresión y me amparé en la droga, por decirlo de alguna manera. Porque yo pensaba que no iba a llegar a la edad que tengo. Pensaba que iba a morir joven y no miraba al futuro, vivía el día a día.

—*Igual que yo. Como mi padre murió joven, pensaba que me ocurriría lo mismo.*

—Me iba muy bien económicamente. Ganaba dinerales, de los cuales la mayoría me los dejaba en la droga. Tampoco era una drogadicta que me distinguieras a siete metros. Estaba enganchada y llevaba mis buenos abrigos de pieles. No me derrumbé, porque el físico siempre me ha tenido obsesionada. Siempre me ha gustado ponerme buenas cremas, cuidarme, vigilar la alimentación. Llegué incluso a pensar que la droga le iba bien a mi naturaleza porque me calmaba, me evadía de todos esos problemas y a la vez no me degradaba físicamente. Una estupidez porque nunca le puede ir bien a tu naturaleza la droga. Todo con un fondo de continuas detenciones, con los policías ridiculizándome, metiéndome miedo (yo era muy joven), abusando de mí. A veces tenía que pasarme por la piedra a un montón de policías, porque te decían: «O pasas por la piedra, o te detengo tres días, o, bueno...». Pasar por la piedra era hacerles una felación, o lo que fuera. Un día estaba con una compañera trabajando en la rambla de Cataluña y para un coche con tres individuos que empiezan a meterse con nosotras para que fuéramos con ellos, y tú sabes que los hombres, cuando no les haces caso, les hieres el orgullo de machos, lo que no soportan. Y menos si estás en la calle. Piensan que tienes que hacerles caso por cojones. Entonces crucé de acera. Volvieron a venir. Volví a cruzar de acera, hasta que les grité que me dejaran en paz. Empezamos a discutir y de repente se cagaron en el padre de mi amiga, que había muerto hacía poco. Entonces saqué del bolso un gas lacrimógeno que llevaba en esa época y le dije al que conducía: «¡A que te amargo la noche!». Y él me contestó: «¡A que te la amargo yo!». «A que te la amargo yo.» Total, que llené el coche de gas, los fumigué, empecé a dar patadas en el coche y de repente, antes de que me diera cuenta, ponen el piloto de policía secreta arriba y empiezan a girar las luces. Yo le dije a mi amiga: «¡Corramos!», y llegamos corriendo al paseo de Gracia. El caso es que no nos cogieron, porque si nos cogen... Junto con la amiga con quien me pasó todo esto, nos fuimos a París, para intentar dejar la droga. Y en París, efectivamente, consumíamos bastante menos, pues teníamos que pagar a la mafia todos los días doscientos francos para poder trabajar en el Bois de Boulogne.

—*La mafia, ¿quién era?*

—Un grupo de trans que controlaba el Bois. Mi amiga y yo éramos las únicas españolas que trabajaban en la plaza de Hispanas. To-

das las demás eran colombianas, uruguayas, venezolanas. Teníamos que pagar a la mafia, pero, como sabían de nuestra condición de drogadictas, tampoco nos sangraban demasiado. Nosotras íbamos en plan quejumbrosas: «¡Ay, que si la droga, y que si esto y que si lo otro!». Porque es que si no... Aparte de que en aquel tiempo, no es por decirlo, pero no daba abasto. Trabajaba todo lo que quería, porque era muy joven y muy guapa, con un pelo rubio por aquí (se toca los hombros). ¡Pum, pum, pum!, no paraba. Me bajaba de un coche y había varios esperándome. Una noche, a mi amiga y a mí nos cogieron con droga y nos metieron en la cárcel. Yo me tiré a todos los policías, hice el amor con ellos para que nos soltaran, y nos soltaron a las dos. Pero mi amiga, que era bastante inteligente, me dijo: «Mira, nos van a pedir una cabeza de turco para dejarnos en paz. Si no, nos van a llevar a la cárcel otra vez. Vamos a decir que ha sido tal». Se refería a un tipo que nos había vendido veneno, heroína en muy mal estado. Entonces no nos chivamos del que nos vendió la heroína buena, nos chivamos del asesino aquel que un poco más y nos mata. Entonces yo fui al bosque y la policía me dijo que si yo les decía quién era, me iban a dar droga y me iban a dejar en libertad. Quedé con ellos en la Place Clichy. Me llevaron en coche y yo les señalé quién era el individuo. Al cabo de unos días uno de los policías se presentó en mi puesto de trabajo con un gramo de heroína amarilla y ofreciéndome ayuda, diciéndome que si quería irme a su casa para desengancharme, para tal, para cual, pero a mí me daba mucho miedo porque veía que me metía en terrenos dudosos. El policía me dijo que él no era tonto, que la droga que le habían cogido al que había denunciado no era de la calidad de la que me habían cogido a mí. Nos escaqueamos como pudimos, nos fuimos con la droga y la cosa quedó así.

—¿Cuánto tiempo estuviste en París?

—Pues el primer viaje estuve seis meses, y luego estuve haciendo viajes intermitentes durante bastante tiempo. Entonces yo tenía un cliente bastante poderoso de aquí, de Barcelona, con un buen cargo, que no puedo decir —no era político, pero era un gran empresario— y que me ofrecía toda la ayuda que podía, me pagaba balnearios para que dejara mi hábito. Pero a la vez yo conocí a un chico anticuario de mi edad. El cliente era casado, tenía su mujer y sus hijos, entonces era normal que yo me fijara en un hombre de mi edad, porque, al fin y al cabo, con el cliente...

— *¿Qué edad tenía?*

— Cuarenta y dos años. Yo tendría veintidós o veintitrés. O quizá veinticuatro o veinticinco. Entonces el hombre se enamoró de mí. Me hizo regalos costosos, me daba todo lo que le pedía. Incluso estuvo manteniéndome la droga, a diario, con tal de que no fuera al campo del Barça. Y yo cogía su dinero y después me iba al campo. O sea, que no me porté bien con él. Y él empezó a sentir unos celos enfermizos hacia el joven. Hasta que un día le dije que él tenía su mujer y cuarenta y dos años, y que era muy normal que yo me fijara en un hombre de mi edad, y que me dejara con mi vida, que él al fin y al cabo sólo era un cliente. Palabras muy hirientes, que él se tomó muy a mal. Todo esto, para colmo, fue en el campo del Barça. Yo estaba en el coche aparcado y unas de las compañeras me escucharon discutir. Oyeron voces y empezaron a tirarle piedras al coche, para colmo. O sea, un desastre total. Ahí acabó la relación, que había durado por lo menos dos años. Yo empecé a intimar más con el joven, el pobre —digo pobre porque está muerto— anticuario, que era un chico que no tomaba drogas, pero que para estar a la par conmigo decidió de vez en cuando hacerse una pequeña raya de heroína. Un día me dijo que nos íbamos a Portugal a comprar antigüedades y que yo me iba a curar con un tratamiento médico. Fue un día terrible. La grúa se llevó el coche, yo perdí mi maleta, un montón de impedimentos, como para no salir esa noche. Pero al final salimos y por la carretera tuvimos un accidente. Él murió y yo me partí el labio, tres costillas y dos vértebras. Quedé desolada y caí en el más profundo de los enganches con la droga, a muerte ya, con el doble hábito de la heroína y la cocaína. Intenté hacer varias curas, por todos los medios. Pero continuaba con la ansiedad y moviéndome en el mismo círculo de trabajo, por lo cual conseguía estar un mes sin tomar nada, y al cabo del mes caía de lleno otra vez, y todavía peor. Haciéndome dinerales todos los días. A lo mejor una noche me hacía 100.000 pesetas y al día siguiente no tenía ni para comer un bocadillo. Hasta que un día conocí a una persona que me dijo que podía hacer un tratamiento con metadona, y todavía estoy con ese tratamiento. Afortunadamente hoy estoy estabilizada. Tomo una dosis muy baja y quiero dejarla.

— *¿Sólo tomas metadona?*

— Bueno, es que a raíz de la drogadicción también cogí anticuerpos de sida en 1987. Estoy tomando ahora la medicación de los

anticuerpos, la metadona, tranquilizantes y también antidepresivos. Intento tomar los menos posibles.

— *¿Qué medicamentos tomas?*

— Seraprán, Tranquimazin, Valium...

— *¿Te los recetan?*

— Sí, claro, porque me llevan un seguimiento en el Hospital Clínico. Tengo mi propio doctor. Estoy llevando muy buena pauta. Voy por la metadona una vez a la semana. También te podría contar historias de amigas mías a las que he visto deteriorarse por la intransigencia de la gente, porque no todo el mundo es fuerte. Algunas son muy débiles, y es con ellas con las que se ceban. Yo, de una manera u otra, soy una superviviente, de momento. Pero hay otras que no lo han llegado a superar. Yo he visto amigas mías, que han estado estupendas y divinas, de repente estar durmiendo en cartones en la calle.

— *¿A qué atribuyes que tantas transexuales hayan sido destruidas por la droga?*

— Porque la depresión causada por la incomprensión es tal... La gente, en todo momento, clavándote puñaladas, metiéndose contigo, con tu disforia, con tu transexualidad.

— *A las mujeres también les gritan «putas», «cerdas» y otras lindezas desde los coches que pasan, y quizá la droga ha causado menos estragos entre ellas. O, al menos, muertes menos rápidas, pues suelen tener largos períodos de degradación.*

— Pero es diferente, porque una mujer tiene sus papeles arreglados, su sexualidad definida, no tiene que luchar contra... Lo tiene todo hecho, por decirlo de alguna manera. Una transexual, no. Una transexual está perdida, y si, encima, la están pinchando, se están metiendo con ella, pobre persona. Y de todo esto tiene casi toda la culpa la sociedad. Ahora, también te voy a decir una cosa, que hay algunas a las que habría que darles de comer aparte, porque, ojito, ya me entiendes lo que te quiero decir, que, bueno, que no pueden ser aceptadas.

— *Antes se robaba mucho.*

— Menos mal que por ahí no me dio nunca. Pero, aparte de eso, es que no sé robar.

— *¿Qué has hecho desde los veinticinco años, que fue cuando tuviste el accidente?*

— Ha pasado tanto tiempo que no tengo las cosas muy claras. Digamos que de los veintinueve a los treinta y tres paso mi mejor

época. Estaba, no está bien que lo diga, muy guapa. Sin yo pedir trabajo, me empiezan a salir. De go-go, de jefa de puerta de discotecas, de relaciones públicas. Incluso había discotecas que me pagaban por hacer bulto, ponerme un vestido bien ajustado, soltarme la melena y estar ahí, hablando con la gente. Entonces empiezo a evolucionar, empiezo a prosperar. Hago un vídeo con Mecano, figuración con Almodóvar, un reportaje para la revista Elle, portadas de libros, fotos de ilustración para libros, un disco en el que yo no cantaba, pero ponía la imagen, con el que hago galas por toda España. Casi no me prostituyo. Me opero pensando que con todos esos trabajos y encima operada y con papeles, la cosa iba a ir mucho mejor.

—¿Dónde te operaste?

—Aquí, en Barcelona.

—¿Cuánto te costó?

—Un millón setecientas, más postoperatorio y demás, pues se me fueron dos millones y pico.

—De eso hará un par de años, ¿no?

—Sí.

—¿Y tienes ya todos tus papeles arreglados?

—Estoy en ello. Primero cogí un abogado de oficio, pero no me adelantaba nada, y ahora estoy con uno de pago. Parece que ya me ha adelantado un poco más. He pasado por médico forense y por juez y si Dios quiere dentro de un par de meses tendré los papeles arreglados.*

—¿De la operación estás satisfecha?

—Sí, bueno...

—*Todas dicen que están satisfechas y yo creo que en eso hay algo de hipocresía. Hipocresía que, por otra parte, puede ser sincera. Cuando has apostado tanto a una carta, cuesta mucho reconocer, y, sobre todo, reconocerte, que te has equivocado. Si te lo reconoces, vives en la amargura o te suicidas, lo que ocurre bastante entre las operadas.*

—Te voy a explicar mi caso. Al haberme empezado a hormonar a los catorce años, nunca he tenido esperma. He tenido los orgasmos *light* de la que está muy hormonada, que no echa nada. Entonces, desde que me operé tengo exactamente la misma sensación. Lo que ocu-

* La entrevista fue realizada en el año 2000, luego ya debe de tener todos sus papeles en regla.

re es que me la tengo que provocar yo misma. Además, está la meta-dona, y la droga, que anulan bastante el deseo sexual. Y si a todo eso le añades un cambio de sexo, pues imagínate. Pero sí que tengo orgasmos, si es a lo que te refieres. Tengo orgasmos satisfactorios cada vez que quiero. Me masturbo yo sola y llega el orgasmo. Lo que pasa es que un hombre que ha sido muy activo sexualmente y cambia de repente de sexo, pues es un cambio muy drástico y no sé cómo puede afectarle psicológicamente.

—*Es que hay personas que son muy inestables en su identidad de género. Como yo.*

—¿No sigues una línea, no te defines claramente?

—*Sí, pero alternativamente en uno u otro sentido.*

—¿Con que sexo te identificas?

—*Depende de las circunstancias. Soy lo que los americanos llaman una persona transgénica, o transgenerista, más que una transexual propiamente hablado. De los transgeneristas dice una escritora: «Muchos llevan, a tiempo parcial, una vida en ambos géneros» (Denny, 1990, p. 6). Pero las personas inestables como yo que se han operado y con quienes he hablado dicen que no se arrepienten. Quizá la operación incline la balanza definitiva y rotundamente hacia la feminidad, pero pienso que debe de haber momentos en que sí se arrepientan.*

—Sí porque la sexualidad del hombre es mucho más profunda y más fuerte que la de la mujer.

—*No, la mujer tiene más sexualidad pues puede tener una serie de orgasmos seguidos.*

—Sí, pero el hombre, al tener todo por fuera, tiene más necesidad de sexo. Yo, por ejemplo, con mi novio me paso un mes sin tener ganas de hacer el amor, mientras que él lo haría dos o tres veces al día. Con todas las mujeres que hablo, más o menos pueden pasar sin sexo, aunque también pueden tener dos o tres orgasmos seguidos. Yo, masturbándome, he tenido hasta dos o tres orgasmos seguidos. Bueno, no exactamente seguidos. Primero, uno. Después he vuelto a empezar, y otro. Y después he vuelto a empezar, y otro. Pero todo eso operada ya, o sea que...

—*Sí, pero la mujer puede tener orgasmos múltiples sin parar. El hombre, en cambio, tiene un bajón después de cada uno.*

—Pero la mujer tiene normalmente menos ganas, ¿no? O sea, es más sexual cuando se pone, pero le cuesta más ponerse.

—Claro, porque lo que despierta el apetito sexual son las hormonas masculinas, y la mujer, aunque también las tiene, tiene menos que el hombre.

—Yo tuve un novio que tomaba testosterona para ponerse fuerte, y era una máquina. Pero déjame que te acabe de contar lo del accidente, porque tuvo sus secuelas. Sentía un dolor en el pecho y no sabía lo que era. Me hicieron mamografías, me hicieron de todo, hasta que descubrieron que era una prótesis rota. Entonces fui donde una doctora de cuyo nombre prefiero no acordarme, que resultó nefasta.

—¿Por qué fuiste donde ella?

—Porque cuando había tenido el accidente de coche, esta señora me había arreglado el labio, y, bueno, pues había hecho un cierto apaño. Antes, todas la demás cirugías me las había hecho en París: la nariz, los pómulos, los labios, en fin, todo. Pero empecé a llevarle clientas a esta doctora, porque era una desconocida. Y ella se dedicó a decir que me había hecho toda la cara, y, claro, como yo estaba muy mona en esa época, todas querían ir a su consulta y pedían una cara como la mía.

—¿Y te daba comisión por las clientas que le llevabas?

—¡Qué va! Me cobró 400.000 pesetas por operarme la prótesis rota, y no me operó en un quirófano, ni siquiera en una clínica, sino en un saloncito de su casa, con anestesia local puesta por ella misma, y sin ninguna medida higiénica, a pesar de lo delicado de mi sistema inmunológico, que constaba en el análisis que le llevé. Al saloncito todo el mundo entraba directamente de la calle, sin ni siquiera quitarse los zapatos. El pecho quedó lleno de bultos. Total, que en un año me tuvo que abrir cuatro veces y empezó a llevarse tantos tejidos que se llevó mi propia mama. Acabé con una fuerte infección, me tuvieron que llevar de urgencias al Clínico, donde me tuvieron un mes a base de antibióticos, y tuve que terminar recurriendo a otro cirujano que, para lo mal que llegó a estar la cosa, me dejó relativamente bien. Pero tuve que estar más de año y medio sin trabajar y entre eso y el coste de las operaciones, se me fueron los ahorros que tenía para dar la entrada de un piso.

—Aparte de lo del labio, ¿tenías algún motivo para haber tenido tanta fe en ella?

—Bueno, sí. Yo tenía el complejo de tener la nariz demasiado pequeña...

— *El contrario del que tiene casi todo el mundo.*

— Ella me puso un poco de silicona aquí, en la punta, a pesar de que dice que está en contra de la silicona. Pero no me hacía falta operarme la nariz. Yo tenía una cara de chica normal y corriente que iba por ahí sin llamar la atención. Ahora también paso por mujer, pero una mujer explosiva, exuberante, y eso muchas veces me delata. Mientras que antes nadie, nadie, nadie, podía decir que era una transexual, ahora, por hacerme todas esas mierdas...

— *Llamas la atención.*

— Si voy así, normal, no, pero si me pongo un vestido un poco corto, me suelto el pelo y me pinto los labios, entonces sí que se me nota mucho.

— *¿Cómo viviste el comienzo de la movida?*

— Yo pensaba que era la única en el mundo. Decía: «Este problema nada más lo tengo yo». Y de pronto empiezo a ver muchos travestis por las calles. Y también empecé a leer algunas revistas, y empecé a oír hablar de Coccinelle, de Dolly van Doll, de Amanda Lear, de Bibi Andersen. Yo sabía que algún día sería como ellas, pero no sabía cómo, y que lo tenía que conseguir, y tenía una fuerza interna que me hacía querer llegar a eso. Pero, por otra parte, estaba la violencia de Fuerza Nueva y de Cristo Rey.

— *¿Y qué sentiste al ver llenarse Barcelona de transexuales?*

— Una vez escuché en un telediario a un pintor catalán decir que iba a pasarse por la parte alta de la rambla de Catalunya porque las mujeres más hermosas estaban ahí arriba. Pero lo que no decía era que no eran mujeres del barrio, ni prostitutas, sino transexuales. En esa zona estaban todas las transexuales.

— *No todas, que yo conocí a muchas en la parte baja.*

— Bueno, las más bonitas, las más llamativas, las más espectaculares. Yo me di una vuelta por ahí y me quedé perpleja, alucinada, porque nunca había visto transexuales con pecho, sobre todo por la zona alta. Empecé a ver casi como actrices de cine, unas cosas increíbles. Me siento en un banco, cuando de repente oigo gritos y veo que las prostitutas, con sus proxenetas, están yendo a echarlos con palos y todo tipo de instrumentos y herramientas utilizables como armas. Un momento después veo que todos los proxenetas y todas las prostitutas empiezan a correr con los travestis detrás. O sea que ocurrió al revés y los travestis se hicieron con la zona. Y yo lo veía todo sentada, haciendo de turista.

—¿Te tocó la época de las detenciones?

—Sí. Eran horribles. Yo no viví la «Ley de vagos y maleantes», cuando podían detener a alguien simplemente porque se vistiera de mujer, aunque no hiciera nada, ni siquiera se insinuara, pero sí la «Ley de peligrosidad y rehabilitación social», que empezaron a aplicar a los dos o tres años de morir Franco. Te cogían, te tenían tres días en el calabozo, te pasaban a disposición judicial, te volvían a soltar y te volvían a coger. Te hacían hacer flexiones, te toqueteaban todo lo que querían, se reían de ti, te daban con las porras por el culo y por las piernas. Yo me libré de muchas porque era muy joven.

—¿Y cómo era el calabozo?

—Depende de la redada en la que hubieras caído. Yo he estado en un calabozo hasta con otras diez, y el del lado, lleno, y el siguiente, lleno, y estar hasta treinta en un calabozo, con registros minuciosos y obligación de mostrar los genitales. ¿A qué venía eso? ¡Vete a saber! Yo muchas veces decía que era operada, y como lo hacía muy bien, por lo menos me evitaba el trago de tener que enseñar nada a nadie.

—¿Y cuántas veces te detuvieron?

—Muchas, muchísimas. Aunque quisiera, no podría hacer la cuenta.

—Es decir, que a veces salías e inmediatamente volvías.

—Sí, a la noche, porque tenía que salir a trabajar, a buscarme la vida, ya que no tenía medios ni nadie que me protegiera. Continuamente me cogían, y tres días en el calabozo, y otros tres, y otros tres, y otros tres.

—O sea, hasta doce días seguidos en el calabozo.

—Bueno, no exactamente seguidos. Te tenían tres días encerrada, te soltaban, y a lo mejor a la noche siguiente, o a la otra noche, te volvían a coger. Y así sucesivamente. Te escondías debajo de los coches, y te sacaban. Te metías en garajes, y te sacaban a la fuerza. Me metía por una puerta del furgón y salía corriendo por la otra.

—Contado así, parece una película cómica de la época del cine mudo.

—Contado así, quizá, pero te aseguro que de cómico no tenía nada. Puestas a comparar con el cine, más bien era una película de terror.

—¿Y la comida?

—Pues te daban un bocadillo, porque como nada más eran tres

días. Aunque tres días, depende de cómo se mire, también es bastante. Pero siempre había alguna que quedaba suelta y traía cosas, comida, tabaco, ropa para que nos cubriéramos.

—*Es decir, que de fuera os traían la comida.*

—Siempre que quedara alguna libre. Pero si nos cogían a todas, nadie nos traía nada y solo teníamos los bocadillos de allá. Y por las mañanas desinfectaban las celdas con Zotal, y nos daban un café que olía a Zotal, fatal, y un bocadillo de pan duro con... ¡vete a saber con qué!

—*O sea que la prostitución, incluso para las que les va muy bien, como a ti, no es la «dolce vita» que mucha gente se imagina.*

—De entrada, yo no quería prostituirme. Tenía claro que era diferente, que tenía un problema de identidad, pero no quería prostituirme. Lo que pasa es que cuando quebró el cabaret en el que trabajaba, y encima me quedé en la calle, pues no me quedó otra solución. Y desde entonces hasta ahora, casi siempre he hecho prostitución.

—*Sí, claro, es la solución.*

—Además, es cómoda, y a la comodidad se acostumbra una fácilmente. A veces te hartas y piensas «basta ya con todo esto». Pero, ¿qué vas a hacer después? No te acostumbras a un trabajo normal. No tenemos ningún jefe ante quien responder, eliges cliente y sitio, y como tengas el día depresivo, te quedas en casa, sin tener que dar ninguna explicación. Lo que pasa es que cada día es más duro, más cuestas arriba.

—*Dímelo a mí, que por poco que encuentre cualquier trabajo, lo dejo.*

—Es normal que esté el trabajo así porque viene mucha gente y hay muchas extranjeras, mucha oferta.

—*Varias veces he leído en la prensa que actualmente el 90 por 100 del dinero que mueve la prostitución va a parar a manos extranjeras.*

—Y ayer vi por la tele un reportaje sobre la prostitución en la Casa de Campo, de Madrid, y allí, menos españolas, había de todo.

—*¿Dónde empezaste la prostitución?*

—En la rambla de Catalunya, al lado del espejo donde te conté que me pinté los labios.

—*¿Cuánto tiempo estuviste en la Rambla?*

—No sabría decírtelo. Mucho tiempo. Hasta que la cerraron.

Porque llegó un momento en que entre la policía y los vecinos... Entonces, al Campo.

— *Claro, ahí, entre las instalaciones deportivas y la universidad, no hay vecinos. ¿Has tenido problemas con tus compañeras?*

— En general me han tratado bien, no me puedo quejar. Algunas me protegían por ser la más pequeñita. Pero otras iban a joderme.

— *Supongo que has debido de tener problemas porque trabajabas bastante, y eso crea odios y envidias.*

— Fingen que no entienden que el cliente te lleva simplemente porque le gustas, y le buscan cuatro pies al gato. Que si cobras mil pesetas, que si vas sin preservativo, que si haces todo lo que te piden. Normalmente, la que te acusa de trabajar mucho porque cobras a mil pesetas, es precisamente la que cobra eso.

— *Y al trabajar bastante, ¿no intentaron echarte?*

— *¿Cómo me iban a echar si yo estaba en mi tierra?*

— *No tiene nada que ver. En el Arco, cuando las cosas iban mal, echábamos a las nuevas que trabajaban bastante, sin importarnos la nacionalidad. Creo que a la larga nos perjudicó porque cada vez éramos menos y atraíamos menos clientes.*

— Yo siempre cambiaba de sitio, de forma que las mismas no me podían envidiar y odiar mucho tiempo porque me perdían de vista. Siempre ha habido algunas a las que les ha molestado que yo estuviera por ahí, pero yo no les hacía ni caso, y me dejaban. Ten en cuenta que yo también tengo mi genio y no me dejo asustar.

— *¿Te acostumbras a dormir bien de día? Yo nunca he podido.*

— Yo es que si no veo el día, parece que me da rabia también. Entonces, procuro llevar mi vida disipada lo más ordenadamente posible. En vez de levantarme a las seis de la tarde, procuro levantarme a las once o a las doce del mediodía, y si me tengo que acostar pronto, me acuesto pronto.

— *Como yo.*

— Cuando salgo a trabajar, lo hago al anoecer. Y regreso a las doce o una, con lo que tengo. Si no tengo dinero y no trabajo, evidentemente me tengo que quedar. Pero tampoco procuro hacer demasiado.

— *Yo me he acostumbrado a que las demás ganan más que yo.*

— Las habrá que sí y las habrá que no. Tampoco te fíes de las apariencias, porque tú sabes que muchas, «Ah, pues yo me he he-

cho tanto», «Y yo me he hecho cuanto», y resulta que tienen el bolso vacío.

—*Ten en cuenta que yo me pongo con las mujeres.*

—¿Y no te puedes poner con las demás transexuales?

—*Nunca lo he hecho.*

—¿Por qué?

—*Prefiero la compañía de las mujeres. Son más abiertas, más sinceras, más profundas. Lo que me molesta de ellas es su machismo. Para machistas, las putas.*

—Las transexuales, por regla general, te están hablando de lo mismo: que si la silicona, que si el niñato que me he tirado, que si las tetas de la otra, que si el culo...

—*Lo que admiro en ti es que hayas podido controlar la droga. ¡He visto a tantas caer!*

—Es que he llegado a un momento en que pienso que tengo que estar despierta.

—*Pero de vez en cuando te meterás una raya de coca.*

—Sí, una raya. Pero es que a mí la cocaína me produce una sensación de ansiedad, entonces no puedo abusar de ella, a no ser que tenga un calmante. Y como no quiero tomar de lo otro, pues no tomo nada.

—*O sea, te produce un bajón muy rápido.*

—A no ser que tenga mucha, me deja fatal. Yo he tomado mucha porque he estado en Río de Janeiro, y allá, con cuatro duros, no te imaginas la cantidad que compras. Estoy acostumbrada a lo más fuerte, y la poca y mala que aquí consigues, pagando un pastón por ella, me produce más frustración que satisfacción.

—*Y en la prostitución, ¿qué te produce más frustración?*

—Con frecuencia, el comportamiento absurdo de los hombres. Porque está una toda femenina, muy mujer, con un cuerpazo, en mi caso de 95-65-95 y llega un tío y te pregunta que cuanto te mide, que si tienes erecciones, que si te corres, que si echas esperma. O sea, las preguntas que se le harían a un homosexual activo, cuando es evidente que una es un ser pasivo. Tíos así me he encontrado a montones, y, claro, automáticamente les he dicho: «Mira, lo siento, pero no puedo satisfacerte». Y ello incluso antes de operarme. Prefería perderlos y decirles que siguieran buscando, que conmigo no había nada que hacer. La verdad es que no entiendo esa actitud de los hombres, porque

se supone que cuanto más femenina, más te tratarán como mujer. Entonces pienso que hay mucha homosexualidad, más de la que se piensa la gente. Lo que pasa es que está muy encubierta, y está, bueno, la doble moral de toda la vida. Casi todos estos hombres iban con el cochecito del niño atrás, o sea, se trataba de hombres casados y con hijos. Incluso uno me llegó a decir una vez que yo era un fraude, porque no tenía una erección. Y yo le dije que el fraude era él, porque llevaba bigote y besaba a su mujer cuando llegaba a casa, y todos los vecinos del barrio lo veían con su bigote y su hijo. Al fin y al cabo yo era como era, y punto, y el que estaba disfrazado y era un fraude era él.

—*Es que con frecuencia encuentran lo que buscan. Victoria me contaba el otro día que a veces se corre con tíos cuatro veces en una noche.*

—¡Qué horror!

—*Una noche que yo no estaba les mostró el miembro a las mujeres de mi grupo, que me comentaron que le llegaba casi hasta la rodilla.*

—¡Que horror! Ya sé de cuál me hablas. Es famosa por eso. Los clientes ya la buscan por eso, por su regalito.

—*Y es frecuente que el cliente, por más que te esfuerces, hasta que no te coja el miembro no se corra.*

—¡Es verdad! ¡Qué fuerte! Es porque ya van pensando en ello. Estando yo con mujeres, han pasado a su lado y les han gritado: «¡Travesti!», «¡Manolo!», ¡y son mujeres! Es que van con eso ya, y van a ver una mujer, y la van a ver con polla, de lo cegados que van en ese momento. Si no lo llevaran en la cabeza, no lo dirían y no pasarían al lado de una mujer gritándole «¡Menuda polla tienes!», como lo he visto hacer. Eso es enfermizo, es una cosa... Lo que pasa es que después intentan disimular su homosexualidad y jugar al rol de hombre: «No, es que yo soy muy macho, y a ese maricón hay que cortar-le el cuello».

—*Es muy triste. Hablemos de cosas más alegres. ¿Cuando estabas en el colegio te enamoraste de algún chico?*

—No. Me daban como miedo. Me incomodaban.

—*¿Entonces tu primer novio fue el de la discoteca?*

—Bueno, cuando salí del colegio tuve varios novios, pero no eran cosas serias. Luego, el de la discoteca ya fue un poco más serio. Y después he tenido varios.

—¿Y el anticuario qué edad tenía?

—Murió con veintinueve años.

—¿Te marcó su muerte?

—Sí, porque en esa ocasión yo pensaba que si a alguien tenía que pasarle algo, era a mí, porque yo era la que estaba drogada, yo era... Al fin y al cabo era un viaje que me hacía para deshabituarme. Entonces yo pensaba: a quien le tiene que pasar algo ahora es a mí, porque él tiene su trabajo, está bien con su sexo, es una persona socialmente normal, por decirlo de alguna manera, y yo no. Es a la desgraciada de mí a quien le toca. Pues mira que no fue así.

—¿Tú siempre con tu conciencia moral!

—¡Claro! Es que es como un peso, como llevar una cruz a cuestas, pero no por ti, sino por el resto de la gente, que te hace sentirte como la que llevas una cruz y como la que ha cometido algo malo.

—Tú tienes tendencia a tener sentido de culpabilidad, ¿o no?

—Sí, a veces, porque me gustaría dar mucho más de mí, y veo que doy lo justo y que pierdo el tiempo muchas veces.

—¿Dar de ti en qué sentido?

—Pues profesionalmente, físicamente, intelectualmente, de muchas formas.

—Es decir, que intentas ser exigente contigo misma...

—¡Claro!

—... pero no llegas a la altura de tus exigencias.

—No, no llego. Yo sé que podría conseguir muchas más cosas. Lo que pasa es que para lograrlas, te tienen que preparar desde la infancia y durante la primera juventud, y es tu familia la que se supone que tiene que hacerlo. Entonces me hace sentir muy bien que aunque no he conseguido todo eso, sí he conseguido salir a flote por mí misma, que a lo mejor otra persona no lo habría conseguido.

—Es verdad. Estamos en un medio en el cual el simple hecho de sobrevivir ya tiene su mérito. La mayoría no lo ha conseguido.

—Generalmente, tampoco podemos contar con nuestros novios, pues no suelen durarnos mucho. No somos mujercitas sumisas y tenemos poco aguante, por lo que nuestras relaciones tienden a ser tensas.

—No te veo a ti teniendo la comidita lista para cuando llegue el maridito.

—Lo haría una temporada. Pero es que después exijo que a mí también me tengan la comida preparada. Y si yo le pruebo un plato,

quiero que él también me lo pruebe a mí, sin tener que decírselo, ¿me entiendes?, pero es que eso es muy difícil, porque aunque te hartes de decírselo, no lo va a hacer.

—*El transexual es siempre un poco andrógino, tiene algo de viril.*

—El yin y el yang, siempre. Sin saberlo, pero hay algo en su carácter, porque, al haber una alteración de hormonas, está todo disparado.

—*La creencia de que sólo hay dos sexos no se corresponde con la realidad.*

—Claro. Lo que pasa es que los dos sexos conocidos han sido los sexos de siempre. Todo esto ha estado tapado, pero afortunadamente ya se está destapando un poco.

—*No mucho.*

—Porque estamos en una sociedad en la que es más hombre el que más bebe y el que más folla. Es absurdo, porque es frente a las cosas de la vida, a las adversidades, cuando ha de demostrar su valentía y su hombría. Y una mujer no es mujer por el hecho de estar haciendo calceta.

—*Pero las mujeres, hagan o no calceta, tienen más aguante.*

—Sí, claro. Yo soy feminista 100 por 100. A mí me encantan las mujeres. Yo, el hombre, es que no me llevo bien con su carácter. Todas mis amigas son mujeres. Continuamente estoy descubriendo que tengo cosas en común con ellas. A los hombres, en cambio, les explico cosas, me dicen que sí y no las están entendiendo. Estarán pensando que les estoy contando, ¡yo que sé lo que pensarán que les estoy contando! ¡Que no les interesa! No les interesa. En cambio, cualquier tema de conversación, con una mujer, al ser más sensible...

—*Por eso te digo que yo siempre me pongo con las mujeres. Son inteligentes y, sin embargo, se encuentran tan humilladas.*

—Y, además de con sus problemas, cargan con los de sus hijos, respecto a los cuales los hombres guardan sus distancias. No se desinteresan, pero tampoco se comprometen a fondo con ellos, como sí hacen las mujeres.

—*¿Cómo ves el futuro de las transexuales?*

—Incierto. Las transexuales somos generalmente de vida corta, a no ser que tengas mucha cabeza, ahorres mucho dinero, no te ocurra ningún incidente y, bueno, te compres una casita y te conformes

con estar en ella, viendo la naturaleza, con tus animalitos. Me veo un poco así, aunque no descarto que me pueda ocurrir cualquier desgracia.

—*Bueno, una desgracia le puede ocurrir a cualquiera. A un empleado de banco o a un funcionario, también.*

—En nuestra vida más, porque de repente te vas con un loco, que tu crees que estás más loca que él, y es al revés.

—*Claro, corremos muchos riesgos.*

—De todas mis amigas de hace veinte años, la que no ha muerto de sida, ha muerto de la droga, y la que no, ha muerto asesinada. De veinte, a lo mejor me quedan tres. Todas las que hay ahora son de nueva cosecha, por decirlo de alguna manera. Cada diez años, más o menos, se renueva la casi totalidad del personal.

—*Recuerdo que hacia el ochenta empezaron a caer como moscas.*

—Bueno, siempre queda algún dinosaurio

—*¿A qué atribuyes que tú hayas sobrevivido?*

—No lo sé. Siempre he sido una persona muy fuerte. He aguantado todo lo que me han echado. A lo mejor el hecho de haber mamado del pecho de mi madre hasta muy tarde es lo que me ha hecho fuerte. A lo mejor Dios me ha dado una segunda oportunidad y pienso que debe de ser porque me quedan por conocer muchas cosas en la vida. Todo lo que he conocido hasta ahora son drogas e incomprensión y tengo la esperanza no de que la gente vaya a cambiar, porque la gente no va a cambiar, sino de que yo encuentre un huequito donde pueda estar cómoda, y comprendida, y querida.

—*Con frecuencia hablas de retirarte a sembrar.*

—Sí, me encantaría irme a una casa con terreno y poder plantar mi propia comida y tener mis flores plantadas por mí, y mis cosas. Pero seguramente tendré que trabajar para tener eso.

—*Hay rincones aislados a buen precio.*

—Mis planes ahora, en este momento, son... mis papeles. Una vez los tenga, viajar, hacer dinero, sacarme el carnet de conducir y comprarme un cochecito, estudiar algo de maquillaje o algún idioma, prostituirme durante cinco o diez años. Tengo treinta y cinco, pues hasta los cuarenta o cuarenta y cinco. ¡Y después, Dios dirá!

—*A los cuarenta y cinco fue la edad a la que yo empecé.*

—O si tengo que estar hasta los cincuenta o cincuenta y cinco, también lo estaré. No soy una niña, pero todavía soy joven para deci-

dir lo que puedo hacer el día de mañana. ¡Ojalá sea así! Porque a veces la vida te juega malas pasadas. Te crees que la juventud y la belleza te van a durar siempre, a base de tirones y de no sé qué. Pero bueno, aunque estés estirada, por dentro te sientes vieja, porque yo hay veces que a mis treinta y cinco años me siento... milenaria.

—*Sobre todo porque como casi todas tus contemporáneas se han muerto.*

—Soy como un espíritu errante que está por ahí, siempre diciendo: bueno, y yo qué, cuándo, cuándo me toca.

—*Pero consumes una gran cantidad de productos dietéticos y es evidente que cuidas mucho tu cuerpo.*

—Ahora sí. Es como si quisiera poner remedio a todo lo malo que le he hecho. Antes me levantaba y, en ayunas, me pinchaba directamente. Ahora procuro beber mucha agua, tener una dieta equilibrada, dormir un mínimo de ocho horas, ponerme mis buenas cremas, tomar vitaminas múltiples de semillas, de aceites, de... lo que pille. Todo eso el cuerpo te lo agradece. En cuanto tenga la documentación, lo primero que hago es inscribirme en un gimnasio porque a partir de los treinta, treinta y cinco años, las carnes empiezan a descolgarse un poco. Si haces ejercicio y te mantienes delgada, te conservas joven. Si te dejas, engordas y pareces una patata.

—*Lo que no entiendo es cómo los yonquis aguantan, porque llevan una vida...*

—Por la droga. ¿Tú no has visto que muchos en cuanto han dejado la droga se han muerto? Era la droga la que los mantenía en vida.

—*Lo curioso es que muchas yonquis trabajan bastante.*

—Sí, porque el hombre piensa: como esta está drogada, me la llevo y hago con ella lo que quiero. Los tíos son así de cerdos.

—*Sí pero es que con frecuencia están sucias y desarrapadas. Viven en coches abandonados, que apestan a cinco metros, y tienen un vestido único que usan hasta que lo tienen que tirar de lo asqueroso que está.*

—Si así tienen el vestido, imagínate cómo tendrán la bragas. ¡Uhh!

—*En cambio, nunca he visto a una transexual durmiendo en un coche abandonado.*

—Yo he visto a alguna, pero generalmente la mujer llega a extremos mayores. Se abandona más, porque la transexual siempre conserva algo del deseo de superación.

— *El orgullo masculino que le sale.*

— ¡Claro!

— *¿Tienes momentos de depresión?*

— Muchos, sí. Lo que pasa es que es una depresión con altibajos. Tan pronto estoy que me tiro por la ventana como pletórica y llena de vida.

— *En general, me parece que mantienes un tono más bien alto. ¿O me equivoco?*

— He controlado bastante lo de pasar de un extremo a otro a través de la operación. Antes de operarme, vivía con angustia, como si en cualquier momento me fueran a hacer algo, me fueran a pegar, me fueran a... Ahora estoy tranquila. Tengo como una paz interior que antes no tenía, y conforme va pasando el tiempo veo que esa paz se va apoderando de mí.

— *Cuando te vi en la clínica tenías una cara angelical.*

— ¡El ángel que rompió toda la vajilla!

— *¿En el Campo las operadas os ponéis aparte?*

— Sí, con las mujeres. Lo que pasa es que yo, personalmente, me voy vestida normal y me pongo por ahí sola. A lo mejor es que tengo más confianza en mí. Las demás están en grupo, porque tienen como temor, y es peor, porque al estar en grupo se les nota más que son transexuales. Y de repente se desnudan, se ponen a trabajar con la vagina al aire. Entonces el hombre ya ve que es una transexual, o se piensa que es un travesti que tiene la polla para atrás, y ya ni le para porque va buscando una mujer. El que va buscando una mujer, va buscando una mujer, y el que va buscando un travesti, va buscando un travesti. Las operadas no creas que gustan mucho. Tiene que ser una operada que engañe, que parezca una mujer. Entonces la montarán por mujer, que es diferente. Pero por operada la montarán la primera vez, para probar. Ahora, te voy a decir una cosa: depende de la persona, porque cuando yo trabajaba en París, había una operada argentina, bellísima, de lo más bonito que he visto en mi vida, y todas con sus pollas, y la que más trabajaba era ella.

— *Pero era un caso excepcional.*

— Era hermosa, muy, muy guapa. Entonces daba igual lo que tuviera, porque se le perdonaba. Es que el error es estar operada y estar en un sitio de travestis. Vas a trabajar menos. Yo, a la que me operé, al mes ya estaba trabajando entre las mujeres, porque veía que entre

los travestis no tenía nada que hacer. Venía un cliente y me decía que si le enseñaba la polla, y yo le contestaba: «Mira, te estás confundiendo». Lo que no puedes pretender es operarte y seguir entre travestis, porque el tío no está buscando un coño, está buscando una polla con dos tetas.

—*Es muy universal eso de buscar la mujer fálica.*

—Si te vistes como una mujer y no das mucho el cante, eres discreta y puedes pasar, a lo mejor de cada diez clientes, siete te toman por mujer y a los otros tres no puedes engañarlos. Yo tengo a mi lado una mujer de pechos operados, muy cuidada, que parece un travesti, y nadie se cree que es una mujer. ¡Y es una mujer!

—*En general, las operadas trabajan menos.*

—A no ser que se camuflen. Pero es que la mayoría son como ganado, todas juntas, haciéndose una raya y parloteando: «Porque yo tengo mejor cuerpo», «Porque mira el mío», «Porque en realidad la que gusta soy yo», «Tú, a ti se te nota que eres un tío», «Que yo soy la femenina, y tú mírate la barba que tienes»...

—*Por eso siempre me he puesto con mujeres.*

—Sí, pero es que estás con las mujeres y de repente vienen ellas y se ponen a tu lado. El otro día una se desnudó. Pasan unos niñatos en moto y empiezan a tirarle piedras. Yo le dije: «¿No piensas que estarías mejor vestida? Han pasado a mi lado y no me han tirado ninguna piedra». «Ay, no, porque así me forro.» Mentira, yo no la vi subir en ningún coche. Pero tienen que estar enseñando el coño, porque creen que si no, el cliente va a pensar que tienen polla. No saben que si se tapan el coño y se ponen una falda y una blusa, van a estar mucho más femeninas. Porque, ¿qué mujer se pone con el coño al aire en una calle? Quizás algunas, porque las hay que son como travestis, pero son las menos.

—*¿Por qué motivos te operaste?*

—Porque no me sentía bien con mis genitales. Con el resto de mi cuerpo, sí. Aparte de que no me servían para nada porque había empezado a hormonarme a los catorce años y no tenía casi testículos.

—*¿Tenías erecciones?*

—Sí, muy de vez en cuando, pero me daban igual. El pene estaba hueco, pura piel que podías estirar un kilómetro, y ahí no había espermatozoos ni nada. Si me hubiese servido para algo, a lo mejor lo habría utilizado, pero es que no me servía para nada, salvo para orinar.

—*Te lo pregunto porque hay quien se opera para solucionar el problema legal.*

—También, también. Me decía: «Voy a tener un carnet de identidad que me va a respaldar, unos genitales que me van a respaldar, y todo eso me va a dar mayor seguridad para poder enfrentarme a cualquier situación o ir a cualquier sitio, para poder encajar mucho mejor socialmente, no hay duda». De la otra manera era un marginado, por decirlo de alguna manera, aunque ahora lo sea también un poco por la prostitución, pero no socialmente, porque la cosa ya cambia. Actualmente, cuando tengo que mostrar el DNI, por mucha explicación científica que dé, aunque diga que soy hermafrodita, en cuanto me doy la vuelta oigo que murmuran, «Es un tío», «Es un maricón», «Es un travesti». En este país cuesta muy poco etiquetar sin examinar.



โรงพยาบาลสิริโรจน์ Phuket International Hospital

44 ถนนเฉลิมพระเกียรติ 9.9 อ.เมือง จ.ภูเก็ต 83000 Tel : 6676 249400 Fax : 6676 210936 249386
 44 Chalermprakiat Ror 9 Road . Phuket 83000 Thailand. www.phuket-inter-hospital.co.th
 e-mail : info@phuket-inter-hospital.co.th



POST-OPERATIVE MEDICAL CERTIFICATE

November 19, 2004

To whom it may concern,

This is to certify that *Jaime Mejia Calderon*, born on August 9, 1944, passport number A4611336400, H.N.47-18587, was admitted to this hospital from November 3 to 19, 2004. She underwent irreversible two-stage male to female sex reassignment surgeries on November 5 and 12, 2004 at Phuket International Hospital, Phuket, Thailand. The surgeries were successfully completed. All male genitalia including gonads have been removed and Ms. Mejia now has female external genitalia that includes labia major, labia minor, clitoris and vaginal canal. She may now assume female gender.

Yours sincerely,

Sangar Kunaporn, M.D.
 Thai Cert. Board of Plastic & Reconstructive Surgery



โรงพยาบาล สิโรจน์
 PHUKET INTERNATIONAL HOSPITAL

Clinic address:

Phuket Plastic Surgery Center
 371/81 Yaowaraj Road, Muang
 Phuket 83000 THAILAND
 Tel. +66-76-254-764
 Fax. +66-76-254-765
 E-mail address: kunaporn@phuket.ksc.co.th
www.phuket-plasticsurgery.com

Traducción

CERTIFICADO MÉDICO POSTOPERATORIO

19 de noviembre de 2004

A todos los efectos,

Se certifica que ***Jaime Mejía Calderón***, con fecha de nacimiento el 9 de agosto de 1944, con pasaporte número A4611336400, paciente número 47-18589, permaneció en este Hospital del 3 al 19 de noviembre de 2004. Ella fue sometida a irreversible Cirugía de Reasignación Sexual de hombre a mujer en dos etapas el 5 y el 12 de noviembre de 2004 en el Hospital Internacional de Phuket, Tailandia. Las operaciones fueron completadas con pleno éxito. Todos los genitales masculinos incluyendo las gónadas han sido extraídos y Ms. Mejía tiene ahora genitales externos femeninos que incluyen labios mayores, labios menores, clítoris y canal vaginal. Ella puede ahora asumir el género femenino.

Sinceramente suyo,

Sanguan Kunaporn, M.D.

Certificado del Consejo Tailandés de Cirugía Plástica y Reconstructiva



INSTITUTO DE PSIQUIATRÍA
UNIDAD DE INTERCONSULTA AMBULATORIA
INFORME DE ASISTENCIA

Nombre: Jaime (Norma) Mejía Calderón

A cargo de: Dra. E. Gómez Gil

Fecha: 29.03.2004

Se informa a: Cirujano

Paciente de 59 años, que ha sido atendido/a en este centro para valoración de trastorno de la identidad sexual (F64.0) de hombre a mujer.

La exploración psicopatológica y las pruebas psicométricas administradas no detectan ninguna patología psiquiátrica relevante (trastornos del curso y del contenido del pensamiento, alteraciones sensorceptivas o déficit intelectual) que puedan influir en su decisión de cambio de sexo.

Paralelamente se confirma el diagnóstico de trastorno de identidad sexual F64.0 ICD-10.

El/la paciente ha asumido el rol genérico femenino desde los 20 años y ha recibido durante años tratamiento hormonal de reasignación sexual, a pesar de que recientemente ha disminuido la dosis, y mantiene en el trabajo una imagen masculina coincidiendo con una nueva actividad laboral, aunque no en otros ámbitos de su vida.

A pesar de que sería recomendable que el/la paciente mantuviera el rol femenino en todos los ámbitos, incluyendo el laboral, el/la paciente se encuentra en condiciones de realizar tratamiento quirúrgico de vaginoplastia.

Fdo.: Dra. E. Gómez
Especialista en Psiquiatría
Nº Col: 28575

Fdo. T Godás
Especialista en Psicología
Nº Col: 7595

Títulos publicados

1. *La caída del imperio del mal*. Alexandr Zinoviev
2. *La tierra del remordimiento*. Ernesto de Martino
3. *El poder y sus disfraces*. John Gledhill
4. *Identidades lésbicas*. Olga Viñuales
5. *Ética y filosofía política*. Francisco Fernández Buey
6. *John Rawls y la teoría de la justicia*. Jacques Bidet
7. *Edward Said. La paradoja de la identidad*. Bill Ashcroft y Pal Ahluwalia
8. *Medicina y cultura*. E. Perdiguero y J. M.^a Comelles (eds.)
9. *La fortaleza docta*. Magdalena Chocano
10. *El análisis de redes sociales*. José Luis Molina
11. *Multiculturalismos y género*. Mary Nash y Diana Marre (eds.)
12. *¿Perdiendo el control?* Saskia Sassen
13. *Zola y Dreyfus*. Concha Sanz Miguel
14. *Antropología audiovisual*. Jorge Grau
15. *La crisis de las identidades*. Claude Dubar
16. *La parte negada de la cultura*. Eduardo L. Menéndez
17. *Mirada, escritura, poder*. J. L. Rodríguez García
18. *Gestión familiar de la homosexualidad*. Gilbert Herdt y Bruce Knoff
19. *Corregir y castigar*. Elisabet Almeda
20. *En las prisiones de lo posible*. Marina Garcés
21. *(Dis)capacitados*. Marta Allué
22. *Sexualidades*. Oscar Guasch y Olga Viñuales (eds.)
23. *Las rosas y los cuadernos*. Giorgio Baratta
24. *Pagando tiempo*. Roger Matthes

25. *Extranjeros en el purgatorio*. Miguel Laparra (ed.)
26. *Las familias que elegimos*. Kath Weston
27. *Entender el capitalismo*. Douglas Dowd (ed.)
28. *Medicina, racionalidad y experiencia*. Byron J. Good
29. *El infinito y la nada*. Santiago López Petit
30. *Españolas en París*. Laura Oso
31. *Interculturalidad: interpretar, gestionar y comunicar*.
Víctor Sampedro y Mar Lleras (eds.)
32. *Invitación a la sociología de las migraciones*. Natalia Ribas
33. *Santiago: trayectoria de un mito*. Francisco Márquez Villanueva
34. *Trabajador@s del sexo*. Raquel Osborne (ed.)
35. *El concepto cultural alfonsí*. Francisco Márquez Villanueva
36. *Gramsci, cultura y antropología*. Kate Crehan
37. *Herejías*. Didier Eribon
38. *América Latina en el nuevo sistema internacional*. Joseph S.
Tulchin y Ralph H. Spach
39. *El hombre plural*. Bernard Lahire
40. *Tiranías, rebeliones y democracia*. Salvador Martí i Puig
41. *Jean-Paul Sartre: la pasión por la libertad*. J. L. Rodríguez
García
42. *Antropología del Cuerpo*. Mari Luz Esteban
43. *La teología indecente*. Marcella Althaus-Reid
44. *Inmigración, género y espacios urbanos*. Mary Nash,
Rosa Tello, Núria Benach (eds.)
45. *Colonias para después de un Imperio*. Josep M.^a Fradera
46. *(Des)orientación sexual*. Tamsin Wilton
47. *Amar y pensar*. Santiago López Petit
48. *Los relatos de vida*. Daniel Bertaux
49. *Por ese instante frágil...* Didier Eribon
50. *La ciudad imprevista*. Paolo Cotino
51. *El estado de la teoría democrática*. Ian Shapiro
52. *En torno a la Ilíada*. Lluís Bordas
53. *Procreación, género e identidad*. Jorge Grau Rebollo
54. *Rumbo al norte*. Parvati Nair
55. *Bolivia*. Pilar Domingo (ed.)